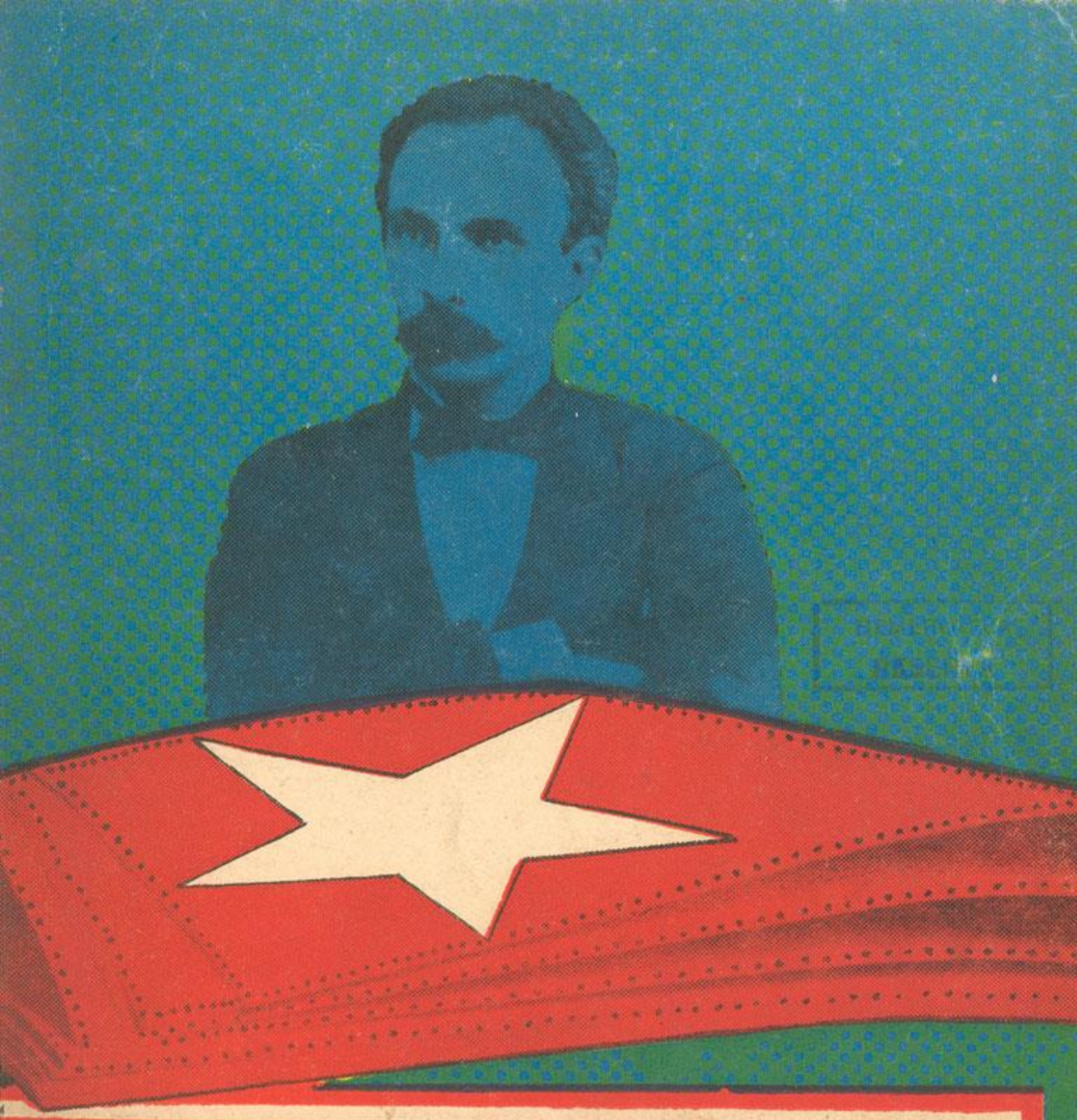


pensamiento crítico

pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no correspondan necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director

- Fernando Martínez

Consejo de dirección

- Aurelio Alonso
- José Bell Lara
- Mirella Crespo
- Jesús Díaz

Diseño y emplane

- Navarrete

Suscripción anual $4.80

Redacción / calle J no. 556, Vedado, La Habana, Cuba, teléfono 32 2343 ● Precio del ejemplar / 0.40 centavos ● Circulación / Distribuidora Nacional de Periódicos y Revistas, Virtudes no. 257, teléfono 6 6765 ● SUSCRIPCIONES ● En el extranjero a / Departamento de Exportación del Instituto Cubano del Libro / calle 19 no. 1002, Vedado, La Habana, Cuba ● Precio de la suscripción anual / Correo marítimo: 5.00 dólares canadienses / Correo aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10:00 dólares canadienses / para Europa: 25 dólares canadienses.

indice

NUMERO—49-50 FEBRERO-MARZO 1971

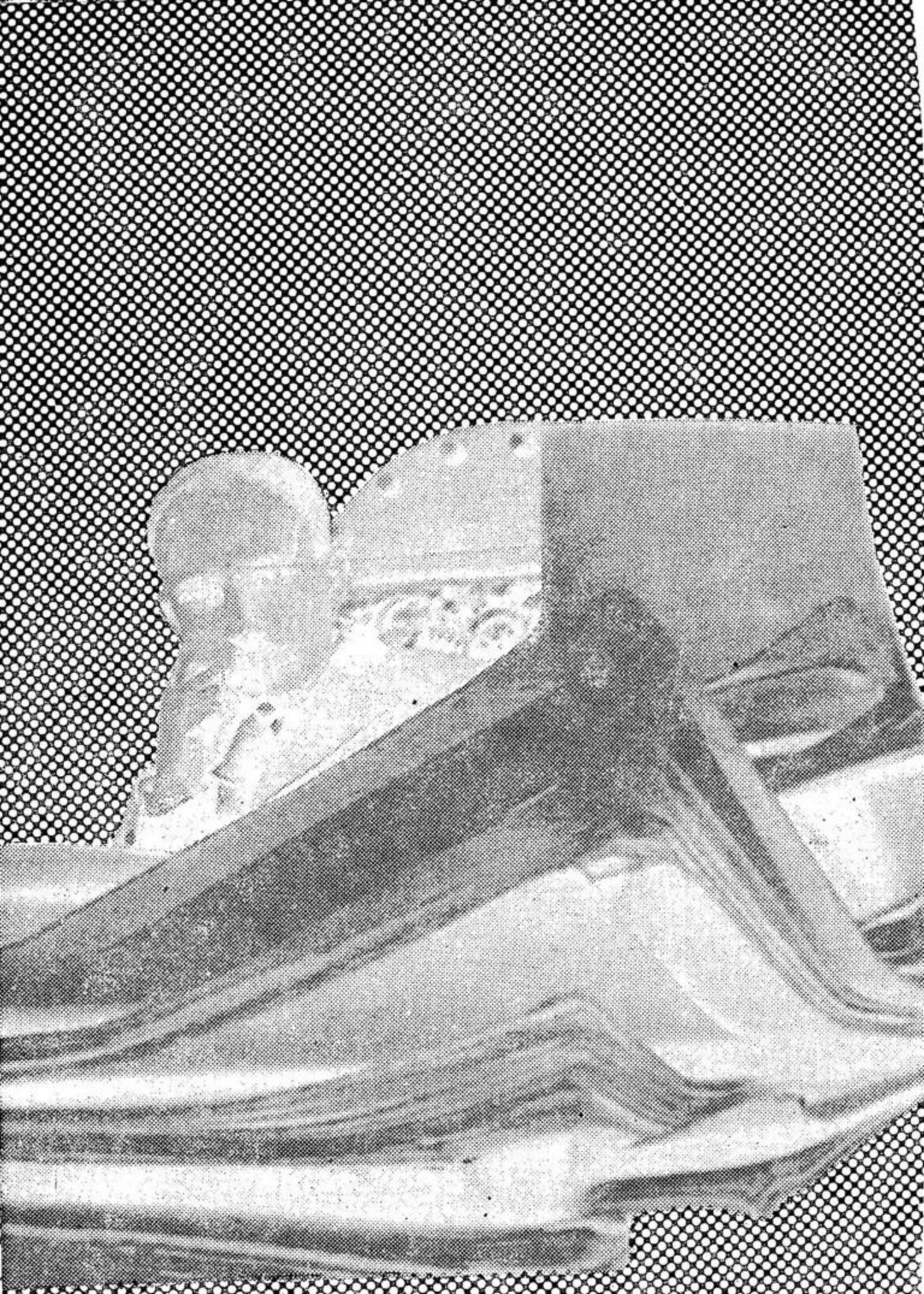
	4	PRESENTACION
Ramón de Armas	7	LA REVOLUCION POSPUESTA
Pedro Pablo Rodríguez	120	LA IDEA DE LIBERACION NACIONAL EN JOSE MARTI
José Martí	171	TEXTOS
Francisco Leal Buitrago	222	POLITICA E INTERVENCION MILITAR EN COLOMBIA

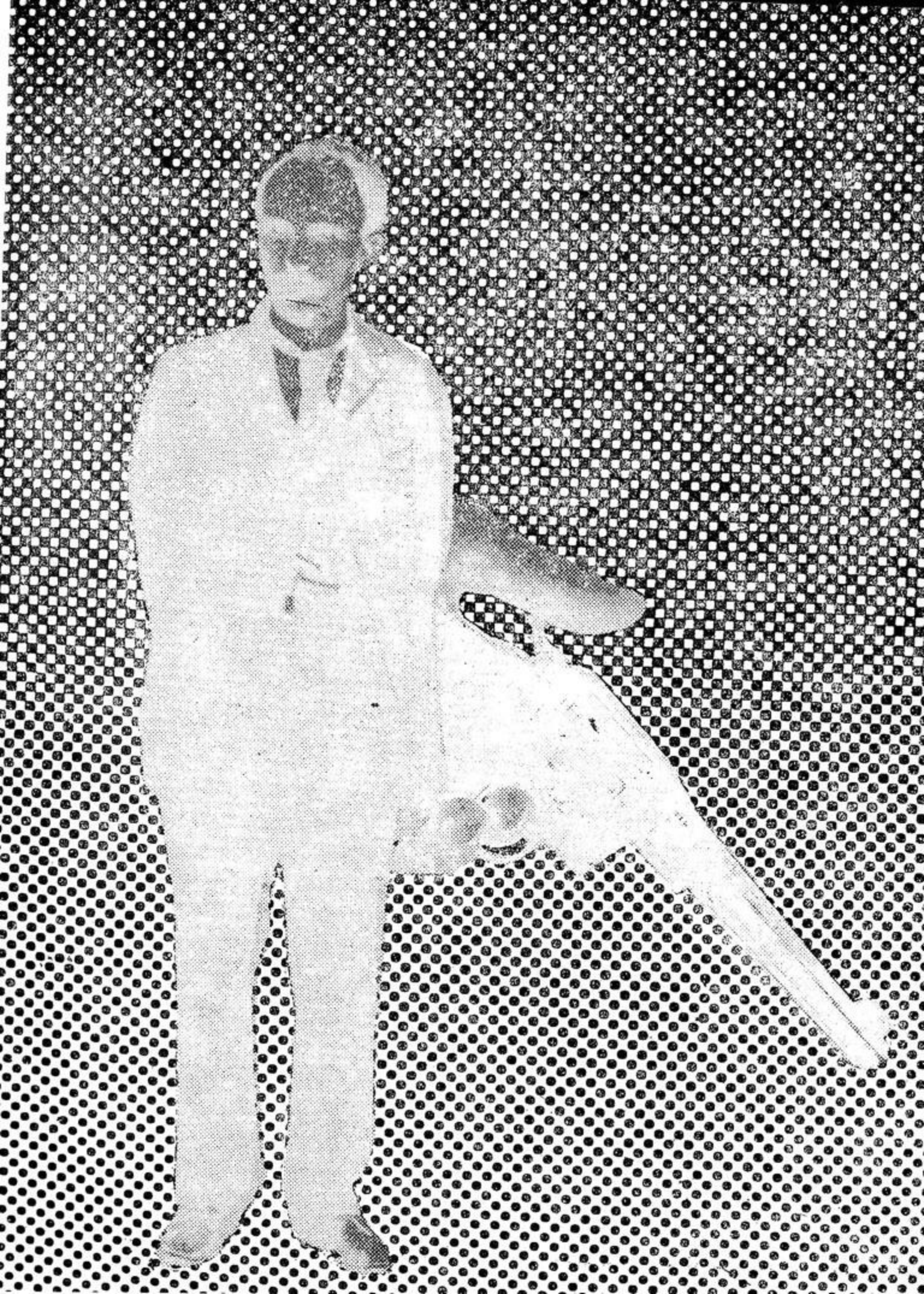
CENTENARIO DE LA COMUNA DE PARIS

		PRESENTACION
Carlos Marx	276	SOBRE LA COMUNA
Federico Engels	286	SOBRE LA COMUNA
V. I. Lenin	291	CARTAS DE MARX A L. KUGELMANN

NOTAS

Bannin Garret	300	LA NUEVA COLONIZACION DE TAILANDIA
	314	AUTORES





Por numerosos caminos encuentra un pueblo en revolución su raíz y su expresión nacional; éstos van desde la guerra revolucionaria hasta la investigación e interpretación históricas. En cada etapa de la lucha cubana por la liberación nacional y el socialismo se ha puesto a la orden del día la necesidad ideológica de integración de los aspectos de la cultura existente que resultan positivos, con la urgencia de cambio que propone la nueva cultura y la vanguardia que la impulsa. Los problemas de esa difícil combinación están entre los más importantes que deba resolver la dictadura del proletariado.

La contribución individual más grande a la cultura política cubana antes de la revolución actual está constituida por el pensamiento y la actuación de José Martí: por su honda comprensión del alcance imprescindible a la empresa de hacer la nación independiente —la liberación nacional más que la independencia, por tanto la república promotora del desarrollo de los factores sociales del país y la liberación de la neocolonización norteamericana—; de la fundación mediante la guerra revolucionaria que sería la escuela de los ciudadanos; del partido para hacer viable la guerra y la revolución; de la necesidad y las razones para la unión de los pueblos latinoamericanos. Martí promueve una elevación tal de la nación cubana sobre sus circunstancias, que sólo la revolución de liberación nacional y socialista contemporánea puede plantearse completar y superar su proyecto.

De ahí que la teoría que inspira las trasformaciones actuales, el marxismo leninismo, tenga dos deberes ante Martí: relacionarse con su significación en la continuidad histórica de la nación, y analizar teóricamente su pensamiento y sus circunstancias. En realidad son dos

aspectos de la forma actual de asumir a Martí; todos los momentos significativos de la cultura cubana de este siglo han debido integrarlo a su visión de Cuba y, a la vez, la manera en que ha sido asumido contribuye al juicio que podemos hacernos acerca de los movimientos que lo han interpretado.

Los fusiles del Moncada convirtieron la celebración mentirosa del centenario martiano en una convocatoria revolucionaria, y Fidel Castro proclamó la culpa —esto es, la vigencia— del Maestro en la conciencia de los asaltantes. En adelante, Martí estuvo en la guerra, las proclamas, las campañas educacionales, los discursos, las movilizaciones de la revolución socialista e invocándolo se dirigieron a los pueblos de América Latina las Declaraciones de La Habana *y el* Mensaje a los pueblos *del Che. La pertenencia ideológica a una revolución en el poder que lucha por el avance hacia el comunismo en las circunstancias de Cuba hoy, tiene una significación precisa y plantea exigencias al análisis marxista de Martí —de nuestra historia y nuestra cultura— y la utilidad que el mismo puede tener para nuestra educación revolucionaria.*

En su sentido más estrictamente teórico creemos que se trata del estudio riguroso y la divulgación de los procesos históricos y la valoración de las ideas en sí mismas y en su carácter de componente actuante de una realidad histórica determinada, sin fiar su importancia actual a ciertas «aproximaciones» que, pareciendo útiles, más bien estorban el camino de una asunción plena de Martí.

Al presentar algunos textos martianos y dos trabajos de análisis del pensamiento de Martí y de las circunstancias y el desarrollo de la revolución del 95, aspiramos a contribuir en algo al desarrollo de estos estudios.



RAMON DE ARMAS

LA REVOLUCION POSPUESTA: DESTINO DE LA REVOLUCION MARTIANA DE 1895

NOTA INTRODUCTORIA

Como constante, como línea continua que da unidad al período todo de la última década del XIX cubano y a los años del surgimiento neocolonial de Cuba —para mantenerse ya en la historia republicana—, aparece la supervivencia ininterrumpida y la hegemonía sostenida de todas las variantes y modalidades de la reacción y el conservadurismo políticos y económicos —a veces desde el poder; a veces fuera de él. Ello, a pesar de años de guerra prolongada durante la segunda mitad del siglo, y a pesar del poderoso movimiento revolucionario que —iniciado en el propio fracaso de la guerra de 1868-78— toma posteriormente cuerpo y concreción alrededor de la figura cimera de su máximo organizador e inspirador: José Martí.

Si dejamos a un lado el integrismo español —que si bien no ejerce **oficialmente**[1] el poder, sí lo utiliza y orienta en interés propio y toma como base de su fortuna ese usufructo—, reformismo, autonomismo, anexionismo e intervencionismo son sólo modalidades más o menos intensas de una misma línea conservadora que se penetra en la República y la da a luz como entidad política al servicio de una misma y única función productora y de un mismo y único sector de la burguesía cubana que —con sus inevitables altas y egresos— se mantiene en el disfrute de la riqueza, si bien no siempre en el ejercicio del poder ni en el usufructo absoluto de la propiedad.

Los grupos de la burguesía cubana que resultaron hegemónicos en todo el período y que lograron la imposición o preponderancia de su política, adoptaron en distintos momentos todas las diversas posturas —a veces, contrapuestas— desde las cuales podían garantizar la supervivencia de sus intereses y, con ellos, la propia superviviencia como tales grupos.

Así —y sin pretender reducir a cero las desavenencias y divergencias inevitables entre sí mismos, ni su necesidad, también inevitable, de grandes concesiones—, los intereses que habían de prevalecer en la República, y la política que a ellos responde, se afilian:

1. Con España —desde posiciones bien reformistas, bien autonomistas (insistimos en que no consideramos la po-

[1] Ver: Manuel Romero Rubio; **Discursos;** «La Tipografía», La Habana, 1898; pp. 74-75, 115-16.

sición integrista o verdaderamente **española,** de la cual precisamente se desgaja, en su momento, el reformismo).

2. Con Estados Unidos —desde posiciones bien anexionistas, bien intervencionistas, o bien en aceptación de garantías norteamericanas sobre una autonomía a conceder por España.

3. Con la independencia —y en contra de la anexión, y aun de la intervención norteamericana.

Ha sido esa su forma de sortear los peligros; su modo de sobrevivir y conservarse. Porque son más de uno los peligros, y son más de uno los obstáculos. De un lado, España: la soberanía española absoluta sobre la colonia, con sus imposiciones e impuestos, sus aranceles, sus limitaciones al comercio y a la producción, su importación obligada; y principalmente, con su gobierno de peninsulares recién llegados, sus comerciantes y banqueros favorecidos, sus refaccionistas, que han logrado concentrar en sus manos una buena parte de la riqueza cubana sobre todo en las zonas azucareras históricamente menos vinculadas al comercio con los Estados Unidos: todo el núcleo azucarero del occidente y sur de La Habana, donde la propiedad de criollos ha ido cayendo de modo sensible, en las últimas décadas del siglo, en manos del refaccionista o financiero español.

España, sin embargo, más que un peligro es un obstáculo, en cuanto a las circunstancias mencionadas. Eliminadas éstas total **o parcialmente** en las condiciones a que aspira el programa autonomista (París siempre cuesta una misa), bien vale la hegemonía productora que se detenta —y a la que el propio desarrollo de la producción de la colonia inevitablemente conduce— la sumisión, quizá no totalmente inconveniente, a la soberanía y al gobierno colonial españoles.

Porque, en el otro extremo, está la insurrección. Y desde mediados de la década del 70 son demasiado conocidos en la colonia los efectos de la guerra sobre la producción azucarera de la mitad oriental de la isla —la misma producción de la que depende la vida económica toda (salvo, quizá, el tabaco pinareño) del occidente colonial. A la guerra —a la insurrección generalizada— se le teme en Occidente en la misma medida en que se sabe de los resultados de ésta

para el azúcar de Trinidad,[2] y en la misma medida en que la devastación oriental permitió por su magnitud, y a sabiendas de éstos, el enriquecimiento ilimitado y el lucro de los productores occidentales. Salvo gloriosas excepciones de entrega patriótica a la causa independentista, la burguesía azucarera occidental hizo, de la guerra del 68, su mayor negocio —absorbiendo y aun superando la producción total anterior de la colonia. Desde entonces, la guerra en su propio territorio será el peor peligro al que pueda enfrentarse la producción azucarera occidental.

Quince años atrás, en 1874-75, la destrucción de zonas azucareras de Las Villas y la intención de marchar sobre Occidente en nuestro primer intento de invasión, provocaron la aversión de la burguesía azucarera, marcó el verdadero comienzo occidental, condicionaron —con éste y otros factores— la frustación de la insurrección del 68 y dieron eventualmente origen, a los pocos días del Zanjón, a la oficialización de la transacción «liberal» criolla: el autonomismo antindependentista. Ahora, a las puertas de la década del 90, en pleno proceso de tecnificación de la producción azucarera y con las perspectivas de reforma que los cambios políticos de la Metrópoli ofrecen, la lucha puede, para ellos, centrarse exitosamente alrededor de la posibilidad de comercio con los Estados Unidos, y la insurrección puede —y debe— ser estigmatizada.

Se teme, entonces, al peligro de destrucción implícito en la **insurrección** —y tendremos la oportunidad de ver cómo éste no pudo ser conjurado esta vez, llevando su aceptación como hecho consumado a cambios radicales de actitud por parte de la burguesía azucarera cubana.

Pero, por sobre todas las cosas, se teme a la **revolución.** La literatura de la época identifica los términos (insurrección, revolución), y lo hace quizá con una dosis alta de intencionalidad. Demasiado disparejas han quedado las diferentes zonas de Cuba —de evolución económica, política y social verdaderamente divergentes— después de la Guerra de los diez años, como para que una insurrección pudiera no tener otro fin y otra meta que la independencia respecto a España. Demasiado evidente es ya el empobrecimiento de la población

[2] En la región de Trinidad se da el primer caso de surgimiento —como consecuencia de la ruina de sus antiguos dueños cubanos— de ingenios **centrales** de propiedad norteamericana que absorben la producción cañera de regiones completas.

colonial— en particular en la provincia de Oriente, donde resultan impotentes los paliativos urgentes del Gobernador español,[3] para que pueda supornérsele conservadurismo alguno. Y sobre todo, demasiado importantes han sido la prédica y la acción revolucionarias de Martí y el Partido Revolucionario Cubano, para que puedan disolverse, sin consecuencias, en un ideal pura y limitadamente independentista.

Hay perfecta conciencia de que si bien la **insurrección** es contra la metrópoli, la **revolución** es contra la estructura colonial, contra el ordenamiento y espíritu coloniales —en una palabra: contra la colonia. Esta última circunstancia determina, como veremos después, que la guerra que prepara y propugna Martí en 1895 esté, de hecho, preñada de dos soluciones revolucionarias: la que podía haber producido la dirección de Martí, y la que podía haber dado una potencial burguesía nacional cubana. Y esté, también, preñada de una solución contrarrevolucionaria: el reforzamiento y reafirmación de la estructura colonial existente —bien como colonia o bien como neocolonia, que no son aún evidentes las opciones que ofrece la época— a manos de las fuerzas tanto cubanas como extranjeras que tienen en ella la condición de su existencia. La solución a favor de una de las tres alternativas, y la viabilidad histórica de unas y de otras, viene desde luego dada por circunstancias cubanas e internacionales que condicionan, como también veremos, las posibilidades vigentes para cada opción.

No es posible determinar en qué medida son conocidos entre los productores cubanos y sus ideólogos los puntos que pudiéramos llamar programáticos de la política revolucionaria de Martí. La historiografía cubana no lo ha determinado aún, y está pendiente la tarea —ya no solamente historiográfica— de determinar la penetración y divulgación del pensamiento martiano tanto en el período de guerra como en la iniciación de la república neocolonial. Sí consta, sin embargo, que se conoce suficientemente el Manifiesto de Montecristi —resumen de ideas fundamentales. Y consta que se conoce, sobre todo —y quizá demasiado bien— que no es la independencia el límí-

[3] Ver informe de febrero 23 de 1895 del Cónsul General de los Estados Unidos en Cuba, en: José Ignacio Rodríguez; **Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América;** «La Propaganda Literaria», La Habana, 1900; pp. 288-89. Ver también: Eliseo Giberga; **Obras** t 3, «Rambla, Bouza y Ca.", La Habana, 1931; p. 183.

te del movimiento revolucionario; que sus parámetros se ubican más allá de la simple sustitución de soberanía. La mejor prueba de ello posiblemente viene dada en el interés expreso de los voceros de la reacción cubana por considerar como ya logrado, una vez terminada la contienda, el ideal «revolucionario»; y por pasar sin dilaciones al restablecimiento inmediato y al respeto de «cuanto hay de fundamental en el orden social histórico que aquí existe».[4]

Pero no se trata aquí, sin embargo, de eso: nos interesa analizar los cambios de postura política de la burguesía cubana en su conjunto, y de la burguesía azucarera en particular, sólo como modo de llegar a calibrar el alcance y las posibilidades del movimiento revolucionario que da origen a la insurrección armada de 1895. Con el rejuego político de la burguesía cubana cuenta Martí para la expulsión del poder colonial español —premisa inexcusable de la revolución que inicia y de las trasformaciones que propugna. Y es por ello que son importantes sus posturas y filiaciones, en la determinación de la viabilidad o no viabilidad de la revolución martiana de 1895. Su importancia no viene dada, desde luego, por la conciencia que de esto último pueda haber tenido la clase que habría internamente de impedir esa revolución, y que —por la cualidad conservadora que su propia condición de económicamente hegemónica le impone— habría inevitablemente de agitarse y revolverse (aun intuitivamente) contra **todo** movimiento que pudiera de un modo u otro poner en peligro o modificar su mencionada condición. Su importancia viene dada, precisamente, por la conciencia que de esa viabilidad o no viabilidad tenga Martí en su comprensión de la coyuntura americana que le es contemporánea —por cuanto es esa conciencia, en nuestra opinión, la que determina el alcance de la revolución que propugna; y las fuerzas a las que apela y por las cuales actúa. Y —sobre todo— es esa conciencia la que determina el alcance de su **disposición** de apadrinar y dar cabida a las medidas más radicales (y no limitadas ya por sus presupuestos liberales originarios), consecuentes con su búsqueda de una solución definitiva —limitada solamente por su imprescindible ajuste a las necesidades reales, y a las realidades, del país— al grado extremo de desequilibrio y desigualdad alcanzado dentro de la sociedad cubana, y al desabrigo y desposesión de las mayorías nacionales.

[4] Eliseo Giberga; **op. cit.,** t. 2; pp. 348-49.

Del mismo modo, no nos interesa determinar —aunque en este caso sea conocido— el grado de conciencia del naciente imperialismo norteamericano respecto a las posibilidades del cambio de estructuras propugnado. Nos interesa, otra vez, la genial comprensión (y en modo alguno «intuición») por parte de Martí sobre lo que esta nueva fuerza significa no solamente como elemento inhibitorio o desactivante de toda aspiración a transformaciones nacionales radicales, sino como elemento propulsor, instigador y —en la medida en que le es necesario— impositor, de una reafirmación de las estructuras heredadas de la colonia y de las funciones productivas que originariamente correspondieron a —y fueron asumidas por— la parte antes española de América, y cuya subsistencia y perfeccionamiento son condición inevitable de la nueva evolución capitalista (imperialista) a que necesariamente se lanza y de buen grado acepta, en la frontera de ambos siglos, la vecina nación.

Es nuevamente en Martí donde la conciencia de esa viabilidad o no viabilidad puede venir, en nuestra opinión, a darnos la insospechada medida de su profundidad revolucionaria, de su genialidad analítica —y la explicación de su trascendencia y vigencia, que se penetran en el siglo y se realizan solamente al engranar con la única solución revolucionaria —ya marxista— posible para nuestra América actual. En el caso particular de Cuba —y aunque ello no pertenece al tema del presente trabajo—, esa continuidad y penetración vinieron dadas y fueron reafirmadas por los fracasos revolucionarios de la década del treinta y por el triunfo definitivo de 1959.

En el intento por fundamentar, en la medida de nuestras posibilidades, estos argumentos, recurrimos tanto al análisis de la coyuntura latinoamericana general, y cubana en particular, desde una óptica contemporánea, como a un intento de reconstruir —a través del propio Martí— su análisis de las circunstancias de la época y las trasformaciones que en función de ellas propugna. Con ello, pretendemos solamente esbozar una perspectiva de las que en nuestra opinión pueden constituir las directrices de una investigación contemporánea del pensamiento de Martí, y de nuestro pasado revolucionario nacional.

No obstante sus insuficiencias inevitables, dejamos con el presente trabajo el homenaje respetuoso a la trascendencia creciente de nuestro apóstol, y a los que con él condicionaron e impulsaron desde tan temprano nuestra realidad revolucionaria actual.

LA COLONIA QUE HA SOBREVIVIDO EN LA REPUBLICA

Con los distingos y diferencias que caracterizan e individualizan en mayor o menor medida a cada una de ellas, el modelo de estructura vigente en América Latina al nacimiento de las repúblicas independientes tiene validez común para el conjunto.[5]

Durante el largo período que abarca desde su conquista y colonización en el siglo XVI hasta los finales del siglo XVIII, los territorios coloniales españoles de América han ido constituyéndose en parte integrante de un sistema internacional de relaciones mercantiles que —ligado al avance de la producción capitalista europea— se ha definido como un mercado mundial en desarrollo. Su propia inclusión violenta en la vida económica europea —mediante el Descubrimiento— ha servido de base a la conformación de ese mercado mundial. Y de economías centradas alrededor de la extracción de metales preciosos que nutren el desarrollo europeo, las colonias hispanoamericanas han devenido economías productoras para la exportación de aquellas materias primas y productos naturales que Europa demanda, y se han convertido, además, en significantes mercados de consumo para la producción de artículos manufacturados europeos.

Basada en la propiedad latifundiaria de la tierra, la función productora para la exportación nuclea a su alrededor a terratenientes ya criollos y a una burguesía comerciante importadora y exportadora —de criollos y españoles—, mientras van surgiendo los asomos de una burguesía «industrial» —o su equivalente en la época— que prepara rudimentariamente las materias primas para ser exportadas.

El mercado interno —limitado o inhibido por la distribución latifundiaria de la tierra— se nutre principalmente de productos manufacturados metropolitanos e ingleses, que llegan a la colonia a través de la organización monopolística comercial española. Se comercia además, directamente, con la noción que ha alcanzado el mayor desarrollo en la época: se comercia, de contrabando, con los ingleses.

[5] Las ideas que se exponen a continuación respecto a esta estructura y sus implicaciones para la sociedad latinoamericana de la época, pueden hallarse, más detalladas, en: **La burguesía latinoamericana: aspectos de su evolución; Pensamiento Crítico,** No. 36, enero 1970, La Habana.

Conjugados, todos estos factores han condicionado un grado de desarrollo en extremo incipiente —y dependiente— del artesanado, la pequeña burguesía, la burguesía comerciante interna y el campesinado. Internamente, el lugar que correspondió a las colonias hispanoamericanas en la distribución internacional del trabajo determinó el predominio económico de las clases que producen para la exportación.

Después de removido con la insurrección de todo el continente el status político colonial que entorpece y atrofia la principal función productora, el poder es ejercido por las clases que tienen en sus manos la producción. Ello condiciona que la revolución política a través de la cual se afirma el capitalismo en las antiguas colonias españolas no haya estado en condiciones de —ni se haya planteado como objetivo— solucionar la cuestión fundamental: la cuestión agraria.

Los grupos que ocupan el poder no solamente no están interesados en una transformación radical de la estructura económica colonial basada en la propiedad latifundiaria sobre la tierra, sino que están absolutamente en contra de cualquier modificación en la misma. Su objetivo en este plano ha sido, precisamente, aumentar y consolidar su predominio económico mediante la toma del poder político; poner toda la organización social que ahora dominan, en función de la estructura productora en la que basan su existencia como clases. Fueron, para Martí, «la oligarquía que en la independencia sólo vio el modo de despojar a los españoles del poder, para sentarse, sobre el lomo de la patria recién nacida, en los sitiales de cordobán vacíos».[6]

No solamente no es eliminada la propiedad latifundiaria sobre la tierra después de alcanzada la Independencia, sino que se desarrolla aún más el latifundio en las nuevas repúblicas latinoamericanas.[7] En toda la América Latina, «durante el siglo XIX los grandes latifundistas recibieron tanta tierra como durante los tres siglos precedentes».[8] Y con la eliminación del monopolio comercial español, la

[6] José Martí; **Obras completas,** t. 8; Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-5; p. 254, 1894.

[7] José Carlos Mariátegui; **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana;** Casa de las Américas, La Habana, 1963; p. 34.

[8] L. Duggan, **The Americas;** p. 13. Citado por: William Z. Foster; **Esbozo de una historia política de las Américas;** Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1963; p. 168.

implantación del librecambio y la remoción de intermediarios en las relaciones con el capitalismo europeo, para las nuevas repúblicas se acentúan y se agravan, de hecho, las especificidades de las estructuras económicas surgidas en el período colonial.

Muy por el contrario, las nuevas circunstancias latinoamericanas han traído una verdadera avalancha de artículos manufacturados europeos, —principalmente ingleses—,[9] producto de una fase más alta en el desarrollo del modo capitalista de producción a la cual nutre la propia producción latinoamericana para la exportación. Esta importación ha llevado a la ruina a aquella pequeña producción artesanal —en muy pocos casos, manufacturera— que como germen de una burguesía productora para mercado interno había logrado asomar, incipientemente, durante el período colonial (y a causa, fundamentalmente, de la debilidad industrial de España). Al mismo tiempo, la posesión latifundiaria de la tierra (con un grado máximo de explotación del trabajador rural) y la consiguiente ausencia de la pequeña propiedad agrícola indispensable a la formación de un amplio mercado interno, determinan igualmente que la producción para este último —restringido y de escasas posibilidades de consumo—, no pueda constituir un área de inversión lucrativa.

Y la posibilidad inmediata de inversión que se ofrece entonces al capitalista latinoamericano —al inversionista real y concreto, que busca la obtención de las mayores ganancias posibles— ni rompe ni se sale de la estructura heredada: el desarrollo latinoamericano debe ahora ceñirse al camino de la elaboración industrial de las materias primas de exportación. Las opciones son, fundamentalmente, dos: exportación de materias primas sin elaborar, a Inglaterra, o exportación de materias primas con algún grado de elaboración a otros países europeos.[10]

De ese modo, la problemática vigente en la América Latina durante el siglo XIX no está referida, entonces, a la condición **política** colonial ya superada: se trata, más bien, de una ubicación subordinada y dependiente en la red de relaciones en que quedan engarzadas las nuevas repúblicas latinoamericanas dentro del sistema capitalista mundial. Se trata, más bien, de una estructura económica y social

[9] Mariátegui, **op. cit.;** pp. 6-7.

[10] Ver, por ej.: Hernán Ramírez Necochea; **Historia del imperialismo en Chile;** Ed. Revolucionaria, La Habana, 1966; pp. 80-92.

que, basada en el latifundio y en la producción para la exportación, impide el desarrollo interno de una producción nacional para un mercado nacional —y genera, constantemente, dependencia.

Es **dentro** de estas circunstancias estructurales —y muy pocas veces aún **en contra** de ellas— que están teniendo lugar en las últimas décadas del siglo, bajo distintos ropajes políticos, movimientos más radicales que los constantes choques armados entre caudillos y entre partidos que han caracterizado el acontecer político de las repúblicas. Y es esta la problemática a que se encara Martí en su condición de revolucionario latinoamericano.

Martí no hace —ni pretende hacer— **teoría** económica, ni **teoría** política. Julio Antonio Mella —sin prever que también se definía a sí mismo en ella— lo ha definido en su función: «El, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación de un momento dado».[11] La crítica y la acción revolucionarias de Martí son respuesta a las preguntas que la realidad continental plantea: **qué tipo** de sociedad padece América; **qué tipo** de transformación hay que abordar en la tarea. Y dónde y cómo captar los brazos y voluntades para hacerla.

«El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu». «La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros... por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia».[12]

Bajo el estilo y bajo la forma —el estilo y la forma geniales— en que interpreta y trasmite aquella necesidad social de transformación, van tomando concreción y se hacen perfectamente distinguibles los conceptos con que aborda el análisis de la realidad latinoamericana. Y el concepto de **república** —central en Martí en la medida en que la república es problema central de nuestra América— aparece desde el inicio de su obra como un concepto englobador, totalizador, que excluye la superimposición artificial de formas nuevas sobre estructuras viejas.

[11] Julio Antonio Mella; **Ensayos Revolucionarios;** Ed. Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960; p. 91. Ver sobre el tema: José Antonio Portuondo; **Introducción al estudio de las ideas sociales de Martí;** «Vida y pensamiento de Martí», v II; Municipio de La Habana, 1942; p. 227-29.

[12] Martí, **op. cit.,** t. 6; p. 19 (1891).

Por una parte, las connotaciones políticas: «...como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República... [como] los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra... con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico». La república excluyó al indio, al negro, al campesino, cuando «el genio hubiera estado en hermanar» y la necesidad es de incluir al excluido, de «ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado». «Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. «¿Cómo somos?» se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son... Las levitas todavía son de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América».[13]

Entre los giros literarios brillantes, entre las modalidades éticas presentes —porque apela a sentimientos y porque invoca voluntades— en toda la obra de Martí, el análisis desemboca en la conclusión medular, cargada de realidad y objetivismo, de «que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república».[14]

De ese modo, a la constitución colonial heredada y superviviente que las formas políticas importadas no lograron erradicar, contrapone formas políticas propias —formas republicanas autóctonas— que surjan del conocimiento y de la conjugación de los elementos especí-

[13] **Ibid**, pp. 19-20.

[14] **Ibid**, p. 21.

ficos del país. Pero, en Martí, la superación de la organización política colonial —o sea, la instauración de la república— va necesariamente vinculada a la modificación de la estructura económica en que se asienta. Ambas se interrelacionan directamente, impulsándose o sujetándose mutuamente.

En el México reformado que inaugura Juárez, «nos parece, aunque, acaso... no se vea por todos tan claro, que la nueva era económica... comenzó con la extinción del Imperio, esto es, con la victoria definitiva sobre los mantenedores de la oligarquía teocrática en México»[15] —victoria que dio paso a una época de surgimiento y progreso económicos en que ya «el gobierno, puesto al lado del pueblo, se ocupa en abrir puertas a las industrias y los cultivos; y no, como otros, en cerrarlas.»[16] Porque, una vez liberado el hombre en México de la sumisión teocrática, quedaba aún en pie aquella organización o «disposición, meramente económica», aquella «desigualdad entre las demandas legítimas de la vida... y los medios de satisfacerlas», dentro de la cual el mexicano no podía hallar «instrumentos para su actividad, ni perspectivas para sus deseos, ni cauce para sus labores, en el cultivo rutinario, trabajoso, poco remunerativo, de tierras alejadas de los grandes mercados, ni en el servicio de industrias raquíticas y contrahechas, ni en un comercio ajeno y sórdido, no bien visto en el país por ir manchado de un descarado empeño en obtener de la tierra más provecho que el natural y honrado». Y se intentaba «hacer pasar por sacudimientos políticos lo que no era más que desarreglos económicos.»[17]

Junto con las libertades políticas todas de la democracia burguesa, que la Independencia latinoamericana no estuvo en condiciones de instaurar y esperaban entonces su momento de vigencia, la condición de república engloba, para Martí, aquellas estructuras que para él son igualmente diferenciantes: la organización o disposición económica existente. La república está contrapuesta a la colonia, como estructuras diferenciadas.

Para Martí, que escribe en las dos últimas décadas del XIX semicolonial latinoamericano, parece estar llegando a saludable culmin

[15] **Ibid,** t. 7; p. 23 (1883).

[16] **Ibid,** p. 25.

[17] **Ibid,** pp. 22-23.

ción el proceso de gestación de las repúblicas. Se anuncia una época en que ya «el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo...»[18] a la definitiva constitución republicana.

En la semicolonia, los «hombres de espíritu antiguo», los caudillos, «los enconados hombres de antaño, amigos de casas solariegas y privilegios patriarcales», que ya ceden al «espíritu joven» de la república; «al notable decoro y generosa influencia que trae consigo el ejercicio reposado de la libertad».[19]

A esta república que ya culmina su gestación en América Latina pertenecen los hombres de «méritos sólidos y silenciosos...: empresarios osados, hacendados innovadores, creadores de ferrocarriles, ajustadores de tratados, movedores de fuerzas, constructores».[20] Son, y hay que señalarlo, **los únicos posibles agentes del desarrollo** en la América Latina contemporánea a Martí, dentro de las circunstancias determinadas por la ubicación y las funciones de la producción latinoamericana en la red de relaciones del sistema capitalista mundial.

Es este, en efecto, el período (después del inicio de la exportación de capitales en la década del 70 por Inglaterra) en que las relaciones financieras sustituyen a las meramente mercantiles, al mismo tiempo que tiene lugar un cambio radical del carácter de los medios de producción que desarrollan las dos naciones industriales que la siguen: aparatos y maquinarias eléctricos, nuevos combustibles y productos químicos, medios de comunicación y de transporte. Necesitadas de nuevos renglones de la producción latinoamericana, se inicia una época de inversión directa o de financiamiento en áreas de comunicaciones, transportes, energía, nuevas extracciones minerales, diversificación de exportaciones o sustitución de las antiguas e, incluso, industrialización parcial de producciones hasta entonces naturales destinadas a la exportación.

Parece estar cediendo, ante ese empuje, «la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera»[21], y **la estructura colonial**

[18] **Ibid,** t. 6; p. 17 (1881).

[19] **Ibid,** p. 23 (1883).

[20] **Loc. cit.**

[21] **Ibid,** t. 4; p. 95 (1895).

conocida por Martí parece llegar a su fin, mientras que entra la América Latina, en su conjunto, en una nueva fase de su desarrollo que —no puede perderse de vista— representa en la época, efectivamente, un salto en el desarrollo de **nuestro** capitalismo peculiar. Así consta en Martí: ha llegado para América Latina «su hora de desarrollo», «lo mejor de su juventud». «Se está en un alba, y como en los umbrales de una vida luminosa».[22] «Academias de indios; expediciones de cultivadores a los países agrícolas; viajes periódicos y constantes con propósitos serios a las tierras más adelantadas; ímpetu y ciencia en las siembras; oportuna presentación de nuestros frutos a los pueblos extranjeros; copiosa red de vías de conducción dentro de cada país, y de cada país a otros; absoluta e indispensable consagración del respeto al pensamiento ajeno; he ahí lo que ya viene, aunque en algunas tierras sólo se le ve de lejos; he ahí puesto ya en forma el espíritu nuevo».[23]

Tras el ascenso doloroso a lo largo del siglo semicolonial, parecen estarse forjando finalmente las premisas internas del surgimiento de **la república** en la parte nuestra de América. Y «los países americanos, llenos de hijos vehementes... harán revoluciones agrícolas y mercantiles con la misma prisa, generosidad y brillantez con que han estado haciendo revoluciones políticas».[24] «Nuestra América ha entrado en la era industrial».[25] Y es precisamente en esta coyuntura continental donde habrá de demostrarse en todo su alcance la magnitud revolucionaria y el enraigamiento latinoamericano del pensamiento de Martí.

No es este el lugar para plantearnos la realización de un rompimiento conciente en Martí con su liberalismo originario.[26] Sí es necesario resaltar que —en su doble condición de colonizado y de neocolonizado— sus postulados liberales iniciales han tenido que explicarse a sí mismos, primero, el enfrentamiento entre la república cubana y la española; [27] y entre la república cubana y la norteamericana, des-

[22] **Ibid,** t. 6; p. 24 (1883).

[23] **Ibid,** p. 25 (1884).

[24] **Ibid,** t. 7; p. 411 (1884).

[25] **Ibid,** t. 8; p. 21 (1886).

[26] Ver, al respecto, el análisis de Pedro Pablo Rodríguez, **La idea de liberación nacional en José Martí,** en este mismo número.

[27] Martí, **op. cit.,** t. 1; pp. 89-111 (1873).

pues. El área donde Martí puede hallar sus propias respuestas y soluciones sólo puede pertenecer a uno de dos campos: la utopía, o la ruptura del marco liberal. Más abajo tratamos de aventurar algún criterio al respecto. Pero es necesario dejar, aquí, constancia de su propio testimonio: «En Europa, la libertad es una rebelión del espíritu; en América, la libertad es una vigorosa brotación. Con ser hombres, traemos a la vida el principio de la libertad; y con ser inteligentes, tenemos el deber de realizarla. Se es liberal por ser hombre; pero se ha de estudiar, de adivinar, de prevenir, de crear mucho en el arte de la aplicación, para ser liberal americano».[28] (Cuando esto escribe, a los 24 años, Martí está comenzando apenas una obra que aún habrá de prolongarse por veinte años más.)

La concepción de nuestras realidades como diferentes en origen y en evolución a las de otros pueblos está gravitando perennemente en la óptica martiana y en las soluciones que propugna. Es la constante fundamental del pensamiento de Martí y la determinante básica de su acción política. Es, también, su principal diferenciante. De ahí su trascendencia —y de ahí sus potencialidades: **la búsqueda por Martí de soluciones propias habría de llevarlo a todas las instancias que la especificidad latinoamericana le exigiera.** Sentado esto, podemos continuar con el análisis de la profundización de Martí en estas especificidades.

No será en nuestra América espontáneo el desarrollo al que parece estar apuntando. «Nuevo es el problema americano, y más difícil que otro alguno, pues consiste en unir de súbito, lo cual no puede ser sino de modo violento, los extremos de la civilización, que en todo el resto de la tierra se ha venido naturalmente edificando».[29] De nuestra historia original, nos viene que «hay tres siglos que hacer rodar por tierra, que entorpecen aún nuestro andar con sus raíces, y una nación pujante y envidiable que alzar, a ser sustento y pasmo de hombres».[30] Y porque «ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma»,[31] nuestra condición es muy diver

[28] **Ibid.**, t. 7; pp. 349 (1876).

[29] **Ibid.**, t. 8; p. 187 (1884).

[30] **Ibid**, t. 7; p. 209 (1881).

[31] **Ibid**, t. 8; p. 244 (1884).

sa de la de los «pueblos industriales»: somos —y se está refiriendo Martí a nuestra condición económica— «sociedades nacientes», o «pueblos nuevos», o «pueblos forzosamente embrionarios».[32] Somos, en el aparato conceptual de Martí, lo que en el aparato conceptual contemporáneo a nosotros llegaría a designarse con el nombre genérico de «países subdesarrollados».

En consecuencia con sus premisas, la valoración de un hecho económico será distinta según se trate de la América nuestra, o de la otra.

Proteccionismo y librecambio, industrialización, convenios comerciales, tratados,[33] adquieren para Martí connotaciones positivas o negativas y son propugnados o rechazados, según se trate —en efecto— de nuestros «países nuevos» o de ajenos «países industriales».[33a]

En la América hispana, entonces, lo necesario es repartir y distribuir, para impulsar y desarrollar. Donde ya esto se ha hecho —aunque sea parcialmente— «elógianse las leyes sobre distribución de los terrenos, como si ya los pueblos comprendieran que la distribución de la propiedad, y el cambio de las tierras estériles en productivas, aunque lastime preocupaciones de partido y añosos intereses tradicionales, es causa inmediata de la riqueza del país». Allí donde «el Supremo Gobierno pone la activa mano en el establecimiento de graves reformas sociales, con urgencia reclamadas», allí son bienvenidos «esos decretos que reparten tierras; esas leyes que aderezan para el cultivo las extensiones...; la creación de escuelas, la contribución de caminos; la redención de censos, que, si a veces lastiman intereses tercos y parciales, favorecen y preparan mayor suma de naturales intereses.[34] Porque Gobierno no es «sino la dirección de las fuerzas nacionales de manera que la persona humana pueda

[32] Ver: **ibid;** t. 8; p. 193 (1884); t. 7; p. 27 (1883); t. 8; p. 439 1884), respectivamente.

[33] Ver, por ejemplo, los artículos **El tratado comercial entre los Estados Unidos México** y **La industria en los países nuevos** —por una parte, y **En comercio, proteger es destruir** y **La cuestión arancelaria** —por otra parte—, todas de 1883.

[33a] Ver el acertado análisis que sobre la valoración de proteccionismo y librecambio por Martí hace Salvador Morales en: **José Martí y sus ideas económicas**, «Anuario Martiano no. 2»; Sala Martí, Biblioteca Nacional de Cuba, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1970; pp 169-71.

Ibid, t. 7; p. 167-68 (1878).

cumplir dignamente sus fines, y se aprovechen con las mayores ventajas posibles todos los elementos de prosperidad del país».[35]

Desde sus primeros quehaceres públicos como revolucionario latinoamericano, el análisis concreto de medidas concretas tiene como punto de partida haber «sentado antes un principio: los intereses creados son respetables, en tanto que la conservación de estos intereses no daña a la gran masa común. Y otro principio deducido de éste, y afirmado como verdad axiomática: es preferible el bien de muchos a la opulencia de pocos».[35a] Está hablando —en tierras de increíbles diferencias sociales— a nombre de indios, de campesinos, de negros, de trabajadores —a nombre de la «gran masa irredenta» a la que dedica su vida. Y actúa —desde que empezó a actuar— en base a principios que son, al mismo tiempo, una disposición y una toma de partido, cuyo alcance definitivo solamente puede venir dado por el ejercicio activo de la gestión de gobierno. Pero queda dicho, ya veinte años después (y uno antes de su muerte), como ratificación y radicalización de sus puntos de partida: «Cuando se va a un oficio útil, como el de poner a los hombres amistosos en el goce de la tierra trabajada, —y de su idea libre, que ahorra sangre al mundo, —si sale un leño al camino, y no deja pasar, se echa el leño a un lado, o se le abre en dos, y se pasa: y así se entra, por sobre el hombre roto en dos, si el hombre es quien nos sale al camino. El hombre no tiene derecho a oponerse al bien del hombre».[36]

Así es necesario resaltarlo en todo su alcance: como disposición y toma de partido, en la configuración de un proyecto que se ha ido forjando a partir de su participación directa en la vida política de México, Guatemala, Venezuela y Cuba; de su cercanía y estudio en relación a Argentina y Uruguay; de su observación y conocimiento de la América Central; de su interés por Paraguay, Colombia y Ecuador. Y de su entrega a Santo Domingo y Puerto Rico —y a Cuba, otra vez.

Dispersos en sus principales trabajos sobre política y economía latinoamericana —publicados fundamentalmente en **La Nación** de Buenos Aires, **La Revista Universal** y **El Federalista,** de México; y **La Amé-**

35 **Ibid,** t. 8; p. 369 (1884).

35a **Ibid,** t. 6; p. 346 (1875).

36 **Ibid,** t. 8; p. 257 (1894).

rica de Nueva York, entre 1875 y 1890—, los principales puntos programáticos del proyecto republicano de Martí pueden ser agrupados en un solo cuerpo coherente. Más arriba ha quedado señalado que Martí no hizo teoría económica. Martí hizo política: hizo revolución. No busca una fundamentación teórica a sus planteamientos de índole económica, porque le basta con su adecuación a sus objetivos políticos finales. Tanto analizando un caso en México, como en cualquier otro país de la América que estudia y comprende, «a historia propia, soluciones propias. A vida nuestra, leyes nuestras. No se ate servilmente el economista mexicano a la regla, dudosa aún en el mismo país que la inspiró. Aquí se va creando una vida: créese aquí una Economía. Álzanse aquí conflictos que nuestra situación peculiarísima produce: discútanse aquí leyes, originales y concretas, que estudien, y se apliquen y estén hechas para nuestras necesidades exclusivas y especiales».[36a]

Las soluciones propias que en la realidad americana Martí ha ido hallando, no pueden ser contempladas sino a la luz de una coyuntura continental en la cual cobran toda su magnitud y expresan su verdadero alcance. Porque Martí está siendo testigo de la conversión de los Estados Unidos en una nueva fuerza colonialista que intenta «restablecer con nuevos métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas».[37] Está viendo surgir el imperialismo norteamericano. Ha avisado muy temprano, y ha hallado la forma de oponérsele: «Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina. Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evadirlos... Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no... se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros».[38] Doce años después, y un día antes de caer peleando por ello, ratifica: «ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente...».[39]

[36a] **Ibid**, t. 6; p. 312 (1875).
[37] **Ibid**, t. 6; p. 161 (1891).
[38] **Ibid**, t. 7; p. 325 (1883).
[39] **Ibid**, t. 4; pp. 167-68 (1895).

Toda su acción americana ha estado marcada por la comprensión cabal del fenómeno imperialista que atestigua y por el entendimiento cierto de sus métodos. Se está en Estados Unidos «en el momento de un grave cambio histórico, de trascendencia suma para los pueblos de América».[40] Se trata de «un conjunto de medidas que implican el cambio más grave que desde la guerra han experimentado acaso los Estados Unidos. De nada menos se trata que de ir preparando, por un sistema de tratados comerciales o convenios de otro género, la ocupación pacífica y decisiva de la América Central e islas adyacentes por los Estados Unidos». Uno de ellos, lo ha firmado España y compromete a Cuba —fundamentalmente— y a Puerto Rico: «de tan absoluta manera liga la existencia de la Isla a los Estados Unidos, que es poco menos que el vertimento de cada uno de estos países en el otro, lo que acaso vendrá a parar, con gran dolor de muchas almas latinas, en perder para la América Española la isla que hubiera debido ser su baluarte».[41] Otro, lo ofrece espontáneamente Nicaragua, «a costa aun de la libertad futura de la nación». Otro más, está a punto: es el de México. «Y el que acaban de firmar los Estados Unidos con Santo Domingo, en virtud del cual, como en el tratado con Cuba y Puerto Rico, cuanto acá sobra y no tiene por lo caro donde venderse, allá entrará sin derechos, como acá los azúcares. Y vendrán los Estados Unidos a ser, como que les tendrán toda su hacienda, los señores pacíficos y proveedores forzosos de todas las Antillas.» Ve más allá Martí —y se anticipa en verlo tanto como Cuba en padecerlo— «que, alentado el crédito en la Isla y aguzada por la penuria la natural perspicacia de sus habitantes, se establecerán con capitales americanos acaso, múltiples empresas, que ocasionarían demanda extraordinaria de artículos del único mercado donde tendría la Isla crédito y dinero».

En el Norte, se está poniendo «colorines de república a una idea imperial»[42] y Martí está viendo «la república de Lincoln» —el americano a quien Juárez quiso, porque quiso a su vez a los negros y a los indios—, dar nacimiento y dar crianza a «la república de Cut-

[40] Esta y las siguientes citas son de «Cartas de Martí» (**La Nación**, Bs. As., enero 15 de 1885); **ibid**, t. 8; pp. 85-90.

[41] Se refiere Martí al tipo de tratado por el que, como podremos ver más adelante, aboga durante largas décadas la burguesía cubana productora para la exportación, y que garantiza la entrada libre de azúcar cubano en los Estados Unidos a cambio de «reciprocidad» en las aduanas de la colonia

[42] **Ibid**, t. 6; p. 162 (1891).

ting» —el americano que agrede a México, y lo ofende, y lo pone en peligro. En el Norte, la república va cediendo bajo el empuje malsano, pero no contenido, del Imperio. Allí, «el monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres. Todo aquello en que se puede emprender está en manos de corporaciones invencibles, formadas por la asociación de capitales desocupados... La tiranía acorralada en lo político, reaparece en lo comercial. Este país industrial tiene un tirano industrial».[43] Allí, «los industriales necesitados de consumidores»: la «plétora comercial», el exceso de productos «caros e inferiores», que se intenta verter sobre nuestra América por «un pueblo que no abre créditos ni adelanta caudales, sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión». Y en nuestra América, «¿a qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?»[44]

No se opone Martí, ni podía oponerse, a la necesaria (a la imprescindible) introducción de todos los elementos industriales nuevos que pueden contribuir a desbaratar una estructura secular, y a situar a la América nuestra en condiciones de alcanzar su propio desarrollo y su propia producción civilizada. No se opone al comercio y a la inversión que pueden romper la estructura y que pueden ser llevados en un plano de igualdad y conveniencia —viniendo tanto de países europeos como de los Estados Unidos.[45] Pero «a lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés... Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exce-

[43] **Ibid**, t. 10; pp. 84-85 (1884).

[44] **Ibid**, t. 6; p. 57 (1889).

[45] Ver, por ejemplo: t. 6, p. 110 (1890); t. 7, pp. 244, (1883); 342-43 (1888); t. 8, pp. 31 (1886), 367 (1884).

so de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores»[46].

Y de ese modo, da la bienvenida en suelo latinoamericano a las redes ferroviarias que abren la tierra y sus riquezas a una más viable explotación. Pero condena «la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera, como Pizarro llevó la fe de la cruz».[47] Saluda los esfuerzos que hace Honduras —como los que hace América— «para sacar al tráfico las riquezas que han de constituir sólidamente la República», y «por enseñar al extranjero pudiente los tesoros que puede darle a cambio de su capital y su trabajo»: los acepta, aunque sabe que «son, verdad es, riqueza para las compañías extranjeras; pero riqueza sin la cual jamás sería posible la de la patria». Y no vacila en condenarlos cuando el beneficio para la tierra hondureña deja de serlo por la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progresos le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran». Porque «lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo, —que es la puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya—, ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos... De un lado está nuestra América...; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que con el decoro firme y la sagaz independencia no es imposible, y es útil, ser amigo. Pero de nuestra alma hemos de vivir limpia de la mala iglesia, y de los hábitos de amo y de inmerecido lujo.»[48]

[46] **Ibid,** t. 6; p. 158 (1891).

[47] **Ibid,** p. 59 (1889).

[48] **Ibid,** t. 8; pp. 28-31 (1886) y 35-36 (1894), respectivamente.

Desde muy temprano, lo viene anunciando: «Hay provecho, como hay peligro, en la intimidad inevitable de las dos secciones del Continente Americano. La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir»[49]. Y «jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue más a vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder... De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora... urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia».[50]

Solamente a este contexto de comprensión y análisis —y en modo alguno simple visionismo o indefinida «intuición»— de la coyuntura continental americana, es que puede referirse la reversión total que para la América nuestra plantea Martí. Y solamente referido a este contexto es que puede sintetizarse, sin peligro de una reducción, su proyecto revolucionario en un conjunto de transformaciones que puede ser caracterizado, en sus rasgos más generales, como sigue:

Transformaciones en el orden político: Democracia verdaderamente popular, que tenga como objetivo la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales del pueblo, y donde los grupos étnicos hasta entonces preteridos y las clases hasta entonces oprimidas disfruten de todos los beneficios de la civilización y se eleven al ejercicio de la dignidad plena del hombre a través de la educación y el trabajo. Ello, aun a costa de la destrucción de los privilegios, jerarquías e intereses que sea necesario destruir, y mediante todos los ajustes y legislaciones que la consecusión de los fines anteriores requiera.[51]

[49] **Ibid,** p. 268 (1884).

[50] **Ibid,** t. 6; p. 46 (1889).

[51] Las ideas aquí sintetizadas pueden ser halladas, fundamentalmente, e iguientes trabajos de Martí, algunos de los cuales han sido ya citados: «Prólogo a **Cuentos de Hoy y de Mañana** de Rafael de Castro Palomino» (1883); Carta a Serafín Bello (noviembre 16 de 1889); «Nuestra América» (1891); «Resoluciones tomadas por la emigración cubana en Tampa el día 28 de noviembre de 1891»; «Bases del Partido Revolucionario Cubano» (1892); «Nuestras ideas» (1892); «La agitación autonomista», «La política», «La asamblea económica» y «Autonomismo e independencia» (1892); «Los lunes de La Liga» (1892); «En casa: 16 de abril de 1892»; «Noche hermosa de La Liga» (1893); «España en Melilla» (1893); «Manifiesto de Montecristi» (1895) y Carta a Manuel Mercado (mayo 18 de 1895).

Transformaciones en el orden económico:[52] Reforma agraria que permita instaurar un régimen económico fundamentado en la pequeña propiedad agrícola y que, constituyendo la base de un amplio mercado interno de consumo, permita alcanzar, como objetivo a largo plazo, la industrialización del país. Desarrollo, tecnificación y diversificación de la producción agrícola como base del desarrollo económico inmediato y de la eventual industrialización mencionada. Protección a las industrias nacionales y gradual sustitución de las importaciones. Preferencia a las industrias autosuficientes o «del propio suelo», ante las industrias «artificiales» que tienen que ser nutridas por materias primas de importación. Industrialización de las exportaciones agrícolas y ampliación de los reglones de exportación del monocultivo. Ampliación y multiplicación de las relaciones comerciales internacionales, sobre la base del intercambio equivalente y digno («comercio inteligente» y «sano»). Recepción de inversiones extranjeras a condición de que respondan a los intereses nacionales, favorezcan el desarrollo, y no sean vehículo de penetración y sometimiento políticos.[52a]

Desde nuestra actualidad, una retrospección del corriente siglo XX latinoamericano evidencia fácilmente que un programa económico como el que a partir del proyecto martiano puede confeccionarse podría ser suscrito, aún en nuestros días, —y lo fue de hecho en más de una oportunidad— por cualquier movimiento político de orien-

[52] No incluimos en el proyecto la propiedad estatal de la tierra y la implantación de un impuesto único sobre su usufructo. Ambas medidas, propugnadas por el «socialista» agrario Henry George, son acogidas con entusiasmo notable y con manifestaciones de afinidad por Martí (ver t. 11; pp. 96, 123-24, 187-88 y otras). Es el caso, también, de los experimentos australianos de estatalización de las tierras que en George parecen basarse (ver t. 8; p. 405). Sin embargo, aparte de sus expresiones de aceptación, no aparece en la obra de Martí el planteamiento concreto de dichas medidas para América Latina. (Sobre el tema, ver: José Antonio Portuondo, **Introducción al estudio...**

[52-a] Las medidas mencionadas, dispersas en la obra escrita de Martí, aparecen especialmente señaladas en los siguientes trabajos, varios de los cuales ya han sido citados: «Progreso de Córdoba», «Escasez de noticias electorales...» y «**El Proletario** de Castillo Velasco...» (1875); «Reflexiones» (1878); «Los materiales de ferrocarriles de Chicago», «La industria en los países nuevos», «La América grande», «México en 1882» y «El tratado comercial entre los Estados Unidos y México», «Quesos», «Los Estados Unidos y Venezuela» y «Respeto a Nuestra América» (1883); «Maestros ambulantes», «Los propósitos de **La América** bajo sus nuevos propietarios», «Exposición de productos americanos» y «El té de Bogotá» (1884); «El congreso de Washington», «El congreso internacional de Washington», «La conferencia americana» y «Nuestra América» (1889); «Los delegados argentinos en Nueva York» (1890); «La conferencia monetaria de las repúblicas de América» y «Nuestra América» (1891).

tación nacionalista, de los muchos que han surgido (y se han plegado) en diferentes momentos del acontecer político latinoamericano. En **objetivos** similares de ordenamiento económico, conformados a sus circunstancias específicas, ha puesto sus esperanzas más de una burguesía «nacional» latinoamericana —aquella parte de la burguesía de nuestros países que, **produciendo para mercado interno,** está interesada en la eliminación de la competencia extranjera, y está igualmente interesada en el crecimiento, ampliación y desarrollo del mercado interno de consumo; en un aumento del poder adquisitivo de las amplias masas populares que posibilite **su propio desarrollo industrial.** No es éste, desde luego, el marco adecuado para el análisis de las frustraciones y fracasos de estos siempre incipientes grupos burgueses, frente a la gran burguesía antinacional y dependiente inherente a la evolución capitalista latinoamericana.[53]

Pero sí es necesario señalar —aunque no es metodológicamente determinante dentro de los propósitos del presente trabajo— que lo que en estos grupos nacionalistas de nuestra burguesía ha aparecido como un **fin** en sí mismo, como un **objetivo** de realización de un recordenamiento económico nacionalista, en función de aquella parte de la burguesía que alcanzaría con ello el rango de económicamente dominante, **en Martí se plantea como medio,** como vehículo o instrumento subordinado a objetivos dominantes expresos de justicia social, de reivindicación y reubicación de grupos y sectores preteridos, junto a los cuales ha tomado partido; a favor de la República de equilibrio y de justicia por la que combate.

Referiremos la viabilidad de las trasformaciones propugnadas solamente a la evolución de la estructura colonial cubana —en particular, en sus vínculaciones con los Estados Unidos— y a las circunstancias de la revolución cubana de 1895.

LA NEOCOLONIA CUBANA

Los antecedentes de la estructura productora para la exportación vigente a finales del XIX y determinante en la coyuntura revolucio-

[53] Sobre la imposibilidad estructural de existencia de esta burguesía «nacional» en las condiciones latinoamericanas, y sobre los mecanismos de su disolución y desaparición en la esfera de la producción para la exportación o en la esfera de la producción dependiente, ver el mencionado artículo **La burguesía latinoamericana. . .,** pp. 70-77

naria de 1895, son —en Cuba— similares a los que ha tenido o tendrá todo el mundo colonial hispanoamericano.

Insertada desde muy temprano en la empresa comercial española que es el Descubrimiento, la conquista y colonización —que en Cuba son sinónimos— se inicia con los mismos fines con que se lleva a cabo más tarde en el resto del nuevo mundo español: la extracción de oro.

Las encomiendas tienen lugar en función de dicha extracción. Y cuando en unos pocos años se agota éste, se inicia la despoblación de la Isla. La población queda entonces reducida a un grupo poco numeroso de familias que, de acuerdo con su antigüedad de pobladores y con el rango traído desde España, se reparten las tierras donde el ganado se ha multiplicado de modo natural. Aquellos que no abandonan la isla encuentran una nueva fuente de enriquecimiento en el abastecimiento de las expediciones de conquista, la venta de ganado con que poblar los nuevos territorios coloniales, y la venta de carne y algunos otros productos con que abastecer los barcos que tocan puertos cubanos hacia o desde España y América continental. La ganadería —o mejor, la matanza de reses que se han reproducido naturalmente— será la principal actividad económica de la colonia durante este período[54]. Y es precisamente a través de ella que la posesión extensiva de la tierra adquiere una denotación económica real, más allá de la expresión de jerarquías: a mayor extensión de tierras, mayor cantidad de ganado que pace cimarrón en ellas. Es de entonces que data la concentración de tierras en enormes latifundios que sobrevivirán durante todo el período de dos siglos que viene a continuación— e incluso más.

Aproximadamente en 1520 se inicia esta repartición masiva de enormes latifundios ganaderos, cuyas primeras noticias escritas nos llegan solamente a partir de 1536; a partir de las mercedes de los cabildos. Entre 1530 y 1570, los cabildos cubanos reparten entre sus miembros casi todas las tierras de la colonia.[55]

Y es esta autoconcesión de tierras lo que constituye la primera manifestación de su poder: sus miembros llegan a constituir una verdadera oligarquía municipal que será durante dos siglos el verdadero go-

[54] Julio Le Riverend; **Historia Económica de Cuba,** Ed. Universitaria, La Habana, 1965; p. 75.

[55] Julio Le Riverend; **Los orígenes de la economía cubana; Jornadas,** no. 46, Centro de Estudios Sociales, México, 1945; p. 23.

bierno de la colonia, con un extraordinario grado de autonomía respecto al gobierno peninsular y sus representantes, y que dirigirá, de hecho, toda la actividad económica de la colonia. Los cargos de regidores, elegibles en un principio, muy pronto se harán perpetuos. Serán adquiridos por compra o por nombramiento real. Y serán, además, hereditarios. Y aun cuando habrá un gobernador español que representa al poder metropolitano en cuanto a los intereses de la corona se refiere, éste no siempre podrá vencer los «obstáculos» que la distancia y las precarias comunicaciones internas y externas —cuando no el soborno— imponen.

La autonomía casi total de que disfrutan los cabildos cubanos[56] (y en su caso, los cabildos hispanoamericanos) permite comprender que, independientemente de toda posible imposición metropolitana, la economía de exportación que dio forma a la estructura socioeconómica colonial no es en modo alguno resultado de una imposición de la metrópoli —que durante largo tiempo no está en condiciones de llevar a efecto tal imposición— sino que responde a los propios intereses de los colonizadores criollos, que hallan su propia ubicación lucrativa dentro del sistema de relaciones en desarrollo. Hay, en ello, verdadera **espontaneidad,** dentro de una única determinación considerable que viene dada por la evolución mundial del capitalismo como sistema internacional.

De ese modo, cuando en el siglo XVII toma auge el consumo de tabaco rapé en Europa, Cuba vende tabaco y rapé, de contrabando. Lo cosecha, lo muele y lo comercia la oligarquía terrateniente y concejeril cubana. Y cuando a principios del XVIII es creado el Real Monopolio y Estanco del Tabaco, éste no es capaz de evitarlo. A la

[56] Los cabildos tienen en sus manos todas las decisiones referentes al poder municipal. Desde los primeros momentos —y así se confiesa en la época— las órdenes de la Corona «se obedecen, pero no se cumplen». Las tierras que se autorizan mercedan son propiedad del Rey, pero éstas se venden, se hipotecan, se traspasan, con independencia de su situación legal ante la Metrópoli. La facultad de mercedarlas es suspendida a mediados del siglo XVII, pero las reparticiones continúan hasta 1739, en que pasa a manos de una comisión presidida por el Gobernador español. Ya no quedan entonces, desde luego, tierras que repartir, ni es ya reversible en modo alguno la riqueza acumulada por las oligarquías municipales. Tienen, además, funciones de administración de justicia, legislación municipal, fijación de precios de compra y venta e, incluso la facultad de reconocer o no reconocer a los Gobernadores españoles. Y controlan, desde luego, todos los mecanismos del soborno. (Sobre el tema ver; en particular: Ramiro Guerra; **Manual de Historia de Cuba (Económica, social y política)**; Ed. Universitaria, La Habana, 1964; y Julio Le Riverend; **Los Orígenes...**; y **La Habana (Biografía de una Provincia)**; Academia de Historia de Cuba, La Habana, 1960).

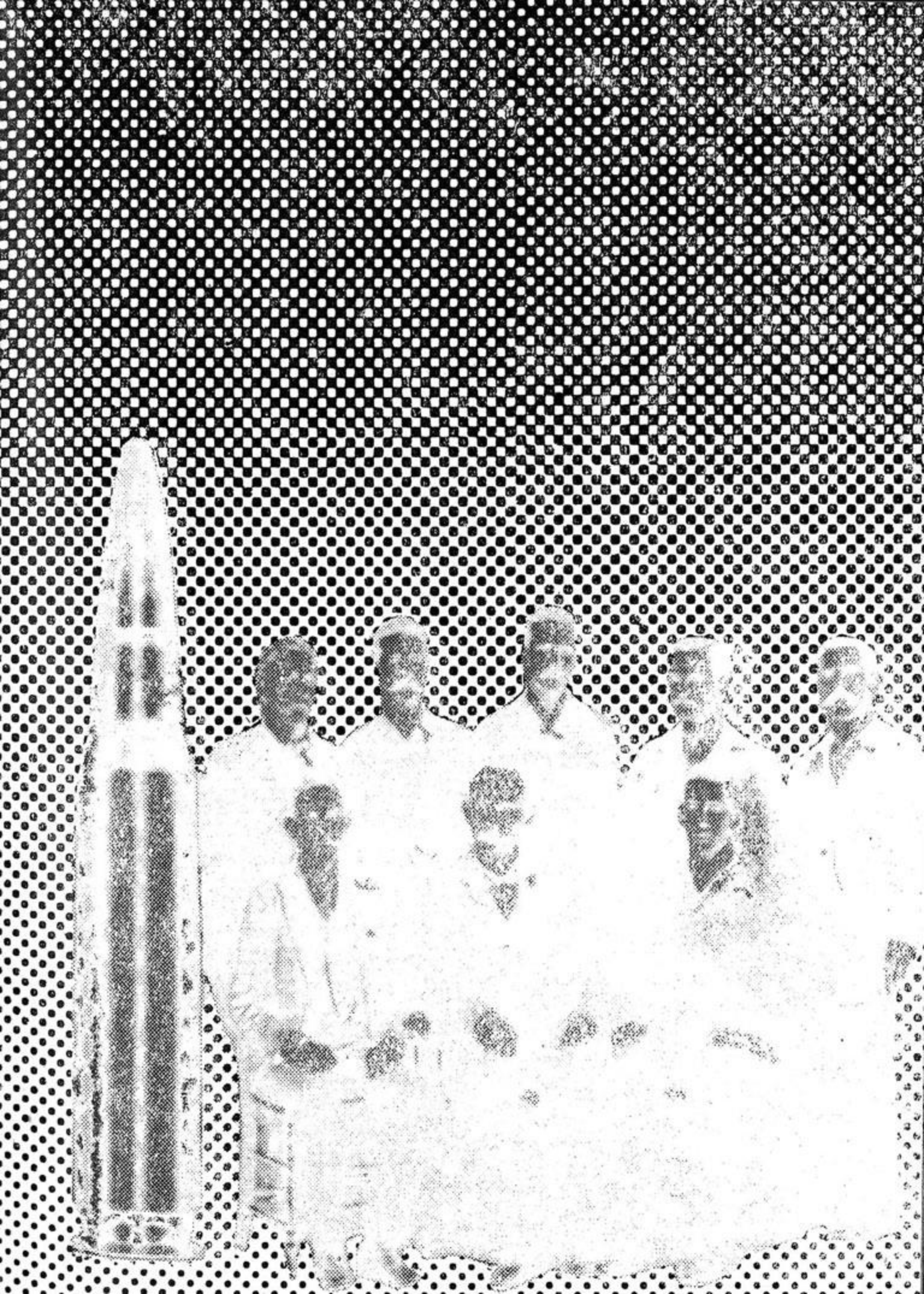
oligarquía cabildeana habanera pertenecen los que conciben, fomentan y logran —uniendo sus capitales a comerciantes peninsulares y sobornando con fuertes participaciones a sus católicas majestades imperiales— la Real Compañía de Comercio de La Habana.[57] Esta controla, durante más de 20 años del XVIII cubano, todo el comercio de importación y exportación de la colonia. Y a través de ella se inician los regidores cabildeanos habaneros en el comercio de azúcar con España y —por su mediación— con Europa.

No están excluidas —y están, por el contrario, muy presentes— contradicciones y contraposiciones tanto con los comerciantes peninsulares como con las imposiciones y restricciones de la Metrópoli al libre comercio. Pero fueron siempre a la zaga de la producción colonial, y fue siempre la colonia la que históricamente tuvo en sus manos la determinación de su propia ubicación productora. Fue en aras del interés de los distintos grupos coloniales hegemónicos que la economía cubana queda insertada desde sus inicios en el sistema internacional de relaciones mercantiles que conforma el mercado mundial. Y desde sus inicios produce fundamentalmente para el consumo del capitalismo europeo —sea por medio de los monopolios comerciales españoles, o sea contra ellos: ilegalmente, a través del contrabando con ingleses y franceses. Por las mismas vías, consume —a su vez— de la producción del capitalismo europeo.

No es, sin embargo, hasta 1762 —cuando La Habana es tomada y ocupada por fuerzas inglesas— que tiene lugar una definitiva inclusión de Cuba en la economía internacional, dando inicio a la vinculación definida y estable de su producción con el mercado mundial, y quedando dirigidas sus capacidades productivas hacia una producción única destinada, exclusivamente, a la venta en mercados extranjeros.

De hecho, la ocupación inglesa fue equivalente al libre comercio con la nación capitalista más desarrollada en la época, y toda la zona occidental de la Isla quedó incorporada a través de ella al mercado mundial en formación. Durante los once meses de ocupación, más de mil barcos ingleses y de sus colonias americanas descargaron mercancías en La Habana y cargaron, fundamental-

[57] Ramiro Guerra, **Manual...**, p. 148.



mente, tabaco y azúcar.[58] La demanda de esta última era creciente, en esos momentos, en Europa.

Después de retirados los ingleses, quedan aún compromisos comerciales que España no tiene otro remedio que dejar cumplir. Junto con ello, las situaciones bélicas que atraviesa la metrópoli —y que dificultan o impiden su comercio regular—; la necesidad de centrar sus presupuestos en las recaudaciones aduanales, y la eventual complicidad de los gobernantes españoles en Cuba con los productores criollos, habrán de converger en que **se permita, de hecho, el libre comercio de importación y exportación con las colonias inglesas del Norte, primero, y con los Estados Unidos después.** La ayuda española a la liberación norteamericana —determinada por su enemistad con Inglaterra— contribuyó, temporalmente, a ello.

Es necesario abundar en la estrechísima relación que existe entre la demanda del mercado norteamericano y el lugar que alcanza Cuba como productora de azúcar en la economía mundial de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.

Las posibilidades que la nueva producción y el nuevo mercado ofrecen son, en realidad, mucho mayores que las que la capacidad de producción instalada en la colonia —y la acumulación lograda en el período anterior— pueden respaldar. Para ampliar esta capacidad, el nuevo productor para la exportación necesita, fundamentalmente, adquirir mano de obra —esclavos— y ampliar cuantitativamente las primitivas instalaciones de los trapiches. Ambos pasos implican una considerable inversión inicial que el productor no siempre está en condiciones de llevar a cabo.[59]

A sustentar —y en gran medida iniciar— esta producción azucarera en gran escala que la demanda permite, viene, precisamente, el representante del nuevo mercado que se abre: el comerciante norteamericano.

Desde la independencia de las 13 colonias en 1776, la nueva república del Norte puede ya adquirir en las Antillas **Inglesas** el azúcar

[58] Sobre la activación comercial que implica la ocupación inglesa, ver, por ejemplo: Antonio Bachiller y Morales; **Cuba: monografía histórica;** Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1962; pp. 151; 176-82.

[59] Toda la información referente al desarrollo y expansión de la producción azucarera cubana en el período está basada en la sólida investigación de Manuel Moreno Fraginals: **El ingenio: el complejo económico social cubano del azúcar,** t. I (1760-1860); Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1964.

y las mieles con que abastece tanto al consumo interno como a su importante industria licorera. Compartiendo entre Cuba y Haití su mercado, hay desde el momento mismo de la independencia un enorme capital inversionista y refaccionista de la nueva república del Norte ayudando al capital cubano a levantar ingenios, comprar negros y producir azúcar. El comerciante norteamericano trae esclavos e implementos de ingenio a bajo precio y con facilidades crediticias, y acepta azúcar y mieles en pago de los mismos.

Poca es la competencia que puede representarle el capital comercial español. Es norteamericano el mercado, y España autoriza temporalmente el comercio con los «neutrales» —mientras esté en guerra con Inglaterra. Y son norteamericanos, y no españoles, quienes pueden suministrar todos los aparatos y piezas metálicas que permiten aumentar el rendimiento en azúcar de la caña —nueva necesidad de producción de los primitivos ingenios cubanos. Cuando, al terminar la guerra con Inglaterra la Metrópoli implanta de nuevo la prohibición de comercio con la república del Norte, el gobernador colonial español expide una autorización temporal —que se renueva automáticamente cada vez que vence— que lo permite.

Pero si el asentamiento de la producción azucarera para la exportación ha dependido, en Cuba, de la relación comercial con los norteamericanos, una vez que la revolución haitiana elimine a este país como productor azucarero en la última década del siglo XVIII, la vinculación se hará mucho más estrecha y directa.

El **boom** azucarero cubano de finales del siglo XVIII es financiado, en gran parte, por firmas norteamericanas. En 1796, hay documentos oficiales que mencionan a los norteamericanos comerciando «tanto en gruesas cantidades como por pequeñas» en almacenes y tiendas que han abierto en la propia Habana. En 1799, se acepta que «la mayor parte de las casas que hoy se hayan [**sic**] girando con los extranjeros en esta ciudad son dirigidas y administradas por los propios neutrales».

Y de acuerdo con las cifras **oficiales** —siempre mucho menores que las reales— cada año es mayor el número de barcos que entran y salen del puerto de La Habana, y la cantidad que, entre ellos, tienen bandera norteamericana.[60]

[60] El movimiento en el puerto de La Habana entre 1796 y 1801 presentaba el siguiente aspecto (los cálculos se basan en cifras de Fraginals, **op. cit.**; p. 35):

Por el momento, ninguna traba metropolitana estorba realmente el crecimiento y el desarrollo de la producción cubana de azúcar para la exportación, ni su vinculación con su ya principal mercado.

Desde los finales del siglo XVIII, los productores azucareros criollos son, además, el gobierno real de la colonia. Su representante y vocero más brillante —el genio económico de Francisco de Arango y Parreño— ha sabido utilizar, convirtiéndolos en azucareros, a los principales gobernantes coloniales. La difícil coyuntura internacional por la que atraviesa España, y los nuevos marcos que el despotismo ilustrado peninsular había fijado al desarrollo colonial, se conjugan igualmente para permitir una exitosa gestión extraoficial de gobierno a esta sacarocracia colonial cuyo ímpetu productivo incluso neutraliza y subordina temporalmente el poder —en otras partes de América absoluto— del comerciante peninsular.[61]

La colonia cubana, en pleno auge productivo y con perspectivas de de desarrollo visiblemente amplias, no necesita —por el momento— del riesgo de la emancipación: la metrópoli política no ha podido —ni lo ha intentado— refrenar lo que para ella es, ahora, la principal fuente de ingresos del Tesoro peninsular. Y Cuba permanece al margen —sin arriesgar la seguridad presente a la incertidumbre de una insurrección que pueda resultar en la emancipación de la masa esclava insular— de la lucha libertadora continental que culmina con el surgimiento de las repúblicas latinoamericanas.

Entre 1791 y 1817, la población total de la colonia cubana ha aumentado en un 132%.[62] Según datos de Humboldt, la población de

Año	Total barcos	Barcos Norteamericanos	%
1796	550	150	27.3
1797	781	383	49.0
1798	800	416	52.0
1799	803	558	69.5
1800	771	606	78.6
1801	993	824	83.0

61. La ya mencionada investigación de Manuel Moreno Fraginals fundamenta con sobrados datos el poder detentado y ejercido por los productores azucareros cubanos en la época. Ver, en particular: pp. 35-37; 41-46.

62 Ramiro Guerra, **Manual...**, p. 250.

Cuba se cuadruplica entre 1775 y 1827.[63] Muy en particular, la zona situada al este de la provincia de La Habana permite observar en sus rasgos más nítidos este desarrollo colonial que vincula la economía exportadora cubana al mercado norteamericano que surge y se amplía.

La expansión de la industria azucarera hacia la zona de la bahía de Matanzas tiene sus raíces en la ruina de la producción de Haití, que puede ser sólo muy parcialmente absorbida por las zonas azucareras del sur de La Habana y norte de Pinar del Río. En las primeras décadas del siglo, la región de Matanzas deviene, de tradicional productora de tabaco, en la región azucarera más poderosa de la colonia. En 1798 había en ella solamente tres ingenios de producción semimanufacturera. En 1827 hay en ella 111, en 1829 posee 141, y sólo dos años después la cifra ha alcanzado 203 ingenios. Hacia 1843, a pesar de que la producción de cada unidad se ha multiplicado ya varias veces, habrá 373 ingenios en la región matancera. Entre 1800 y 1820, su desarrollo es tal que la tasa de crecimiento demográfico de la ciudad de Matanzas es de 11% anual. A partir de 1820, el auge productor de la zona se vincula a la utilización del vapor como fuerza motriz de los trapiches —que se hace general entre los productores que pueden instalarlo. Más tarde, en la década de los años 40, se efectuará el paso de la manufactura a la gran industria, llegando a contar —hacia 1860— con 32 de los 51 ingenios mecanizados que habrá en toda Cuba en la época. En esos años, la región de Matanzas-Cárdenas-Colón ya produce el 55.6% de la producción total de azúcar de la isla.[64]

La zona matancera se ha desarrollado con casi total independencia del capital comercial español. Surgida como respuesta a la demanda norteamericana, el capital que refacciona su producción es, igual que su mercado, norteamericano. Su vinculación con este último es directa, mientras que la participación metropolitana está limitada a la función aduanal. En 1828, la aduana de Matanzas es ya insuficiente para atender la exportación de la zona, y se está construyendo una segunda aduana en Cárdenas. Desde antes de esa fecha, se han radicado allí comerciantes norteamericanos que poseen almacenes en los puertos. También desde antes, la vinculación con los Estados Uni-

[63] Alejandro de Humboldt; **Cuadro estadístico de la Isla de Cuba. 1825-1829;** «Bayo Libros», La Habana, 1965; p. 54.

[64] Fraginals, **op. cit.;** pp. 64-65.

dos ha requerido la presencia de un cónsul norteamericano en Matanzas. Y no faltan en ella las inversiones directas de norteamericanos procedentes de Connecticut, Maryland, Carolina, Massachusett.[65]

No es de extrañar que, paralelamente con el desarrollo del capital financiero en los Estados Unidos, tenga lugar una evolución de los azucareros cubanos que producen en la zona matancera hacia una concentración financiera excepcional en la economía de la colonia, y que no será sino una prolongación de la economía madre a la cual, de hecho, pertenece. De la zona Cárdenas-Matanzas-Colón ha surgido el grupo Aldama-Alfonso, que es el principal grupo financiero criollo que llega a desarrollarse en la colonia[66]. Aldama llegará a poseer una refinería de azúcar en los Estados Unidos.

Con la expansión del azúcar por el occidente cubano, están teniendo lugar en la colonia —anticipadamente— los fenómenos que para el conjunto de las colonias hispanoamericanas habrían de estar precedidos por la remoción del poder político metropolitano y su constitución en repúblicas: la orientación monoproductora de la economía, y la rearfirmación definitiva de la estructura productora para la exportación. Las últimas décadas del siglo XVIII marcaron para Cuba —al igual que para la América continental los años que siguieron a la independencia— el surgimiento de la verdadera dimensión económica del latifundio como medio de producción fundamental dentro de la estructura exportadora, y como vehículo de coerción económica capaz de asegurar a la producción de exportación la mano de obra libre, escasa y necesaria en la colonia. En Cuba, la conversión de potreros en cañaverales, y la persecución y la expulsión de los vegueros —campesinos cultivadores de tabaco en pequeñas parcelas— acompañaron la expansión azucarera a todas las zonas de la colonia a donde llegó esta última. Más adelante, en 1819, el gobierno azu-

[65] Sobre la presencia norteamericana en la zona matancera ver: Abiel Abbot; **Cartas;** Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1965; pp. 45, 75, 94, 131, 155-56 y otras.

[66] La Compañía Territorial Cubana —de la que Aldama es parte prominente— posee 11 ingenios hacia 1860. Se había fundido en 1859 con el Banco Agrícola de Alfonso. Ambos operan almacenes propios en Matanzas. Aldama posee al mismo tiempo el mayor número de acciones en las compañías siguientes: Ferrocarril de La Habana, Ferrocarril de Matanzas, Caminos de Hierro Cárdenas-Júcaro, Crédito Territorial Cubano, Primera Cía. de Vapores Bahía de Matanzas, Cía. de Seguros Marítimos, Cía. de Depósitos, Préstamos y Descuentos San José. Posee además sus ingenios propios (ver Le Riverend: **La Habana...;** pp. 301-02).

carero colonial logró obtener el reconocimiento de la propiedad de las tierras desde antaño mercedadas —convirtiendo en propietario a todo poseedor que pudiera demostrar haberlas usufructuado durante los últimos 40 años. Ello representó la oficialización de toda operación de compra, venta, hipoteca, arrendamiento o cesión necesaria al engranaje productivo capitalista. Pero representó, además, el golpe de gracia al pequeño agricultor, sin el cual están excluidas la conformación de un amplio mercado interno de consumo y la evolución hacia un desarrollo polifacético y equilibrado de una economía capitalista nacional.

Simultáneamente, quedaba a su vez fijada durante el período la connotación importadora inherente a la producción de exportación que se reafirma: antes de terminar el siglo XVIII, ya Cuba importaba —en la misma medida en que exportaba azúcar— renglones en los que pocos años atrás aún se autoabastecía. Tal es el caso del tasajo —que en 1792 importa por miles de arrobas—, y de las tablas y maderas para bocoyes y cajas de azúcar. Es también de procedencia norteamericana, desde 1783, todo el aparatajes metálicos de los trapiches— mientras que las innovaciones mecánicas, aparatos de vapor e incluso mochas, serán ingleses hasta que los Estados Unidos no estén en condiciones de producirlos.[67]

Hacia 1828 —decretada una relativa libertad comercial en 1818 y aceptada una relativa reducción arancelaria en 1822— Cuba compra en Estados Unidos el 39% del total de sus importaciones, y en España el 26% de las mismas. Gran Bretaña, Francia y las llamadas «ciudades hanseáticas» participan con un 10% cada una. Sus importaciones cubren enorme variedad de artículos de consumo y productos alimenticios[68].

Humboldt advierte —en 1829— la deformidad productora cubana: «...nos encontramos con una importación anual de comestibles de 7 y medio millones de pesos...» que «exige anualmente al comercio exterior una población de menos de 1 millón de hombres libres, colo-

[67] Fraginals, **op cit.;** pp. 19, 27, 77, 97 y otras.

[68] Ordenadas de acuerdo al monto de cada renglón: **Alimenticios**: harinas, arroz y legumbres secas; vinos, licores, aguardientes, aceites; mantequilla, queso, sebo; velas; tasajo y jamones; reses, corderos, etc.; bacalao, pescado salado o seco; frutas secas; ultramarinos. **Manufacturados**: tejidos de algodón y lino; seda; telas de lana; eletería y cueros; madera extranjera labrada o en tablas. **Otros:** metales, oro y plata. Humboldt, **op. cit.;** p. 76.)

cado sobre el suelo más fértil y el más capaz, por su extensión, de alimentar a una población por lo menos seis veces más considerable.»[69] Y mientras La Sagra consignaba en 1860 que Cuba «pedía a regiones menos favorecidas y compraba a precios crecidos un sin número de objetos para la subsistencia y para la industria, que los campos podían suministrar casi expontáneamente [**sic**]»[70] las importaciones de la colonia denotaban, en el mismo año, nuevas circunstancias dentro de la dependencia cubana respecto a los Estados Unidos. A ellos corresponde ahora sólo el 20% de las compras (otro 20% corresponde a Gran Bretaña) y el 30% a España: pero la cifra española incluye la ininterrumpida reexpedición de productos extranjeros a través de puertos peninsulares. La interposición de la metrópoli política se hace sentir fuertemente, al tiempo que la distribución de las exportaciones pone en evidencia la verdadera relación cubana respecto al mercado norteamericano: éste absorbe el 62% de las exportaciones, Gran Bretaña absorbe el 22%, y España solamente el 3%.[71]

La estructura exportadora que la producción azucarera arraiga en la colonia está aún en pleno proceso expansionario hacia la década de los años 60. A ella se ha subordinado toda la economía de la mitad occidental de la Isla (Pinar del Río, La Habana y Matanzas, excluyendo las zonas tabaqueras de la Vuelta Abajo pinareña). Hacia el este, en Las Villas, ha englobado a Trinidad, Cienfuegos, Remedios, y ha abarcado hasta Sagua y Sancti Spíritus. En Camagüey y en Oriente —aunque incluidas en la producción azucarera— no es dominante aún. En las sabanas de Puerto Príncipe predomina aún el ganado, si bien en gran medida subordinado a la producción azucarera occidental. Y en Oriente han sido el tabaco y el café los que han centralizado la actividad económica regional. Particularmente el café, ha también determinado temporalmente un alto grado de dependencia respecto al mercado de los Estados Unidos. Pero ha sido la producción azucarera la que ha gestado la verdadera integración —y la subordinación inmediata y total— de la economía cubana a la foránea: ha sido el azúcar cubano la respuesta productiva criolla a la demanda consumidora del capitalismo industrial europeo —o

[69] Humboldt, **op. cit.**; p. 78.

[70] Sagra, **op. cit.**; p. 200.

[71] Le Riverend, **Historia Económica**...; p. 186.

en este caso, a su variante norteamericana. Y ha sido la que ha entronizado en la colonia la definitiva estructura colonial.

Hacia 1860, la expansión de esta estructura por la colonia está gráficamente representada en las participaciones de cada región sobre el número total de ingenios de la Isla y sobre la producción azucarera total:[72]

	UBICACION DE LOS INGENIOS		PARTICIPACION EN LA PRODUCCION	
Occidente	78.02%		90.74%	
Camagüey	7.48	21.98	2.13	11.26%
Oriente	14.50		7:13	

El proceso de vinculación esbozado más arriba es modificado por el inicio, en 1868, de la Guerra de los diez años. Está fuera de los propósitos del presente trabajo intentar el análisis de las fuerzas que intervienen en la insurrección, ni de sus condicionantes políticas y económicas. En nuestras posibilidades está, solamente, recoger la constancia de lo que para ambas regiones de la Isla —occidental y oriental— significó (en cuanto al tema que aquí nos ocupa) el estallido y prolongación de la contienda.

Limitado el escenario de la guerra a las provincias de Oriente, Camagüey y parte de Las Villas, estas zonas sufren no sólo la destrucción total de sus riquezas, sino la ruina de una gran parte de su clase terrateniente. Partícipes activos y principales iniciadores de la insurrección, muchos perecen en la lucha o quedan confinados al exilio. En el período que se inicia en 1878, la absorción de la mitad oriental de la Isla por la economía productora para la exportación —y, más directamente, su incorporación a la economía norteamericana— habrá de llevarse a cabo por nuevas vías.

En Camagüey, la destrucción ha sido total. De más de 110 ingenios y 2,853 fincas en 1868, sólo quedan un ingenio y un potrero al terminar la guerra en 1878. De 350.000 cabezas de ganado calculadas, quedan unas 200 diseminadas por los bosques. De 4.396 casas

[72] Cálculos basados en: Fraginals, **op. cit.**; pp. 83-85.

en las fincas y poblados de la región, quedan al fin de la guerra apenas 100. En la propia ciudad de Camagüey, hay más de mil casas vacías, y no queda ni un carruaje particular, ni un carretón de campo, o de tráfico comercial.[73]

En esas circunstancias el Banco Agrícola —de la enriquecida burguesía exportadora occidental— se apresuró a subordinar a sus intereses el resurgimiento económico de la región y garantizarse los renglones para los que ya no había cabida en la estructura productora occidental.

Desde principios de la década del 80 «facilitaba dinero a los hacendados para importar ganado, y en breve los potreros de Camagüey volvieron a exportar ganado vacuno y bestias de tiro y silla al resto de la Isla, así como puercos, miel, madera, y otros productos; pero desapareció la pequeña propiedad, la estancia, el típico sitio camagüeyano, y en lo sucesivo hubo que importar en la provincia la mayoría de los artículos de primera necesidad y gran consumo, como el arroz, frijoles, café, cacao, tabaco, que como otros frutos menores, jamás volvieron a cosecharse con la abundancia de antes de la revolución de 1868 a 1878. La tierra propiedad de los camagüeyanos comenzó a pasar a manos ajenas y el latifundio y la explotación en gran escala por compañías extranjeras, del suelo cubano, pronto convirtió al criollo en triste paria en su propio pueblo».[74] Entre 1881 y 1882, podrá darse inicio en Camagüey a la construcción de los que serían los mejores centrales azucareros cubanos de la época: «Redención» y «El Congreso». Más adelante —en 1891-93—, y dentro de las nuevas vinculaciones con el capital financiero norteamericano, comenzaría la organización de la empresa de luz eléctrica, y del ferrocarril urbano. Y surgirá un nuevo central: «El Lugareño».[75]

En Oriente, la escasa producción azucarera anterior no es sustituida de inmediato. En fincas antes cafetaleras, se descubre la materia prima fundamental para la creciente industria metalúrgica norteamericana: el hierro.

En el primer año de extracción (1884), Oriente suministra a Estados Unidos 1/23 de sus necesidades de importación. En 1897, ya le ha

[73] Juan Torres Lasqueti; **Colección de datos históricos-geográficos y estadísticos de Puerto Príncipe y su jurisdicción.** Citado en: Ramón Infiesto; **Historia Constitucional de Cuba;** Ed. Selecta, La Habana, 1942; pp. 272-73.

[74] Jorge Juárez Cano; **Apuntes de Camagüey,** t. I.; «El Popular». Camagüey, 1929; p. 180.

[75] Juárez, **op. cit.;** pp. 19 .,

suministrado 3.5 millones de toneladas, y le está haciendo frente a 3/4 de la importación total de hierro de los Estados Unidos.[76] La explotación se lleva a cabo a través de la **Jaraguá Iron Company** y la **Spanish American Iron Company.** La primera engloba 22 concesiones mineras, y sus acciones son poseídas a partes iguales por **The Pennsylvania Steel Company** y **The Bethlehem Iron Company.** Sus inversiones ascienden a $2.000.000. La segunda no comienza sus embarques hasta 1895. En 1892, se funda la **Sigua Iron Company,** también norteamericana. Y en 1893, se funda en South Bethlehem, Pennsylvania, la **Ponupo Mining and Transportation Company:** va a iniciar «la explotación de las minas de manganeso situadas en el ingenio demolido Ponupo, barrio de Ti-Arriba, Término Municipal de Songo».[77]

Pero no queda Oriente excluida de la producción azucarera. Y en la década del 90 —después que un tratado de corta vigencia dio al **azúcar cubano libre entrada en Estados Unidos**— comienza la fundación de centrales norteamericanos que requerirán latifundios de cientos de caballerías, en un proceso de apropiación territorial de la provincia que la guerra revolucionaria de 1895 a 1898 solamente podrá temporalmente demorar. El primero es el central «Santa Teresa», cerca de Manzanillo.[78] (Los siguientes corresponden ya a la época de la república neocolonial.)

En Las Villas, en las zonas devastadas al culminar la guerra en 1878, la producción azucarera habrá de pasar fácilmente a manos del capital financiero norteamericano. El primer caso tiene lugar en 1883. Los propietarios de un ingenio de Cienfuegos, imposibilitados de pagar las deudas de refacción contraídas con la **E. Atkins & Co.** de Boston, pierden la propiedad del ingenio y de parte de las tierras que poseen. La poderosa firma norteamericana inicia entonces inversiones destinadas a tecnificar las instalaciones y ampliar la extensión de los cultivos. En 1893, tendría ya 350 caballerías y era uno de los centrales más productivos y mayores de la colonia. Otro central, instalado por el propio Atkins en la misma década, produjo la desaparición de unos 20 ingenios que antes producían en la zona.[79] Van

[76] José Isaac del Corral; **Derecho Minero Cubano,** t. I; Ed. Cuba Contemporánea, La Habana, 1920; p. 152.

[77] **Ibid,** p. 189.

[78] Leland H. Jenks; **Nuestra Colonia de Cuba;** Ed. Palestra, Bs. As., 1959; p. 61.

[79] Julio Le Riverend; **Raíces del 24 de Febrero: la economía y la sociedad cubanas de 1878 a 1895;** Cuba Socialista, no. 42, feb. 1965; p. 6.

surgiendo así, en manos del capital financiero norteamericano, los nuevos **centrales** azucareros que, altamente tecnificados, absorben la producción cañera de regiones completas. Tal será el caso, también, de la explotación iniciada por la **Tuinicú Cane Sugar Company** —de comerciantes azucareros de Nueva York— en la zona de Sancti Spíritus, en 1893.[80]

Y es también el camino de la concentración de la producción el que habrá de seguir toda la zona de Occidente en su definitiva subordinación al capital norteamericano. En ello intervienen no sólo factores nacionales, sino condicionantes internacionales que afectan a la estructura cubana productora para la exportación. Allí está teniendo lugar, en particular desde la década del 40, el proceso normal de concentración de la producción inherente a todo desarrollo capitalista.[81] La introducción del vapor, primero, y el vacío, después, han ido convirtiendo a los productores de menos facilidades financieras en suministradores de caña a los centrales más tecnificados y, por lo tanto, de mayor rendimiento en azúcar y mayor capacidad de producción. En la década del 50, ya comienzan a aparecer los contratos de «colonato» en la región occidental. A veces, el productor que no puede tecnificarse, elabora sus mieles en el ingenio vecino. Este proceso continúa, y de hecho se acelera,[82] cuando la zona occidental absorbe y supera la producción azucarera total de la colonia, una vez que la guerra haya hecho imposible la producción en la región oriental.[83]

Sin embargo, las limitaciones que el trabajo esclavo impone a la tecnificación, no le han permitido a la industria cubana mantener una

[80] Jenks, **loc. cit.**

[81] Ilustrativo de este proceso de concentración es la evolución de J. Santiago-Aguirre como productor azucarero en la zona norte de Pinar del Río. Su primera compra en la zona fue, en 1837, un potrero de 30 cabs. donde fomenta el ingenio **Manuelita.** Compra 6 más en 1839, 4 en 1843, 29 en 1858, 7 en 1859 y 47 en 1884. En 1887, el ingenio **Manuelita** tiene 117 caballerías. Y en el mismo año, Santiago-Aguirre posee además: ingenio **San Claudio** con sus potreros, ingenio **San Agustín,** ingenio **Merceditas** e ingenio demolido **Purísima Concepción.** (Datos de los **Archivos del Registro de Propiedad Rural: Bahía Honda, Cabañas, Mariel, Guanajay y San Diego de Núñez;** Administración Local de Guanajay, Pinar del Río)

[82] Ver: Le Riverend, **Raíces del 24 de febrero. . .;** p. 4.

[83] En un período de dos décadas que involucra los años de guerra las zafras cubanas fueron (en miles de toneladas) 1864: 575; 1865: 620; 1866: 612; 1867: 597; 1868: 749; 1869: 726; 1870: 726; 1871: 547; 1872: 690; 1873: 775; 1874: 681; 1875: 718; 1876: 590; 1877: 520; 1878: 533; 1879: 670; 1880: 530; 1881: 494; 1882: 596; 1883: 460; 1884: 554. Fuente: Ramiro Guerra Sánchez; **Azúcar y población en las Antillas;** Cultural S. A., Hab., 1944, p. 262.

guerra de precios con el azúcar de remolacha europeo —que cuenta, además, con mecanismos de protección estatal. Ya éste ha desplazado del mercado europeo al producto cubano, y amenaza —con precios más bajos y con una producción en ampliación— la posición cubana en su mercado principal: los Estados Unidos.[84] En esas condiciones, desde los inicios de la década del 80, y en particular desde la crisis de precios de 1884, los productores cubanos se ven obligados a aumentar el nivel técnico de su producción o desaparecer. La extinción factual de la esclavitud en 1880, y su abolición oficial en 1886, contribuyen a posibilitar el avance. Y al capital financiero norteamericano recurren productores criollos y españoles de la zona occidental. Se inicia entonces un proceso de verdadera desnacionalización de la industria azucarera cubana, en la cual se entremezclan los capitales de estos dos grupos productores, con el capital financiero norteamericano.

A partir de los años 80 los antiguos apellidos de terratenientes y comerciantes se han fundido ya en compañías norteamericanas. Los capitalistas de la colonia aseguran sus fortunas en bonos y acciones norteamericanos. Y se hacen ciudadanos norteamericanos los descendientes de negreros criollos y españoles que unos años después fundirán sus fortunas a las de compañías azucareras norteamericanas, como Juan Pedro Baró.[85] Hacia 1895, se calcula en unos 25,000,000 de dólares los capitales **cubanos** depositados en bancos en los Estados Unidos.[86]

Durante esa década, es fenómeno constante la demolición de ingenios que no pueden avanzar, y cuyas tierras de cultivo pasan a aumentar el área cañera de los centrales que ahora absorben su producción. Ingenios que sólo 20 años atrás evaluaban sus tierras, esclavos e instalaciones en unos 120.000 pesos, en 1893 ya aparecen como demolidos y venden sus tierras por poco más de 7.000; o celebran numerosos contratos de colonato de menos de una caballería sobre sus 30 caballerías de tierras.[87] Este proceso fue grandemente acelerado por la creación, entre 1888 y 1890, del llamado **Trust del**

[84] Rafael María Merchán; **Cuba. Justificación de sus guerras de Independencia;** Imp. Nacional de Cuba, La Habana, 1961; pp. 53-54.

[85] Datos de los **Archivos del Registro de Propiedad...**

[86] Gustavo Gutiérrez; **El desarrollo económico de Cuba;** Publicaciones de la Junta Nacional de Economía, La Habana, 1952; p. 87.

[87] Datos de los **Archivos del Registro de Propiedad...**

Azúcar en los Estados Unidos. Bajo la dirección de Henry O. Havemeyer, la **American Sugar Refining Company** —que fue su nombre oficial— agrupa a 19 **refinerías** que monopolizan el mercado de azúcar blanco norteamericano, y que constituirán, en lo adelante, el mercado de azúcar **prieto** cubano.

De ahí que a partir de 1891 el azúcar **crudo** cubano tenga entrada libre de derechos en los Estados Unidos.

Al iniciarse la última década del siglo XIX, la estructura productora para la exportación está ya consolidada en Cuba —y se están dando las circunstancias de su absorción por el capital monopolista norteamericano. Firmemente asentadas en la propiedad latifundiaria de la tierra, la burguesía terrateniente criolla, la burguesía azucarera productora para la exportación, y su correspondiente burguesía comerciante son portadoras de las relaciones económicas y políticas de dependencia con el país que representa su principal mercado, y cuyos representantes locales y socios menores son. En ello, ya se han disuelto las antes vigentes diferencias entre criollos y españoles: en el contexto colonial: en este sentido, ambos son tan cubanos —o tan anticubanos— como los intereses que representan. Pertenecen, de hecho, a una estructura productora que solamente se relaciona con su propio país en lo que respecta a posibilidades de abaratamiento de la producción y de aumento de sus beneficios. Imposibilitadas de obtener este aumento mediante la realización favorable de su producción en un mercado exterior que responde a circunstancias internacionales, sus metas pueden lograrse solamente mediante una máxima explotación de los trabajadores locales[88] —y el sostenimiento de un alto nivel de desempleo y un amplio mercado de fuerza de trabajo barata. Internamente, son enemigos radicales de todo desarrollo industrial armónico que pueda contribuir a eliminar el desequilibrio económico interno, y de hecho impiden este desarrollo median-

[88] Esta interrelación ha tenido momentos de extrema evidencia. En la década del 80, cuando el precio del azúcar cubano no puede competir con el precio protegido del de remolacha europeo, la burguesía azucarera cubana rebaja en un 50% los jornales de la industria (ver: Raúl Aparicio; **Hombradía de Antonio Maceo**: Ed. Unión, La Habana, 1967, p. 320.

[89] En 1888, la **Revista de Agricultura** del Círculo de Hacendados cubanos describe las condiciones de vida de los asalariados de la industria azucarera, que casi no es diferenciable del régimen vigente hasta unos pocos años atrás para la fuerza de trabajo esclava. Ello, unido a la íntima magnitud del salario que interesadamente mantiene la burguesía azucarera, inhibe desde un principio toda posibilidad de conformación de un mercado interno considerable. (Sobre las condiciones mencionadas, ver: Le Riverend; **Raíces del 24 de febrero**. . ., p. 7-10).

te la conservación de un miserable y siempre decreciente poder adquisito en las grandes masas.[89] Constituyen, en el cuadro económico social de Cuba —como en su caso, en el resto de los países latinoamericanos— el elemento portador de la necesidad histórica que determina la forma unilateral y específica de desarrollo del capitalismo en nuestras tierras de América, efectuando el vínculo entre su propio país y las economías e intereses extranjeros de los cuales dependen y en función de los cuales están.

En 1881, el cónsul norteamericano en Cuba ya había podido decir: «Comercialmente, Cuba se ha convertido en una dependencia de los Estados Unidos, aunque políticamente continúe dependiendo de España».[90] Y hacia 1884, los Estados Unidos absorbían el 85% de la producción total de Cuba, y el 94% de su producción de azúcar y mieles.[91]

La Revolución que se inicia en 1895 tendrá entonces que enfrentarse no solamente a la colonia cubana de España. Tendrá ya que enfrentarse —y por primera vez en la historia— a la neocolonia cubana de los Estados Unidos.

LA GUERRA: LA DOBLE FRUSTRACION

La insurrección cuenta, para iniciarse, con los antiguos jefes militares de la guerra anterior —y de los intentos aislados de los años 80. Una buena parte de ellos está en el exilio. Los agrupa y coordina el Partido Revolucionario Cubano, ya sobre el acuerdo de Martí, Gómez y Maceo. Los demás han permanecido o regresado a Cuba. Su participación la coordina Martí a través de Juan Gualberto Gómez —después de haber sondeado durante más de un año la disposición individual de cada jefe, a través de un comisionado personal del Delegado del PRC.[92] Los jefes militares del 68 son, de hecho, la garantía de la representatividad total —nacional— de la insurrección, y el vehículo de **unión** de todos los elementos posibles en la tarea de echar de Cuba al poder colonial español.

[90] **United States Consular Report,** 1881. En Jenks, **op. cit.**; p. 49.

[91] Fernando Portuondo, **Historia de Cuba hasta 1898,** Ed. Univ., La Habana. 1965, pp 492-93.

[92] Acerca de la misión desempeñada por el Cdte. Gerardo Castellanos Lleonart, ver: Gerardo Castellanos G.; **Misión a Cuba. Cayo Hueso y Martí;** Imp. Alfa, La Habana. 1944; pp. 137-258.

La respuesta comarcana al alzamiento del 24 de Febrero de 1895 es, en su conjunto, de espectación. El alzamiento de Juan Gualberto Gómez y los jefes de La Habana y Matanzas se efectúa, pero resulta frustrado.[93] En Oriente, todos los pueblos han respondido al unísono: Tunas, Manzanillo, Bayamo, Holguín, Santiago, Guantánamo, Baracoa, están llenos de partidas numerosas, aunque dispersas.[94] Pero Las Villas y Camagüey vacilan: a pesar de las seguridades dadas al emisario de Martí[95], sólo muy pequeñas partidas secundan la insurrección en Las Villas, mientras que Camagüey se mantiene en casi total inmovilidad.[96] En la primera, la reanimación será espontánea a partir de los finales de abril. Antes de terminar el mes de junio, ya habrá comenzado la organización e integración de las fuerzas insurgidas.[97] En la segunda, sin embargo, habría aún que esperar la llegada de Máximo Gómez a la provincia en junio 5, para que Salvador Cisneros Betancourt se lance al campo seguido de doce de los principales jefes, y pueda la provincia entrar, de hecho, en la insurrección.[98] Falta —todo parece indicarlo— la presencia de los principales dirigentes, de los jefes que pueden garantizar la unidad del movimiento, su carácter nacional —y el equilibrio de las fuerzas y las zonas que combatan. Poco tiempo atrás, en 1879, el alzamiento de Quintín Banderas y Guillermo Moncada —negros— y de José Maceo —mulato— no había sido secundado en Santiago de Cuba. No es cuestión de raza —porque los secundarán más adelante, cuando actúen **solamente** como jefes militares[99] y haya otros jefes políticos en la insurrección. Es cuestión, más bien, de fuerzas por ellos representadas. Igual sucede, ahora, con Bartolomé Masó: ha efectuado el alzamiento, pero es solamente Antonio Maceo quien

93 Octavio R. Costa; **Juan Gualberto Gómez. Una vida sin sombra;** Ed. Unidad, La Habana, 1950; pp. 121-25.

94 Enrique Collazo; **Cuba Heroica;** La Habana, 1912; p. 175.

95 Sobre la preparación de la insurrección en Las Villas, ver, por ejemplo: Gerardo Castellanos G.; **Juan Bruno Zayas, médico y soldado;** Ed. Hermes, La Habana, 1924; pp. 54-57. Sobre Camagüey, ver, del mismo autor: **Misión a Cuba...,** pp. 203-08.

96 Ver: Juárez, **op. cit.;** pp. 199-200; Collazo, **op. cit.;** pp. 191, 186-87.

97 Collazo, **op. cit.;** p. 191.

98 Juárez, **op. cit.;** p. 201.

99 Martí, **op. cit.;** t. 4; pp. 133-34 (1895).

podrá levantar en armas, en pocas semanas, a miles de hombres de la región oriental.[100]

A partir del desembarco de los Maceo, primero, y de Martí y Gómez después —cada uno con un núcleo de antiguos militares de la emigración— se inicia el verdadero proceso de consolidación de la insurrección[101] en Oriente, y la reactivación de Las Villas. Martí es aclamado como presidente en los campamentos de Oriente, y reconocido como jefe supremo de la revolución. Máximo Gómez ocupa su destino de General en Jefe, acordado por la emigración y por el país antes del alzamiento. Antonio Maceo es jefe natural e indiscutible de Oriente —y el que ya en Baraguá ha mantenido viva la guerra abandonada en el Zanjón. Y alrededor de ellos, es posible **aunar** todos los elementos potencialmente inclinados a la expulsión de España —que es, además, la premisa primera de la revolución.

La garantía fundamental de este equilibrio es José Martí. Lo ha venido forjando —como quien construye— durante años: ha atraído el apoyo y la incorporación de todas las fuerzas **utilizables** del país. Porque «la revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas sino la que vamos a desarrollar en la República.»[102] Y este es, precisamente, el momento de las maniguas, el momento de la insurrección. Ahora bien: «en la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que á un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y el respeto de los demás pueblos, y permitan —en vez de entrabar— el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de construir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.»[103] Así había quedado recogido en el Manifiesto de Montecristi —que Mar-

[100] En 30 de abril, a cuatro semanas escasas del desembarco, Maceo reporta tener «seis mil hombres bien armados y con mucho parque, mucho territorio dominado, mucha gente en sus propias casas, manejados civilmente. El 15 del entrante mes, tendré doce mil hombres armados y conquistado mucho territorio» (En: Gonzalo Cabrales; **Epistolario de héroes**; La Habana, 1922; p. 76).

[101] Collazo, **op. cit.;** pp. 177, 181.

[102] Palabras de Martí a Carlos Baliño, referidas por Mella en su artículo «Glosando los pensamientos de José Martí» (**op. cit.**, p. 92).

[103] Martí, **op. cit.**, t. 4, p. 99 (1895).

tí y Gómez suscriben de absoluto acuerdo en todos los términos.[104] Y —más que nada— es necesario «ordenar la guerra de manera que lleve adentro sin traba la república»; «dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república.»[105]

Con Gómez, ya hay total definición en «reunir representantes de todas las masas cubanas alzadas, para que ellos, sin considerarse totales y definitivos, ni cerrar el paso a los que han de venir, den a la revolución formas breves y solemnes de república, y viables, por no salirse de la realidad, y contener a un tiempo la actual y la venidera».[106] Y con Maceo —el más temeroso quizá[107] de que se reediten en el 95 las pugnas y diferencias que llevaron al Zanjón en el 78—, insiste y ofrece: «De gobierno, he cumplido por mi parte mi deber, de modo que la revolución se dé el que le parezca, que puede ser sencillo y salvar todo lo esencial, sin peligro de choque. Ante la Asamblea depondré, ya en esta nueva forma, la autoridad[108] que ante ella cesa. Y ayudaré a que el gobierno sea simple y eficaz, útil, amado, uno, respetable, viable».[109]

De la entrevista de La Mejorana —de entre lo mucho que aún la historia no ha logrado develar— quedan claros dos puntos: hay, con Maceo en particular, discrepancia en cuanto a las formas del gobierno que se ha de crear —porque «en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de los hombres, hombres son quienes las hacen».[110] Pero queda claro también que «la revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le puso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez suscinta y respetable representación republicana, —la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la

104 **Ibid,** p. 113 (1895).

105 **Ibid,** pp. 106, 110-11 (1895).

106 **Ibid**, t. 4; p. 144.

107 Benigno Souza; **Ensayo histórico sobre la Invasión**; Imp. del Ejército, Habana, 1948; pp. 43-49.

108 Se refiere a su representación como Delegado del PRC.

109 Martí, **op. cit.**; t. 4; p. 161 (1895).

110 **Ibid**, pp. 169-70 (1895).

representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios.»[111] La insurrección, por tanto, tendrá república. «Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros».[112] Martí cae al día siguiente en Dos Ríos.

La muerte de Martí en mayo parece haber puesto en crisis la insurrección.[113] Vino a sumarse a la lentitud anterior, y a la campaña interesada contra la que el propio Martí había alertado, de «que la guerra quedará abandonada por falta de extensión en la isla.»[114] Y a lo largo del período —aún no suficientemente analizado— que media entre su muerte en Dos Ríos y la Asamblea de Jimaguayú, en setiembre, la insurrección parece desarrollarse muy lentamente en Las Villas —hasta la llegada de una primera expedición del exterior en agosto y después de convocada la Asamblea de Constitución—, y Camagüey parece mantenerse retraído hasta que Máximo Gómez llega «solo, levantando el espíritu decaído de esta Comarca»[115] y se produce entonces, también como hecho muy aislado, el alzamiento de Salvador Cisneros Betancourt y algunos jefes más. Mientras, en los Estados Unidos, la delegación del PRC se ha movido con pasos lentos y torpes en la preparación dilatada de la primera expedición.[116]

La República que constituye en Jimaguayú —como veremos enseguida— ya dista mucho de ser aquella de equilibrio, aquella de «igual respeto a las exigencias del culto y a la justicia con el humilde, al ideal intacto y a la realidad que lo logra»[117]; ni la guerra llegará a ser aquella «obra unida, por la reflexión ordenada donde ha sido posible y la cooperación espontánea donde no pudo llegar el concierto, de todos los elementos hábiles, apetecibles o inevitables, de la revolución».[118] Se hace necesario aquí, antes de seguir, un paréntesis que preceda al análisis de la nueva situación.

111 **Loc. cit.**

112 **Loc. cit.**

113 Ver: Collazo, **op. cit.**; p. 183.

114 Martí, **op. cit.**; t. 4; p. 128 (1895).

115 Máximo Gómez; **Diario de Campaña 1868-1899**; Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968; p. 289.

116 Ver: Collazo, **op. cit.**; pp. 188-90. Ver También: **Correspondencia diplomática de la Delegación cubana en Nueva York durante la guerra de Independencia de 1895 a 1898**, t. 5 (Washington); Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, no. XI; La Habana, 1946; pp. 8, 53-57.

117 Martí, **op. cit.**; t. 4; p. 128 (1895).

118 **Ibid**, p. 162 (1895).

Como en la preparación de la insurrección —cuando todo el plan traicionado en Fernandina lo conocía y controlaba sólo él— hemos visto más arriba que, también para la revolución que era suya, era Martí quien conocía y controlaba su proyecto: el modelo de la república, la concepción de la revolución, el programa.

Muerto Martí quedaba sin embargo una insurreción armada ya iniciada. Quedaba todo el mismo pueblo de la colonia —ya testigo del inicio de un proceso de transformación y, como lo demostraría enseguida la Invasión, totalmente receptivo a la contienda—; quedaban los dirigentes y los jefes militares —nacionales y regionales. Y quedaban, sobre todo, los problemas cubanos a resolver: los mismos que desataban la arremetida contra España y lanzaban a la contienda, con posiciones ideológicas propias, a hombres de las diversas clases y extracciones sociales de la colonia. Quedaba la aspiración de independencia y surgimiento republicano— y la aspiración ulterior de soluciones con que se lanzaba a la lucha cada cual.

No se ha hecho aún en nuestro país el estudio de las verdaderas representatividades de los hombres del 95, ni de su extracción social.[119] Se acepta la participación masiva en el Ejército Libertador de las capas eminentemente populares y de bajos ingresos: campesinos, desempleados, jornaleros y asalariados del campo y la ciudad —gran parte de los cuales ha salido de la esclavitud poco más de diez años atrás—, empleados urbanos. Junto con ellos, burguesía pequeña y media —urbana y rural—, individuos de procedencia terrateniente y hombres salidos de las profesiones liberales. Las potencialidades ideológicas de esta amalgama de clases son, desde luego, ilimitadas. Y los testimonios documentales de la época generalmente nos presentan los mutuos temores y confrontaciones bajo el ropaje —interesado o no— de reservas y pugnas de tipo racial.

No está claro, por lo tanto, aún hoy, qué fuerza representativa tuvieron los grandes dirigentes del 95 —Antonio y José Maceo, Máximo Gómez—, ni en qué medida fue, cada uno, jefe político, además de jefe militar. Lo mismo es válido para grandes jefes militares como los generales Quintín Banderas, Agustín Cebreco, Pedro A. Pérez, José María Capote, —relegados invariablemente respecto a todo

[119] Sobre la necesidad del mismo, fue Julio Antonio Mella el primero en llamar la atención (ver **op. cit.**, pp. 87-92). Su imperiosidad se mantiene, y ha sido señalada por autores contemporáneos como, por ejemplo: Le Riverend; **Raíces del 24 de febrero**. . ., p. 2.

gestión que no fuera exclusivamente militar—, por una parte; y generales como Calixto García, Mayía Rodríguez, Pedro Betancourt, Carlos Roloff, etc., por la otra.

Se conocen posiciones y definiciones expresivas de una ideología progresista y señaladamente popular en Antonio Maceo[120] y Máximo Gómez[121], de las cuales pueden citarse ejemplos. Pero está ausente

120 Para Maceo —que a calado temprano, por haberlos padecido, en la comprensión de los problemas sociales cubanos— «no se trata de sustituir a los españoles en la administración de Cuba, y dentro de esto, del monopolio de un elemento sobre los demás; bien al contrario, muévenos la idea de hacer de nuestro pueblo dueño de su destino, poniéndole en posesión de los medios propios de cumplir su misión... para cuyo fin necesita ser unido y compacto». Ello no estorba, sin embargo, la adecuación de principios supuestamente inviolables a las necesidades concretas de su país: «Mucho respeto me inspira la propiedad, sobre todo la bien adquirida; pero es de notar que si es legítima, la ciencia económica y la razón con sendos irrebatibles argumentos la defienden, si no, puede ponerse en contradicción con el progreso de las instituciones sociales, y a ese estado sólo debe tenerse como un mero obstáculo que es fuerza orillar a todo trance» (1881). Como Martí, todo lo subordina a la expulsión condicionante de la metrópoli española: «El día después de nuestra independencia, repararemos las faltas e inconvenientes que ella deja detrás de sí: reemplacemos, pues, el gobierno español con la soberanía nacional de nuestro pueblo» (1886). Mientras tanto, «debemos los cubanos todos, sin distinciones sociales de ningún género, deponer ante el altar de la patria esclava y cada día más infortunada, nuestras disenciones todas...». (1888). Para Maceo, también, «una República organizada bajo sólidas bases de moralidad y justicia, es el único gobierno que, garantizando todos los derechos del ciudadano, es a la vez su mejor salvaguardia con relación a sus justas y legítimas aspiraciones...» (1888). Y sabe que hay que tratar en términos de realizaciones concretas y no de abstracciones teóricas y formales: ya desde antes (1885) se ha preguntado: «¿Puede haber justicia donde no es igualmente distribuida?». Ahora, mientras dure la guerra, «sólo debe haber en Cuba espadas y soldados»; después, «enhorabuena que se constituya un gobierno civil eminentemente democrático que, con moderación y prudencia, maneje la cosa pública, atendiendo siempre a nuestra manera de ser política y social» (1895). (Las citas aparecen en: José A. Portuondo, **El pensamiento vivo de Maceo**; Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1962; pp. 46, 42, 62, 67, 69-70, 59 y 83, respectivamente.)

121 Después de los encuentros de Gómez y Martí en Montecristi, ha tenido lugar un incuestionable acercamiento de las ideas de ambos. El propio Martí lo ha señalado (Martí, **op. cit.**, t. 4; pp. 130, 143). Y Gómez no sólo ha apoyado y suscrito el Manifiesto de marzo, sin que Martí «escondiese o recortase un solo pensamiento suyo, ni él hallara una sola idea aventurada o trabadora» (**ibid**, p. 118), sino que lo ha defendido desde entonces como bandera en importantes momentos de su vida pública. Se ha adscrito, en mucho, al propio Martí, a cuya lectura remite (ver: Souza, **Máximo Gómez: el Generalísimo;** Imp. Mercaderes, La Habana, s/a; p. 150) y cuya ausencia lamenta en las coyunturas cruciales de la vida de la revolución (ver, por ejemplo: Ferrara, **op. cit.**; p. 221, y **Anexo 2**). Del mismo modo, son particularmente demostrativas las concepciones que Gómez expresa en 1897 acerca de «el tristemente deficiente sistema o forma de cómo está constituida en Cuba la industria azucarera», que genera riqueza, lujo y asombrosa opulencia para el dueño del ingenio y de la tierra, y miseria moral y material para el campesino y su familia, de modo que el productor azucarero es un ser todopoderoso y el colono y el campesino esclavos «embrutecidos para ser engañados, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en tierra ajena». Más allá de toda vacilación al pensar que «pudiera ser destruida por la mano terrible de la guerra y perderse en

no ya el estudio de su pensamiento y sus ideas, sino las determinaciones primarias de su personalidad como líderes y representantes ideológicos dentro de las clases —y los grupos dentro de las clases— que participan en la guerra y en la revolución de 1895.

Pendientes estas definiciones —y dejada constancia de su ausencia— se hace sin embargo evidente que, desaparecido Martí, se abre un período de lucha dentro de las propias filas de la insurrección, en el que se entrevé el enfrentamiento —o la pugna por lograr o evitar supremacías— de grupos abiertamente contrapuestos. En ese sentido, la primera consecuencia de la muerte de Martí es la ruptura de un equilibrio aún no consolidado entre las fuerzas vocadas a participar de la guerra y necesitadas de ella. De esa lucha —que aparenta la reedición de la pugna entre «militares» y «civiles» de la guerra anterior— queda la constancia fría de los documentos de Jimaguayú, testimonios del nacimiento de una repúblic̄a hipertrofiada que es, ella misma, la frustración, primero, de la república «en germen» de Martí; y de las propias aspiraciones comunes alcanzadas entre Maceo Máximo Gómez y el propio Martí. Murió, al nacer la república er Jimaguayú, el gobierno «sencillo y útil» propugnado, para dar en su lugar paso a un Consejo de Gobierno leguleyesco que aspira, como objetivo inmediato, a garantizarse la dirección hegemónica del curso de la revolución y al control irrestricto de los elementos que se nuclean alrededor del cada vez más poderoso aparato militar. No puede plantearse ya la gestión de gobierno como búsqueda de un **equilibrio** en los términos concebidos por Martí. En primer lugar, porque no está en su espíritu: no hay en los debates de la Constituyente una sola mención ni referencia al nombre o las ideas de

---

unos instantes todo el patrimonio de un pueblo, levantado en muchos años de labor... indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país... a la vista de tan marcado como triste doloroso desequilibrio, exclamé: ¡Bendita sea la tea!», dando cumplimiento con la quema y destrucción de los ingenios a una tarea que sobrepasa en mucho los fines y las necesidades de una táctica exclusivamente militar. Porque Gómez ve, además, el peligro que para Cuba representa la conservación de esa enorme e intolerable desigualdad social. Y la república que se constituya deberá ser una república sin trabas de ninguna clase ni privilegios de ningún linaje: deberá implantar la justicia social, y sustituir con «fórmulas nuevas» esas formas viejas que, de continuar, harían que «perdiéramos la esperanza de que la República fuese tan fecunda en bienes como ha sido costosa en sacrificios, y como... todos los buenos patriotas tenemos derecho a esperar que sea, para completar nuestra obra». (Ver al respecto: Emilio Roig de Leuchsenring; **La guerra libertadora cubana de los treinta años;** Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1958; pp. 218-19. Ver también: Leopoldo Horrego Estuch; **Máximo Gómez, libertador y ciudadano;** «P. Fdez. y Cía.», La Habana, 1948; p. 195.)

Martí.[122] Y en segundo lugar, porque se trata, precisamente, de lo contrario: de inhabilitar toda otra acción y de reprimir toda otra fuente de jerarquía o mando —se trata, no de equilibrio, sino de hegemonía y de control. Y rezuma, cada uno de sus actos, el temor a la vida y la acción independientes de las masas alzadas que son, de hecho, la verdadera fuerza de la revolución, y de los hombres que constituyen en el momento los tres pilares de la insurrección: los dos Maceo y Máximo Gómez.

De ahí la sorda pugna que entre ambas fuerzas se inicia cuando aún no se ha clausurado la Constituyente de Jimaguayú. Y de ahí que, en la propia ley constitucional con que se inaugura la República, el Consejo de gobierno se abrogue la decisión final en «conferir los grados militares de Coronel en adelante, previo informe del Jefe Superior inmediato y del General en Jefe».[123] Se equiparan, por otra parte, todos los cargos civiles con los grados militares correspondientes: el presidente de la República será, entonces, Generalísimo del Ejército; el vicepresidente y los secretarios de Estado serán Mayores Generales; el secretario del Consejo y el Canciller, brigadieres; los jefes de despacho de las secretarías, los gobernadores civiles y los administradores de hacienda, coroneles; y así con todos los cargos de la tupida red de funcionarios civiles de los territorios ocupados por la revolución, que quedan desde el mes de octubre dotados todos de jerarquía militar, a través de sucesivas legislaciones.[124] Del mismo modo, desde las primeras medidas del Consejo de Gobierno se dispone conceder grados militares a todos los que ingresen a la revolución con estudios superiores realizados o como profesionales graduados.[125] Y hay en todo ello un marcado intento —que es, además, logrado— por garantizar el mando tanto a sí mismos como a los hombres de una determinada clase o determinada extracción social, sobre las masas humildes

[122] Ver: **Actas de las Asambleas de Representantes y del Consejo de Gobierno durante la Guerra de Independencia,** t. I (1895-1896); Academia de Historia de Cuba, Colección de Documentos; «Rambla, Bouza y Ca.», La Habana, 1923; pp. 1-32.

[123] **Ibid,** p. 34.

[124] **Ibid,** pp. 54, 77, 85 y otras.

[125] «**Cabo,** el que tenga cursado el segundo año de Filosofía. **Sargento,** el que tenga aprobado hasta el cuarto año de id. **Alférez,** el que se haya graduado de Bachiller. **Teniente,** el que tenga cursado y aprobado tres años de alguna facultad. **Capitán,** el que haya alcanzado un título en las carreras facultativas, a no ser que por su empleo... se le asigne otro superior» (**ibid,** p. 68). Esta disposición es dejada sin efecto en mayo de 1896, pero queda en pie la consideración de **capitán** para los profesionales que ingresen en los Cuerpos Facultativos del Ejército.

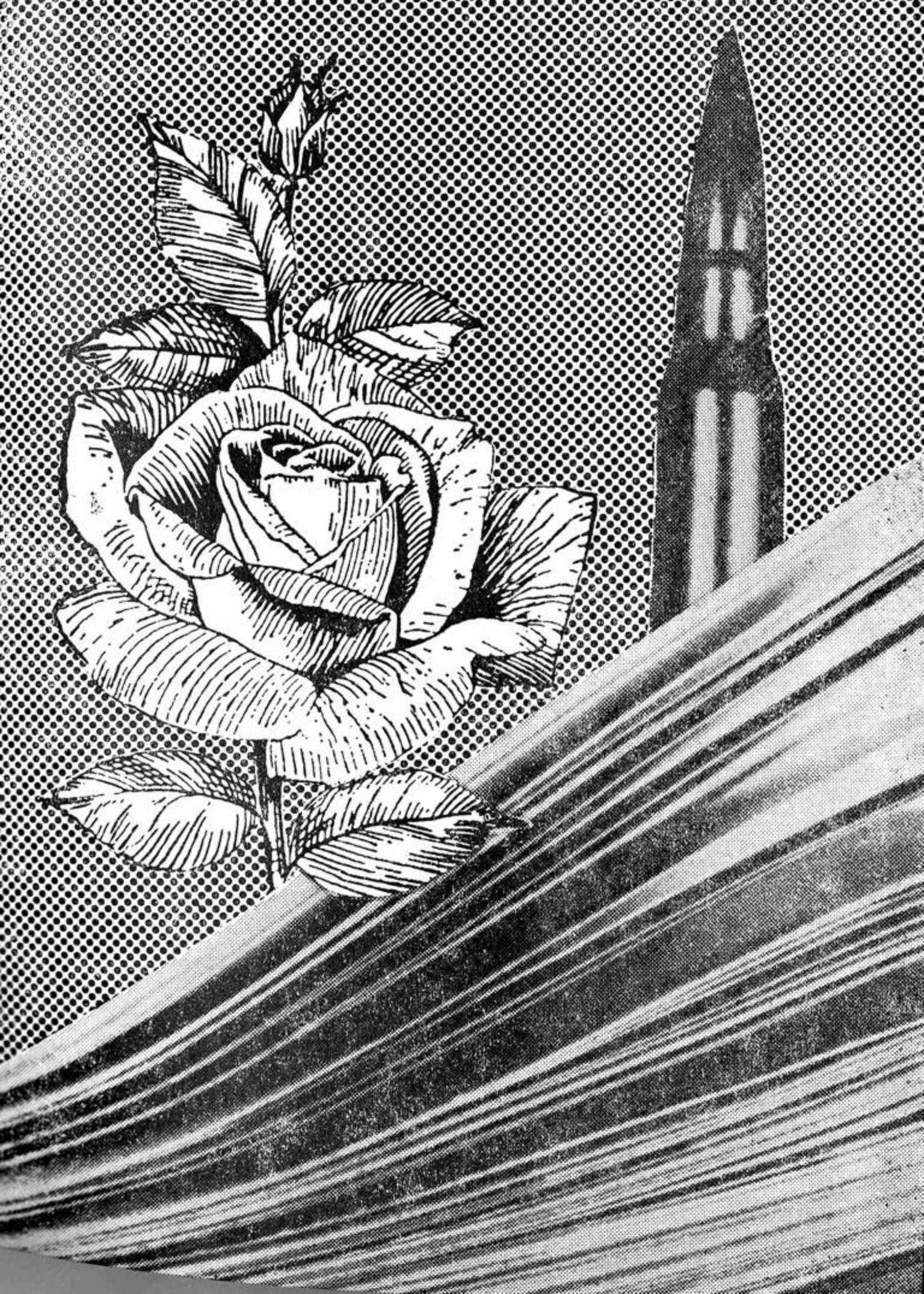
de la tropa. Esa línea se continuará y acentuará durante todo el período de guerra: los cargos más importantes de la organización civil y del Consejo de Gobierno —y, después, las representaciones a las Asambleas de la Yaya y Santa Cruz— serán invariablemente desempeñados por profesionales (entre ellos, médicos y abogados, fundamentalmente) y por empleados civiles prominentes de los distritos y departamentos —pero jamás, o sólo excepcionalmente, serán desempeñados por **jefes de tropa.** Maceo estará muy consciente de este contenido clasista del gobierno que nace, y puede decirle a Salvador Cisneros Betancourt, aún antes de que terminen las sesiones de la Constituyente: «La humildad de mi cuna me impidió colocarme desde un principio a la altura de otros, que nacieron siendo jefes de la revolución. Quizá por eso Ud. se cree autorizado para suponer que me halaga con lo que indica me tocará en el reparto».[126] Para Maceo se había creado, por la propia Asamblea Constituyente, el cargo de Lugarteniente general del ejército:[127] la manera de darle al dirigente y al jefe una ubicación jerárquica que fuera exclusivamente **militar.**

Esta frustración del proyecto martiano de república habrá de reclamar, aún, la obtención del control sobre el instrumento creado por Martí para llevar a cabo la revolución: el Partido Revolucionario Cubano. Pero este control —como veremos más adelante— no será ya logrado por los representantes de la modalidad potencialmente nacionalista de la burguesía cubana, sino que será directamente ejercido por uno de los más importantes factores que actúan en la conservación del **statu quo** estructural cubano: la llamada Representación Plenipotenciaria del Consejo de Gobierno cubano en el extranjero.

La marcha incontenida y la culminación victoriosa, en sólo tres meses, de la Invasión a Occidente —y la demostración del vigor, el poder y el arrastre de la Revolución que ella implica— señala el inicio de una nueva etapa de lucha que va a convertir en un hito de la historia cubana al año que se inicia: 1896. En su camino hacia el extremo occidental de Cuba (llega a Mantua en enero 23), la

126 Antonio Maceo; **Disciplina y dignidad;** Cuadernos de Cultura, Segunda serie, no. 6; Dirección de Cultura, La Habana, 1936; p. 33.

127 Ver: Collazo, **op. cit.;** p. 197. Sobre la digna respuesta de Maceo a la designación, ver su «Exposición a los delegados de la Asamblea constituyente» (set. 30 de 1895) en : José A. Portundo; **El pensamiento vivo...;** pp. 80-81.



incorporación a la fuerza invasora ha demostrado la maduración y la disposición del pueblo de la colonia en la realización consecuente de la insurrección. Los alzamientos no sólo secundan, sino que a menudo anteceden, a la columna invasora. El occidente cubano, militarmente inactivo y aparentemente poco receptivo al alzamiento del 24 de febrero. Se adhiere ahora incondicionalmente al paso del ejército de Gómez y Maceo. Y la Invasión que culmina evidencia para el Consejo de Gobierno la verdadera fuerza y la real hegemonía de los hombres que tienen en sus manos el liderazgo del aparato militar. Está ya claro que el país está dando inicio a una revolución más grande que la que el Consejo de Gobierno puede dominar y controlar; más grande que la que el Consejo de Gobierno puede, incluso, desear.

No se trata aquí —ni puede tratarse— de enjuiciar posturas individuales ni de cuestionar valores y sinceridades en los hombres que actúan en la revolución del 95 y en los derroteros que conducen a su frustración. Mucho menos, cuando no puede —ni siquiera— hablarse en términos de individuos, sino en términos de conjunto. Se trata, entonces, de ubicar, de detectar posiciones de clase del conjunto— y actitudes condicionadas por ellas.

Las posturas adoptadas por el Consejo de Gobierno una vez culminada la Invasión y convertida la provincia de Pinar del Río en campo victorioso de batallas de Maceo, indican la agudización de la lucha que tuvo su inicio con la propia creación del Gobierno de la Revolución. Y en los primeros meses del año 96, el Consejo de Gobierno ha dejado de contribuir a los posibles éxitos militares de la Invasión. Ya en febrero —haciendo juntos campaña en Pinar del Río, La Habana y Matanzas— Gómez y Maceo han pedido con urgencia armas al Gobierno. Las expediciones, pocas y difíciles, que llegan del extranjero, han sido remitidas, sin embargo, a Oriente. Gómez se verá obligado a dejar occidente para atender las malas noticias que llegan sobre la situación desde Las Villas hasta Oriente, y para apresurar el refuerzo a Maceo con el contingente encargado, antes de iniciar la marcha, a su hermano José.[128] Maceo pelea con municiones sólo para 600 hombres. Después ya sólo tendrá 250 hombres con balas en las cananas. En abril 25, al terminar un combate, sólo quedaban disparando 4 hombres con balas: Maceo es uno de ellos.[129] Ese mismo día, llega a Pinar del

128 Aparicio, **op. cit.;** pp. 470-72.

129 **Ibid,** pp. 478, 480-81.

Río la primera expedición del extranjero: han pasado tres meses desde que culminó la Invasión. La próxima no llegará hasta septiembre —cinco meses después. Y mientras tanto, el Gobierno no ha permitido a José llevar a Occidente los refuerzos planeados. Gómez intenta enviarlos desde Camagüey al mando de Mayía Rodríguez: éste es entonces nombrado por el Consejo de Gobierno para sustituir a José en el mando de Oriente. José Maceo se niega a entregar el mando sin una orden de Gómez. Mayía Rodríguez comprende su actitud y regresa a Las Villas: pero no ha podido organizar las fuerzas con que apoyar a Occidente. Las que a Gómez le envía ahora José desde Oriente, son disueltas por el Gobierno al cruzar por Camagüey:[130]

No es posible dejar de ver el intento dirigido a debilitar las importantes posiciones de los tres jefes de la tropa. En julio de 1896 Maceo le escribe a Rafael Portuondo —diputado de Oriente y Secretario del exterior—, pidiéndole conocer «las causas a que haya obedecido la orden del Gobierno deteniendo la marcha del segundo contingente invasor. Si tal no hubiese acaecido, mucho más se hubiese hecho aquí: siempre cifré grandes esperanzas en este refuerzo, con el cual contaba para completar debidamente y con gran comodidad la obra de la invasión. Creo que bastante hemos hecho, sin embargo de aquella falta; pero así el esfuerzo necesario para dominar tantas dificultades vencidas y llegar al punto en que hoy nos hallamos ha debido ser, como ha sido, extraordinario. Y a esto y a la fortuna que siempre nos acompañó se debe que el enemigo no haya logrado su propósito, con diaria insistencia demostrado, de pacificar esta provincia, la de la Habana y la de Matanzas y aún echarnos más allá de Las Villas. ¿Sobre quién pesaría hoy la responsabilidad de semejante desastre, ocasionado por la ausencia de ese segundo contingente, si nuestra buena estrella hubiera dejado de guiarnos? A tales riesgos nos expuso la resolución para mí inexplicable del Gobierno sobre dicho particular».[131]

Y a Mayía Rodríguez —jefe de tropa, como él— le escribirá en el propio mes, ya en otros términos: «A no ser tanto valor, abnega-

[130] **Ibid**, pp. 487-89.

[131] **Boletín del Archivo Nacional**, t. XL, enero-diciembre 1941; La Habana, 1943; p. 151.

ción y pericia demostrada por cada hombre de las fuerzas de este Departamento, la Revolución hubiera fracasado aquí, mientras que los señores del Gobierno veían desde la barrera, con impasible indiferencia, el sacrificio que hacía este ejército sin socorros y sin otro auxilio que su propio esfuerzo, para salvarse del naufragio que constantemente le amenazó... ¿Así se cumple como gobierno, como patriota y como militares? De esta clase de elementos se compone nuestro Gobierno, y en el presente caso se ha prescindido de todo; ni el patriotismo les indujo a prestar apoyo inmediato a sus hermanos de acá, que sucumbían como héroes ante los acumulados elementos de nuestros enemigos, y ni siquiera me comunicaron a tiempo su determinación. Si yo hubiera venido a la Revolución a servir a los hombres, habría abandonado la idea de prestarles ayuda; pero, por fortuna, no veo otra cosa más que la conveniencia de trabajar por mi patria, cerrando los ojos ante tantas pequeñeces y miserias que han contribuido a que así proceda el Gobierno».[132]

Al abandono intencionado de Antonio Maceo en Occidente, se unía una verdadera arremetida contra José Maceo, de la cual la ya mencionada y frustrada designación de Mayía Rodríguez como Jefe de Oriente no fue sino un incidente más. El presidente del Consejo, Salvador Cisneros Betancourt, escribe en mayo de 1896, hablando sobre José: «El pensaba renunciar. Nos vino de perillas, porque José Maceo no es de nuestra confianza... Hemos nombrado Jefe del Departamento a Mayía para contener la ambición de José Maceo.»[133] Y en julio descubre sus verdaderos temores: «También acá hemos tenido nuestros puntos negros. José Maceo se creyó que él en Oriente y su hermano en Occidente, debían ocupar y dirigir todo el cotarro...»[134] La muerte de José el 5 de julio, después de haber renunciado al cargo de Jefe de Oriente, hace terminar de modo brusco —y deja de hecho sin solución— el conflicto.

Máximo Gómez, por su parte, ha vivido un año de discrepancias y discordias —de verdadera lucha con el Consejo de Gobierno. Al llegar a Camagüey en su regreso de Occidente, se encuentra «todo desorganizado, desarrollado el espíritu de tráfico o mercan-

132 José A. Portuondo; **El pensamiento vivo...**; p. 96.

133 Benigno Souza; **Máximo Gómez...**; pp. 115-16.

134 **Ibid**, p. 116.

tilismo, y completamente enervado el espíritu de las tropas»,[135] en zonas donde el Gobierno vive sin combates y sin choques con el ejército español, y donde no obstante ha encontrado multitud de oficiales sin tropa y con grados ilegítimos, conferidos por el Gobierno sin el necesario infome de los jefes militares y del propio Gómez. Es, de hecho, el intento de acumulación de jerarquías y mandos incondicionales por parte de los mismos hombres que aspiran a despojar a los Maceo de sus mandos. Gómez se ve obligado a dar la orden general de que no sean considerados válidos para los efectos y fines militares, los grados que —desde coronel hasta mayor general— ha expedido el Consejo de Gobierno sin la previa propuesta o informe del General en Jefe. Y dejará sin valor alguno los nombramientos desde subteniente hasta teniente coronel que no tengan su firma o la firma de los Jefes del Departamento.[136] Intenta así nivelar el poder que el Consejo de Gobierno ha tratado de garantizarse durante la ausencia de los verdaderos jefes de la tropa: y ha sufrido Gómez no sólo agresiones, sino ofensas por parte de los miembros del Gobierno. Refiriéndose a uno de ellos, ha calado en la situación: «Este hombre sufre un error, como todos sus compañeros de gobierno. Se han creído que forman un gobierno real y efectivo, y hablan de constitución y de leyes, cuando a mi juicio lo que hemos querido presentar es una simple fórmula de gobierno para altos fines políticos exteriores y nada más, que para nuestra vida política interior, ni eso puede ser útil ni lo necesitamos para nada hasta tanto no sea libre la tierra. Sería necio y pueril sin tener conquistada la república crearse en realidad un gobierno de la república. ¿En nombre de quién pretenden gobernar esos hombres?»[137] Pero ha «tratado de evitar, y lo he evitado, muchas cosas; separándome de esa sombra o farsa de Gobierno, dejándolos a todos contentos». Había tratado de ir a Oriente, a reunirse con José Maceo y solucionar los conflictos en función de la guerra. No llegará a tiempo para hallarlo vivo, y seguirán, durante los próximos meses, las agresiones del Consejo de Gobierno al viejo General.[138] Se hace entonces imprescindible reunirse con Maceo y encontrar soluciones definitivas. Da órdenes a éste de cruzar la

[135] Máximo Gómez, **Diario**...; p. 306.

[136] Souza, **Máximo Gómez**...; p. 112, y Horrego, **op. cit.**; pp. 182-83.

[137] Aparicio, **op. cit.**; pp. 486-87.

[138] Ver: Máximo Gómez, **Diario**...; pp. 310-15.

trocha pinareña y dirigirse a su encuentro en Occidente[139] y lleva tomada una decisión: renunciará a la Jefatura del ejército al llegar a Las Villas.[140] Cuando Maceo cae en La Habana, va al encuentro de Gómez. Y Gómez queda solo, frente al Gobierno que es —desde su inicio— la frustación del equilibrio propugnado por Martí.

El poder del Gobierno se ha consolidado durante el año: ha habido pugnas internas y renuncias.[141] Pero han sido sustituidos por los hombres adecuados, y el Gobierno ha ido tan lejos como proponer la anulación de los cargos militares de los jefes más, importantes de la revolución.[142]

La renuncia de Gómez —la alternativa, nada favorable al Gobierno, es Calixto García— no será necesario aceptarla ya.[143]

El curso de la guerra, por su parte, había precipitado la incorporación de «separatistas muy conocidos [que] permanecían confiadamente en la Isla, sin alarma propia ni de los suyos, dedicados a sus habituales tareas».[144]

La extensión de la revolución a toda la Isla dio impulso al «ingreso en la Revolución de antiguos políticos autonomistas de provincias y de otros hombres de posición y de luces; y el propósito que tenían [los rebeldes] de darle un amplio sentido de atracción, desarmaron también desconfianzas...» que habían reprimido durante el primer año la incorporación de los mismos a la insurrección.[145] Ello significó un considerable refuerzo de clase para los hombres del Gobierno civil, y posibilitó la ascención —prevista y facilitada— de los nuevos ingresos a los mandos militares del Ejército Libertador.

139 Pablo Llaguno y de Cárdenas; **Campaña del Mayor General Antonio Maceo en la provincia de Pinar del Río, enero 8 de 1896 a diciembre 4 de 1898;** Boletín del Archivo Nacional, t. XLVIII, enero-diciembre 1949; La Habana, 1950; p. 88.

140 Souza, **Máximo Gómez...;** pp. 117-19.

141 Dentro del propio Consejo de Gobierno han renunciado Fermín Valdés Domínguez y Mario García Menocal; subsecretarios de Relaciones Exteriores y de la Guerra, respectivamente. Los sustituyen Rafael Manduley y Eusebio Hernández. También el presidente del Consejo ha renunciado —aunque regresará después al cargo— por desavenencias con sus Secretarios (ver: **Actas de las Asambleas...,** t. 1; pp. 97, 103 y 127-32, 138-39, respectivamente).

142 Ver: **Actas de las Asambleas...;** t. 1; p. 124.

143 Souza, **Máximo Gómez...;** pp. 118-19.

144 Giberga, **op. cit.,** t. 3; p. 195.

145 **Ibid,** t. 3; p. 236.

El año de 1897 ya será, para la guerra, un año de rencillas y disputas entre los jefes de los mandos menores; un año de sustituciones de mando, y —ya en los últimos meses— de casi general inactividad militar.[146] Mientras Gómez agotaba a Weyler en la campaña de «La Reforma»[147], las páginas de su diario se van llenando de amargas notas sobre las aptitudes y actitudes de algunos de sus oficiales. «No es posible General en Jefe verdadero, para Ejército con Generales que no saben obedecer o no pueden, por falta de capacidades, completar en la práctica el pensamiento del Jefe Superior... En tal virtud, el dilema es tan sencillo como obligado; o ineptitud manifiesta, o procedimientos capciosos. Duro es el juicio, pero natural y lógico...»[148] Y más adelante: «si los que por su categoría militar en este Ejército improvisado y por sus antecedentes sociales en la sociedad cubana no secundan, en esta obra de verdadera redención de esta infortunada sociedad, con sus ejemplos y abnegaciones; no veo muy buenas las raíces de la República. Los cimientos del edificio no aparecen sólidamente construidos y puede descomponerse por su base».[149] Ya, en lo que queda de guerra, los mandos subalternos del Ejército Libertador actuarán cada vez más obedeciendo a consideraciones políticas —y no militares— en sus actitudes.[150] Gómez podrá, entonces, señalar que «...está de más el General en Jefe, desde el momento en que le es imposible movilizar al Ejército a su mando —como es también inútil combinar y estudiar planes que sus subalternos en vez de ayudar a ejecutar, por el contrario los paralizan y trastornan».[151]

España había perdido la guerra. Pero en Cuba se estaba perdiendo la revolución. No ya en su alcance más radical —martiano— que

[146] Ver **Anexo 2.**

[147] Souza, **Máximo Gómez...**; pp. 121-41. En quince meses (de enero 1897 a abril 1898), las tropas de Gómez sufrieron solamente 28 muertos y 80 heridos (p. 130). En cambio, en el propio año 97, Sagasta había manifestado: «La guerra de Cuba nos cuesta cien soldados diarios que mueren allí» (p. 128). El propio Gómez lo plantea en estos términos: «España no está en condiciones de enviar al sustituto de Weyler 200 000 hombres más y cien millones de pesos para prolongarla dos años más, y los cubanos pueden resistir todo el tiempo que quieran. Dígalo Ud. a gritos... nosotros tenemos el tiempo por nuestro. A España le toca apagar la hoguera...» (p. 129).

[148] Máximo Gómez, **Diario...**; p. 330.

[149] **Ibid,** p. 332.

[150] Rafael María Cañizares; **Diario de Operaciones; Boletín del Archivo Nacional,** t. XLVIII, enero-diciembre 1949, La Habana; pp. 133, 135, 139 y otras.

[151] Máximo Gómez, **Diario...**; p. 358.

fue frustrado desde 1895 por la propia muerte extemporánea de Martí, y por las diferentes circunstancias y posibilidades de los hombres que la continúan como sus líderes naturales en relación con una **eventual** radicalización extrema de la revolución. Sino incluso como revolución de una potencial burguesía nacional que, políticamente nacionalista, buscara sus propias formas de desarrollo capitalista —pero que fue perdiendo sus posiciones durante la guerra al combatir y reprimir los elementos más populares que podían, de alguna forma, significar la imposición de futuras concesiones.

Las alternativas que la coyuntura cubana planteaba a los hombres del Consejo de Gobierno —a esta potencial burguesía nacional que constituía el elemento civil de la revolución, y una parte considerable de su mando militar— se movían solamente entre dos extremos: o radicalización y concesiones de alcance no determinable hoy, o neutralización y absorción por parte de los factores —internos y externos— que habían llegado a cuajar durante el transcurso del desarrollo **neocolonial** cubano. La guerra que ya ahora llegaba a su fin había, sin embargo, eliminado —en manos de la dirección civil de la revolución— la primera alternativa u opción.

Hay diferencias notables entre los hombres que pueden, desde el Gobierno de la revolución, plantear para la época de república la entrega de parcelas de tierra a cada soldado, clase y oficial del Ejército Libertador[152] y a cada recluta español que se pase al lado de Cuba[153], y el grupo de aquella misma clase social que basa su acomodada subsistencia y su supervivencia como tal en la estructura latifundiaria de la propiedad de la tierra y en la fuerza de trabajo máximamente explotada de los mismos que componen, en su mayoría, la tropa del Ejército Libertador. Unos son —los primeros— los que piden de Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia y del Gobierno, que permita acelerar el nacimiento de la república liberal por la que guerrean. Y son otros los que claman por una intervención directa que detenga e impida, definitivamente, el proceso revolucionario iniciado. Estos son —los segundos— los que han producido, hasta entonces, con el crédito, la refacción y la compra nor-

152 En: **Correspondencia diplomática**..., t. 5 (Washington); pp. 175-79.

153 **Recopilación de leyes, reglamentos, decretos y demás disposiciones dictadas por el Consejo de Gobierno de la República de Cuba**, t. I; «América», S. Figueroa, Ed.; New York, 1899; p. 49. La proposición es hecha por el Canciller José Clemente Vivanco «teniendo como único punto de mira, el beneficio de la Revolución hoy y la prosperidad de la República mañana», y es aprobada por unanimidad (ver: **Actas de las Asambleas**..., t. I, pp. 106-07.)

teamericanos del azúcar que producen, y han llegado al desarrollo que ahora ostentan con la compra —también norteamericana— de los más modernos medios de producción.

Y la conjugación natural de los intereses de este último grupo de la burguesía cubana —la burguesía criolla y española productora de azúcar para la exportación— con los intereses que desde Washington contemplan, y preparan decisiones sobre Cuba, es la que habrá de condicionar —si bien con la indecisión de los primeros pasos por una ruta recién estrenada— la no viabilidad de una revolución nacionalista cubana, y la oficialización neocolonial de las estructuras y la sociedad cubanas. La burguesía azucarera cubana —enriquecida y consolidada en su hegemonía durante la guerra de 1868 a 1878— se había agrupado, a las pocas semanas del Zanjón, en el Partido Liberal, después Autonomista.

Demasiado avisada por la quema de ingenios y cañaverales en las regiones central y oriental, paga gustosa el precio de la subordinación política a cambio de la conservación de su predominio económico colonial. Sus vinculaciones —que ya hemos visto— son fundamentalmente norteamericanas, y no españolas. Sus reclamaciones pueden reducirse a un programa de reformas no estructurales que elimine las trabas metropolitanas para con su producción y su mercado principal, y que quedan reducidas a tres puntos fundamentales: reforma arancelaria y celebración de tratados comerciales con «otras naciones»; extensión a Cuba de las libertades constitucionales puestas en vigor en España, y regulación de la fuerza de trabajo existente en la colonia cubana.[154] Alrededor de estos puntos pueden unirse productores tanto cubanos como españoles —y de hecho se agrupan indistintamente en el Partido Autonomista.[155]

Ver el **Programa del Partido Liberal Autonomista** en: Hortensia Pichardo; **Documentos para la Historia de Cuba. Época colonial;** Ed. Universitaria, La Habana, 1965; pp. 419-22. Ver también: Mario Guiral Moreno; **Autonomismo;** Humanismo, no. 53-54, 1959, La Habana; pp. 55-56.

[155] Aunque entre los principales dirigentes autonomistas algunos son solamente abogados con bufetes al servicio de firmas azucareras —como el caso de Eliseo Giberga y su importante bufete matancero—, otros son miembros de familias azucareras no solamente habaneras (Bernal, Esteban, Montalvo, Cárdenas); son banqueros notables íntimamente vinculados al capital financiero norteamericano, como Zaldo; o son poseedores, ellos mismos, de ingenios y centrales. Rafael Fernández de Castro, por ejemplo, posee el ingenio **Lotería,** en La Habana. Pertenece a la junta directiva del Partido Autonomista, ha sido electo diputado a las cortes de Madrid, y es Gobernador de La Habana durante el régimen autonómico. Es, además, presidente del Círculo de Hacendados, y ha desempeñado comisiones de éste ante el gobierno de la Metrópoli. Emilio Terry pertenece igualmente a la junta directiva, y ha sido

Hay también —desde luego— a partir del Zanjón, un partido español e integrista que agrupa, alrededor de la fórmula de «asimilación racional y posible», a los peninsulares —y también a los criollos— cuya gestión productiva o comercial se vincula fundamentalmente con su metrópoli y se basa en gran medida precisamente en el usufructo y dominio del aparato de gobierno colonial. Su programática se centra alrededor del «cabotaje» con la Península. Y fue este partido —Unión Constitucional—, sin haberlo sido nunca oficialmente, el partido de gobierno en la colonia y el beneficiario de las prebendas y cargos del hipertrofiado aparato burocrático colonial.[156]

No es necesario analizar siquiera los mecanismos de reforma planteados por la Metrópoli en los distintos momentos de la política peninsular: a las modificaciones propuestas desde España por Maura en 1893, responde en Cuba el desgajamiento de un nuevo grupo de la burguesía productora para la exportación, que abandonando el conservadurismo de Unión Constitucional dará origen al Partido Reformista. Las suyas se mezclan, con escasas diferencias de matices y siempre dentro del marco común de la unidad «nacional» con España, a las aspiraciones también reformistas del Partido Autonomista.[157] Los propios voceros de este último han reconocido siempre que los reformistas «alientan la nobilísima aspiración de establecer inmortal armonía de ideas, sentimientos e intereses entre todos los elementos nacionales que constituyen esta población; ante las personas de sus jefes, por toda esta sociedad respetadas, y ante la

---

diputado a cortes. Es hijo de Tomás Terry, comerciante y productor azucarero de Cienfuegos cuyo origen en la tercera década del siglo se vincula a la poderosa firma importadora neoyorquina de Moses Taylor. En 1880, los libros de contabilidad de los Terry reportan un capital de $13.000,000, de los cuales $9.300,000 están invertidos en valores y acciones extranjeros, casi exclusivamente norteamericanos. Al morir en 1889, su padre deja una herencia ascendente a $20.700,000. Además de los mencionados, son dueños de ingenios los siguientes miembros de la alta jerarquía autonomista: José María Gálvez, Gonzalo y José Silverio Jorrín, Antonio Govín y Nicolás Azcárate. (Ver, entre otros: Adolfo Dollero; **Cultura Cubana (La Provincia de Matanzas y su evolución);** «Seoane y Fdez.», La Habana, 1919; Raimundo Cabrera; **Cuba y sus jueces;** «Levytype», Filadelfia, 1891; Pedro E. de Tébar y José de Olmedo; **Las segundas cortes de la Restauración: semblanzas parlamentarias;** Congreso de los diputados, Madrid, 1879; Roland T. Ely; **Cuando reinaba su majestad el azúcar;** Ed. Sudamericana, Bs.As., 1963; Jorge Ibarra, **Ideología mambisa;** «Cocuyo», La Habana, 1967).

156 Ver, por ejemplo: Rafael Fernández de Castro; **Para la Historia de Cuba,** t. I; «La Propaganda Literaria», La Habana, 1899; p. 397.

157 Ver el **Programa del Partido Español llamado Reformista** (Octubre 30 de 1893) en: José I. Rodríguez, **op. cit.;** pp. 461-63.

conducta de sus afiliados, por todo el mundo conocida, hay que descubrirse con respeto». Y del mismo modo han sostenido que «si en este país ha de seguir existiendo un pueblo fundamentalmente culto y una sociedad esencialmente española, los reformistas son llamados a actuar en nuestra vida pública, como supremos depositarios de las tradiciones nacionales, para fundar con nosotros, los autonomistas, depositarios legítimos de las tradiciones locales, el equilibrio cubano en que necesariamente han de descansar, para que queden consolidadas y sean duraderas, la paz de los espíritus y las bases de nuestro orden general».[158]

La burguesía criolla y española que produce azúcar para la exportación es —en cuanto clase— hegemónica en la colonia cubana. De la acción común de los dos partidos originarios en lo que se conoció con el nombre de **movimiento económico,** se logra en 1891 la firma de un convenio comercial —efímero— entre España y los Estados Unidos. Es este su período mayor de bonanza productiva, y sus efectos se dejan sentir durante algunos años en la producción cubana para la exportación. Sólo cuando en 1894 la política proteccionista de los Estados Unidos responde con altos aranceles a las condiciones comerciales sostenidas por España, la burguesía azucarera se verá acorralada y en su seno dará cabida —una vez más en su historia de entregas— a inquietudes y relativa agitación anexionistas que son en buena medida, simultáneamente, una respuesta a su intuición del peligro ya inminente de una insurrección. En particular, es elemento reformista —mayoritariamente español— el que se inclina ahora a la incorporación de Cuba a los Estados Unidos,[159] ante la incierta disyuntiva de un eventual predominio criollo resultante de la situación en la colonia. La burguesía cubana productora para la exportación, en su conjunto, temerosa en el fondo de ser totalmente absorbida y relegada por una «raza distinta a la nuestra, absorbente [sic], poderosa y dotada de energías y medios superiores a los nuestros,»[160] no habrá de manifestarse anexionista sino en los casos que quede agotada y sin perspectivos de éxito toda otra alternat de solución.

De ese modo, del Partido Autonomista han estado saliendo todo tipo de gestiones encaminadas a lograr sortear las graves situaciones

[158] Fernández de Castro, **op. cit.,** t. I; p. 408.

[159] Merchán, **op. cit.;** pp. 70-71.

[160] Giberga, **op. cit.,** t. I; p. 70.

que en 1894 se han planteado. En ello, no han vacilado en buscar incluso el acuerdo con la relación extrema del grupo intransigente que se agrupa en el partido integrista español: «¿Por qué vamos a estar peleando siempre? Vamos a vivir en paz; vamos a estar en armonía, vamos a ver si así logramos llevar a la conciencia de unos y otros, que en Cuba ellos sin nosotros no valen nada, y nosotros sin ellos no servimos para mucho: que debemos unirnos en cuanto tienda a recabar del gobierno medidas beneficiosas para nuestras industrias, que vengan a dar vida al comercio, fomentar el bienestar y el porvenir de esta tierra, a que con decidido empeño aspira el partido autonomista».[161]

Al mismo tiempo —y esta vez a través del Círculo de Hacendados— «los dueños de la tierra y poseedores de la principal industria del país», que no pueden aceptar hacerse «merecedores de la miseria, el descrédito, la ruina y el desprecio que nos amenaza, al desaparecer entre nuestras manos la industria azucarera», están considerando las posibilidades de «que se aplace la molienda hasta que las Cortes resuelvan favorablemente sobre las reclamaciones», de modo que si és «denegado en lo absoluto todo lo pedido, se suspenda indefinidamente la zafra y se paralicen todas las faenas agrícolas e industriales», se declare el **boycot** a todos los «productos y procedencias peninsulares... y se resista pasivamente al cobro de todas las contribuciones».[162]

Pero la burguesía productora para la exportación está, además, consciente del lugar que ocupa dentro de la organización social de la colonia cubana, y entre sus postulados o premisas vitales tiene inevitable vigencia la necesaria exclusión de toda aspiración independentista o republicana.

Es necesario señalar aquí el antagonismo excluyente que existe entre la revolución que Martí propugna y está a punto de desencadenar en la colonia, y los intereses fundamentales de la burguesía cubana productora para la exportación. Incluso en las modalidades más generales en que ella puede ser planteada dentro de las limitaciones que las décadas de seudorrepublicanismo imponen a toda reestructuración o reforma en las naciones ya constituidas de la América Latina, (y aun prescindiendo de las seguridades de un definido carác-

161 Fernández de Castro, **op. cit.;** t. 1; pp. 347-48.

162 **Ibid,** pp. 349-50.

ter reivindicativo, para las clases más explotadas, en la república cubana que ha de surgir), los puntos más elementales de las transformaciones que Martí ha anticipado conllevan una imposibilidad genérica de aceptación para la burguesía azucarera cubana.

No hay conjugación posible de intereses y aspiraciones entre la condición terrateniente y latifundista de los azucareros de Cuba, y una reforma agraria que, además de poner en peligro o eliminar definitivamente el latifundio cañero, dejaría sin mano de obra —ni más barata, ni más cara— a la producción cubana para la exportación. No hay conjugación posible entre una orientación hacia una eventual industrialización del país —mediante un proteccionismo ya meditado y aceptado—, y la consiguiente eliminación de una reciprocidad por la que desde décadas atrás lucha y que ya temporalmente ha logrado implantar esa burguesía azucarera y ese comercio de exportación e importación que le es satélite: ambos han conocido demasiado recientemente y a muy alto precio la intransigencia arancelaria de los Estados Unidos y la supresión del **McKinley Bill** en 1894. Ni la hay entre una diversificación agrícola y de la producción general nacional, y la hegemonía productora —y naturalmente política— de la estructura que produce azúcar para la exportación. Ni entre una internacionalización o universalización del comercio —entre el comercio inteligente y multinacional propugnado por Martí— y la dependecia o, mejor, pertenencia, respecto al mercado que absorbe la casi totalidad de la producción cubana, a cuyo servicio y en función del cual ha surgido, ha crecido y se ha desarrollado, desde los años ya lejanos de la revolución haitiana del XVIII, la producción azucarera amenazada ahora por la revolución.

Aun sin la certeza —o con la sola intuición de ello, es suficiente la amenaza de destrucción militar del enclave norteamericano en Cuba —prescindiendo incluso de la pérdida necesariamente consiguiente del predominio político interno, más o menos ejercible si se mendiga y se logra algunas pocas concesiones españolas, de esta burguesía cubana productora para la exportación.

Para el autonomista —y las diferencias con el resto de la clase son sólo diferencias de matices en el alcance y autoctonía de las reformas— «no es una República independiente el mejor gobierno que pueda tener Cuba», porque «la profunda revolución social que ha de seguir a la emancipación, si ocurre ahora, y la revolución política que habría de arrancar de cuajo las bases seculares de la sociedad y

de su gobierno y remover todo principio tradicional y conservador, ¿no han de traer consigo grandes peligros?... ¿Qué seguridades tenemos del porvenir? ¿Qué garantías nos ofrecen el trastorno y convulsiones propios de las grandes revoluciones? En la forma republicana, que sólo da por base al poder el sufragio, —o la espada—, ¿acertaremos a mantener la paz, la seguridad y la libertad, —sin las cuales se agota la riqueza...?»[163]

No hay, entonces, elemento posible de contacto entre el independentismo republicano cubano y los productores para la exportación de la neocolonia: hay conciencia de la vinculación entre la insurrección —que afecta necesariamente la realización de una o más zafras—; la revolución que revertiría el orden y las bases vigentes de la sociedad, y la república amenazadora y agotadora de las riquezas. Y ni aun la coyuntura política de la Metrópoli —desfavorable otra vez a Cuba— logra acercar al autonomismo a una postura de dignidad nacional.[164] Por el contrario, en cuanto llega de la Península alguna flaca posibilidad de mejoría, inician «trabajos dirigidos a realzar su valor, bajo el temor de que el descontento que entre los liberales de Cuba había causado la supresión de la Diputación insular electiva, alentara y favoreciera al separatismo en los planes revolucionarios de que se advertían repetidas señales.»[165]

Era en aquellos días «mayor que nunca la preocupación por la conservación de la riqueza, después de una desgraciadísima zafra y en medio de otra que no había de ser mejor». El 24 de febrero irrumpe en el rejuego político de la burguesía azucarera cubana e interrumpe sus estudiados movimientos que cautelosamente perfeccionan y refuerzan su predominio político colonial, y «cuando se había dado

163 Giberga, **op. cit.**, t. 4; pp. 57-58.

164 Es necesario hacer resaltar —y de ello queda constancia en Martí, Juan Gualberto Gómez y otras figuras revolucionarias de la época— que la base del autonomismo fue entre 1878 y 1895 señaladamente popular, aunque su política no sufriera en ningún momento variaciones notables. En él encontró canalización la inquietud independentista y el descontento revolucionario del período, mientras permanecieron eclipsadas las posibilidades de insurrección. Su acusación interesada y sus denuncias y censuras a la política colonial de España en Cuba fueron —aunque vergonzantes— un único vehículo de agitación que contribuyó a preparar el camino de la insurrección del 24 de febrero. Su masa, optó por la crítica de las armas y el autonomismo quedó sin base popular de apoyo. **Patria** y **Porvenir** publican en junio de 1895 que la comarca de Holguín puso a las órdenes de Maceo «cuatro mil blancos, todos autonomistas». (ver: Merchán, **op. cit.**; p. 33). Hubo también casos de figuras dirigentes —sobre todo provinciales— que pasaron al bando de la insurrección.

165 Giberga, **op. cit., t. 3; p. 177.**

el más importante paso y alboreaban nuevas instituciones y nueva política... cruzábanse en nuestro camino unos pocos».[166]

El momento es verdaderamente riesgoso para la burguesía azucarera cubana, y para muchos a quienes la estructura productora para la exportación no excluye en términos absolutos, o permite aún medrar a su sombra. «Locos, locos, llamaba la opinión general a los separatistas; cuya aventura, si pudiere prosperar, —que no prosperaría—, no resolvería ninguno de los problemas pendientes y plantearía otros nuevos más arduos y peligrosos. Hasta muchos que eran conocidamente separatistas acogieron con disgusto la disparatada intentona, porque la juzgaban inoportuna, y porque en los elementos que la iniciaron no encontraban garantías, sino amenazas para el porvenir. Sólo la vieron con simpatía, —fuera de sus autores— irreductibles separatistas, dominados por la pasión, y los que tenían irrecusables compromisos o avasalladoras impaciencias. De ahí que no sólo los partidos peninsulares, sino el cubano, el autonomista, desde el primer momento se pusieran al frente de la insurrección y al lado de España.»[167]

De inmediato —naturalmente— España era la primera esperanza de una clase que es, por definición, antinacional. Y de inmediato, también, parece que aún pueden concebirse algunas esperanzas. El 26 de febrero de 1895, cuando aún no han tenido lugar todos los levantamientos locales que van a suceder, el Cónsul General de los Estados Unidos en Cuba informa a su gobierno «que el movimiento insurreccional que ha dado origen a las medidas del Capitán General[168] parece limitado a un número muy corto de personas, como se ha demostrado por la pronta acción de los tres partidos políticos que existen en la isla, que comprenden la mayor parte de la población de ésta, y representan realmente la totalidad de los intereses agrícolas, industriales y comerciales, y además las clases profesionales, aunque no puede negarse que la pobreza que se sufre, producida por efecto del erróneo sistema económico que hace tiempo está aquí establecido, ha traído un gran descontento entre las clases traba-

[166] **Ibid,** p. 179.

[167] **Ibid,** pp. 180-181.

[168] Se refiere al cónsul yanqui al «Bando» del Gobernador General de la colonia que ponía la Isla bajo la llamada Ley de Orden Público de abril 23 de 1870. La cita corresponde al documento No. 224 de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, Congreso 54º, Sesión 1ª, pp. 13-15, y es tomada de: José Ignacio

jadoras, desde que las principales producciones de la isla que son exportables, como el azúcar y el tabaco, han bajado de precío. El efecto que esto ha producido en los jornales, haciéndolos menores y precarios, se ha agravado por el hecho de que las provisiones más importantes y la ropa han subido mucho en precio, colocándose fuera de toda proporción con el valor del trabajo».

Las implicaciones necesarias que conlleva la estructura —la secuela de consecuencias económicas para el conjunto de la sociedad—, y a las que hace inevitable referencia el representante yanqui, no son desde luego las que mueven con unanimidad y urgencia en busca de la protección metropolitana a los tres partidos políticos que representan y agrupan a la única burguesía a que da origen el ordenamiento económico de la colonia. Se trata de una clase —o más precisamente, de una modalidad específica de una clase— cuya función productora hace excluir por razones de subsistencia toda posible afectación verdaderamente reformista del orden social establecido. En aras de sus intereses económicos vienen dadas sus restricciones de carácter político, y para ella «Cuba no necesita ser independiente para tener un gobierno representativo y responsable; para que sus hijos ejerzan las funciones públicas y gocen de la autoridad, consideración y medios que ellas proporcionan; para que el Arancel se forme según demanden los intereses cubanos, y se abaraten la vida y la producción, y florezca de nuevo la abatida industria! Todo esto es posible dentro de la unidad nacional:[169] todo esto y otros bienes que no podría asegurar a Cuba su independencia!».[170] Para ellos se trata exclusivamente —y así es reconocido— de una reafirmación y un mejoramiento de la estructura vigente; de un mayor acceso a su usufructo.

Ahora, les amenaza el peligro de una significante reversión social, ya que «promovieron el nuevo alzamiento emigrados, divorciados de una larga ausencia... de los sentimientos, los afanes y los intereses de Cuba; y formaron su corta hueste, además de antiguos insurrectos, —entre los cuales no todos tenían importancia y notoriedad, —jóvenes irreflexivos y gentes de las inferiores clases sociales y en su mayoría de color, sin mentar, por su insignificancia, un puñado de bandoleros: —cortejo obligado de toda perturbación.»[171] Sus posi-

169 Se refiere, desde luego, a la unidad «nacional» con España.

170 Giberga, **op. cit.**, t. 3; pp. 199-200.

171 **Ibid**, p. 179.

ciones se tambalean ante esa «aventura iniciada de fuera adentro, desenvuelta de abajo arriba y fatalmente obligada a valerse de los medios más violentos, a ensangrentar la tierra, a destruir la propiedad y asolar el país». De ahí que esté desde su propio inicio excluida «una solidaridad que no ha existido, no existe, ni puede existir jamás, entre el Partido Autonomista y aquellos que han atentado, en primer término, contra la vida, el prestigio, el decoro y la autoridad de nuestra agrupación, sin otro resultado positivo, hasta ahora, que el entronizamiento de la reacción, la amenaza de las libertades públicas y el quebranto evidente de todos los intereses morales y materiales del país.»[172] En el intento impotente de conjurarla a que se reduce el manifiesto condenatorio que lanza el Partido Autonomista en marzo 4, queda plasmada la no por justificada menos impúdica repulsión por aquellos que vienen a «arruinar la tierra y a nublar la perspectiva de nuestros destinos con horribles espectros: la miseria, la anarquía y la barbarie».[173]

Pero cuando en realidad se pone de manifiesto el carácter antinacional de las actitudes políticas de la burguesía exportadora cubana es cuando la Invasión que dirigen Gómez y Maceo entra, en vísperas del nuevo año de 1896, en los límites de la provincia de La Habana —dejando atrás, en poco más de dos meses, un rastro humeante de cañaverales e ingenios intencionadamente destrozados, al que se enfrenta por primera vez la región de Occidente—, y parecen amenazar irremediablemente la capital de la colonia. Autonomistas, reformistas y conservadores integristas se agrupan esta vez en manifestación callejera de apoyo incondicional a la Metrópoli —antes de quedar integrados más tarde en una Junta **Nacional** de Defensa... de la condición colonial.[174]

172 Fernández de Castro, **op. cit.**, t. I; pp. 352-53.

173 En: Guiral Moreno, **op. cit.**; p. 64.

174 Merecen ser reproducidas aquí, por increíblemente reveladoras de la miseria político y moral de la burguesía cubana productora para la explotación, las palabras de quienes fueron entonces sus representantes y habrían de participar 5 años más tarde en la Convención constituyente que sentó las bases de la flamante «república» de Cuba, y que se mantendrán —durante muy largos años— como figuras muy principales y preponderantes de la política interna de la neocolonia cubana: «Siguió a la manifestación una hermosa esperanza. Los rebeldes habían retrocedido hacia el Este. ¡Se retiraban! Pero no se retiraban, no: fue simulada la retirada; y mientras en ella confiábamos, desandando rápidamente el camino hecho, entraron el primer día del año en la provincia de La Habana: y con marchas de pasmosa rapidez; sin encontrar apenas resistencia; reclutando fuerzas en la gente de la comarca que recorrían, cual ya habían hecho en Matanzas; ocupando poblaciones que no se defendían; recogiendo en ellas las armas que los voluntarios entregaban; e incendiando los caña-

76 La unión de todas las derechas, la sustitución del gobernador colonial y la inauguración del régimen de represión extrema de Valeriano Weyler, son incapaces ya de contener las fuerzas desatadas por la Invasión. No es ya de una España derrotada —aunque todavía no vencida— de donde puede venir la supervivencia final del orden social ahora condenado. Por otra parte, aunque la invasión fuera detenida, aunque retrocediera y pudiera ser rechazada, sólo una muy pequeña parte de las cañas podrían molerse ya: y en efecto, la zafra de 1895-96 sólo puede alcanzar 225.000 toneladas, frente a 1.004,000 de la zafra anterior.[175] La solución debe ser definitiva, y debe garantizar ampliamente las seguridades de evitación de una eventualidad similar.

Otra, y no española, es la pertenencia económica y moral —la verdadera metrópoli y la patria real de la burguesía azucarera cubana.[176] A ella recurre ahora. Y desde arriba, ante la visión de una exclusión inaceptable pero definitiva, y ya sufrido el daño temporal de **una** zafra, la burguesía cubana productora para la exportación entiende «que una vez causado era preferible una solución que para siempre resolviera ya la cuestión cubana», y decide «aplicar todos nuestros esfuerzos... a que de la independencia resulte un buen gobierno: el patriotismo común removerá los gérmenes de perturbación y de desorden: arruinados ya, a falta de una riqueza que nos será difícil reconstruir, demos a nuestros hijos libertad para que la reconstruyan en el porvenir: pero acabemos de una vez!»[177] Si la

---

verales, llegaron a las puertas mismas de la Capital de la Isla; y mientras Maceo establecía su cuartel general en Hoyo Colorado, acampaba Máximo Gómez en Portugalette y Santa Amelia y enviaba sus avanzadas hasta el Cotorro.

«Decayeron entonces en La Habana los ánimos: a la sorpresa se unió la alarma. Para la gente habanera, había sido hasta entonces como un sueño la insurrección; pero el sueño de repente había tomado cuerpo; y cuantos seguíamos la causa nacional nos considerábamos en presencia de un verdadero desastre. Los más lo veían sin fuerza en la voluntad para oponerse a él, como ven venir el rayo y el huracán. Sentíase la impresión de que aquello era inevitable; de que había de suceder; y parecía imposible que no se hubiera previsto: y como ante los fenómenos naturales, de que no puede el hombre defenderse, la esperanza que a los más alentaba era la de que la tempestad no arreciase y no tardase en pasar.» (Giberga, **op. cit.,** t. 3; pp. 228-29.)

175 Ramiro Guerra, **Azúcar y población...**; p. 262.

176 Es —como su producción— una clase destinada a la «exportación». También entonces «los vapores salían atestados de familias fugitivas» de la burguesía azucarera cubana, con destino a su lugar real de pertenencia: los Estados Unidos. También entonces, el alzamiento revolucionario había definido y empujado a los cubanos, «según sus circunstancias, ya al monte, ya al extranjero» (ver: Giberga, **op. cit.,** t. 3; p. 242).

revolución era un hecho irreversible, había que apropiarse la revolución.

La fuerza de apoyo, desde luego, no puede venir de dentro: dentro están los que han insurgido en busca de una revolución —aquellos a los que hay, precisamente, que neutralizar. Hay incorporaciones individuales al campo de la Revolución, y se inicia una cooperación y una vinculación económica estables con el Consejo de Gobierno. Pero la situación y la decisión de las clases hasta entonces excluidas no permite perspectivas de una detención rápida del proceso de revolución.

En junio del 1896 se concretan para la burguesía cubana las gestiones que ya antes han iniciado con los representantes yanquis en la colonia. A través del cónsul Fitzhugh Lee, y con el apoyo de éste, ochenta y seis miembros de la alta burguesía cubana[178] se dirigen confidencialmente al Presidente norteamericano Cleveland en extensa carta que explica y justifica la solicitud urgente que es su contenido central: una intervención norteamericana que conduzca a la detención inmediata de la insurrección.

Dos meses antes —y consecuentes con su política respecto a Cuba, que veremos más adelante— el Secretario de Estado yanqui había enviado una nota al Ministro español en Washington en la que planteaba las preocupaciones norteamericanas respecto a Cuba, y ensayaba la consecución de la misma solución largo tiempo sostenida por la burguesía azucarera cubana: la autonomía. Debe temerse que más tarde o más temprano «España se encuentre en la imposibilidad de continuar la lucha y tenga que abandonar la isla a la heterogénea combinación de elementos y razas como actualmente se encuentran en armas contra ella. Esta terminación del conflicto no puede ser mirada, aun por el más fiel amigo de Cuba y por el más entusiasta abogado del gobierno popular, sino con los más graves recelos. Hay poderosísimas razones para temer que si España se retirase de la Isla desaparecería enseguida el único vínculo de unión que existe entre las diferentes facciones de los insurrectos,

[177] **Ibid**, p. 237.

[178] Son, fundamentalmente: productores azucareros, comerciantes exportadores, almacenistas, banqueros, propietarios y profesionales. Alegan contar «con un número considerable de personas de todas las clases y posiciones sociales que aprueban todo cuanto llevamos dicho, aunque no todos estampen su firma al pie de este documento». El cónsul Lee los presenta como «los cubanos eruditos, cultos y ricos de esta ciudad». Ver la relación de comunicantes en **Anexo 1.**

que sobrevendría una guerra de razas, tanto más sanguinaria, cuanto son mayores la disciplina y la experiencia adquiridas durante la insurrección...» «La situación así descrita es de la mayor importancia para el pueblo de los Estados Unidos...» «El interés de los Estados Unidos en la situación de Cuba, cede sólo en importancia al interés de España, y ha inducido a personas prudentes y honradas a insistir en que una intervención para terminar este conflicto es el deber inmediato e imperativo de los Estados Unidos.» «No me propongo considerar ahora si las condiciones actuales justificarían o no la referida intervención...» «Lo que los Estados Unidos desean, si puede indicarse el modo, es cooperar con España para la inmediata pacificación de la Isla, conforme a un plan que, dejando a España sus derechos de soberanía, asegure al mismo tiempo para el pueblo de la Isla, el goce de todos los derechos y poderes de Gobierno propio local que pueda razonablemente pedir.»[179] España hizo oídos sordos a la gestión, y la respuesta norteamericana a su fracaso fue entonces la mayor persecusión de las expediciones y actividades de los emigrantes cubanos en los Estados Unidos.[180]

Pero, por su parte, la guerra cubana avanzaba firme. En junio 12, Maceo podía opinar que «los americanos y los españoles podrán concertar los pactos que quieran, pero Cuba es libre dentro de breve término y puede reírse de negociaciones que no favorezcan su emancipación».[181] Y era ese, precisamente, el motivo que desencadenaba ahora la gestión urgente de intervención norteamericana —eliminada la posibilidad de entendimiento con España.

Era ese, precisamente, el motivo que impulsaba a la burguesía azucarera cubana a dirigirse y «a apelar al Primer Magistrado de la nación americana... porque sabemos que el futuro destino de nuestro pueblo habrá de decidirse en breve plazo, y, también, porque consideramos que ese destino se halla en vuestras manos. Es Ud. el árbitro cuya favorable decisión esperamos»,[182] en su imperioso interés por «dar una solución rápida, radical y americana». «Los últimos rumores (ciertos o falsos) de que está pendiente un acuerdo con el

179 Citada en: José I. Rodríguez, **op. cit.**; pp. 304-14.

180 José A. Portuondo, **El pensamiento vivo...**; p. 92.

181 **Loc. cit.**

182 Esta y las siguientes citas del documento mencionado en: tomadas de: Roig de Leuchsenring, **La Guerra libertadora...**; pp. 151-64.

Gobierno español, nos imponen el deber de apelar a aquél de cuyas manos parece depender nuestro porvenir, y de ofrecerle nuestra modesta opinión respecto de esta lucha y de su solución». Se dirigen directamente al presidente norteamericano porque «los insurrectos cubanos tienen ya en los Estados Unidos representantes suyos que pueden declarar sus opiniones y deseos. España también tiene los suyos. Pero nosotros no tenemos ninguno». Ellos son «aquellos que han visto sus fortunas así destruidas». Y pueden asegurarle «que las gentes educadas y ricas de Cuba (nos referimos a los cubanos nativos y aun a algunos españoles) están con la Revolución, y que están resueltas a sacrificarlo todo antes de permitir que fracase el movimiento general contra España». «Estas clases, naturalmente conservadoras... resistieron al principio al movimiento revolucionario. El dominio español era deplorablemente malo; pero, a juicio de ellas, el desorden y la desolación naturalmente consiguientes a la guerra, eran peores.» «No por amor a España... sino por temor a nuestras propias desdichas, condenaron aquellas clases la Revolución en sus comienzos. Pero hoy están persuadidas de que la Revolución las ha envuelto en su propio destino: las ha atado, como si dijeramos, a ellas y a su porvenir, al carro de su fortuna.»

Pero no se trata solamente de que se esté jugando su destino. Se trata, en realidad, de que la burguesía azucarera cubana tiene que **sobrevivir** a ese destino, y ya no puede hacerlo junto a España. «Aún cuando abrigásemos la certidumbre de que la consecución de la independencia habría de traer sobre nosotros la secuela de desdichas, de conflictos internos, de lucha de razas que siempre predicen los españoles, aún así, preferiríamos la victoria de nuestros hermanos a la de nuestros eternos dominadores, de nuestros amos insaciables de toda la vida». «Aún cuando nos costara todo cuanto poseemos, la pérdida de todo nuestro bienestar y nuestra dicha: todo, absolutamente todo, es preferible a semejante porvenir». Porque «según el cálculo de los más eminentes españoles, la guerra durará dos años más... y de acuerdo con los gastos actuales, la deuda cubana alcanzaría entonces la cantidad de **cuatrocientos millones** de dólares. Cuba, en tiempos normales y con relativa prosperidad, no era capaz de pagar su presupuesto de **veinte millones**... ¿cómo podría pagar aquella deuda, cuyos intereses solos, ascienden a **veinticuatro** millones?» En total —y contando con la inevitable ampliación de las fuerzas represivas— ambas cantidades «harían **cuarenta millones** anuales de gastos improductivos. ¿Qué nación, de sólo millón y me-

dio de habitantes, podría, después de arruinada, resistir semejante carga?»

Si a ello se une la destrucción actual de las propiedades, «una vez perdido el capital en Cuba, España no podría proporcionarlo de nuevo, ya que ella no tiene ninguno. Tampoco lo aportarían los extranjeros...» «...La carga inmensa que España nos impondría, ahogaría toda futura esperanza para Cuba. Por esta razón, se produce el fenómeno de que el propietario arruinado por los insurrectos, cuando no se les une inmediatamente... por lo menos no se declara enemigo de ellos... ya que a ellos va unida su única esperanza, aún remota, de reconstruir su posición.»

La esperanza, desde luego, será remota —o estará de hecho excluida— si no viene a darle una salida favorable al conflicto insurreccional la única fuerza que en la coyuntura neocolonial cubana de finales del XIX puede detener el proceso de transformación iniciado, y dejar a salvo —y ello está muy de acuerdo con sus propios intereses— la función productora que defiende la clase a cuyo nombre hablan los firmantes del documento. Pero aún no ha llegado para el imperialismo norteamericano el momento más favorable para intervenir.

Los días que corren son, precisamente, aquellos en que el Consejo de Gobierno de la revolución ha abandonado a Antonio Maceo en occidente, ha abocado a Máximo Gómez a la renuncia y ha arremetido contra José Maceo en Oriente. Y paralelamente con su ofensiva hacia los dirigentes populares de la revolución, los hombres que en ella representan una ideología nacionalista dentro de la burguesía cubana, están siendo permeados, desde la retaguardia de la guerra, por la modalidad hegemónica de la propia clase a que pertenecen: en el dilema neocolonial a que su historia capitalista la ha llevado, se está frustrando, antes de iniciada, la solución nacionalista burguesa a la coyuntura cubana.

Los propios mecanismos de defensa que —ante el peligro de la tropa mambisa y de sus jefes populares— han propugnado, contribuirán ahora a que la asimilación de la revolución por la burguesía cubana productora para la exportación pueda, también, llegar hasta sus propias filas. «Desde entonces data la afluencia a la Revolución, —ya acudiendo a sus filas, ya a los trabajos de conspiración, ya aportándole sus personas, o sus auxilios pecuniarios, o sus nombres,

—del mayor número de los hombres distinguidos que convirtieron la disparatada, y en sus principios por ellos mismos condenada, intentona de unos pocos en un movimiento importante, por gran parte del pueblo cubano sostenido, y que le dieron un caráter, una fuerza y una significación que no tenía.» «Las filas en que habían predominado los negros se llenaron de blancos...»[183]

No se trata solamente, desde luego, de una incorporación individual determinada al campo —en cualquiera de sus frentes— de la revolución. Se trata de la penetración de una ideología específica, que permea y da nuevos matices a la acción desempeñada por el Gobierno Civil —y que no excluye, sino que por el contrario presupone, llegar hasta los jefes militares más receptivos y de actitudes políticas menos radicales. Sin abandonar las posiciones iniciales de republicanismo liberal y nacionalismo moderado, se han iniciado dentro del Gobierno de la revolución las concesiones a los productores azucareros cubanos. Y se han ampliado las excepciones a favor de los productores azucareros, contra las que han estado, desde el principio mismo de la guerra, jefes militares como Máximo Gómez.[184]

Aunque por acuerdo de setiembre 16 «queda prohibida en absoluto la realización de la zafra de 1896-1897», en acuerdo del mismo día se dispone que «los dueños de fincas o sus representantes legales, en caso de pertenecer éstas a sociedades anónimas, entregarán, como empréstito forzoso, en las cajas de esta Secretaría de Hacienda o en la Tesorería de la Delegación Plenipotenciaria en New York, la cantidad a que ascienda el 2 por ciento del valor de las fincas con todas sus anexidades, que devengará el 6 por ciento de interés anual... La cantidad que a cada finca haya correspondido, deberá ser hecha efectiva antes del 30 de noviembre próximo, y en su virtud serán respetadas y consideradas las mismas como propiedades de la República.»[185]

Al marcado debilitamiento ideológico que se observa a partir de 1896 en las decisiones, medidas y actuaciones de —fundamentalmente— el Gobierno civil de la revolución, ha contribuido en no poca medida la gestión como Delegado Plenipotenciario en Nueva

[183] Giberga, **op. cit.**, t. 3; p. 249.

[184] Ver: Souza, **Máximo Gómez...**; p. 91.

[185] **Recopilación de las leyes, reglamentos, decretos...**, t. I; pp. 49 y 51, respectivamente.

York de quien habría de ser una de las principales figuras del futuro neocolonial cubano: Tomás Estrada Palma.

Desde los primeros meses del año, hay constancia del acercamiento —orientado por la Delegación neoyorquina, de la cual depende— entre la delegación cubana en París y poderosos productores azucareros cubanos emigrados en Francia.[186] Después de las actividades de la burguesía azucarera en junio-julio del mismo año, en Agosto los azucareros cubanos en París condicionan su contribución económica a la revolución a la derogación del decreto del Gobierno civil prohibiendo los trabajos preparativos de la zafra.[187] Desde el mes de julio, Estrada Palma ha comenzado a aceptar cantidades a dueños de ingenios, con la garantía de que se les permita hacer la zafra del 96-97. La oposición que recibe desde Cuba —y muy en particular, de Máximo Gómez— no evita que la Delegación continúe admitiendo las contribuciones.[188] Con el fin de fundamentar sus solicitudes al Gobierno, ha creado un Comité de Medios y Arbitrios, cuyo primer paso es decidir que se permita moler bajo distintas condiciones, mediante el pago de una cantidad fija por saco de azúcar.[189] Aunque el Comité no logra la aceptación en Cuba de la medida, sí es dejada a un lado la destrucción hasta entonces practicada de ingenios y cañaverales, mediante el pago mencionado en el decreto citado. Y habrá casos frecuentes de ingenios cuya molienda es respetada en función de los acuerdos de la Delegación en Nueva York.[190] Las

186 Se trata fundamentalmente, de los hermanos Terry, primero, y de Juan Pedro Baró, Fernando Pons y otros, después. Hay también relación y acción conjunta con miembros prominentes de la directiva autonomista, como —además de Emilio Terry— Raimundo Cabrera, Gabriel Millet y Fernando Freyre de Andrade. Poco después, los autonomistas negarían o tratarían de desvirtuar la existencia de esas relaciones. Del poderoso grupo de emigrados cubanos en París saldría el vicepresidente de Tomás Estrada Palma —y primero de la república neocolonial—, Luis Estévez y Romero (ver: **Correspondencia diplomática**..., t. 3, (Francia); pp. 20, 21, 40, 50, 53 y otras; Giberga, **op cit.**, t. 4; pp. 106-07, 214-15).

187 **Correspondencia diplomática**..., t. 3 (Francia); p. 42.

188 Pánfilo D. Camacho; **Estrada Palma, el gobernante honrado;** Biografías cubanas no. 8; «Trópico», La Habana, 1938, pp. 146-47.

189 **Ibid,** pp. 149-50.

190 A partir de 1896 hay un resquebrajamiento notable del principio de prohibición de moliendas y destrucción de plantaciones e ingenios, sostenido con firmeza durante la Invasión. En 1897, son frecuentes las autorizaciones a realizar tareas de mantenimiento en las fábricas y bateyes. En diciembre, Rafael Fernández de Castro (**op. cit.**, t. I; p. 447) señala entusiasmado que «ya el productor azucarero ha puesto en manos del comercio millares de sacos del precioso dulce... y los hacendados e industriales se reúnen, buscan y estudian los medios de reorganizar y fomentar la obra del trabajo en todas sus manifestaciones fecundas.» A fina-

vinculaciones propugnadas por ésta han tenido repercusiones marcadas entre la emigración cubana: hacia finales de año es nombrado por Estrada Palma, como «auxiliar» de la delegación de París un miembro prominente de una familia azucarera cubana, quien se hace cargo de las negociaciones y contactos con los emigrantes más acaudalados.[191] Antes de terminar el año 96, en el mes de diciembre, alrededor de la delegación cubana giran los azucareros cubanos de París... y han tomado en sus manos la recolección de fondos para la revolución: en poco más de una semana (y después de la muerte de Maceo), han recogido entre los emigrados una suma superior a 100.000 dólares.[192]

La gestión de la Delegación cubana en Nueva York ha sido particularmente exitosa en lograr, desde muy temprano, la desvirtuación y el abandono de los motivos todos que determinaron el surgimiento y la propia existencia del Partido Revolucionario Cubano que se supone representa.

El Partido Revolucionario Cubano[193] ha sido creado por Martí —a partir de la unión de las emigraciones cubanas— como aparato organizativo destinado a hacer la guerra y lograr la reversión del orden social implícita en el concepto martiano de **República.** Las relaciones entre el PRC, la guerra y la república a fundar ha constituido incluso una de las **bases** expresas del documento que justifica su creación. Su tarea es, precisamente, la que individualmente ha asumido —mientras tuvo que estar solo— el propio Martí: fomentar la unión de todos los elementos unificables «que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella». La guerra deberá ser —entonces— solamente la

---

les del año —y principios del 98— Gómez incrimina a los jefes militares de Occidente: «...y sobre todo ¡los ingenios! Es una verguenza que los dejen moler, cuando para impedirlo no se necesitan fuerzas... dos o tres hombres incendian en un dia millones de arrobas de caña. Ofrezcan ascensos y recompensas a los que más destruyan de ese material, con el cual se han fundido las cadenas para la infeliz Cuba» (en: Souza, **Máximo Gómez**...; p. 136). Ver también: **Actas de las Asambleas**..., t. 3; p. 5.

191 **Correspondencia diplomática**..., t. 3 (Francia); pp. 81 y otras.

192 Ibid, pp. 86-87.

193 Sobre este importante tema ver, fundamentalmente: Leonardo Griñán Peralta, **Martí, líder político,** Ed. Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, Hab., 1970 pp. 76-96; Ibarra, **op. cit.**, pp. 171-81, y el ya mencionado artículo de Pedro P. Rodríquez **La idea de liberación nacional**..., en este mismo número.

vía que posibilite la fundación ulterior del nuevo organismo social cubano al mismo tiempo que deberá contener, e iniciar en su práctica, las instituciones que habrán de ser, después, las de la República. El objetivo del PRC no puede ser, como tampoco lo es el de Martí, sino la fundación —mediante la independencia— de «un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud». Y su acción persigue la consecución de una república que incluya a todos los hasta entonces excluidos: «la recreación de la república justa y abierta, una en el territorio, en el derecho, en el trabajo y en la cordialidad, levantada por todos y para el bien de todos».[194]

La emigración cubana, sin embargo, ha reproducido en pequeñas escalas los fenómenos que en Cuba han ido encauzando los derroteros de la revolución que se inicia. El propio Martí ha reportado, a principios de 1895, la alegría y la burla de algunos ante la traición y detención de la expedición invasora de la Fernandina. Y también en la emigración, «la mayoría de los ricos están opuestos a la guerra; sólo la clase pobre, abnegada y resuelta a la lucha, conservaba la fe».[195] Antes aún, en julio de 1894, el Partido Revolucionario Cubano ha atravesado en Nueva York una crisis de caracteres graves, y «los Presidentes de los Clubs han agotado todo género de esfuerzos para que esta ciudad, al igual que otros centros revolucionarios, respondiese al patriótico llamado pecuniario». Las gestiones han sido infructuosas: «todo se ha estrellado ante las estrecheces y aun miseria de nuestros obreros. o ante la falta de fe y entusiasmo que han maleado a miembros eficaces, ya... por la propaganda fatal de los incrédulos, ya por desmayar la fe en los más impacientes». Solamente comenzará a superarse en febrero de 1895 cuando, ya efectuado el alzamiento, el Cuerpo de Consejo de Nueva York recurra a los tabaqueros, «habiéndose acordado nombrar una comisión en cada una de las manufacturas de tabacos de esta localidad para que en ellas colectasen» los fondos con que respaldar la guerra iniciada y conducir a la isla a los jefes de la revolución.[196]

[194] Martí, **op. cit.**, t. 1; p. 280 (1892).

[195] **Ibid**, t. 5; p. 465 (1895), y Collazo, **op. cit.**; p. 176, respectivamente.

[196] **Actas del Cuerpo de Consejo de Nueva York (abril 1892-julio 1895)**; **Boletín del Archivo Nacional**, t. XXXIX, nos. 1-6, enero-diciembre 1940, La Habana, pp. 288 y 292.

De los tabaqueros también había sido —mediante la contribución permanente del 10% de su salario, y la donación del «día de la Patria» que a Martí y a la revolución conceden— el fondo con que se había armado la expedición ahora perdida: los tabaqueros, fundamentalmente, de Cayo Hueso. De los torcedores y obreros del Cayo, que es para Martí «la yema de nuestra República».[197]

No podrá ser ya esa, desde luego, la República que ha surgido frustrada en la guerra a partir de su propia fundación en Jimaguayú. En Cuba, al Ejército libertador —cuya organización había sido abordada desde la fundación del PRC no como ejército militar sino como ejército político, como **instrumento armado** del Partido[198] —se intenta, como hemos visto, reducirlo a mero instrumento del excluyente Consejo de Gobierno que aspira a la hegemonía en la revolución. Y fuera de Cuba, en la emigración, están actuando desde temprano las fuerzas que habrán de conducir a la conservación del **statu quo** estructural cubano —y a la segunda frustración.

Desde que Tomás Estrada Palma ha sido electo, por recomendación del Cuerpo de Consejo de Nueva York, como vicedelegado del Partido Revolucionario Cubano y eventual sustituto de Martí, la actividad fundamental de la Delegación cubana ya no se centra en la preparación y envío de expediciones de guerra, sino que se basta fundamentalmente en obtener del Gobierno norteamericano una intervención que conduzca al fin rápido de la insurrección.

El propio Consejo de Gobierno ha intentado inútilmente poner la Delegación bajo su control. A sólo cuarenta días de su constitución, ha enviado al extranjero a un comisionado especial cuyas gestiones han sido durante 6 meses invariablemente frustradas por la interferencia de la Delegación de Nueva York.[199] En marzo de 1896, y por la inactividad que en ese sentido demuestra la Delegación, ha enviado un nuevo comisionado «con el objeto de hacer propaganda activa, levantando el espíritu patriótico de las emigraciones; pedir los auxilios necesarios a los Clubs patrióticos allí existentes, y fomentar otros con el fin único de obtener de ellos fondos que han de emplearse exclusivamente en pertrechos de guerra. . .» Y ha nombrado un Jefe de expe-

197 Martí, **op. cit.**, t. 1; p. 295 (1892).

198 Griñán Peralta, **op. cit.**; p. 95.

199 **Actas de las Asambleas**. . ., t. I; pp. 141-42. Ver también: **Correspondencia diplomática...**, t. 5 (Washington); p. 57.

diciones que supla la ineficacia de la Delegación en Nueva York, y tome en sus manos la atención a la fundación abandonada.[200]

En abril del mismo año, Antonio Maceo se ha visto obligado a escribirle a Estrada Palma: «me atrevo a significarle que a mi modo de ver, no necesitamos de tal intervención para triunfar en plazo mayor o menor. Y si queremos reducir éste a muy pocos días, tráiganse a Cuba veinte y cinco o treinta mil rifles y un millón de tiros en una o a lo sumo, dos expediciones. Si Uds., pues, logran alcanzar la cooperación de ese Gobierno en el sentido de ayuda y protección al embarque y arribo de una expedición de aquella naturaleza, ya no le haría falta más que comisionar a una persona que viniere a La Habana y desde dicha ciudad me diese aviso oportuno... Con esto, es decir, con la protección de los Estados Unidos, ni se verán los americanos comprometidos visiblemente en sus relaciones con España, ni los cubanos habríamos menester de otra ayuda.»[201] Nuevamente en julio, Maceo tendrá que protestar tanto por la falta de expediciones que refuercen la guerra en Occidente, como porque las que llegan son reexpedidas a Oriente: «Parece que ni el Delegado ni el Gobierno han tenido en cuenta la importancia de la Invasión, para favorecerme a tiempo; pero sí lo han hecho con los hijos mimados de la fortuna, con los cuales siguen los privilegios y desaciertos preparando disgustos.» «Tampoco espero nada de los americanos; todo debemos fiarlo a nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso.»[202] Evidentemente, el desenvolvimiento de la revolución en Cuba ha ido alejando con ritmo rápido las posiciones de los jefes populares de la tropa, respecto a las posiciones cada vez menos distantes entre sí del Consejo de Gobierno y su representación plenipotenciaria en el extranjero.

Tanto la Delegación cubana de Nueva York como la de París han dado oídos a negociaciones iniciadas por los azucareros cubanos en Francia a fin de comprar la Isla a España, mediante el pago de una indemnización de $200.000.000.[203] Esas negociaciones, que no llegarían a resultados concretos en septiembre-octubre de 1896, habrían de reeditarse, esta vez en diciembre de 1897, para efectuar la compra

200 **Actas de las Asambleas...**, t. I, pp. 93-94.

201 José A. Portuondo, **El pensamiento vivo...**; p. 90.

202 **Ibid**, p. 94.

203 **Correspondencia diplomática...**, t. 3 (Francia); pp. 67, 74, 80 y otr

a España con la garantía de Estados Unidos sobre la mitad de las recaudaciones aduanales de la futura república cubana.[204] Es el modo de lograr, sin la preponderancia de la tropa mambisa, la detención de la guerra y la consecución de la independencia. Y esta vez, las gestiones de la Delegación logran el concierto del Gobierno de la revolución. Ya no importa que Gómez, en Las Villas, no haya recibido durante todo el año el auxilio de una expedición, ni que se oponga a acuerdos y contratos que puedan comprometer la independencia de Cuba a manos de Estados Unidos. La revolución debe terminar —y preferiblemente por la acción del Gobierno, o por la acción de los jefes militares incondicionales a éste. En ello, hay pleno acuerdo de Estrada Palma y del Consejo de Gobierno.

Solamente cuando este último vea con extrañeza y suspicacia las gestiones intervencionistas de la Delegación, y su ineficacia para hacerle frente a la ya visible absorción de la guerra por los Estados Unidos, comenzará a actuar en consecuencia con el razonable temor que la Delegación le inspira. Desde marzo de 1898, el Consejo de Gobierno se ha visto obligado a señalarle a Estrada Palma que el reconocimiento por los Estados Unidos —en momentos en que éstos se definen ya por declarar la guerra a España— es «cosa necesaria si no queremos que la intervención del Gobierno Americano en nuestros asuntos pueda convertirse en un verdadero peligro para la Revolución. El Gobierno extraña que siendo tan resuelta, como se dice, la acción del Gobierno Americano, no se haya visto todavía en dicho Gobierno acto alguno, oficial u oficioso, encaminado a establecer inteligencias con nosotros. . .» Y advierte a la Delegación «lo importantísimo que es que, en cuanto se haga o se diga, se tenga siempre bien presente que la acción Americana ha de dejar por completo a salvo el porvenir político y económico de la Isla de Cuba. La Revolución tiene por primer y más sagrado deber el de entregar a Cuba en absoluto independiente y libre de todo compromiso político, para que el pueblo Cubano después, decida libremente sobre los destinos futuros del país. Esto nos lo impone el precepto Constitucional que veda, de la manera más terminante, todo pacto con España o cualquier otra nación, que no tenga por base la independencia absoluta de toda la Isla de Cuba».

[204] Domingo Méndez Capote; **Trabajos,** t. 3; «Molina y Cía,» La Habana, 1930; pp. 123, 128-29, 135.

La Delegación, sin embargo, ha mantenido desinformado —desde diciembre— al Consejo de Gobierno. Y éste decide, ya en mayo, en vísperas de la intervención, enviar un comisionado ampliamente facultado como «Representante directo y extraordinario y... apoderado especial» del Consejo de Gobierno junto al gobierno norteamericano. Será, en realidad, muy tarde: cuando sea recibido en Washington el comisionado cubano, ya la absorción de la guerra por los Estados Unidos se habrá consumado.[205]

La Delegación, de hecho, ha actuado de acuerdo con intereses muy propios y definidos. De ella ha venido, en junio del 98, la primera incitación al Gobierno civil para concertar un empréstito que permita pagar las tropas y licenciarlas con celeridad —y para emprender obras públicas que les den trabajo a los cubanos, ambos fines como garantía para asegurar el orden social y la paz.[206] La conservación futura del orden social ha sido, en realidad, el objetivo central de Estrada Palma en su gestión junto al gobierno norteamericano. Así consta en comunicación al Ministro de Estado de los Estados Unidos, en el propio año 1898: «Creo que habrán influido en el ánimo del presidente las notas que semanalmente han ido llegando a sus manos. **Todas ellas** demuestran que aunque el pueblo cubano no desee ni necesite ahora la anexión a los Estados Unidos, quiere que el gobierno norteamericano garantice en cierto modo la paz interior de nuestro país para que la Revolución de Cuba inspire al capital extranjero la confianza suficiente para que invierta grandes sumas en nuestros títulos y ayude financieramente al desarrollo de nuestras industrias y empresas de utilidad pública».[207]

También lo confesará después, cuando haya entregado nuevamente al país —desde la presidencia de la neocolonia— a una segunda ocupación militar norteamericana (1906). Y entonces podrá medirse en toda su magnitud la influencia de su ideología y su acción en los destinos de la revolución de 1895: «Ha sido siempre mi sentir, desde que tomé parte activa en la guerra de los diez años, que no era el término final de nuestras nobles y patrióticas aspiraciones la Independencia, sino el propósito firme de poseer un gobierno estable, capaz de proteger vidas y haciendas y de garantizar el ejercicio de los derechos naturales y civiles de cuantos residieran en la Isla, ciu-

205 **Ibid**, p. 144, 166.

206 Camacho, **op. cit.**; p. 152.

207 En: Jenks, **op. cit.**; p. 93.



dadanos y extranjeros, sin que la práctica de la libertad se convirtiera nunca en perniciosa licencia, en violenta agitación, y mucho menos en perturbaciones armadas del orden público. Jamás he tenido empacho en afirmar, y no temo decirlo en alta voz, que es preferible cien veces para nuestra amada Cuba una dependencia política que nos asegure los dones fecundos de la libertad, antes que la República independiente y soberana, pero desacreditada y miserable por la acción funesta de periódicas guerras civiles».[208] Con idéntica ideología, había abordado la situación cubana la burguesía productora para la exportación al clamar desde 1896 por la intervención imperialista norteamericana. Y es por ello que en mayo de 1898 pueden firmar conjuntamente con Gonzalo de Quesada y Tomás Estrada Palma, un financiero como Zaldo y un productor azucarero como Terry, las negociaciones que realiza la Delegación cubana, y que el Consejo de Gobierno recibe y acepta.[209]

El Gobierno Civil tiene, ahora, los flancos copados. Todos los caminos que lo alejan de la colaboración y el equilibrio con la tropa popular mayoritaria constituida en el Ejército mambí, lo acercan a la política antinacional de la burguesía azucarera y a la neocolonia que representa.

Con el primer día del año 1898, se inagura en Cuba el régimen autonómico. Ha sido finalmente concedido por España ante la presión de los Estados Unidos, y como última esperanza de conservación de su soberanía en Cuba. La burguesía azucarera cubana puede prescindir no ya de las masas, sino de todo factor social interno en la neocolonia: su poder y su sustentación le vienen desde fuera. «Si España ofreciera a Cuba un sistema de verdadera y genuina autonomía, que preservando su soberanía en la isla, satisface [**sic**] todas las aspiraciones racionales de sus súbditos en Cuba, no parece que hay razón para dudar de que la paz de Cuba pueda así conseguirse. Un resultado de esta clase parece que estaría en el interés de todos. Por su medio se pondría fin al conflicto que está ahora consumiendo los recursos de la Isla y haciéndola sin valor para cualquiera de las partes que prevalezca en ella; y guardaría la propiedad de la Isla y las fortunas de sus habitantes dentro de sus propias manos... habilitando al pueblo de la isla para ensayar bajo las condiciones más favorables posibles su capacidad de gobernarse a sí mismo.» Esa era,

208 Hortensia Pichardo; **Documentos...**, t. 2; pp. 289-90.

209 **Actas de las Asambleas...**, t. 4; p. 144.

desde diciembre de 1896, la opinión del Presidente de los Estados Unidos.[210] Los barcos que han dispuesto ahora hacia Cuba han sido, sin embargo, el más eficaz argumento para mantener su hegemonía y ya es poder en la colonia española, donde España sólo mantiene su Gobernador general y su ejército, la burguesía cubana productora para la exportación.

Su condición de dominante en la estructura cubana —y la imbricación de ésta dentro del sistema económico norteamericano— la ha hecho prevalecer. Cada vez más, la revolución empieza a parecer un lamentable incidente —un paréntesis de incertidumbre, quizá— en el devenir político cubano: un episodio inevitable en la vida política de una nación, resuelto a un precio nunca mayor de tres zafras. Y devenido ejercicio de un poder detentado, pero nunca antes reconocido.

Cierto es que hubiera sido preferible no pagar ese precio. Y cierto que el lenguaje y el tono fueron una vez muy temerosos —y muy otros de los que se emplean ahora: «Esperábamos que a fines de esta centuria... hubiérase llegado por pacífica evolución a la transformación del régimen colonial en las Antillas: Enemigos de la Revolución y temerosos de ella, para evitarla luchamos con perseverancia y tesón: y de tal suerte nos repugnaban la improvisación y la violencia, que en los primeros días de la insurrección de 1895 hubo en el partido autonomista quienes combatían todo intento de obtener que por obra de la Revolución se anticipara el triunfo de la autonomía. Pero la Revolución no fue contenida... Venga, pues, la autonomía, cual la realidad la impone y la aconseja hoy la prudencia: ponga término a la Revolución, ya que la evolución lo tuvo.»[211]

Desde sus posiciones de Gobierno el autonomismo puede ahora abordar la culminación del episodio superado. «...Nos toca aceptar con buena voluntad el hecho y ponernos al trabajo para que del mal pasado puedan recabarse bienes futuros. Cuando vengan al seno del nuevo régimen nuevos elementos a quienes atraiga ¿habrá de dolernos acaso a los que antaño lo defendimos el vernos acompañados de nuevos auxiliares? No nos ha de doler. Seremos más, y haremos más y mejor.[212] En abril, intentará hacer contacto con el Gobier-

[210] José I. Rodríguez, **op. cit.**; p. 317.

[211] Giberga, **op. cit.**, t. 3; p. 413.

[212] **Loc. cit.**

no civil para dar término a la labor de neutralización de la revolución iniciada dos años antes, y proponer una solución que, evitando «los riesgos consiguientes en pueblo nuevo y de incompleta educación política a subversión tan grande y profunda cual la de la sustitución del régimen colonial por el republicano, fuese igualmente aceptable a los cubanos a quienes infunde grave preocupación y recelo la consideración de tal aspecto de nuestro problema político. Si hubiera sido posible o no que a tales soluciones se llegara, en nuestra conversación hubiera podido verse.»[213]

El Gobierno de la revolución es tajante: si continúa el intento de contacto, se verá obligado a aplicar la ley que lo condena: la pena de fusilamiento. El Gobierno no puede aceptar —ni aceptará— ningún ofrecimiento que no se base en la Independencia absoluta e inmediata de toda la Isla.[214]

Puede prescindirse de la mención del valor moral y la entereza viril, del gesto. Esos mismos hombres del Gobierno civil han recurrido a todas las posibles salidas de la trampa a que la peculiar condición de Cuba los ha llevado: han gestionado diligentemente el reconocimiento extranjero —y no sólo norteamericano—; han intentado también comprar la Isla a la metrópoli española. Y ha habido, incluso, gestiones individuales de miembros del Consejo de Gobierno para lograr la adhesión de los autonomistas a la independencia.[215] Pero no aceptarán ninguna propuesta que no culmine en la Independencia: no abandonarán el principio republicano al que muchos de ellos han dedicado treinta años de lucha y de manigua. No habrá traiciones. Y no habrá gestiones —vengan de donde vengan— que los lleven al abandono de sus posiciones.

Les será impuesto.

Los Estados Unidos han sostenido desde sus años todavía débiles de los principios del siglo, una consecuente política colonial con Cuba: Cuba será española mientras no pueda ser norteamericana. La han adaptado a los requerimientos de cada momento, a las necesidades de cada coyuntura internacional o interna. Ahora, ya emergiendo en ellos la potencia imperialista del siglo XX, Estados Unidos interven-

213 **Ibid,** t. 4; p. 71.

214 **Archivo de Gonzalo de Quesada, Documentos Históricos.** Introducción y notas por Gonzalo de Quesada Miranda; Biblioteca de autores cubanos no. 33; Ed. Universidad de La Habana, 1965; p. 481.

215 Souza; **Máximo Gómez...**, p. 136.

drá en Cuba «cuando se hayá demostrado la imposibilidad por parte de España de dominar la insurrección, y se haya manifestado que su soberanía en la Isla está prácticamente extinguida.»[216] Mientras eso no suceda, nada peligra en Cuba. Nada ha de cambiar en la colonia mientras no cambie la producción que la sustenta, o peligre el poder de la clase específica que lo detenta

No es cierto que su política haya sido esperar. Han hecho en cada momento lo que en cada momento les beneficiaba. Y han dirigido los acontecimientos hacia la consolidación de su propio interés: activa, diligente, criminalmente.

Ahora, desde mediados de 1897, España tiene perdida la guerra. Había sido derrotada en la Invasión —y está terminando vencida en la campaña de Gómez en Las Villas.[217] La propia concesión de la autonomía no ha sido para España más que una última carta a juzgar. Gómez la sabe condenada al fracaso —y sabe también que ese fracaso implica la intervención de los Estados Unidos. Trata de evitarlo: escribe al nuevo Gobernador General y Jefe del Ejército español que viene a implantarla. El único desenlace que la revolución puede aceptar es la independencia: «Bórrese de una vez para siempre el abismo que separa a los cubanos y españoles con el abrazo que implica el reconocimiento de la República de Cuba, y entonces se habrá firmado la paz eterna». Y previene: «España no debe contribuir a que Cuba deba su independencia, ni poco ni mucho, a favores extraños.»[218]

Solamente en mayo, ya después de inmiscuidos los Estados Unidos en el conflicto, contesta el jefe español al jefe de la tropa cubana. Porque ya sabe que el nuevo enfrentamiento que aboca habrá de costarle a España los restos de su antiguo imperio colonial, y trata de extorsionar a Cuba en base a la intromisión americana: «Ha llegado... el momento supremo en que olvidemos nuestras pasadas diferencias y en que unidos cubanos y españoles, para nuestra propia defensa, rechacemos al invasor.» Y la respuesta de Gómez es ahora

[216] Emilio Roig de Leuchsenring; **1895 y 1898: dos guerras cubanas. Ensayo de revalorización**; «Cultural S.A.,» La Habana, 1945; p. 173.

[217] Sobre la derrota española a manos del Ejército mambí ver, fundamentalmente: Roig de Leuchsenring; **La guerra libertadora**..., caps. 26-34. Ver también, del mismo autor: **Proceso evolutivo y revolucionario forjador de la nación cubana**; «Triunfo del esfuerzo cubano por la independencia», Cuadernos de Historia Habanera No. 40, Municipio de La Habana, 1948; y **1895 y 1898: dos guerras**...

[218] En: Horrego, **op. cit.**; p. 202.

tajante: «es muy tarde, para inteligencias entre su Ejército y el mío».[219] Cuba supo salir sola —y contra España— de su pasado: Cuba prefiere encararse sola —y sin España— a su destino.

La guerra en que entran en 1898 los Estados Unidos no es —ni siquiera **principalmente**— una guerra contra España. Ya desde muy temprano, han hecho fracasar, para impedir la insurrección, el esfuerzo de años de Martí y de la emigración cubana, deteniendo la expedición traicionada en Fernandina. Ello había reducido las posibilidades de guerra breve y victoria rápida que la revolución de Martí propugnaba y la expedición invasora viabilizaba. Y no había podido impedirlo el propio Martí que lo había previsto, aun antes de que fuera posible dar inicio al alzamiento: «. . . tal vez sea nuestra suerte que un vecino hábil nos deje desangrar en sus umbrales, para poner al cabo, sobre lo que quede de abono para la tierra, sus manos hostiles, sus manos egoístas e irrespetuosas».[220]

A tres años de guerra cubana ya podía verse el recorrido de la política neocolonial norteamericana, y el hábil manejo de circunstancias a través de las cuales imponía el objetivo final desde entonces denunciado. La revolución de Martí estaba frustrada: había muerto en el propio transcurso de la insurrección, y a manos del propio gobierno de la revolución. Sólo quedaba hacer efectiva la inhabilitación de la revolución nacionalista y moderada intentada por la burguesía cubana excluida de la estructura productora para la exportación. Contra ella —y contra la posibilidad de radicalismos eventuales de parte de las tropas cubanas— estaba dirigida, en realidad, la agresión que iba ahora a culminar en intervención armada. La intervención fue —en ese sentido— una última etapa en la realización de una agresión prolongada, destinada a frustrar la potencialidad nacionalista de la revolución cubana.

El reconocimiento del Gobierno civil había sido, de ese modo, sistemáticamente rechazado y aplazado por las administraciones de Cleveland y de McKinley. El argumento de este último ante el propio Congreso —ya en vísperas de la intervención— no dejaba lugar a dudas sobre la política hasta entonces sustentada: ni la independencia ni la beligerancia pueden ser reconocidos, y ese reconocimiento

[219] Máximo Gómez Báez; **Revoluciones. . . Cuba y hogar**; «Rambla, Bouza y Cía», La Habana, 1927; pp. 103-05.

[220] Martí, **op. cit.**, t. 1; p. 196 (1886).

«no es necesario para que los Estados Unidos puedan intervenir para pacificar la Isla». «Comprometer este país ahora a reconocer cualquier gobierno en Cuba, podría sujetarnos a molestas y complicadas condiciones de obligaciones internacionales con respecto a la organización que hubiéramos reconocido. Si hiciéramos tal reconocimiento, tendríamos, en el caso de intervenir en Cuba, que someter nuestra conducta a la aprobación o desaprobación de dicho Gobierno; tendríamos que someternos a su dirección, asumiendo el papel de mero aliado amistoso».[221] De ahí que desde tres años atrás el argumento haya sido siempre el mismo: «Los informes que tenemos... son que por mandato del General en Jefe del ejército insurrecto, el Gobierno putativo de Cuba ha abandonado toda idea de ejercer sus funciones, quedando reducido de derecho, a lo que hay razón para creer fue siempre también de hecho, es decir, un gobierno puramente nominal sobre el papel».[222] Y de ahí que, cuando intervienen, no intervengan como aliados: se inmiscuyen en la contienda como potencia neutral, «a fin de poner término a la devastación de Cuba y dispuestos a ejecutar actos de hostilidad contra las dos partes contendientes».[223]

Desde los propios Estados Unidos, habrá de traer un comisionado del Gobierno civil cubano, las reglas del juego:[224]

El Gobierno americano no reconoce en Cuba ningún gobierno constituido. «Su objeto es concluir con el estado de anarquía... restablecer el orden, y dejar constituido un Gobierno cubano firme y estable, para toda la Isla y sus habitantes todos...» «En ese concepto, el Ejército americano en Cuba es un verdadero ejército invasor que llevaría la Soberanía americana por donde quiera que pasase, y establecería, interinamente, la Autoridad del Gobierno americano en los lugares en que se detuviese... estimándolos como sujetos a una ocupación militar». Esta ocupación implica «la terminación de las antiguas relaciones políticas de sus habitantes y el establecimiento de un nuevo poder político».

Y va quedando claro que se viene buscando la garantía de inclusión —o mejor aún, la ejecución de la instauración en el poder —de los

[221] En: Roig de Leuchsenring; **La guerra libertadora...**, pp. 253-54. Ver también: José I. Rodríguez; **op. cit.**; pp. 253-255.

[222] José I. Rodríguez, **op. cit.**; pp. 315-16.

[223] **Ibid**, p. 355.

[224] Ver: Méndez Capote, **op. cit.**, t. 3; pp. 201-02.

grupos políticos antindependentistas que garanticen la conservación del **statu quo** estructural cubano: «El Gobierno americano no viene a hacer la guerra a los habitantes de Cuba ni a ningún partido o facción de los mismos, sino a protejerlos a todos en sus personas y derechos...», y a pesar de que «los poderes de la fuerza militar de ocupación son absolutos y supremos, se considerarán en vigor las Leyes que afectan a los derechos privados de las personas y los bienes y... serán respetados los Funcionarios de carácter leal» —valga decir, los funcionarios autonomistas, reformistas e incluso los representantes del integrismo español— «que continuarán ejerciendo sus funciones bajo la supervisión del General americano, jefe del territorio ocupado».[225]

De nada habrán valido las seguridades y garantías que ha dado el comisionado especial a los funcionarios norteamericanos, acerca de los propósitos y fines de la política del Gobierno civil cubano. Ha incluso reconocido que «limitada su jurisdicción a los hombres que se han puesto al servicio directo de la Revolución, no tiene medios de sentar las bases amplias de una legalidad común a todos los elementos que deban intervenir en los asuntos públicos de Cuba». Ha explicado que la Asamblea cuya convocatoria tiene para muy pronto planteada la ley constitucional cubana incluye «a todas las personas a quienes nuestra acción alcanza, sin distingos, diferencias, ni exclusiones».[226]

De nada ha servido tampoco la amenaza velada de que «si la autoridad en los asuntos públicos de Cuba iba pasando a manos del Gobierno americano... iríamos perdiendo la influencia, el poder, el crédito, los recursos, y los elementos necesarios para salir al paso a las graves dificultades que ante nosotros surgirían. Que estando interesado el Gobierno americano en que se llegara a la solución definitiva de los asuntos públicos de Cuba, sin conflictos, violencias ni sacudidas y nosotros dispuestos a coadyuvar al mismo fin, era indispensable el establecimiento de inteligencias prácticas y relaciones directas entre el Ejecutivo americano y la Entidad directora de la revolución cubana...»[227]

225 **Loc. cit.**

226 **Ibid**, p. 222.

227 **Ibid**, p. 200.

El Gobierno norteamericano tiene objetivos muy precisos con respecto a Cuba, y no está en disposición —ni tiene necesidad— de ceder ante los ruegos de un Consejo de Gobierno que sabe con aspiraciones contrapuestas a las suyas y que carece además (y esto obra en favor del extranjero) de una sustentación popular que por propia iniciativa se ha encargado de debilitar. El propio comisionado se ve obligado a anunciar que no se reconocerá al Consejo de Gobierno cubano:

> «1º Porque la acción americana quería ejercitarse libremente, sin aceptar la obligación de reconocer, apoyar o seguir instituciones, leyes ni autoridades que, bajo cualquier concepto, pudiesen coartar, entorpecer o impedir las facultades que se creía necesario ejercitar.
>
> »2º Porque el Gobierno y el Congreso americanos sabían como nosotros que, cualquiera que fuese la forma que tuviera o pudiese tener el Gobierno revolucionario, este no constituía un Gobierno real, efectivo y permanente de la Isla de Cuba o de una porción fija y definida de su territorio.
>
> »3º Porque el Gobierno americano entendía que nuestro Consejo de Gobierno dirigía y representaba tan sólo una fracción o parte de la población cubana, batalladora y levantisca, en la cual no creyó conveniente apoyarse para restablecer la paz y la tranquilidad en Cuba.
>
> »4º Porque existían grandes temores y marcadísimos prejuicios acerca de los verdaderos propósitos del elemento revolucionario cubano y de la conducta en que este inspiraría sus actos al verse libre de la dominación española y dueño de los destinos del país.»[228]

En realidad, no sería necesario para el surgente imperialismo cometer el asesinato político del Consejo de Gobierno Cubano. Como último recurso, y reconociendo que los Estados Unidos no podían aparecer «como los favorecedores de una fracción política sino de todo el pueblo de Cuba», ni «podían imponer a las poblaciones cubanas... el Gobierno que se habían dado a sí mismos los revolucionarios», el Gobierno civil convoca a una Asamblea donde «estemos representados cuantos debemos formar la nacionalidad cubana, con olvido completo de anteriores diferencias» [229] entre todos los ele-

[228] **Ibid,** pp. 207-08.

[229] **Ibid,** p. 236.

mentos que puedan ser considerados como revolucionarios.[230] Era, de hecho, la consumación de un suicidio político durante largos años prolongado. La ocupación militar cumpliría su objetivo general de realizar «la organización provisional del país al fin de llamar al pueblo cubano para que constituyera libremente su gobierno, gobierno que se referirá y deberá ser aceptado por todos los habitantes de la Isla de Cuba, sin distinciones de ninguna clase».[231]

Para lograrlo había comenzado, hacia el mes de abril, el bloqueo total de la Isla por parte del gobierno norteamericano.[232] Desde los últimos meses de 1897, la devastación general del territorio ha provocado una crítica situación de enfermedad y de hambre entre las tropas del ejército cubano.[233] La tierra, falta de cultivo, poco puede dar ya después de dos años de guerra. Y las dificultades se hacen aún mayores cuando se interrumpe con el bloqueo la posibilidad de auxilio desde el exterior en provisiones de guerra y de boca. El propio General en Jefe del ejército español ha dejado constancia de ello: «El bloqueo de los puertos de la Isla no tiene otro objeto. No sólo es dañoso a los españoles, sino que afecta también a los cubanos, completando la obra de exterminio comenzada en nuestra guerra civil».[234] Cuando ocasionalmente se logra traer alguna expedición desde los Estados Unidos, es porque la Delegación cubana

230 Según los testimonios, la elección de candidatos a la Asamblea de Representantes (posteriormente celebrada en Santo Cruz) dio muy poco margen a una representación popular. De acuerdo con Ferrara (**op. cit.**, pp. 192-93), solamente los jefes y oficiales participaron, por el Ejército, en la elección de candidatos. A su vez, Cañizares (**op. cit.**, p. 147) reporta que las elecciones se realizaron «con candidatos impuestos.»

231 Méndez Capote, **op. cit.**, t. 3; p. 202.

232 Este primer bloqueo imperialista a Cuba, que inaugura un método vigente hasta hoy, fue denunciado y acertadamente valorado en 1913 por el periodista y luchador martiano Julio César Gandarilla (**Contra el yanqui**; Ed. Nuevo Mundo, La Habana, 1960), uno de los exponentes de nuestra primera generación revolucionaria de la época republicana: «el anhelo mambí, poco les importaba, de tal suerte que en realidad, la guerra yanqui fue contra Cuba, pues el invasor bombardeó la población pacífica de la Isla, arrasándola con el fuego, y la mató de hambre con el bloqueo horrible, en términos que si España prolonga su resistencia, no queda vivo un solo cubano siquiera. Esa guerra vil contra Cuba es una prueba de la cobardía y la maldad del yanqui» (p. 13).

233 Las referencias a ella pueden hallarse en testimonios del período, tales como: Ferrara, **op. cit.**; pp. 122-25, y Cañizares, **op. cit.**; p. 138 y ss.

234 Máximo Gómez; **Revoluciones**...; p. 103.

lo ha gestionado especialmente con el general norteamericano encargado de la guerra de Cuba: el general Miles.[235]

Uno de los puntos principales en la agenda del comisionado enviado por el Gobierno civil a Estados Unidos, deja constancia del momento: «La situación económica que atravesamos es verdaderamente desastrosa y estamos abocados a un próximo y gran conflicto de subsistencias. El hambre nos amenaza para fecha muy cercana. Debemos pues llamar la atención del Gobierno Americano sobre problema tan importante y que de aquí no podemos atacar ni resolver... Al buen juicio de Ud. queda la conveniencia de hacer notar de modo que se nos oiga los perjuicios gravísimos e irremediables que traerá al pueblo cubano la continuación excesiva del bloqueo de los puertos de la Isla, así como una larga duración del presente estado de cosas».[236] La respuesta del Gobierno norteamericano —no por cínica menos demostrativa— se redujo a recomendar «fe y confianza en el pueblo americano y resignación para sobrellevar aquellas situaciones temporales y de detalle que no satisficieran nuestros deseos, pensando siempre en el fin esencial a que se dirije la acción americana».[237]

Mientras tanto, están sucediendo la declaración de guerra a España por los Estados Unidos y la toma de Santiago de Cuba. Al Ejército mambí se le utiliza, pero se le excluye: no se le deja participar en la rendición de Santiago. Tanto España como los Estados Unidos se comportan con virtual desconocimiento del Ejército cubano. Y en agosto —mientras entre ambos se anticipa un protocolo de paz sin participación alguna de cubanos— «el hambre causa en nuestras filas más bajas que las que nos causaron hasta ahora las balas enemigas. Si dentro de un mes no tenemos mucha comida, más de una tercera parte del Ejército Cubano y de la población rural, habrá dejado de existir. Dentro de un mes será ya tarde para evitar miles de muertes por hambre. Yo estoy horrorizado por las escenas que contemplo».[238]

En la paz que se firma en París, Cuba no estará representada. Entonces. «los Estados Unidos emprendieron a fondo la pacificación

235 Ver: **Correspondencia diplomática**...; t. 5 (Washington); pp. 144, 165 y otras.

236 **Actas de las Asambleas**..., t. 4; p. 62.

237 Méndez Capote, **op. cit.**, t. 3; p. 207.

238 **Archivo de Gonzalo de Quesada**...; p. 486.

de la isla. Entre diciembre del 98 y febrero del 99 se enviaron a Cuba 15 regimientos de voluntarios de infantería, uno de ingenieros y cuatro batallones de artillería. Este constituía un ejército más grande que el que luchó contra España».[239]

Hasta el mismo momento en que España se retira y se inicia oficialmente el gobierno de ocupación norteamericano, en 1º de enero de 1899, el Gobierno Autonomista —el gobierno azucarero— sigue siendo el poder en la neocolonia. Poco o nada ha cambiado para ellos: son los hombres de los partidos autonomista y reformista los que gobiernan,[240] y los que detentan los cargos desde un año atrás obtenidos tanto en el Gobierno central como en las provincias y municipios.

Un solo peligro les preocupa: la presencia aún sensible del Ejército Libertador. Desde que se ha ignorado en Santiago al Ejército cubano, «los gloriosos mambises advirtieron a las fuerzas el deseo y la exigencia del desalojo de todas las fuerzas enemigas, españolas y norteamericanas del Territorio Cubano. Más tarde nuevas órdenes del Cuartel General recomendando a los Jefes Militares mucha prudencia en esos graves momentos, de la situación muy peligrosa para el Ejército Libertador, quienes ofendidos trataron de recuperar su valioso, digno y honroso puesto en el Histórico Campo de San Juan; intentaron dar una batalla decisiva, con una carga al machete contra las fuerzas enemigas de Cuba Libre, y proclamar, en el campo de batalla, al glorioso mambí Victorioso de todo el territorio nacional cubano» [**sic**].[241] Al cesar en agosto las hostilidades entre España y Estados Unidos, Gómez se ha negado a desmovilizar la tropa. La

239 Jenks, **op. cit.**; p. 84.

240 El Gobierno que entrega el poder a los interventores en 1ro. de enero de 1899 está compuesto por el Gobernador General de la Isla, nombrado por España, y seis secretarios (de los cuales cinco eran cubanos): José María Gálvez, Presidente sin cartera; Antonio Govín, de Gobernación y Justicia; Rafael Montoro, de Hacienda; Francisco Zayas, de Instrucción Pública; Laureano Rodríguez, de Agricultura, Industria y Comercio; Eduardo Dolz, de Obras Públicas y Comunicaciones. A excepción de los dos últimos —reformistas—, todos los demás son autonomistas. Autonomistas fueron también todos los jueces de la Isla y la mayoría de los funcionarios y empleados de la administración pública colonial y municipal. Rafael Fernández de Castro fue el Gobernador de La Habana. Los comisionados especiales para la gestión de un tratado comercial con los Estados Unidos fueron los autonomistas Manuel Rafael Angulo, Antonio Escobar y Luis V. de Abad (ver sobre el tema: José I. Rodríguez, **op. cit.**; pp. 381-82, 384-85; Romero Rubio, **op. cit.**; pp. 74-75, 102-07).

241 **Datos biográficos del Comandante del Ejército libertador Rafael Pérez Rosell, ayudante de campo del Mayor general Antonio Maceo Grajales; Boletín del Archivo Nacional,** t. XLVIII, enero-diciembre 1949; La Habana, 1950; p. 101.

Asamblea que sustituye al Consejo de Gobierno ha permitido el licenciamiento. De los jefes militares, muchos se han «desbandado», y el viejo jefe de la tropa trata de evitarlo, «especialmente en cuanto a los soldados». «Mientras no estemos seguros de la Independencia, nuestra misión no ha terminado... Nada de disolución de las fuerzas. De ningún modo. Sería traicionr a la Patria en el momento decisivo de su triunfo».[242] En diciembre, ya sabe que en Cuba —«ni libre ni independiente todavía»—, «la cesación... del poder extranjero, la desocupación militar no puede suceder entre tanto no se constituya el gobierno propio del país, y a esa labor es necesario que nos dediquemos inmediatamente para dar cumplimiento a las causas determinantes de la intervención y poner término a ésta en el más breve tiempo posible.» Acepta entonces la desmovilización del Ejército mambí, para que «vayamos todos a formar en las filas del pueblo, como garantía del orden».[243] Y mientras muchos jefes y generales encuentran cabida en los altos cargos de la administración civil —una vez iniciada la asimilación de éstos por el Gobierno interventor—, y otros ingresan a la política o los negocios,[244] intenta mantener unidos a los excluidos: «Propuse la creación de un cuerpo de milicias nacionales».[245]

Mientras la intervención imperialista no haya garantizado definitivamente los mecanismos de desactivación total de la revolución, la burguesía cubana productora para la exportación y sus organismos políticos actuarán aún con cautela: se preservan, ante cualquier posible contingencia producto de la ocupación, para el futuro político de la neocolonia. Ya aceptan la independencia: solamente ellos, en toda la neocolonia, estarían de lo contrario en disposición de aspirar a ella. Y ahora, por otra parte, ya hoy que están las tropas norteamericanas y españolas para garantizar —quién sabe si juntas— el control de toda eventualidad. Pero recelan aún y preferirían, en «la confusa situación de aquellos días», no «pretender ni aceptar en las funciones de dirección de política y de gobierno»[246] casi ninguna participación.

[242] Ferrara, **op. cit.**; p. 193. Sobre las posiciones del General Máximo Gómez durante el período, ver **Anexo 3.**

[243] En: Rafael Martínez Ortiz; **Cuba. Los primeros años de independencia**, t. I; «Lux», París, 1921; p. 27. Ver **Anexo 2.**

[244] Ver, por ej.: **Actas de las Asambleas**... t. 5; p. 166.

[245] En: Martínez Ortiz, **op. cit.**, t. I; p. 70.

[246] Giberga; **op. cit.**, t. 3; pp. 746-47. Ver **Anexo 4.**

Muy pronto, cuando vaya tomando forma el estreno neocolonial que sustituye en la época imperialista a la ya imposible anexión, comenzará su defensa incondicional de la «independencia» alcanzada. Y habrá en ello un considerable grado de sinceridad: la ocupación de la Isla por un «segundo ejército de ocupación norteamericano» compuesto esta vez por empresarios, comerciantes, buscavidas y negociantes, [247] no les deja lugar a dudas sobre su necesario fenecimiento en caso de una anexión.

Siempre desde el poder —y esta vez, en la Asamblea Constituyente donde se están sentando las bases de la neocolonia oficial— los eternos voceros de la burguesía cubana productora para la exportación podrán ahora hacer suya la «revolución», y definirla: «La Revolución separatista no fue más que un movimiento político que tenía un fin único: el de hacer nuestra independencia poniendo término a la soberanía de España en Cuba.» «La Revolución, en efecto, no había anunciado ni en verdad había perseguido otro propósito. La fórmula de independencia fue su sola bandera. Ni anunció ni tuvo el propósito de traer una revolución en la esfera religiosa, de producir una sublevación del orden social que existía, de reformar nuestras instituciones jurídicas fundamentales, de alterar las condiciones históricas en que se desenvolvió nuestra vida colectiva: no quiso alterar y reformar sino lo que fuera necesaria consecuencia de la extinción de la soberanía española y de la fundación de un gobierno republicano independiente. Así, por lo menos, se anunció la Revolución: y en esto y sólo en esto nos asociamos hoy los que le fuimos opuestos.».[248]

Ahora pueden definir los «objetivos» de la república que combatieron, y reducirlos a los suyos propios: y no hay rubor al declarar «que este pueblo está resuelto hace muchos años a realizar el ideal de los pueblos libres; y que ya por un camino, ya por otro, ora por medios pacíficos, ora por procedimientos violentos, unas veces hablando, escribiendo o enseñando y otras veces matando y muriendo, ha demostrado su deseo de gozar del derecho de votar sus impuestos, hacer sus aranceles, fijar su sistema rentístico y tributario, establecer sus relaciones comerciales, hacer sus tratados de comercio y nombrar sus empleados».[249]

247 Jenks, **op. cit.;** p. 88.

248 Gibergo, **op. cit.,** t. 2; p. 350-51.

249 Fernández de Castro, **op. cit.,** t. 1; p. 480.

Ahora es capaz de hacerse oir «la voz siempre respetable de los hacendados y agricultores de la isla de Cuba, dueños de la tierra, poseedores de la industria fundamental del país y elementos de arraigo a quienes hay que reconocer el derecho de proclamarse, con razón, los más interesados en la libertad, el reposo, el progreso y la ventura de una tierra con la que se encuentran íntimamente ligados». Porque en Cuba, después de los que pelearon y los que murieron, «aquí no hay ni ha habido más héroes y más mártires que los hacendados y agricultores del país. La revolución ha pesado casi exclusivamente sobre ellos. Algunos contemplaron sin exhalar una queja el incendio de sus bateyes y campos, esperando con la sonrisa en los labios que de aquellas cenizas surgiese un día, deslumbrante y hermosa, la patria soñada. Otros prodigaron constantemente a las fuerzas revolucionarias todos los auxilios que demandaban en nombre del patriotismo o de la amistad personal».[250]

Ahora, en fin, puede abordarse la reversión total de los planteamientos revolucionarios y de los postulados de José Martí. Y desde la «revolución» que ha hecho suya, la burguesía cubana productora para la exportación puede acusar a todo el que «titulándose revolucionario y continuador del antiguo partido revolucionario, puso en olvido los antecedentes más honrosos de la Revolución y, entre ellos, el Programa de Monte Cristi» e intentan excluir a «importantes elementos, sanos y respetables, de altísimas condiciones y de singular valor, que reclamaban su lugar en la obra, todavía pendiente, de fundar la independencia patria».[251]

Y porque la coyuntura continental en que se mueven en realidad se los da, usurpan el lugar de los excluidos —los verdaderos excluidos, los sometidos, aquellos a los que Martí representó y a los que la potencialidad nacionalista de la revolución cubana no estuvo más tarde en condiciones de incorporar— en la República de equilibrio, «con todos y para el bien de todos», concebida contra los mismos que hoy tratan exitosamente de neutralizarla, de asimilársela. A la República ya vencida y ya frustrada, se extrae la reclamación del derecho a asimilarse: «esta situación no es vuestra, es de todos, y tan nuestra como vuestra, porque tan cubanos somos los unos como los otros».[252]

[250] **Ibid**, t. I; p. 491-92. Ver **Anexo 5.**

[251] Gibergo, **op. cit.**, t. 2; p. 354.

[252] **Ibid**, p. 345.

En la Cuba militarmente ocupada por el ejército imperialista norteamericano, resuena ahora como amenaza: «En Cuba... sólo será posible fundar una patria para los cubanos, cuando se funde por todos y para todos».[253] «Vayamos juntos a realizar, como obra común, la obra que comenzásteis...»[254] Puede mostrarse —impúdica y prepotente— la coyunda: «No: aquí no se ha de fundar una República que para unos sea y no para otros: aquí se ha de fundar una patria para todos; o nada, óigase bien, nada se podrá fundar jamás».[255] La supervivencia de la neocolonia estaba asegurada. Las potencialidades revolucionarias de Cuba estaban, por el momento, frustradas. La revolución de 1895 tenía que quedar pospuesta.

Hemos tratado de seguir los derroteros políticos y militares por los que transitó —y fue frustrada— la revolución que iniciara Martí. Previendo, más que interpretando, realidades aún no materializadas totalmente, Martí concibe la viabilidad de las transformaciones estructurales que el país requiere como soluciones, a través de una radicalización revolucionaria que rompe los marcos de un pensamiento político liberal limitado a postulados universales —y por universales, irreales— y de una visión económica abierta a toda eventual exigencia de la realidad nacional.

Parte, para ello, de una toma incondicional de partido al lado de los hasta entonces preteridos —los sectores y clases oprimidos por el ordenamiento social latinoamericano—, y de un análisis y una comprensión cabales tanto de nuestra condición específica de países subdesarrollados como de la conversión de la república norteamericana en potencia colonizadora de nuevo tipo que posee y utiliza nuevos métodos e instrumentos de sometimiento y dominación.

Sin que en modo alguno excluyera —por el contrario, los presupone— los intereses de clase de una burguesía vocada a transformaciones estructurales de tipo nacionalista, el proyecto revolucionario de Martí y el movimiento revolucionario que organiza y desencadena tienen, como premisas primeras, la destrucción de una estructura y un ordenamiento social vinculados a circunstancias internas y externas de magnitud y alcance extranacional. Cuba se ha anticipado al resto de América Latina en sus relaciones de dependencia neo-

253. **Loc. cit.**

254 **Ibid**, p. 355.

255 **Ibid**, p. 357.

colonial con el sistema productor y político norteamericano. Y Martí ataca la estructura que, surgida en la colonia, ha devenido ya neocolonial: una estructura que es ahora complemento parcial y pertenencia de un sistema en expansión correspondiente a una nueva etapa del capitalismo mundial —y se ha imbricado dentro de él—: el imperialismo norteamericano. Cuenta, para el ataque, con la unión y equilibrio de todas las fuerzas sociales que la estructura combatida o bien no incluye, o bien oprime.

Complicada en el sistema como parte de él, la burguesía cubana productora para la exportación a la que se enfrentan estos grupos no incluidos u oprimidos asume en su propia defensa posiciones y da origen a combinaciones de fuerzas que rebasan los marcos exclusivamente nacionales, y que quedan ahora excepcionalmente claras: Con España, en la medida en que ésta pueda aún garantizar —y las posibilidades de reforma así lo prometan— la conservación del **status quo** estructural cubano. Con Estados Unidos, desde el momento en que la fuerza alcanzada por la insurrección haga imprescindible apropiarse y contener la revolución iniciada. Y con la independencia, cuando la revolución que la propugna ya haya podido ser asimilada, bien en base a la intervención y ocupación militar norteamericana, bien en base a los mecanismos que por éstas han quedado establecidos.

Prescindiendo aquí de las connotaciones específicas —y marcadamente radicales— del proyecto revolucionario martiano, la coyuntura cubana de finales del siglo XIX demostró un suficiente desarrollo de las fuerzas nacional y extranacional ya mencionadas, como para no hacer ya viable, por sí sola, la moderada aspiración transformadora de una burguesía cubana políticamente nacionalista y potencialmente sustentadora de una estructura productora equilibrada: una estructura que basándose en la pequeña propiedad agrícola y en la conformación eventual de un mercado interno de consumo, hubiese dado inicio a una etapa hasta entonces inhibida de desarrollo autosuficiente, en sustitución de una economía y una sociedad organizadas para la dependencia y sometidas a los requerimientos y necesidades del sistema continental de relaciones del cual está pugnando por salir.

Y demostró la coyuntura neocolonial cubana de finales del siglo XIX la imposibilidad (ceñida o no, en cada uno de los individuos aislados, a las limitaciones de su ideología y de su propia clase) en que esta-

ba el conjunto de hombres que tuvo en sus manos la dirección política de la revolución de 1895 después de muerto Martí, para buscar y hallar la posibilidad de iniciar esa nueva etapa de desarrollo nacional, en un intento de conjugación y equilibrio de sus intereses con los de las clases y grupos mayoritarios que constituyeron de hecho, en el Ejército mambí, su basamento social y su fuerza de apoyo, y a los cuales optaron por excluir y represar.

Por eso —y sabemos que no fue solamente por eso— los supera y empequeñece Martí, y trascienden su ideología, su figura y su vigencia a un plano americano continental.

Si —en la misma coyuntura neocolonial— eran o no viables esa conjugación y ese equilibrio de intereses, sólo la concreción histórica de la revolución que fue frustrada lo hubiera podido demostrar. Porque la historia revolucionaria latinoamericana del siglo XX ha quedado más de una vez, también, frustrada, dentro de la contemporaneidad a la que se anticipa la Cuba entonces española y neocolonial. Y porque ,en Cuba, la revolución entonces pospuesta habría de frustrarse aún en la década de los años treinta, antes de retomar en 1959 —abriéndose, como entonces Martí, a las realidades y a los instrumentos políticos de **nuestra** contemporaneidad— la arremetida contra la estructura neocolonial, en el transcurso del siglo reforzada, y en oposición a la cual había surgido la revolución de Martí.

ANEXO 1

Relación de miembros de la burguesía cubana productora para la exportación que respaldan la exposición al presidente Cleveland de los Estados Unidos en 24 de junio de 1896.

EDUARDO FERRER Y PICABIA: Excondueño del ingenio Perseverancia, que muele 100 000 sacos. Dueño del ingenio Magdalena.

JUAN PABLO TOÑARELY: Abogado y propietario. Representante provincial por La Habana.

JOSÉ GONZÁLEZ LANUZA: Abogado. Magistrado del Tribunal Supremo. Catedrático de la Universidad.

Dr. EMILIANO NÚÑEZ: Director del Hospital Civil Reina Mercedes.

Dr. FRANCISCO I. DE VILDÓSOLA: Propietario. Dueño del ingenio Labrador, 8 000 sacos. Catedrático de la Universidad.

FEDERICO MORA: Abogado. Notario Público. Propietario.

GASTÓN MORA: Abogado. Codirector de **La Lucha.**

BERNABÉ SÁNCHEZ: Dueño de los ingenios Congreso y Senado, 100 000 sacos (Puerto Príncipe).

CARLOS THEYE: Ingeniero civil. Condueño del ingenio Santísima Trinidad (Santa Clara). Catedrático de la Universidad.

RODOLFO GUZMÁN: Agente de la «Compañía Colonial Española de Luz Eléctrica Edison».

JOSÉ IGNACIO DOMÍNGUEZ: Dueño del ingenio Esperanza (Matanzas). 15 000 sacos.

JORGE Y MANUEL DE AJURIA: Dueños del ingenio Santísima Trinidad (Santa Clara), 60 000 sacos.

Dr. DIEGO TAMAYO: Miembro de la Junta Autonomista.

MELCHOR BERNAL: Dueño del ingenio Lugareño (Puerto Príncipe), 80 000 sacos.

MIGUEL JORRÍN: Dueño del ingenio San Rafael (Matanzas), 50 000 sacos.

FRANCISCO PLA Y PICABIA: Propietario del ingenio San Manuel (Santiago de Cuba), que muele 60 000 sacos.

RAFAEL FERNÁNDEZ DE CASTRO: Exdiputado a las Cortes. Dueño del ingenio Lotería (La Habana), 40 000 sacos.

JUAN MANUEL DIHIGO: Abogado. Propietario. Catedrático de la Universidad de La Habana.

J. J. MANZANILLA: Propietario y corredor de azúcar.

EMILIO DEL JUNCO: Abogado y propietario.

JUAN J. DÍAZ: Dueño del ingenio Andrea (La Habana), 15 000 sacos.

JOSÉ ODOARDO: Magistrado del Tribunal Supremo y propietario.

ANTONIO ESTALELLA: Propietario.

JUAN ANTONIO GARMENDÍA: Abogado y propietario.

JOSÉ VARELA ZEQUEIRA: Secretario de la «Sociedad de Amigos del País».

PEDRO P. GARMENDÍA: Abogado y Juez Municipal de Pinar del Río.

JOSÉ MARÍA AGUIRRE: Abogado y propietario.

SANTIAGO LABARRERE: (Cónsul de Grecia). Propietario del ingenio Bramales, que muele 30 000 sacos.

MARIANO ARTIS: Dueño del ingenio Narcisa (Santa Clara), que muele 80 000 sacos.

JOSÉ MARÍA ESPINOSA: Dueño del ingenio Central Fe (Santa Clara), que muele 60 000 sacos.

PERFECTO LACOSTE: Dueño del ingenio Central Santa Lucía (La Habana), que muele 30 000 sacos.

FRANCISCO CASUSO: Dueño del ingenio San Agustín, que muele 30 000 sacos.

Dr. GABRIEL CASUSO: Médico y propietario.

GABRIEL CAMPS: Dueño del ingenio Mi Rosa (La Habana), 20 000 sacos.

FRANCISCO ROSELL: Dueño de los ingenios Aguedita y Dolores (Matanzas), que rinden 80 000 sacos entre los dos.

EDUARDO DELGADO: Dueño del ingenio San Claudio, que rinde 15 000 sacos, Pinar del Río.

ABELARDO LEDESMA: Dueño del ingenio Tomasita (Pinar del Río), 10 000 sacos.

ERNESTO DESVERNINE: Propietario.

MARQUÉS DE LA REAL CAMPIÑA: Propietario.

MARQUÉS DE LA REAL PROCLAMACIÓN: El primer terrateniente de Cuba.

SAMUEL T. TOLÓN: Vendedor de tachos y de mieles al por mayor, dueño de almacén de maderas y comerciante en Cárdenas.

GASTÓN RABEL CÁRDENAS: Banquero, almacenista y exportador de azúcar. Refinería de azúcar.

JULIO B. HAMEL: Comerciante de Cárdenas.

GABRIEL CAROL: Propietario en Cárdenas del ingenio Central Aguada, 40 000 sacos.

JOAQUÍN DE ROJAS: Cárdenas.

DE ROJAS Y BACOT: Banquero y exportador de azúcar.

FRANCISCO LARRIEU: (Cárdenas). Condueño del ingenio Precioso (Matanzas), 40 000 sacos.

ERNESTO CASTRO: (Cárdenas). Abogado, condueño del ingenio Precioso, dueño de la colonia Cascajal, que rinde dos millones de arrobas de caña de azúcar.

CARLOS ALBERTO SMITH: (Cárdenas). Abogado y propietario.

RAFAEL REYNALDOS: (Cárdenas). Abogado Propietario del ingenio Perseverancia, 500 000 arrobas de caña.

PORFIRIO PASCUAL: (Cárdenas). Abogado y propietario.

Dr. JOAQUÍN OTAZO: (Cárdenas). Propietario y médico interno del Hospital.

Dr. ALEJANDRO NEYRA: (Cárdenas). Médico y propietario.

Dr JOSÉ MARÍA VERDEJA: (Cárdenas). Médico y propietario.

Dr. JOSÉ MARTÍNEZ MORENO: (Cárdenas) Médico y propietario del ingenio Luisa, Matanzas.

FELICIANO RICHET: (Cárdenas). Apoderado y heredero del señor Antonio Gomez Araujo, propietario del ingenio Nena, Matanzas, con 50 000 sacos, y de 100 casas en Cárdenas.

Dr. DANIEL GUTIÉRREZ: (Cárdenas). Médico y propietario.

Dr. CARLOS PASCUAL: (Cárdenas). Propietario de droguerías.

Dr. ENRIQUE PASCUAL: (Cárdenas). Médico y propietario.

Dr. JUAN M. SÁEZ: (Cárdenas). Propietario de la farmacia La Central.

Dr. PEDRO DE JONGH: (Cárdenas). Propietario de la farmacia La Marina.

Dr. OCTAVIO SMITH: (Cárdenas). Director del Hospital y del Colegio San Luis Gonzaga.

JUAN NEYRA: (Cárdenas). Propietario.

AGUSTÍN MEDEROS: (Cárdenas). Dueño de la colonia Chucha, Matanzas.

JOSÉ B. RODRÍGUEZ MARIBONA: (Cárdenas). Abogado y propietario de la colonia Chorot.

EDUARDO CATÁ: (Cárdenas). Comerciante.

MIGUEL LLURIA: (Cárdenas). Almacenes de azúcares y mieles.

Dr. OCTAVIO PIMIENTA: (Cárdenas). Químico y administrador de la Compañía de Gas.

JUAN M. FAZ: (Cárdenas). De la Junta Directiva de la Compañía de Gas.

JOAQUÍN ROBLEÑO: (Cárdenas) Propietario del ingenio Los Indios, Matanzas.

ENRIQUE Y EMILIO VILÁ: (Cárdenas). Miembros de Vilá Hermanos. Almacén de maderas y fábrica de hielo.

JOAQUÍN TELLADO y EUSEBIO MAYOL: (Cárdenas). Miembros de «Tellado, Mayol y Cía.». Comerciantes y propietarios de las salinas de Cabo Hicacos.

VENTURA FERNÁNDEZ DE CASTRO: (Cárdenas). Corredor de azúcar y propietario del ingenio Santa Isabel, Matanzas.

JUAN F. ARGÜELLES: (Cárdenas). Propietario del ingenio Destino. Matanzas.

JUAN ÁLVAREZ CELIS: (Cárdenas). Comerciante.

RICARDO LOMBARD: (Cárdenas). Comerciante.

SEPTIMIO SARDIÑAS: (Cárdenas). Dueño del ingenio Reglita, 50 000 sacos.

ENRIQUE SEGRERA Y HERRERO: (Cárdenas). Abogado y Secretario de la Junta del Puerto.

PATRICIO PONCE DE LEÓN: (Cárdenas). Dueño del ingenio Ponces. Matanzas, 20 000 sacos.

CIRILO PONCE DE LEÓN: (Cárdenas). Dueño del ingenio Indio, Santa Clara, 15 000 sacos.

JORGE DESCHAPELLES: (Cárdenas). Comerciante.

EDUARDO DE ZALDO: (Cárdenas). Comerciante y propietario.

FRANCISCO MARCHENA: (Cárdenas). Farmacéutico.

GUILLERMO SCOTT: (Cárdenas). Propietario.

MARQUÉS DE CASA NEGRA: (Cárdenas). Propietario.

PATRICIO BALLESTER: (Cárdenas). Propietario).

Tomado de: Emilio Roig de Leuchsenring; **La guerra libertadora cubana de los treinta años;** Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1958; pp. 160-163.

ANEXO 2

Del "Diario de Operaciones" del Tte. Coronel Rafael M. Cañizares, alzado en Las Villas en junio de 1895.

FEBRERO 1897: «...Llega el Cor. Rafael de Cárdenas. Empiezan las intrigas en la División.» (**Rafael y Gabriel de Cárdenas son productores azucareros de la zona Norte de Pinar del Río.**) **MARZO:** «...La fuerza a mi mando peleó cuerpo a cuerpo con el enemigo, al extremo de decir la fuerza de La Habana, entre ellos el Cor. Aranguren y el Tte. Cor. Cárdenas: que éramos muy brutos. Brutos, sí, porque hemos venido a combatir al enemigo y no a cuidarnos. Nuestro lema es: Independencia o Muerte.» «...Hay disentimiento entre Aranguren y Cárdenas. Si la cosa aprieta, cogen algunos el pueblo, sin un tiro. Son Jefes. Cobardes, verdaderos fantoches. El día que haya que pelear cuerpo a cuerpo, quedarán muy pocos.» «...Llega el Cap. Gabrielito de Cárdenas y Pepe al Campamento, huyéndole a la quema.» **ABRIL: Cañizares permanece herido en el campamento. MAYO:** «...Combate del Cangre en que el Gral. Rafael de Cárdenas huye y le dan machete a su fuerza. Mueren entre varios el Comdte. Manuel Vicente Díaz, el Polaco y otros, cogiendo el enemigo la mayoría de sus cadáveres, por ser el Jefe un cobarde. Hombres como éste y otros son los intrigadores en esa

División.» (**Nótese que Cárdenas ha sido ascendido a general. A partir de octubre, será Vicesecretario de la Guerra del Consejo de Gobierno.**) **JUNIO:** «...Se nos une el Tte. Corl. Illance, de Pinar del Río y 14 de comisiones; estos todos son desertores que vienen huyéndole a la guerra.» «...Aulet y su fuerza muy encasquillada acampan en Majagua. Allí encuentro al Regimiento Cienfuegos, todo acabado, sin embargo, tiene cerca de 300 hombres.» «Emprendemos marcha... resultando varios heridos y muertos nuestros por cobardía de muchos Jefes.» **JULIO:** «...Encuentro al Brigadier Rego, hecho un Bajá, lo mismo que su oficialidad. Cosas del mundo... Los hechos de armas de este Jefe (Rego) han sido descalabros, solamente ha combatido en Hanabanilla, donde lo hirieron. Las glorias de su fuerza, es decir, de la Brigada donde ha estado, o mandado, son las que no pone como suyas.» **Rego fue ascendido a General de Brigada en agosto de 1897.**) **AGOSTO:** «...Recibo carta... por conducto de Fonts Sterling, que pasa como un relámpago para Camagüey, es mucho el casquillo.» (**Fonts Sterling es antiguo autonomista, incorporado a la revolución en junio de 1896 y ascendido a General de Brigada en agosto de 1897. Es Subsecretario de Hacienda del Consejo de Gobierno, y a partir de octubre será Secretario.**) **OCTUBRE: Inactividad. Se reportan solamente tres combates. Llega una expedición que se apropia el Brigadier Rego. NOVIEMBRE: Se reportan cinco combates. DICIEMBRE: Se reportan tres combates. Desde el día 5, inactividad. ENERO 1898:** «...Hay 24 hombres con viruelas... Llega Raúl Arango con 4 más que va huyendo cobardemente para Oriente...» «Esta Brigada, si no hay quien nos auxilie, se acabará...» **FEBRERO:** «Nos sorprenden el campamento... La dispersión es horrible; hemos perdido todas las armas, excepto un rifle descompuesto y una tercerola.» **MARZO:** «...Llega Aurelio Sánchez con correspondencia y efectos de Colón, entre ellos una caja de dulces, que nos comemos de una sentada... No hemos reventado por tener tanta hambre.» **ABRIL:** «...Nos trasladamos al Campamento o Majasera de Schweyer donde se encuentra gozando el capitán Regueira, el Teniente Casas y otros valientes, llegando la noticia del armisticio, quedándonos Águila, Generoso, Guerrero y yo, comiendo sigua Velja y tiburón.» «...Salimos de aquel Purgatorio, parece increíble, los compañeros escondiéndonos la comida, todos los majases son así. Adelante y todo por Cuba.» **MAYO y JUNIO: Incorporaciones de hombres armados y ataques a poblados.** «...He organizado dos Compañías de Infantería del Regimiento Colón.» **JULIO:** «...Salgo en comisión, a la Escuadra Americana...» «Ha habido días en que no se ha comido más que verdolaga en sopa...» **AGOSTO:** «...Se espera al enemigo y en vez de ellos se tiene la noticia de la Paz. Se acabó la guerra. Empiezan las intrigas.» «...Ahora va Raúl Arango para La Habana; parece que con la paz soltó el casquillo. De esos hay muchos que vienen ahora a cogerse las glorias de Occidente.» «Llega el General Alejandro Rodríguez, que entregó el Quinto Cuerpo el día 23, al Gral. Mario G. Menocal, después de terminada la guerra. Las glorias son del Gral. Rodríguez, que supo mantenerse en su puesto...» **SETIEMBRE:** «...Pasan miles de cosas que no se pueden escribir...» «Llega el Tte. Coronel Joaquín Pola y el Gral. Rojas: se verifican las elecciones con candidatos impuestos, esto es, peor que la dominación española.» «Entrego el mando del Regimiento infantería «Colón», organizado y formado por mí con un Remington y 60 hombres desarmados, para incorporarlo al Regimiento Cárdenas, entregándole el mando al Teniente Coronel Mayato, que ascendió en mayo del corriente año, ¡injusticias! El es candidato de Rojos...» «Llegamos a Varadero, cuartel General de la Brigada de Cárdenas... ¡Cuántos patriotas ahora! ¡Cuántos valientes! Y, sin embargo, no han visto al soldado más que en los sueños... Llegan miles de familias y hombres de los pueblos a vernos. Nos llaman libertadores y dan gritos de «Cuba Libre» y no somos todavía libres ni independientes.» **OCTUBRE:** «Continuamos en Varadero... Llegan varias Comisiones americanas.» **NOVIEMBRE:** «En Varadero.» **DICIEMBRE:** «...Entrada en Cárdenas. ¡La realidad! ...Aquí acaba mi Diario de Operaciones... Pudiera escribir mucho; pero más vale callar...»

(Extractado de: Boletín del Archivo Nacional, t. XLVIII, enero-diciembre 1949, La Habana; pp. 132-148. (Los textos en negritas son nuestros.—R.A.).

ANEXO 3

Máximo Gómez ante la suspensión de hostilidades entre España y los Estados Unidos (Agosto de 1898).

—«Este momento de alegría, a mí me da miedo. Es un momento difícil, el más difícil después que se inició la revolución. Ahora Martí hubiera podido servir a la Patria; este era su momento. Martí conocía todo esto, convencía a los recalcitrantes y animaba a los retardados. Como orador era formidable. El que lo oía no tenía ya voluntad propia, y estaba dispuesto a seguirlo. La Asamblea hubiera sido él.»

«¿Qué va a suceder ahora? No lo sé. Habrá mucha gente que pensará en sus interesés, pues la paz amortigua el patriotismo; habrá otros que se llenarán de vanidad.»
«Aquí lo peor es que estamos ante un Tribunal, y el Tribunal lo forman los Americanos.»

Le contesté:

—«General, usted puede hacer mucho. Al dejar usted de ser el Jefe del Ejército, será usted el ídolo del pueblo de Cuba.»

—«No sé si seré ídolo. No estoy hecho de la madera de los ídolos. Yo mismo no sé qué es lo que haré. Pero, sépalo usted, es muy posible que se olviden de que estoy en este rincón. La necesidad de mi esfuerzo ha cesado. Mi autoridad también. Ahora surgirán muchos que lo hubieran hecho mejor que yo, y saldrán de sus escondrijos mis enemigos. Todo esto no importa. Tengo un deber, que es vigilar por la independencia de Cuba, y lo cumpliré... Por lo menos mientras esté en Cuba.»

Después de estas observaciones generales, me dijo que deseaba conocer el estado de la División.

—«El General José Miguel va a la Asamblea como delegado: ¿El Coronel Villuendas queda?»

—«No, General, él y su hermano están gravemente enfermos.»

—«Y ¿el Coronel Duque?»

—«Parece que volverá a La Habana a sus actividades profesionales.»

Me fue preguntado por todos, pues a todos los conocía por sus nombres.

—«La razón principal por la cual lo he llamado es que no deseo esta desbandada, especialmente en cuanto a los soldados. Dígale al General José Miguel que la evite de todos modos. Pocas licencias y sólo a los padres de familia. Pero a nadie más.»
—«Ordenaré lo mismo en toda la Isla. Mientras no estemos seguros de la Independencia, nuestra misión no ha terminado. Le repito, dígaselo bien a José Miguel: nada de disolución de las fuerzas. De ningún modo. Sería traicionar a la Patria en el momento decisivo de su triunfo.»

El General en Jefe notaba que la situación se le salía de las manos. Aquel barco que él había llevado a la entrada del Puerto a través de aguas borrascosas, podía naufragar precisamente a la entrada. Infausta enormidad que había que prevenir. La férrea disciplina que había mantenido entre aquellos guerreros, improvisados de un pueblo que psicológicamente no era el más preparado para el orden, iba cayendo por fuerte pendiente. El Gobierno que le había estorbado débilmente durante la guerra, iba ahora a ser sustituido por una asamblea, del género de las que le hicieron sufrir tanto en los años 68 a 78. El viejo con su experiencia y con su espíritu penetrante, me decía, con frases recortadas:

—«Pueblo cubano. ... no existe aún. Asamblea... La habrá. ¿Pero quién hará valer sus decisiones?... Ejército Libertador... es un nombre. Todos se van para sus casas. ¿Qué queda en Cuba? Los Estados Unidos y su buena voluntad. ¡Su buena voluntad! Sí.

Creo en ella ;pero nadie que ha luchado con tanto ahínco debe tener como única esperanza la buena voluntad de otro.» Perspicacia y sentido realista asombrosos, despiertos y vigilantes por inmenso celo patriótico.

—«Vinimos al campo a hacer la independencia de Cuba. ¿Dónde está la independencia? No la veo. ¿Vendrá? Sí, vendrá, pero cuándo y cómo... No basta una afirmación del Congreso americano, es necesario que el pueblo cubano organizado, o sea el Ejército Libertador, esté en pie reclamando la promesa.»

Tomado de: Orestes Ferrara; **Mis relaciones con Máximo Gómez;** Molina y Cía, La Habana, 1942; pp. 193-195.

DEL DIARIO DE MÁXIMO GÓMEZ

Año de 1899

ENERO 1

Enero 1 de 1899. Hasta mañana pienso estar aquí, pues es tiempo de acercarme a Remedios.

ENERO 2

Día 2, salimos, embarcándonos para Remedios en un vaporcito. La despedida del «Central» ha sido tristísima, pues tanto tiempo aquí, se habían creado relaciones, y más de una mujer, un niño y un anciano, los he visto llorar.

El viaje ha sido molesto pues había mar gruesa.

Por la tarde llegamos al muelle derruído de Jinaguayabo —y fui alojado en la casa de este Ingenio ya deshecho por la mano de la guerra; en donde me esperaba el General Francisco Carrillo.

ENERO 5

El día 5, hice mi entrada en Remedios, en donde se me prodigó por los habitantes de este Pueblo una verdadera ovación.

ENERO 8

El día 8, lo hice en Caibarién que al igual de Remedios me recibió afectuoso y alegre. Hubo verdadera fusión entre todos los elementos de estos pueblos; política que me prometo acentuar, para salvar a este País, lo más pronto, de la tutela que se nos ha impuesto.

Los americanos están cobrando demasiado caro con la acupación militar del País, su expontánea intervención, en la guerra que con España hemos sostenido por la Libertad y la Independencia.

Nadie se explica la ocupación. Así como todo espíritu levantado, generoso y humano —se explicaba, y aún deseaba la intervención.

Siempre es laudable y grato el oficio de factor de Paz y concordia, de armonizador, pero indudablemente, queda desvirtuada la obra cuando en ella se ostenta sin reparo; el espíritu y las tendencias de especulación. La actitud del Gobierno Americano con el heroico Pueblo Cubano, en estos momentos históricos, no revela a mi juicio más

que un gran negocio, aparte de los peligros que para el País envuelve la situación que mortifica el espíritu público y hace más difícil la organización en todos sus ramos; que debe dar, desde un principio, consistencia al establecimiento de la futura República; cuando todo fuera obra completamente suya, de todos los habitantes de la Isla, sin distinción de nacionalidades.

Nada más racional y justo, que el dueño de una casa, sea el mismo que la va a vivir con su familia, el que la amueble y adorne a su satisfacción y gusto; y no que se vea obligado a seguir, contra su voluntad y gusto, las imposiciones del vecino.

De todas estas consideraciones se me antoja creer que, no puede haber en Cuba verdadera paz moral, que es la que necesitan los pueblos para su dicha y ventura; mientras dure el Gobierno transitorio, impuesto por la fuerza dimanante de un Poder extranjero y por tanto ilegítimo, e incompatible con los principios que el País entero ha venido sustentando tanto tiempo y en defensa de los cuales se ha sacrificado la mitad de sus hijos y desaparecido todas sus riquezas.

Tan natural y grande es el disgusto y el apenamiento que se siente en toda la Isla, que apenas y como no es realmente el Pueblo; ha podido expansionarse celebrando el triunfo de la cesación del Poder de sus antiguos dominadores.

Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la Paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra, Paz y Libertad, no debía inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los Americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores; y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

La situación pues, que se le ha creado a este Pueblo; de miseria material y de apenamiento, por estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.

Tomado de: Máximo Gómez; **Diario de campaña 1868-1899;** Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968; pp. 370-372.

PROCLAMA DE YAGUAJAY

Gral. MÁXIMO GÓMEZ

«Al pueblo cubano y al ejército:

»Ha llegado el momento de dar pública explicación de mi conducta y de mis propósitos, siempre, según mi criterio, en bien del país a que sirvo. Terminada la guerra con España, firmada la paz por nuestros aliados —tácitamente— los americanos, creía de mi deber no moverme, sin un objeto político determinado, del lugar en donde disparé el último tiro y envainé mi espada, y mientras el ejército enemigo no abandonase por completo la Isla, para no perturbar, quizás, con mi presencia el reposo y la calma necesarias para consolidar la paz ni molestar tampoco a los cubanos con manifestaciones de júbilo innecesarias.

»El período de transición va a terminar. El ejército enemigo abandona el país y entrará a ejercer la soberanía entera de la Isla, **ni libre ni independiente** todavía, el Gobierno de la gran nación en virtud a lo estipulado en el Protocolo de la Paz.

»La cesación en la Isla del poder extranjero, la desocupación militar no puede suceder entretanto no se constituya el gobierno propio del país, y a esa labor es necesario que nos dediquemos inmediatamente para dar cumplimiento a las causas determinantes de la intervención y poner término a ésta en el más breve tiempo posible.

»Mas antes es preciso —por el espíritu de justicia que encarnan— y para que el ejército libertador quede disuelto y vayamos todos a formar en las filas del pueblo, como garantía de orden, que se lleven a feliz término las negociaciones comenzadas para satisfacer en la medida de lo equitativo la deuda que con sus servidores ha contraído el país.

»Mientras todo esto queda resuelto, guardaré mi situación de espera en el punto que crea más conveniente, dispuesto siempre a ayudar a los cubanos a concluir la obra a que he consagrado toda mi vida.—Máximo Gómez.—Cuartel general en «Narcisa» 29 de Diciembre de 1898.»

Tomado de: Rafael Martínez Ortiz; **Cuba: Los primeros años de independencia;** t. I; «LUX» París, 1921; pp. 26-27.

ANEXO 4

Acuerdos de representantes autonomistas ante el fin de las hostilidades entre España y Estados Unidos. Agosto 31 de 189

«Los Representantes que suscriben antiguos autonomistas, en vista de la situación creada por la renuncia que ha hecho el Gobierno español, en nombre de España, de sus derechos de soberanía sobre la Isla de Cuba, han adoptado los siguientes acuerdos:

1º. »Someterse, sin reservas, a los hechos consumados, aceptándolos como definitivos e irrevocables, —cual necesariamente han de ser, dada su naturaleza,— y aceptando igualmente todas sus consecuencias y entre ellas el nuevo orden político que deriva de dichos hechos.

2º. »Defender dentro de dicho orden político, la independencia absoluta de la Isla de Cuba.

3º. »Apoyar todo intento que se dirija a lograr el concurso de todos los cubanos para el sostenimiento de la independencia de la Isla y el establecimiento de cordiales relaciones entre cubanos y españoles.

4º. »Recomendar a los antiguos autonomistas que con dichos fines y en interés de los mismos, y dada la trascendencia del problema constituyente que con ellos se relaciona, tomen parte activa en la política dentro del nuevo orden de cosas; pero sin pretender ni aceptar en las funciones de dirección de política y de gobierno, —que lógicamente y en justicia corresponden a los que fueron partidarios de la independencia,— otra participación que la que pudiere imponerles, en determinadas circunstancias, la opinión general del pueblo cubano, si espontánea y claramente reclamare su concurso.»

Tomado de: Eliseo Giberga; **Obras,** t. 3; «Rambla y Bouza», La Habana, 1931; pp. 746.

ANEXO 5

LOS HACENDADOS

Circular dirigida el 3 de febrero de 1899, a los propietarios, colonos y agricultores de la Isla.

El orden de cosas creado al cesar la soberanía de España en esta Isla y ser reemplazada por la intervención de los Estados Unidos, cualquiera que sea el régimen que en definitiva se establezca y cualquiera que sea el destino que tengan los intereses

morales y políticos del país, abre, sin duda, inmensos horizontes al trabajo, a la actividad y al desenvolvimiento de los grandes intereses materiales que encierra en sus entrañas de oro y en sus principales industrias, este pedazo de tierra americana.

Redimida de los gravámenes que para nuestra hacienda pública representaban las enormes deudas que se nos habían impuesto; liberada de los absurdos presupuestos que agoviaban [**sic**] a nuestra producción; emancipada de una tutela dispendiosa que tenían por base la explotación administrativa en favor de la burocracia militar y civil metropolítica y por fundamento un régimen financiero que descansaba en la servidumbre económica del país; dueña y señora de los recursos naturales con que cuenta y de las riquezas que atesora, ya sea como estrella solitaria en medio del mar de las Antillas, en forma de Estado independiente, ya sea como astro unido a la constelación americana, en forma de Estado autónomo, dentro de la federación de la Gran República, es un hecho que Cuba puede proclamarse libre de las causas esenciales de sus desastres, las cuales fueron siempre en primer término, por imprevisión o torpeza de sus antiguos gobiernos, las trabas impuestas a su desarrollo y las dificultades por esto creadas en toda ocasión, con grande insensatez, a la actividad, a la iniciativa, al esfuerzo y a las aspiraciones justas y legítimas de su población, una de las más virtuosas, dóciles y trabajadoras que registra el mundo civilizado.

En estas ventajosas condiciones, dentro de las cuales no será difícil de hallar remuneración a la diligencia, fruto al trabajo, producto al esfuerzo y premio a la virtud, lo único que necesita el país es justicia para sus anhelos y respeto para sus derechos e intereses; y ambas cosas pueden fácilmente obtenerse de la nueva situación, cualquiera que ella sea, formando y dirigiendo la opinión, única soberana que en lo sucesivo ha de regirnos.

La misión que en esta empresa está señalada a los hacendados y agricultores de la Isla es de notoria importancia. Los dueños de la tierra y poseedores de la industria fundamental del país son los llamados a caracterizar el empeño con el prestigio que les dan las propiedades que representan, valuadas en miles de millones de pesos, y la autoridad que les prestan sus antecedentes, entre los cuales figuran, como honra de Cuba y prez de sus tradiciones, dos hechos gloriosos: la trasformación del trabajo esclavo en libre, operada sin convulsiones sociales y sin violencias al terminar la primera guerra separatista, y el sostenimiento de la población pobre de los campos durante la última revolución.

Esta empresa demanda la unión de que nace toda fuerza y la organización en que descansa todo poder, sin las cuales de poco o nada sirven los prestigios y la autoridad de las colectividades. A realizarlas para hacerlas sentir y valer como fuerza de opinión y como poder social en beneficio de sus asociados y de los intereses públicos, aspira el Círculo de Hacendados y Agricultores con la reconstitución que intenta y que llevará a cabo en el acto, si se le presta por los interesados el concurso que el empeño necesita.

La obra es importante y urge realizarla en seguida, porque estos son los momentos de condensar todas aquellas peticiones que con justicia, vienen haciéndose al nuevo Gobierno y que formuladas en concreto por nutrida representación de la riqueza territorial, agrícola e industrial, en organización poderosa, serán, sin duda, oídas, respetadas y atendidas: tales son las relativas a la reconstrucción material del país, a la reorganización de sus Municipios, a la formación del Presupuesto, al establecimiento del sistema rentístico y tributario y a las franquicias y exenciones que demanda con imperio el actual estado de la Isla; acerca de las cuales en su conjunto, en sus detalles y en su ejecución, ha de ser necesariamente tenida en cuenta por los Poderes Públicos, la opinión de los más interesados en la libertad, el reposo, el progreso y la ventura de esta tierra a la que se encuentran íntimamente unidos. Un modesto esfuerzo de todos bastará a dar cima a tan patriótico intento.

La Directiva ruega a todos los hacendados y agricultores de la Isla que se asocien al Círculo para este empeño, del cual han de recibir individual y colectivamente los múltiples beneficios que reportará la organización de esta institución en sus condiciones naturales y con la reforma necesaria de sus anteriores moldes.

Las bases necesarias de la reconstrucción serán:

Primera.— Instalación adecuada y conveniente del Círculo como centro general de Hacendados y Agricultores en la Habana y organización de sus delegaciones en toda la Isla con las funciones que determinen sus estatutos reformados.

Segunda.— Instalación de oficinas para consultas, reclamaciones y gestiones sobre problemas de agricultura e industria y acerca de cuestiones administrativas que confíen a la Corporación sus asociados.

Tercera.— Establecimiento de un periódico diario que respondiendo a las necesidades de la información y a los asuntos de interés general, sea al mismo tiempo órgano del Círculo para todo aquello que en particular y en general afecte a la clase en toda la Isla.

Si como es de esperarse, quiere usted adherirse a este pensamiento y concurrir a su realización, le rogamos que se sirva devolver firmado el adjunto impreso, señalando en él la cuota con que tenga a bien suscribirse en el caso de no estar ya inscripto como socio del Círculo; y siendo de advertir que la pensión mínima reglamentaria es de dos pesos, oro, mensuales.

Tomado de: Rafael Fernández de Castro; **Para la Historia de Cuba, Trabajos Políticos,** t. pp. 487-489.

BIBLIOGRAFIA NO CITADA

AGUIRRE SERGIO: **Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX**; Imp. Nacional, La Habana, 1962.

————**La desaparición del Ejército Libertador; Cuba Socialista,** no. 28, diciembre 1963, La Habana.

«BALIÑO: APUNTES HISTÓRICOS SOBRE SUS ACTIVIDADES REVOLUCIONARIAS»; Imp. C.T.C., La Habana, 1967.

CANTÓN JOSÉ, BARBEITO VLADIMIR, ACOSTA JOSÉ: **Los regímenes precapitalistas: Cuba**; Escuelas de Instrucción Revolucionaria del PCC, La Habana, 1966.

CARRERA JUSTIZ FRANCISCO: **Prefacio a la edición española de «El Gobierno Municipal», de Alfred R. Conkling;** «D. Appleton y Compañía», Nueva York, 1900.

CARRICARTE ARTURO R. DE: **Un documento desconocido de Martí (Comunicación oficial del Delegado del Partido Revolucionario Cubano, inédita hasta hoy, con una advertencia preliminar y notas); Boletín del Archivo Nacional,** t. XXXIX, nos. 1-6, enero-diciembre 1940, La Habana.

CASTAÑEDA ORLANDO: **Martí, los tabaqueros y la revolución de 1895**; Ministerio de Agricultura, La Habana, 1947.

CASTELLANOS G. GERARDO: **Historia en Santiago: reflejos de un congreso;** «Alfa», La Habana, 1946.

FERNÁNDEZ RETAMAR ROBERTO: **Martí en su (tercer) mundo; Cuba Socialista,** no. 41, enero 1965, La Habana.

———— **Notas sobre Martí, Lenin y la revolución anticolonial;** Casa de las Américas, no. 59, marzo-abril 1970, La Habana.

GARCÍA MARTÍ RAÚL: **Martí: biografía familiar**; [s/d, La Habana, 1938].

GAY-CALBÓ ENRIQUE: **De la guerra y de la paz, por Carlos T. Trujillo; Revista Bimestre Cubana,** y LIII, no. 1 enero-febrero 1944, La Habana.

———— **Martí americano; Revista Bimestre Cubana,** v LVIII, nos. 2-3, septiembre-diciembre 1946, La Habana.

GÓMEZ MÁXIMO: **Carta a F. María González («Martí juzgado por M. Gómez»)**, en: José Martí; **Hombres,** v VI; «Rambla y Bouza», La Habana, 1908.

GONZÁLEZ LANUZA JOSÉ A.: **Discursos y trabajos en la Cámara de Representantes, precedidos de su biografía;** República de Cuba, Cámara de Representantes, La Habana, 1921.

GUERRA SÁNCHEZ RAMIRO: **La industria azucarera de Cuba:** «Cultural, S. A.», La Habana, 1940.

HERNÁNDEZ EUSEBIO: **Maceo. Dos conferencias históricas;** Instituto del Libro, La Habana, 1968.

LE RIVEREND JULIO: **La república: dependencia y revolución;** Instituto del Libro, La Habana, 1969.

LENIN VLADIMIR ILICH: **El desarrollo del capitalismo en Rusia;** «Obras Completas», t. 3; Ed. Cartago, Bs. As., 1957.

———— **El imperialismo, fase superior del capitalismo;** «Obras completas», t. 22; Ed. Política, La Habana, 1963.

MADDEN RICHARD R.: **La Isla de Cuba. Sus recuerdos, progresos y perspectivas;** Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964.

MÁRQUEZ STERLING, M.: **Proceso histórico de la Enmienda Platt (1897-1934);** «El Siglo XX», La Habana, 1941.

MARX CARLOS Y ENGELS FEDERICO: **Acerca del Colonialismo;** Ed. Progreso, Moscú, s/f.

MERCADO ERNESTO: **Martí en casa de Mercado;** Universidad de La Habana, no. 159, enero-febrero 1963, La Habana.

MIRÓ ARGENTER JOSÉ: **Crónicas de la Guerra,** 3 t.; Ed. Huracán, La Habana, 1970.

MORALES Y MORALES VIDAL: **Iniciadores y primeros mártires de la revolución cubana,** t. 3; Colección de libros cubanos, v XXVI, «Cultural S.A.», La Habana, 1931.

NEARING SCOTT: **El imperio americano:** Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1961.

PAZOS ROQUE FELIPE DE: **Las ideas económicas de Martí;** «Vida y pensamiento de Martí», v II; Colección histórica cubana y americana, Municipio de La Habana, La Habana, 1942.

PÉREZ CABRERA JOSÉ MANUEL: **El cincuentenario del Partido Revolucionario Cubano;** Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1942.

PÉREZ DE LA RIVA JUAN: **Aspectos demográficos y su importancia en el proceso revolucionario del siglo XIX;** «Desde Yara hasta la Sierra»; Conferencias UPEC, La Habana, s/f.

PICHARDO HORTENSIA: **Martí y el problema agrario;** «Anuario Martiano no. 2»; Sala Martí, Biblioteca Nacional de Cuba, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1970.

QUESADA GONZALO DE: **Páginas escogidas;** Ed. Política, La Habana, 1968.

«REVALORIZACION DE LA HISTORIA DE CUBA POR LOS CONGRESOS NACIONALES DE HISTORIA»; Oficina del Historiador de la ciudad, La Habana, 1961.

REY SANTIAGO C.: **Recuerdos de la guerra: 1895-1898;** «P. Fernández y Cía», La Habana, 1931

ROA RAÚL: **Aventuras, venturas y desventuras de un mambí:** Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1970

RODRIGUEZ DEMORIZ. EMILIO: **Martí en Santo Domingo;** «Ucar García, S. A.», La Habana, 1953.

ROIG DE LEUCHSENRING EMILIO: **Tradición antimperialista de nuestra historia:** Cuadernos de historia habanera no. 75, Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1962.

———— **La República de Martí;** Oficina del Historiador de la Ciudad, La Habana, 1960.

———— **Martí, antimperialista;** Ministerio de Relaciones Exteriores, La Habana, 1961.

ROIG DE SAN MARTIN EMILIO: **Artículos publicados en el periódico «El Productor».** Introducción, compilación y notas por Aleida Plasencia del Departamento Colección Cubana; Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1967.

ROOSEVELT THEODORE: **El ideal americano;** Ed. Taberner, Barcelona, s/f.

SALAS Y QUIROGA JACINTO: **Viajes;** Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964.

SANTOVENIA EMETERIO S.: **Libro conmemorativo de la inauguración de la Plaza del Maine en La Habana;** Secretaría de Obras Públicas, La Habana, 1928.

TEJERA DIEGO VICENTE: **José Martí (Esbozo);** en: José Martí; **Hombres,** v VI; «Rambla y Bouza», La Habana, 1908.

TIRADO MODESTO A.: **Apuntes de un corresponsal; Revista Bimestre Cubana,** varios números, 1944-46, La Habana.

TORO CARLOS DEL: **Un agente especial del imperialismo norteamericano en Cuba; Casa de las Américas,** no. 59, marzo-abril 1970, La Habana.

UNITED STATES ARMY. HEADQUARTERS DIVISION OF CUBA: **Civil Orders 1899;** Havana, 1899.

VALDEZ ANTONIO J.: **Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana;** Comisión Nacional de la UNESCO, La Habana, 1964.

VALDÉS DOMÍNGUEZ FERMÍN: **Notas para el corresponsal del Journal de New York, Mr. Karl Decker;** en: «Un cuaderno histórico inédito de Valdés Domínguez», por Gonzalo de Quesada Miranda; **Boletín del Archivo Nacional,** t. XXXIX, nos. 1-6, enero-diciembre 1940, La Habana.

VARONA GUERRERO MIGUEL: **La guerra de independencia de Cuba,** v 3; Ed. Lex, La Habana, 1946.

VELA DAVID: **Martí en Guatemala:** Publicaciones de la Comisión nacional organizadora de los actos y ediciones del centenario y del monumento de Martí, La Habana, 1953.



PEDRO PABLO RODRIGUEZ

LA IDEA DE LIBERACION NACIONAL EN JOSE MARTI

INTRODUCCION

Jose Martí ha sido tema obligado para gran parte de los escritores cubanos: fijar un criterio en torno a su figura ha sido casi siempre una profesión de fe intelectual y, también, algo más.

Tanto en las ocasiones en que ha sido considerado un caso literario —la mayoría— como en las que se le ha visto como político, se ha hecho algo más que sentar cátedra de intelectual. Martí ha cobrado relevancia en nuestra historia cultural en la medida en que se ha explicitado su significado político por circunstancias y coyunturas decisivas de la vida nacional. Esta estrecha relación entre política y cultura ante su personalidad es lo que ha hecho de su estudio una definición necesaria sobre la realidad inmediata a los autores.

La bibliografía sobre Martí en los años inmediatamente posteriores a su muerte y en las tres primeras décadas de la república parece ser escasa y deficiente si la comparamos con el alud de publicaciones después de 1930. Algunas causas de este «desconocimiento» de Martí han sido aducidas: Martí fue un líder político de la emigración y murió antes de poder convertirse en un líder nacional; Martí fue un independentista más que hizo resurgir las cenizas del 68; Martí fue un hombre «bueno», más que un político, un moralista consumado. La seriedad de las respuestas va decayendo en la medida en que alargamos la lista, al tiempo que cada vez más se aleja la imagen de José Martí como **político,** sin que se le considere siquiera como **revolucionario,** quedando sólo la impresión de un separatista contra España más o menos destacado y de un escritor descollante.

Las causas reales del «desconocimiento» martiano obedecen a profundas razones históricas: el fracaso de la revolución del 95 por la ocupación militar norteamericana y el establecimiento de una república semicolonial atada al imperialismo norteamericano. En este marco general apareció una ideología dominante proimperialista que se fundamentó en los criterios del fatalismo geográfico y de la incapacidad de la población cubana para el gobierno propio. Así, la conciencia social no alcanzó ribetes de nacional sino en casos excepcionales, y la vida intelectual se redujo, ateniéndose a los cánones estéticos europeos, a los dictados literarios españoles más reaccionarios y a los intentos de asimilar las normas político-jurídicas estadounidenses al caduco cuerpo jurídico español. Viviendo en un

protectorado al borde de la anexión, la cultura fue poco creadora, siendo practicada por las figuras de la época colonial (antiguos autonomistas y separatistas, de corte liberal todos) y algunos elementos nuevos aparecidos en la república, casi todos dedicados a hacer política, los que constituían por tanto uno de los sustentos básicos de la sociedad semicolonial y dependiente establecida, y conformaban uno de los grupos más activos en el campo económico, que trataron de compartir los escasos márgenes de beneficio que dejaba el continuo proceso de penetración de los capitalistas norteamericanos.

Es evidente que en este contexto Martí no tenía lugar; había que mencionarlo porque su fuerza magnetizó a los emigrados y a sus seguidores del Partido revolucionario cubano, pero no se podía permitir que se le conociera tal cual fue. Los métodos empleados para ocultarlo fueron diversos: desde las explicaciones banales y descriptivas de políticos y profesores, expresadas en los términos señalados antes, hasta la escasa divulgación de sus textos [1]

Este, por supuesto, no fue un proceso seguido únicamente con Martí: las más importantes figuras muertas de la independencia, —Maceo, Gómez— también fueron silenciadas en sus visajes revolucionarios; los más honestos de los vivos fueron relegados y algunos hombres como Sanguily, Juan Gualberto Gómez y Enrique José Varona pudieron desempeñar una faena política y cultural en defensa de la nación, al precio de que esta acción fuera inorgánica e inscrita en las instituciones y partidos del semicoloniaje.[2] Así, la república mediatizada por la dependencia imperialista conjugaba todas sus artes para dar crédito a la situación existente —premeditada e inconcientemente, según los casos particulares—, para trastrocar el sentido del proceso revolucionario abierto a instancias de Martí

[1] Las primeras Obras completas no se empezaron a publicar hasta 1936 por la Editorial Trópico bajo la dirección de Gonzalo de Quesada y Miranda. Antes de éstas sólo existían una recopilación en 15 tomos de Gonzalo de Quesada y Aróstegui (Imprenta y Papelería Rambla y Bouza, La Habana, 1900-1919) y otra de Néstor Carbonell en 8 volúmenes (Imprenta de La Prensa, La Habana, 1918-1920). La primera biografía completa no fue publicada hasta 1924 (**José Martí. Estudio biográfico,** por Manuel Isidro Méndez).

[2] Caso notable en este desolador ambiente cultural fue la escuela pública, única institución de la sociedad cubana que cimentó los resortes de la nación. Destácase en particular la **Historia de Cuba** de Vidal Morales, texto por el que estudiaron varias generaciones republicanas de escolares y que presentó a los héroes y la epopeya de la independencia.

y presentarlo como el último y ya logrado acto de la separación política de España.

La agitación social de la década del 20 contempló el primer intento por aprehender al Martí revolucionario. Julio Antonio Mella, síntesis de la agitación estudiantil, obrera y nacional en general, esto es, primer revolucionario cubano del siglo XX, buscó armas en José Martí para conocer y trasformar la república plattista.

Esto es algo que no se puede pasar por alto en modo alguno, dado su significado político-ideológico e, inclusive, su trascendencia cultural. La reaparición de una conciencia nacional tras la crisis de 1920-21 se expresó en el inicio del movimiento estudiantil en 1923 (Congreso nacional de estudiantes, fundación de la FEU), la organización de los obreros (Federación obrera de La Habana, congresos nacionales y Confederación nacional obrera de Cuba) y la fundación de un partido político revolucionario y clasista (Partido comunista), y condujo, al tiempo que trataba de hallar valores en la historia anterior, al encuentro con el pensamiento de Martí. Mella sentó un punto de partida para la cultura nacional —estudio y asimilación de Martí— que fue uno de los caminos seguidos, con mayor o menor fortuna —y con diversos intereses—, por los opositores a la tiranía de Machado. Estos —a los que se pudiera llamar, sin mayores pretensiones por el momento, generación del 30— cambiaron de tal modo el ambiente cultural que cabe hablar de una etapa distinta tras el proceso revolucionario. Las figuras y el aroma cultural de la primera república desaparecen; hombres nuevos comienzan a echar las bases de la cultura nacional y, en consecuencia, los estudios sobre Martí proliferan.

El primer resultado de la revolución frustrada fue **Martí, el apóstol,**[3] de Jorge Mañach, que es posiblemente el mejor ejemplo del carácter también frustrado de la cultura de la época: se reconoce en una obra de peso la dimensión política de Martí, pero no se le asimila como un ideólogo revolucionario. Se opera un curioso proceso en estos años en el que el movimiento revolucionario no cuajó en un éxito y no pudo transformar las estructuras sociales, pero las obligó a una readaptación con elementos impuestos por el mismo. El problema nacional planteado por los revolucionarios tiñó todo el tiempo de 1935 en adelante y asistimos así al original caso de

[3] Publicada en 1933, es quizás la mejor biografía escrita de Martí, y la más conocida.

una intelectualidad que representó los intereses de una inexistente burguesía nacional. La investigación histórica, hegemonizada por la obra de Ramiro Guerra,[4] estudió las raíces de la nación en el siglo XIX, ubicando a Martí como una personalidad decisiva de la misma. Sin embargo, esto arrojaba un Martí de derecha, no revolucionario: se le entendía como opuesto a los Estados Unidos, pero no se definía cómo y por qué fue antimperialista. Y es ésta la piedra de toque: se puede llegar a tener cualquier visión «progresista» de Martí y dejarlo, ciertamente, desprovisto de su personalidad como ideólogo revolucionario si no se le entiende desde los parámetros de una opinión revolucionaria. Y es por eso que al inicio hablaba de que escribir sobre Martí era algo más que reconocerse como intelectual: es asumir una posición ante la problemática nacional.

El estudio de la personalidad de Martí ha sido una vía de definición ideológica en nuestro país; es quizás uno de los aspectos más notables del peso histórico de este hombre. Los años 40 y 50 manifestaron corrientes variadas de opinión sobre Martí: desde un materialista dialéctico,[5] hasta un cristiano.[6] Los intelectuales cubanos asumieron la labor de conocer y divulgar a Martí; se le publicó en repetidas ocasiones, se le biografió a menudo, se le citó con más frecuencia. La cultura nacional reconoció así a uno de sus pilares, pero al precio de mistificarlo, mistificándose a sí misma de paso. La semicolonia se transformó en la neocolonia, los mecanismos de dominación imperialista se hicieron más sutiles y, en consecuencia, la cultura se abrió y se expandió aprovechando esta modernización de los vínculos de dependencia. Así, cobró cuerpo la investigación histórica y en medida menor la económica; la literatura y el arte se pusieron al día con el resto del mundo y se llegó

[4] La vida de este hombre es ejemplo singular de lo dicho. Publicó **Azúcar y población en las Antillas** en 1927, vigorosa denuncia del latifundismo y el monocultivo, y se mantuvo hasta su caída como uno de los artífices intelectuales del machado. Su labor fundamentó las posiciones para un capitalismo nacional, no dependiente. Jamás fue revolucionario o marxista y, sin embargo, nos ha dejado la más lúcida obra de conjunto sobre el subdesarrollado capitalismo cubano, la que contribuyó, indudablemente, al fortalecimiento de la conciencia nacional.

[5] Martínez Bello, Antonio, **Ideas sociales y económicas de José Martí**, La Verónica, /La Habana, 1940/, llega a considerar a Martí un materialista dialéctico.

[6] Esta concepción domina toda la fecunda obra de investigación literaria sobre Martí de Cintio Vitier y Fina García Marruz, quienes han llegado a ser además, sin lugar a dudas, los más profundos conocedores y los más activos divulgadores de su vida y obra en nuestros días.

a estatuir el más avanzado cuerpo jurídico de Latinoamérica con la Constitución del 40.

Es innegable que lo anterior supera a las tres primeras décadas de la república; hablo de una mistificación porque todo esto se logra sacrificando una revolución contra el capitalismo y el imperialismo e impidiendo, entonces, que el pensamiento y la creación cobraran un sentido social activo. El combate ideológico entre izquierdas y derechas no aniquila a ninguna porque las primeras se entusiasman con la modernización del país que las segundas van aceptando cada vez de mejor grado. Para las izquierdas, la cultura ha de ser popular (quizás fuera mejor decir populista); en lo que a Martí se refiere tratan de entenderlo como un hombre con preocupaciones sociales y políticas, acuñando el término de demócrata-revolucionario para definirlo. Las derechas insisten más en el poeta, en el escritor, aunque no dejan escapar al Martí independentista. En general, se hace de Martí un problema intelectual y hasta libresco; el conocimiento de su figura y su pensamiento no preside ni apoya la actuación cotidiana. Por ello, hay coincidencias en situarle como el mayor de la **independencia,** pero nadie habla de su relación con la **liberación nacional,** a pesar de lo cual no se pueden dejar de considerar como aportes algunos de los estudios de esta época. Creo, inclusive, que hoy sólo queda partir de ellos; la propia crítica de los mismos es un punto de partida, el inevitable saldo de cuentas.

Urge entender especialmente el significado cultural y político de la obra historiográfica de Emilio Roig de Leuchsenring. Su enjundioso trabajo se centró en la divulgación sin descanso del antimperialismo y el republicanismo martianos, ajenos a toda la historia de la república desde 1902, permitiendo así que la obra política de Martí se convirtiera en un legado revolucionario para los años 50.

El movimiento revolucionario cubano surgió desde el Moncada bajo la advocación del espíritu martiano, cuando su núcleo de combatientes iniciales se autodenominó «generación del centenario»,[7] y cuando Fidel Castro —en **La Historia me Absolverá**— estableció repetidas veces el carácter formador de Martí para ellos, al ser su pensamiento el inicio obligado para la crítica de los males sociales de

[7] Raúl Gómez García habla de la «juventud del centenario» en el Manifiesto del Moncada en julio de 1953. (El texto completo aparece en Pensamiento Crítico, No. 18-19 y en **Raúl Gómez García, el poeta de la generación del centenario,** Instituto del Libro, La Habana, 1968.).

la república. Puede resultar un lugar común el establecer esta relación, pero se hace necesario recordarla una y otra vez, pues este es el caso de una revolución en el poder que se declara marxista-leninista y que a la vez se reconoce fundamentada en un pensador del siglo XIX que no fue marxista. Este reconocimiento no se trata de una graciosa reverencia a una figura histórica simpática o de relieves contemporáneos en algunos aspectos, pues cuando Haydée Santamaría dice: «Allí fuimos (al Moncada) siendo martianos. Hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos, porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros.» Y «¡Con profundas raíces martianas, hoy consideramos y creemos que somos marxistas!»,[8] está dando un lugar a José Martí en la construcción de una sociedad diferente. Y esto puede suceder así porque es el propio Martí quien se gana este lugar.

El propósito de este artículo es demostrar por qué ocurre lo anterior, por qué hay, incluso, la **necesidad de entender** así a Martí dadas su significación ideológica para la revolución cubana y —cosa poco señalada desde esta perspectiva— los propios fines de su actividad revolucionaria. Ello sucede porque el pensamiento político martiano conforma una ideología de liberación nacional que va más allá de los propósitos y esquemas de la Guerra de los 10 años, y que **establece las bases para una sociedad fuera de las estructuras coloniales.** En el plano del pensamiento, se llega a esta comprensión tan avanzada para su tiempo cubano y americano, porque progresiva y sutilmente Martí fue abandonando los presupuestos de la corriente liberal. Así, la ruptura con determinadas normas permite llegar a un campo de problemas nuevos que exige, en consecuencia, respuestas también nuevas.

Para finalizar, paso a expresar algunas consideraciones generales.

En el curso del artículo se presentarán sintéticamente las ideas políticas de Martí, tratando de hallar una coherencia, buscando la relación entre las mismas, sin agruparlas bajo diversos temas generales de arbitrario engarce como casi siempre nos ha sido mostrado. Así, no se hace biografía ni cronología de Martí; se estudian conceptos, juicios, tesis, de acuerdo al lugar que ocupan en su pensamiento político. Por esto, no se avalan los criterios del autor con largas citas del propio Martí, cosa frecuente cuando se escribe

[8] Santamaría, Haydée. **Haydée habla del Moncada,** Ediciones políticas, Instituto del Libro, 1967.

sobre el Maestro.[9] Si bien es un hecho cierto que esto ha contribuido a divulgar su pensamiento, en este caso no se trata para nada de conocer textos martianos, como ya se ha dicho antes.

En consecuencia, con esta metodología, se distinguirán momentos en el pensamiento de Martí, centrándose el trabajo sobre todo en los años 90, donde sus ideas alcanzan a ordenarse como un cuerpo orgánico.

Las líneas a continuación no son más que el inicio de un largo trabajo de investigación en torno al pensamiento y la acción martiana. En el punto III se exponen algunas consideraciones sobre las ideas económicas de Martí que no deben entenderse como conclusiones rigurosamente establecidas, sino como hipótesis y líneas metodológicas de investigación.

I

Si bien José Martí no fue un teórico, es incuestionable que su pensamiento político parte de determinados presupuestos teóricos. Es hora ya de emprender por aquí la búsqueda de un hilo conductor de las ideas políticas del Maestro, pues con demasiada frecuencia se han fundamentado éstas en criterios morales o filosóficos. No es desdeñable la importancia de estos temas para un estudio a fondo de la personalidad de Martí y de su pensamiento, pero me parece convincente comenzar por inquirir en el propio orden de cosas que trato: el pensamiento político. Conectar los supuestos teóricos con las ideas políticas a que dan lugar, permite una mejor evaluación a posteriori de las relaciones entre este tipo de concepciones y los criterios morales o filosóficos.

Un problema se plantea de inicio: ¿cuál es el pensamiento político de Martí? o al menos, ¿en qué aspectos o puntos se pudiera caracterizar? Las respuestas que se han dado comportan una considerable cantidad de opiniones contrapuestas y sólo son coincidentes en un aspecto, que de tan general es poco explícito: Martí fue inde-

[9] Llamo así a Martí por una razón especial que no se fundamenta en ninguna de las empleadas por la literatura tradicional, empeñada en servirse de esos términos (Apóstol, Santo de América, etc.), como una manera más de mistificar su figura. La emigración cubana de La Florida base política fundamental del PRC, llamó Maestro a Martí desde su viaje a Cayo Hueso en 1891. El reconocimiento que lleva implícito esa denominación merece ser tomado en cuenta.

pendentista, pretendió la separación política de Cuba de España. Poco explícito porque el término independentismo se refiere a un asunto político demasiado genérico y, a la vez, con demasiada carga histórica para nuestro país.

La historiografía cubana sobre el siglo XIX ha fundamentado extensamente la existencia de una corriente ideológica independentista a lo largo de esta centuria, que culminó en 1868 con el inicio de la Guerra de los 10 años. El afán separatista en la instancia política era autocontentivo, se agotaba en sí mismo, pues la tesis fundamental y única de este sector del pensamiento en la colonia era lograr la independencia de Cuba de la metrópoli española.

Si admitimos entonces que José Martí fue un independentista, lo estamos asimilando a esta corriente ideológica del siglo XIX y por más que nos esforcemos lo más que lograremos será consignarlo como un brillante exponente de la misma. Pero se ha repetido bastante también que Martí fue «un hombre excepcional», «un genio que se adelantó a su época», porque superó a sus antecesores —los que hicieron la guerra de 1868 a 1878— y a sus coetános en la manera de pensar la guerra para la independencia y la futura república a organizar. Sin embargo, con esta explicación se adelanta bien poco. La guerra y la república fueron temas pensados por el independentismo desde la contienda del 68, al extremo de llegar a producir una «República en armas» con su Constitución, sus organismos de gobierno, un Ejército y sus demarcaciones militares, etc. De lo que se trata es de conocer por qué Martí fue excepcional o genial para su época, lo cual no se sustancia entonces con una simple formulación.

Pero volviendo a lo que nos interesa, es justo consignar que desde el mismo siglo XIX, los propios hombres del 68 trataron de explicar la no consecución de los fines bélicos por inefectividades ideológicas del independentismo como el regionalismo y el caúdillismo que enfrentaron a las fuerzas insurrectas cubanas.[10]

Pero tanto ellos como los historiadores de este siglo no han logrado explicar por qué el independentismo no logró cohesionar las filas cubanas a la altura requerida y casi siempre, como en el ejemplo

[10] Enrique Collazo en **Desde Yara hasta el Zanjón** (1893) y Fernando Figueredo en **La revolución de Yara** (publicado en 1902, pero elaborado entre 1882 y 1885), insisten en atribuir a las diferencias entre los cubanos las causas que impidieron alcanzar el triunfo y que llevaron al Zanjón en 1878.

citado antes, se confunden las consecuencias con las causas. Para esclarecer el problema que nos ocupa —determinar el vínculo de Martí con el independentismo—, esta vía tampoco ha explicado suficientemente la «superación» martiana de sus antecesores. Esta ha sido planteada como una cuestión de cantidad: «Martí pensó más sobre la república», «Martí organizó el Partido revolucionario cubano y unió a los dispersos independentistas en un sólo mando», o «Martí fue el representante de los intereses populares de la nación a diferencia de los hacendados iniciadores del 68». Todos estos argumentos, más o menos discutibles, nos dan la «superación» en tanto Martí fue como político más hábil que los demás independentistas, porque no alcanzan a explicar su pensamiento político como algo suficiente en sí mismo, que se deslinda del 68 a partir de un proyecto revolucionario.

El asunto no consiste entonces en señalar las ausencias del independentismo hasta Martí e ir anotando como éste las descubrió y las fue rellenando. Se trata de considerar cuáles son los problemas centrales de reflexión en uno y otro caso y cuáles caminos se escogieron para resolverlos.

A estas alturas podría plantearse una pregunta maliciosa: ¿entonces Martí no fue un independentista? Y es precisamente esa pregunta la que cuestiono. No es del caso preguntarse si el Maestro fue o no independentista, pues así ya estamos inmersos en el marco del que intentamos salir.

No cabe duda alguna de que toda la obra martiana pretendía que Cuba se convirtiera en una nación soberana e independiente, pero éste no era el solo propósito. Por eso consideraba como una generalidad de escaso valor llamar a Martí independentista, ya que él se propuso mucho más; la independencia era el paso inicial y quizás no el más significativo a largo plazo. Y es en este «mucho más» donde radica la «superación», «el irse más allá», o con más propiedad, el campo de problemas nuevos diferente al del 68 que implicábamos al principio.

Las afirmaciones hechas hasta el momento conllevan el aserto de que las ideas políticas martianas tuvieron una coherencia y un orden de tal alcance que llegaron a constituirse como un pensamiento orgánico. Sin embargo, hay elementos que podrían llevar a estimar lo contrario, como es, sobre todo, el hecho de que Martí nunca escribió una obra donde presentara sistemáticamente sus ideas, y haya que

buscar éstas a todo lo largo y ancho de una enorme cantidad de artículos periodísticos, folletos políticos, cartas y discursos. Esto no ha sido obstáculo suficiente para arredrar a la mayor parte de los estudiosos del Maestro, quienes se han valido una y otra vez de esos medios para presentar su pensamiento, sin establecer mayores distinciones de fines inmediatos o momentos en cada caso.

Aunque algunos autores como Emilio Roig de Leuchsenring a lo largo de toda su obra, se han ocupado de estudiar el pensamiento martiano a la par de su vida, no es común encontrar una rigurosa decantación de épocas o momentos en el mismo, lo que conduce, junto con el obvio carácter circunstancial de gran parte de la obra martiana, a encontrarnos con contradicciones flagrantes e incongruencias notables en muchos casos. Algunos, como Leonardo Griñán Peralta,[11] que han cobrado conciencia de tales inconsecuencias, las han fundementado, bien en circunstancias históricas, bien en la posición social de Martí, bien en ambas cosas a la vez. Sin embargo, con esto no se logra dar una visión coherente de las ideas del Maestro: las contradicciones y las incongruencias siguen en pie, dando lugar a pensar entonces en un eclecticismo político en Martí. Esta frase posiblemente no agradaría a casi nadie: todos los autores tratarían de impedir que de sus palabras se llegase a tal conclusión.

No es mi deseo, por lo mismo que nadie la aceptaría, discutir la tesis del eclecticismo en Martí. Lo que quiero es recalcar que cuando se manejan párrafos de Martí —aun con la intención de presentar un pensamiento revolucionario congruente— que hablan lo mismo de su partidarismo por los humildes o clases explotadas, que acerca de una república a fundar sobre la unión de todos los cubanos y de todos sus intereses; o que cuando se explican sus ideas republicanas lo mismo como ultrademocráticas y populistas que asimilándolas a las de los independentistas y pensadores latinoamericanos del siglo XIX, no se deja preciso el sentido del pensamiento político del Maestro.

En el primer ejemplo se manifiesta una contradicción que puede sustentarse lo mismo en textos martianos de diferentes épocas como en algunos coetáneos entre sí; el segundo plantea, sobre todo, una diferencia sutil de interpretaciones: todo estriba en el alcance que se le quiera dar a las ideas del Maestro, aunque a veces sus propias

11 **Martí, líder político,** Editorial de ciencias sociales, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970.



palabras pueden dar posibilidades para cualesquiera de las dos posiciones. Tanto uno como otro ejemplo alertan contra las palabras de Martí: no se le puede tomar al pie de la letra; es necesario elucidar cuidadosamente lo que quiso decir en cada caso y en qué contexto general fueron escritas.

Por todo lo anterior, se hace imprescindible efectuar una distinción por etapas del pensamiento martiano. Este paso inicial para un análisis de contenido de profundas miras de la obra del Maestro, puede ayudar a la labor de echar por tierra las confusas interpretaciones de la misma. Para esta periodización, tomo como índice principal los presupuestos teóricos martianos y las ideas derivadas de los mismos que fundamenten los criterios políticos generales, teniendo en cuenta siempre su actividad política y sus posturas ideológicas para explicar mutaciones y cambios en aquéllos. Sólo así puede cobrar sentido este pensamiento, pues las contradicciones e incongruencias se explican según distintas épocas, circunstancias o propósitos.
Propongo tres etapas en esta periodización:

1. de 1871 a 1884,
2. de 1884 a 1889,
3. de 1890 a 1895.

Dejo fuera por el momento los años previos a 1871, que se pueden caracterizar como los años del acercamiento a la ideología independentista, porque no dispongo del suficiente conocimiento de las ideas de Matrí en ese tiempo para poder fijar realmente todo su alcance; razón por la que me remito a los criterios comúnmente establecidos: el adolescente Martí, a través de Mendive, combatió por el ideal independentista participando junto con Valdés Domínguez en el subterráneo e incoherente movimiento antiespañol de la juventud habanera.[12]

Comienzo en 1871 porque es cuando hay exposiciones claras y terminantes en Martí compartiendo las ideas independentistas que sustentaban la guerra en curso y porque se llegan a manifestar, inclusive, posiciones originales de alto valor para su evolución posterior.

El primer período se inicia con **El presidio político en Cuba** (1871) y **La república española ante la revolución cubana** (1873), ambos trabajos escritos y publicados en España, a donde había sido deportado.

12 Cualquier biografía relata con mayor o menor minuciosidad estas actividades.

Interesa, de manera especial, el segundo trabajo. En él se hace la primera crítica al liberalismo político. «Hoy que la virtud es sólo el cumplimiento del deber, no ya su exageración heroica, no consienta su mengua la República, sepa cimentar sobre justicia sabia y generosa su Gobierno, no rija a un pueblo contra su voluntad —ella que hace emanar de la voluntad del pueblo todos los poderes, —**no luche contra sí misma,** no se infame, no tema, no se plegue a exigencias de soberbia ridícula, ni de orgullo exagerado, ni de disfrazadas ambiciones; **reconozca, puesto que el derecho, y la necesidad, y las Repúblicas, y la alteza de las ideas republicanas lo reconocen, la independencia de Cuba;** firme así su dominación sobre ésta que, no siendo más que la consecuencia legítima de sus principios, el cumplimiento estricto de la justicia será, sin embargo, la más inmarcesible de las glorias». Y «. . .**La República no puede usar del derecho de la fuerza para oprimir a la República**». «No se infame la República española, no detenga su ideal triunfante, no asesine a sus hermanos, no vierta la sangre de sus hijos sobre sus otros hijos, no se oponga a la independencia de Cuba. Que la República de España sería entonces República de sinrazón y de ignominia, y el Gobierno de la libertad sería esta vez gobierno liberticida».[13]

Estas proposiciones vinculan la república española con la metrópoli española, reconocen las relaciones políticas entre el ideal republicano y el colonialismo; cómo aquél se distorsiona al tener que moverse en los marcos de éste. Esta es una manera más de dominación —muy eficaz por su sutileza— que han empleado siempre los países colonialistas. El colonialismo español utilizó eficazmente la represión política y el miedo al negro como recursos para mantener su explotación sobre Cuba. El republicanismo fue la última promesa colonial hecha a los cubanos cuando éstos ya se lanzaron a la lucha armada y a la desmistificación del «peligro negro». Al efecto, vale la pena recordar las esperanzas que pusieron siempre los hombres de más avanzadas ideas de la colonia —adscriptos a los principios liberales— en el partido republicano español, inclusive ya en el curso de la Guerra de los 10 años, cuando Martí publicó este folleto. Es ésta, pues, la razón para darle un alto significado en el pensamiento del joven deportado.

[13] Martí, José. Obras completas, Editorial nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 1, pp. 96, 97 y 98. (El subrayado es mío). En adelante se citará O. C., tomo y página.

No he querido decir antes que Martí abandonara ya en 1873 posiciones del liberalismo político, sino que el **conocimiento** de la relación entre republicanismo y colonialismo lo sitúa en una postura que **cuestiona** el ideal liberal. En el fondo del texto subyace la posibilidad de la materialización de ambas repúblicas pero, de todas formas, el alcance de esta posición para la política independentista es inobjetable: no se vela la lucha por la indepencia con el espejismo de una España liberal que accedería de buenas ganas a ella.

Los años que corren entre 1871 y 1884 son los de formación intelectual básica. Martí estudia en España y conoce las ideas políticas y científicas que se mueven en Europa, vive y produce en América Latina (México, Guatemala y Venezuela) y se radica en New York, donde participa activamente en los preparativos de la fracasada Guerra chiquita dirigida por Calixto García. En general, en esta etapa Martí adquiere su formación intelectual (en cuanto a horizontes culturales y expresión literaria), vive, dirigido por los hombres del 68, los problemas de la guerra contra España (carácter, dirección y modos de hacer la guerra) y asimila una enorme masa de información sobre las repúblicas ya constituidas en Latinoamérica (conoce en su propio terreno el caudillismo y la anarquía política, el problema del indio, las economías agrícolas y monoproductoras).

1884 es un año notable en su vida. Martí polemiza con Máximo Gómez y Antonio Maceo sobre la manera de hacer la guerra cubana. Los conceptos vertidos en la carta a Máximo Gómez del 20 de octubre de ese año[14] son la expresión de una concepción sobre el problema colonial cubano muy distinta a la que mantenían las dos figuras más destacadas de la Guerra de los 10 años. Se abrió aquí la posibilidad teórica para llegar a concebir el partido como organizador de la guerra, al cobrar Martí conciencia de sus diferencias con el 68, expresándose éstas alrededor de la dirección de la guerra por la independencia.[15] No se puede desconocer, pues, el valor de esta coyuntura en que se expresa una ruptura, aunque no se sustituya por el momento la tesis de Máximo Gómez con una contraposición fundamentada; las reflexiones de aquí en adelante se encaminarán a lograrla.

[14] O.C., t. 1, pp. /177/-180.

[15] El significado de esta carta de 1884 para la polémica y para Martí será objeto de estudio más profundo en el punto 11, del presente texto.

Por eso es que hay que seguir con suma atención el tiempo que media entre 1884 y 1889. El exiliado en New York, el cónsul de Uruguay y Argentina, el cronista de **La Nación,** parece alejado, para todos, de los asuntos cubanos. Mañach[16] apunta hacia las incidencias familiares como causa del retraimiento político. Yo diría que es más bien el retraimiento el que permite a la familia gozar de la atención de Martí; pero tanto aquello como esto ocultan un complicado proceso de análisis y rechazo de viejos esquemas y de elaboración de otros nuevos.

Así, entre 1884 y 1889 ocurre la maduración intelectual y política de Martí: es una etapa de transición de su pensamiento y de redefiniciones de su personalidad. Su mente hurga en dos direcciones: Cuba y Estados Unidos. El estudio y la asimilación de los problemas del segundo —país en plena expansión industrial, con el sistema político calificado como el más democrático de esa época— valen para pensar los problemas actuales (la independencia) y futuros (la república) de la primera. La masa de conocimientos y experiencias adquiridas en el periplo latinoamericano se va decantando y organizando en la aparentemente tranquila segunda mitad de la década de los 80.

Martí mueve su pensamiento en esos años en dos niveles: el universal y el nacional. La observación y el análisis profundo de los Estados Unidos y del mundo capitalista desarrollado le permitieron distinguir el «problema social» de su tiempo e informarse de las teorías sociales e ideologías políticas en boga; no para dedicarse con este bagaje a resolver los problemas planteados allá, sino para llegar a una concepción más acabada del «problema nacional». Los resultados los mostraría con la dinámica campaña en que se adentra desde el 10 de octubre de 1891 con el discurso en el club «Los independientes»: la actuación política responde así a las interrogantes de los 80.

Los años 90 constituyen la última etapa, interrumpida por la muerte, sin poder darla a conocer apenas. Se destaca el dirigente, el político hábil que va dando la fundamentación de sus ideas políticas, presidido por esa función de líder; por ello no se dice todo y la mayor parte de su pensamiento queda implícito. La acción no permite que emerja el teórico, el escrito periodístico en **Patria** impide un tratado de política.

[16] Mañach, Jorge, **op. cit.,** cap. XXI.

Las reseñas de la Conferencia de Washington (1890)[17] para «**La Nación** de Buenos Aires fueron el aviso público del peligro que significaban los Estados Unidos para América Latina y por ende para Cuba.

Nuestra América» [18] (enero de 1891) es el saldo de cuentas con los liberales del continente. En apenas ocho páginas para un periódico se señalan certeramente las causas del fracaso de la democracia liberal en América Latina.

La prolífica creación de 1889 culmina con el discurso pronunciado el 19 de diciembre de ese año en la Sociedad literaria hispanoamericana[19] donde recomienza la actividad política pública, incitando a la unidad latinoamericana.

El pensamiento, aunque manifestado a retazos, de forma incompleta, se revela como un cuerpo elaborado. Partido, guerra por la independencia, detenimiento de la expansión norteamericana, república nueva «con todos y para el bien de todos», unión latinoamericana, son los conceptos y elementos que integrán una opinión política coherente en sus fines y medios. Estamos pues, en presencia de un pensamiento revolucionario preciso y orgánico. Es aquí, en este momento, donde tomaremos a Martí para este estudio.

II

A. El partido revolucionario cubano como organizador de la guerra de independencia.

La teoría política de Martí debe ser explicada a partir del concepto de partido, pues el análisis de las relaciones coloniales de Cuba y la manera de resolverlas parten del mismo. De este concepto llave se desgaja toda la teoría política que explica la guerra de independencia y sus causas necesarias, la constitución de la república como un corolario inmediato de aquélla y el nuevo sentido de ésta en el contexto latinoamericano.

[17] O.C., t. 6, pp. /33/-119.

[18] O.C., t. 6, pp. /15/-23.

[9] O.C., t. 6, pp. /133/-143.

Es harto conocida la polémica que durante toda la Guerra de los 10 años enfrentó a la mayoría de los generales del Ejército libertador, por un lado, y a los representantes a la Cámara, por otro, y cuyos efectos fueron tan nefastos que todos los historiadores coinciden en señalarla como una de las causas fundamentales del fracaso del esfuerzo bélico cubano. Con distintas palabras según los momentos y los individuos, la polémica se centró en dos posiciones: o la guerra la dirigían los civiles (la Cámara) con todo el aparato jurídico de la República en armas o los militares encabezaban la dirección del movimiento. Entre estos dos polos giraban los criterios, aunque nos veamos obligados a reconocer que los más lúcidos fueron aquéllos que pretendieron lograr una libertad de acción para los generales con la que pudieran establecer la estrategia y tácticas de la guerra. Sin embargo, esta lucidez de algunos —reconocer la capacidad de los jefes militares para dirigir lo que les competía— no significa para nada que entendieran el problema de manera muy diferente a los otros. El asunto se veía bajo las mismas ópticas en ambos casos: todo se reducía a un problema de hombres. De ahí, entre otras cosas, la inoperancia de unos y otros ante las manifestaciones de caudillismo y de regionalismo tan frecuentes y debilitadoras de la causa independentista, sobre todo después de 1874.

De tal peso fueron estas discrepancias que las posiciones críticas de los independentistas, asumidas después del Pacto del Zanjón, se movieron en torno a estos dos puntos de vista, aunque el que más adeptos contó en la emigración fue el que cargó las causas de las disensiones mambisas y del fracaso armado a la política de la Cámara de representantes, encaminada siempre a coartar la libertad de acción de los jefes del Ejército.

Lo realmente notable en José Martí es que éste no se ubica en ninguna de estas dos posiciones; para él la guerra se organiza y se dirige por un partido político. El problema del 68 ha sido superado. ya no se trata de civiles o de militares; ahora hay que unir y fundar clubes, elegir un Delegado, recaudar fondos, organizar el Ejército. El partido es quien realiza todo lo anterior, pues a través de él se efectúa la participación política de los cubanos independentistas contra la metrópoli española. Es claro que esta idea de un partido organizando la guerra significa, de hecho, una manera también radicalmente distinta de comprender la propia guerra (sus participantes, su organización, la estrategia militar, los objetivos mediatos e inmediatos del conflicto).

El abandono por Martí en 1884 de la colaboración con el proyecto conspirativo organizado por Máximo Gómez y Antonio Maceo nos ofrece la oportunidad de conocer cómo se da esa superación del problema planteado arriba. En la ya mencionada carta a Gómez, fechada en New York el 20 de octubre de 1884, Martí sienta su posición ante el criterio de los militares —representados en este caso por el Generalísimo y por Maceo—, negándose a secundar el movimiento, para no ser «los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él...» [20]

Esto es, la guerra no puede dar lugar a los caudillos, a los representantes de intereses personales o de algunos grupos que se adueñen de los pueblos, como bien conocía Martí que había ocurrido en el siglo XIX latinoamericano, ni a sus versiones regionales como en los diez años de la guerra cubana, donde éste fue uno de los factores fundamentales que impidió el triunfo insurrecto. Lo que da mayor interés a esta carta no es precisamente el emitir esta opinión —por demás, expresada por esa época en algunos trabajos martianos sobre distintos países latinoamericanos—, sino el que no se recurre a la contraria (los civiles, con su aparato jurídico apropiado, han de dirigir la guerra por la independencia para que ésta no degenere en el caudillismo). En todo momento se abandonan estas posturas, aunque no se ofrezca en ese instante una opción nueva que dé respuesta al problema de la dirección revolucionaria. Martí se declara dispuesto a colaborar en una guerra «emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse...», [21] que son las mismas razones esgrimidas posteriormente en las Bases del Partido revolucionario cubano en 1892 para explicar la existencia del mismo, y en el Manifiesto de Montecristi en 1895 para justificar la nueva guerra iniciada por el Partido.

Así pues, en 1884 se plantea el problema de quién o quiénes han de dirigir la guerra, y en 1891 se da la respuesta positiva y práctica: el partido. Los trece años pasados desde el Zanjón indican que ya no se trata de señalar defectos a los hombres del 68; es tiempo ahora de sentar el partido político como institución organizada

[20] O.C., t. 1, p. 178.

[21] O.C., t. 1, p. 179.

para la guerra, dentro de la cual esos hombres del 68 (civiles o militares) cumplirán un papel. Una nueva manera de hacer política impone así Martí desde 1892; ya no es la acción de hombres dispersos que se mancomunan en una práctica política: un partido con sus células de base —clubes— agrupa y unifica a todos los que participan del ideal independentista.

«Los partidos políticos que han de durar; los partidos que arrancan de la conciencia pública; los partidos que vienen a ser el molde visible del alma de un pueblo, y su brazo y su voz; los partidos que no tienen por objeto el beneficio de un hombre interesado, o de un grupo de hombres, —no se han de organizar con la prisa indigna y artificiosa del interés personal, sino, como se organiza el Partido Revolucionario cubano, con el desahogo y espontaneidad de la opinión libre.»[22] He aquí sintetizado, en sus propias palabras, el criterio de Martí sobre el partido. Como se ve, al salirse de los límites del 68 en la forma de entender la dirección de la guerra e imponer una nueva solución, Martí se deshace de otros asuntos derivados como el caudillismo y el regionalismo. El partido no es para un hombre o para un grupo de hombres; es para promover, institucional y organizadamente, la participación política de todos los cubanos que comparten el ideal independentista. En él se une la nación; no caben diferencias de ningún tipo, mucho menos las del color de la piel. Esta escuela de educación política para la conciencia nacional que era el partido para Martí, representaba, además, la puesta al día de Cuba en lo que a las formas de hacer política se refiere. Si se puede considerar al Ejército mambí del 68 como el partido político de la independencia, lo cierto es que esta corriente ideológica no pudo organizarse políticamente en una forma coherente, hasta José Martí, utilizando los métodos desarrollados que la evolución de Cuba y su relación con el mundo capitalista hacían posible y necesarios. Fue el partido liberal autonomista, después del Zanjón, el que organizó importantes sectores de la población cubana bajo lemas políticos, aprovechando los márgenes de legalidad que dejó el gobierno metropolitano. Martí comprendió que sólo en el mismo terreno podía la idea de la independencia derrotar al hijo ideológico del reformismo, cuando hasta los intereses de la reacción más desenfrenada, el integrismo español, también se dedicaban a organizar partidistamente a sus seguidores. La propaganda política, las maneras de trasmitir la ideología, cobraron inusitado vigor en la colonia

[22] «El partido». (**Patria**, 1892) O.C., t. 2, p. /35/.

cubana durante la década de los 80 y de los 90. Sólo se podía hacer del independentismo la tendencia ideológica dominante en la mayoría de la población cubana empleando eficazmente una organización partidista con probadas virtudes de organización y coherencia.

Los primeros siete artículos de las Bases del PRC[23] hablan, con bastante imprecisión, de los propósitos a largo plazo de su actividad; son, a pesar de su vaguedad, lo que hoy nosotros llamaríamos un programa político.

El artículo 8vo. expresa los objetivos concretos:

«I. Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

»II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ellas se funden, y deben ir en germen en ella.

»III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan necesariamente en riesgo las vidas cubanas.

»IV Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

»V. Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificio posible, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva república indispensable al equilibrio americano».[24]

Después de estas clarísimas proposiciones, no cabe lugar a dudas sobre el criterio martiano respecto al PRC como organismo dirigente de la guerra, al menos en lo que a la parte conspirativa y a la representación de la misma se refiere. No hay expresadas, sin embargo, opiniones sobre el partido en el curso de la contienda armada, lo que ha dado lugar a especulaciones que revelan la incomprensión del significado novedoso de la concepción martiana para la práctica política revolucionaria. Es necesario considerar algunas cuestiones:

Primero: que Martí se mantuvo todo el tiempo como Delegado, o sea, como máximo dirigente del PRC, hasta que vino a Cuba.

Segundo: que sin discutir el interés martiano de cubrir una «deuda de honor» viniendo a combatir a la manigua, no es posible admitir

[23] O.C., t. 1, pp. 279-280.

[24] **Ibidem,** p. 280.

en un político de su talla, el simple impulso ético. Hondas razones políticas hubo en ese viaje: imponer sus criterios sobre la nueva República en armas y asumir, por tanto, la dirección de la revolución desde el propio teatro de los hechos.

Tercero: admitido lo anterior, el PRC, del que nunca habló Martí como algo a desaparecer en la guerra o después de la misma, jugaría un papel de apoyo material desde el exterior y de fuerza política organizada en el curso de la guerra.

No es posible en este caso, como en muchos otros, sustentar estos criterios con palabras del Maestro. Martí murió apenas comenzada la lucha y es algo bastante ingenuo esperar que hablase claramente de estos asuntos en los mismos momentos en que estaban ocurriendo. No es frecuente que los políticos expliciten su actuación en todo momento; la discreción se hace imprescindible para lograr propósitos lejanos máxime en el caso de Martí, cuya perspicacia superaba crecidamente a la de todos sus contemporáneos. Por otra parte, téngase de nuevo en cuenta que aunque se enfrentó a ellos a costa de separarse de la conspiración en 1884, Martí necesitaba del concurso militar y del prestigio político de Gómez, Maceo y otros viejos jefes del 68 para la causa emancipadora. No podía dar motivo para nuevas disensiones; suficiente en alto grado era que aceptasen su papel como director de toda la conspiración, y del PRC como entidad oficial de la guerra.[25] La reunión de La Mejorana trató de este asunto de la dirección de la guerra. Lo que queda en el diario de Martí deja entrever que Maceo en particular se mostró reacio a los criterios del Maestro. Las anotaciones del día 5 de mayo de 1895 son reveladoras: «. . . Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de generales con mando, por sus representantes, —y una Secretaría general:— la patria, pues, y todos los oficios de ella que crea y anima al ejército, como Secretaría del Ejército.» A lo que Martí

[25] Recuérdese que en el mismo año de 1895, sobre todo por desconocimiento mutuos, se plantearon diferencias entre Maceo y Martí acerca de la expedición en que el primero salió de Costa Rica hacia Cuba.

[26] O.C., t. 19, pp. 228-229.
Destaco las diferencias entre Maceo y Martí porque me interesa explicar el pensamiento de este último. Sin embargo, a pesar de esas discrepancias de criterios, Maceo fue el más destacado líder político y militar de la insurrección del 95, gracias a su vertical postura anticolonialista y a favor de una guerra popular. Leonardo Griñán Peralta en **Antonio Maceo; análisis caracterológico** (La Habana, Editorial Trópico, 1936) y José Antonio Portuondo en **El pensamiento vivo de Maceo** (La Habana, Consejo nacional de cultura, 1962) han ofrecido elementos documentales suficientes para considerarle no sólo un hábil militar, sino también un político notable.

responde:—«. . . el Ejército libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representada.»[26]

Son demasiado poco estas palabras, pero al menos no chocan con lo que he señalado hace un momento: «el Ejército libre», los generales dirigiendo la guerra; «el país con toda su dignidad representada», lo que equivale a que los generales no ejercerían unilateralmente la dirección política de la guerra. Y ésta es una enorme muestra de habilidad, pues parece que Martí se mueve entre dos aguas, entre los «civiles» y los «militares» cuando lo que trata es de no inclinarse por una de las dos posiciones, de no caer en uno de los peligros extremos. Como ya no se trata de una nueva guerra para alcanzar la independencia, los dos polos, para Martí, están fuera de juego. Si hay que hablar en esos términos es porque los otros lo hacen así, porque ese sí es un problema para ellos, y no puede hacerse la revolución sin su concurso. Lo que llama la atención, repito, es que ni el 5 de mayo de 1895 ni en ninguna otra ocasión el Maestro se desprende del PRC.

En carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra (secretario y tesorero respectivamente del PRC) de 26 de febrero de 1896, dice Martí: «Y en cuanto a forma lo esencial es eso: las emigraciones constituyeron con Cuba el partido revolucionario, iniciador de la revolución, que va a Cuba a entregarse al país, y continuará existiendo como partido, aunque sus organizaciones viables y autonómicas subsistan, hasta el día, y sólo hasta él, en que se constituya en Cuba la revolución, a fin de evitar la monstruosidad de antes: dos gobiernos para un sólo país.»[27] Parece ser que la «constitución de la revolución» sería para Martí la creación de una especie de organismo único de dirección, pues el partido existiría hasta ese día «y sólo hasta él», para evitar la «monstruosidad» de un gobierno dual. Sin embargo, como quiera que el párrafo comienza afirmando que este es un asunto de forma, es factible pensar en una integración del aparato del PRC en ese órgano supremo de dirección revolucionaria encabezado, a todas luces, por el propio Martí. De todas formas, el proyecto revolucionario de Martí, encaminado a fundar una «república nueva» en Cuba, y su estrategia continental antimperialista, confesada por primera vez en la carta inconclusa a Manuel Mercado, [27a] necesitaban de una organización revolucionaria. No importa

[27] O.C., t. 4, pp. 167-169.

[27-a] O.C., t. 4, p. 73.

que ésta se llamase Partido revolucionario cubano o que adoptase otras estructuras y denominación durante el conflicto bélico. El propio fragmento citado antes lleva implícita esta opinión: la revolución no triunfará mediante un proceso espontáneo; es resultado de una acción organizada con un proyecto de objetivos definidos.

B. Los objetivos inmediatos de la guerra como un medio para llegar a otros fines de más largo alcance.

Manifestarse partidario de la vía armada como solución al colonialismo español en los años 90 del siglo XIX, no es, ciertamente, algo original. Si el independentismo fue una ideología extendida entre amplias capas cubanas durante los finales de la década del 60 y la del 70 y si llegó a cobrar un relieve político determinante al mantener una sangrienta contienda durante 10 años, fue, precisamente, porque escogió la vía armada como vehículo de expresión. Mientras los más preclaros hombres del país no se decidieron a hacer de ésta la solución al problema colonial, el reformismo —expresión de los intereses cobardemente contradictorios de gran parte de los hacendados cubanos— se pudo presentar como la panacea para la nación. Así, sin ser en lo absoluto nacionalista —entendiendo por tal aquello que efectivamente promoviera un **desarrollo** en todos los órdenes del país—, el reformismo ocupó caricaturescamente el lugar que correspondía al independentismo y que éste no le disputó con efectividad hasta 1868. La Guerra de los 10 años fue la prueba de fuego para el independentismo como corriente de pensamiento. La pasó, pero al precio de tener que trasformar su carácter en lo adelante. La década bélica demostró una **verdad,** la **única** que axiomatizó el independentismo consecuentemente: la guerra, la violencia armada, era el único recurso para que España se fuera de Cuba. Y es este el máximo y el mínimo del independentismo: sentó esta afirmación, pero ninguna otra.

Arrancar, pues, del 68, era algo inevitablemente necesario para Martí, so pena entonces de errar totalmente en la estrategia política a seguir. En este sentido, el Maestro no tiene nada que aportar a una estrategia antiespañola; de ahí que el partido se constituya para hacer «la guerra necesaria». Pero esta formulación está colocada por Martí en un cuerpo de ideas más completo que se diferencia de las ideas del 68, no tanto por la letra como por el espíritu.

PRIMERO: la guerra ahora sería **organizada** por el PRC, que allegaría fondos, compraría armas, prepararía los hombres y tendría en

sus manos todos los hilos de la conspiración en el interior del país y en el extranjero.

SEGUNDO: el PRC **decidiría** en qué momento se iniciaría la guerra, después de **considerar** las condiciones que fueran más favorables para ello.

TERCERO: el PRC **haría** la propaganda independentista a través de **Patria.**[28]

CUARTO: el PRC sería un partido político celular. Así, la dirección no tendría por que rivalizar entre criterios civilistas o militaristas, pues ambas facciones se diluirían en él.

QUINTO: el PRC enfrentaría abiertamente como enemigos de la independencia y de la nación al autonomismo y al anexionismo; no habría tregua ideológica para ellos. Aquellos de sus filas que comprendieran la ineficacia y lo antihistórico de tales posiciones, podrían pasar al independentismo, pero dentro del PRC. Se admitiría así el traspaso de hombres honestos, pero no de ideas perniciosas.

SEXTO: la lucha contra el miedo al negro no sería únicamente una resultante lógica del fin de la esclavitud logrado por el 68, sino también una política orientada contra toda índole de discriminación racial.

SEPTIMO: **la guerra sería por la independencia, pero comprendería más fines; no sería más que un hito en una estrategia política a muy largo plazo que, comenzando por Cuba, se continuaría con la independencia de Puerto Rico y con la unión progresiva de América Latina frente a los intentos expansionistas de Estados Unidos, donde las Antillas serían el primer muro de contención.** Con esta estrategia se garantizaría la eliminación de todos los vestigios del colonialismo español en las sociedades latinoamericanas y se evitaría la creación de nuevas formas colonialistas estadounidenses.

Esto, que en lenguaje de nuestros tiempos se llamaría una estrategia continental de liberación nacional contra el imperialismo, es una condicionante general que transforma por completo la visión de la guerra legada por el 68. Esta estrategia, declarada en la carta a Manuel Mercado de 18 de mayo de 1895 como el objetivo verda-

[28] Aunque Martí, para desentrañar recelos de algunos diga lo contrario en «**Patria**»: no «Organo», O. C., t. 1, pp. 337-338, lo cierto es que **Patria** se convirtió de hecho en el órgano oficial del PRC.



dero de su pensamiento y acción, aparece expuesta parcialmente por Martí en las Bases del PRC, el Manifiesto de Montecristi[29] y la carta a Féderico Henríquéz y Carvajal [30] de 25 de marzo de 1895. Por demás, dentro de estas coordenadas la guerra no es sólo un acto político, sino que es también el taller de forja de la conciencia nacional. «La guerra no se puede desear por su horror y desdicha; aunque un observador atento no puede desconocer que la guerra fomenta en vez de mermar, la bondad y justicia entre los hombres, y que éstos adquieren, en los oficios diarios y sublimes del combate, tal conocimiento de las fuerzas naturales y modo de servirse de ellas, tal práctica de unión, y tal poder de improvisación que, **en un pueblo nuevo y heterogéneo sobre todo, los beneficios de la guerra, por el desarrollo y unificación del carácter del país y de los modos de emplearlos son mayores que el desastre parcial,** por la destrucción de la riqueza reparable y la viudez de las familias. La conservación de la propiedad que se puede reponer, importa menos que la **conservación o la creación del carácter,** que ha de producir y mantener la propiedad.»[31] Este reconocimiento explícito por Martí —la conservación o creación del carácter— del significado ideológico de la guerra, es una manera más de remitir el alcance de ésta al objetivo fundamental de levantar una nación con la república, lo que no se obtendría con la mera independencia política.

Un aspecto más diferencia al Maestro del 68: la forma de preparar la guerra. Un esfuerzo de unión alentó Martí de 1891 en adelante, que se concretó alrededor de la:

1. unión de todos los cubanos al margen de su posición social,
2. unión de blancos y negros,
3. unión de la emigración con la población del país, unión regional entre el occidente y el resto de la isla, y,
4. unión de la nueva generación surgida después de la guerra, con la del 68.

Este aunar fuerza, este sumar grupos e individuos, sólo era posible lograrlo alrededor de la idea de la independencia. Por eso, casi nunca habló Martí en los años 90 de otras cosas con más claridad, y por eso el PRC fue, de hecho, un frente único de grupos sociales y

[29] O.C., t. 4, pp. 99-101.

[30] O.C., t. 4, pp. 110-112.

[31] «La guerra», O.C., t. 2, p. 61. El subrayado es mío.

de individuos con intereses contrapuestos, agrupados y dirigidos por Martí como su líder político.

Al PRC correspondía, pues, ir logrando y manteniendo esas uniones a la vez que seguía una estrategia encaminada a establecer el carácter necesario de la guerra y debilitar el frente colonialista.

C. La república, núcleo y fin del pensamiento martiano.

Los escritos políticos martianos insisten una y otra vez en la necesidad de organizar a los cubanos para levantarlos en una guerra por la independencia, al tiempo que su actuación, desde finales de 1891, se centró con exclusividad en esta gigantesca labor. Primero la fundación del PRC, y después la utilización de éste como vehículo para promover lo anterior y la lucha abierta contra el reformismo y el anexionismo, fueron asuntos que ocuparon la casi totalidad de su pensamiento desde la fecha señalada hasta su muerte el 19 de mayo de 1895. Por esta razón, las ideas republicanas de Martí aparecen vagas, al tener un carácter secundario en sus escritos, realizados la mayor parte de las veces por imperativos políticos inmediatos.[32]

Pienso, no obstante, que la noción de república contiene las reflexiones más importantes sobre los problemas sociales de su tiempo, a la vez que constituye su propuesta de solución para los mismos. Aunque Martí no explicita la idea anterior —pues hacerlo así era dar lugar a cuestiones de futuro, alejadas del imprescindible objetivo inmediato: la guerra—, la estrategia política a largo plazo, descrita apretadamente en el acápite anterior, da posibilidades para sostenerla con certeza.

Si en silencio tuvo que ser, parafraseando la carta a Mercado, la manera de plantearse los fines últimos, en silencio tuvo que ser también el pensamiento sobre la república; en él se manifiesta plenamente la separación de las ideas liberales y la asunción de posiciones originales y novedosas para explicar la sociedad cubana de su tiempo. De esta forma, el pensamiento republicano de Martí cobra un sentido muy distinto al de los hombres del 68 y no es posible establecer planos de igualdad entre ambos.

[32] «Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales y de trabajo.» Así se refiere Martí a su obra en la carta llamada «testamento literario» a Gonzalo de Quesada y Aróstegui de 1º de abril de 1895, cuando explicaba a éste como organizar una publicación de sus obras. O.C., t. 1, p. 28.

Tradicionalmente se ha dicho que Martí comparte los cánones republicanos de su época (liberales), en primer lugar por el propio uso del término república y otros afines (libertad, democracia, derechos del hombre, tiranía, etc.), dado el significado histórico que tenían todavía a fines del siglo XIX en Europa y América, y en segundo lugar por las frecuentes observaciones contra la anarquía y el caudillismo que impidieron el curso estable de la vida republicana en América Latina.

Sujetarse a estas formulaciones solamente da posibilidades para llegar a un Martí tan igualmente republicano como los franceses del siglo XVIII, los norteamericanos de la independencia o los latinoamericanos de las guerras contra España. Y así nos quedamos quizás con el último y hasta el más brillante liberal de la cruzada que comenzara en París en 1789. Pero bien poco hubiera valido entonces para el siglo XIX, que vio iniciarse en sus finales una nueva etapa histórica con el capitalismo imperialista, e inclusive para el siglo XX, época de las revoluciones socialistas y contra el colonialismo.

Se trata, pues, en la figura de José Martí, de la discusión del valor del pensamiento de un hombre del mundo colonial y subdesarrollado en una coyuntura de tránsito notable del sistema capitalista. Y este encuadramiento general es el que determina la discusión, para establecer no ya un profeta o un perfeccionador sino al genio político que comprende este encuadramiento y sus proyecciones históricas futuras y actúa en el sentido más favorable a sus criterios. Un Martí liberal no explica ese genio; un Martí más allá del liberalismo sí.

Estimo, por consiguiente, que las ideas republicanas de Martí exigen un camino metodológico diferente al usualmente empleado, que parta de organizarlas alrededor de dos tesis centrales:

1. el colonialismo español no es sólo un asunto político, pues se ha impregnado en todas las instancias de la vida del país, y

2. los Estados Unidos, en virtud de su desarrollo económico, se expanden política y económicamente hacia América Latina, creando así un nuevo colonialismo y siendo Cuba el primer paso en esta dirección.

De esta suerte, la «república nueva» martiana sería la república anticolonial por excelencia, pues se pone el acento en el aspecto

esencial de las relaciones sociales en nuestro país: los vínculos de dependencia, tanto los vigentes en toda su extensión (1) como los futuros (2).[33]

La república no es entonces, para Martí, la nación que describe una **forma de gobierno,** sino el concepto que contiene todo un **orden social diferente** al mantenido por el colonialismo español, capaz a la vez de escapar al establecimiento de nuevos vínculos de dependencia. «El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la **patria una,** cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, **vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenazan,** y sustituir al desorden económico en que agoniza con un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.»[34] Así, la república abre el paso a la «patria», a la nación, pero sobre las bases de la eliminación del colonialismo.

Esta relación colonialismo-nación, es una muestra de la profundidad del pensamiento de Martí para su tiempo latinoamericano y de su superación de la corriente independentista del continente de las primeras décadas del siglo XIX.

Hoy sabemos que, en líneas generales, ni los gobiernos conservadores ni los liberales pudieron romper en ese siglo la totalidad de los vínculos de dependencia de nuestros países y que fue ésa una época importante para el mantenimiento del estado de subdesarrollo en que aún permanece América Latina. El capitalismo británico principalmente, a través del comercio y de las inversiones en algunos sectores claves de la economía de la época, como los ferrocarriles, controló gran parte del mercado latinoamericano para la continua expansión de su industria. Los países recién liberados de España en la década del 20 de ese siglo vieron esfumarse paulatinamente, a pesar de la independencia política ganada en gloriosas campañas, las posibilidades de alcanzar un desarrollo, de salir del atraso consuetudinario y de alcanzar la nación en su pleno sentido. Causas

[33] No tan futuros, pues las inversiones norteamericanas eran ya de notar en la economía cubana (aunque los historiadores no dan cifras similares se hacen girar alrededor de $50 000 000). Y, por otro lado, Estados Unidos ya monopolizaba en los años 90 el comercio azucarero del país. Tanto estos asuntos económicos como la acentuación que hizo Martí del carácter político de la dependencia futura de Estados Unidos, serán tratados más adelante.

[34] Bases del PRC, artículo 6º O.C., t. 1, p. 280. El subrayado es mío.

internas y externas confluyeron; pero las más dinámicas —el capitalismo europeo en plena revolución industrial— se impusieron sobre las primeras y las aprovecharon para sus fines. El nacionalismo fue en el siglo XIX latinoamericano una constante ideológica en partidos, programas políticos y caudillos, pero resultó casi siempre ineficaz porque tomó como punto de referencia asuntos geográficos —provocando conflictos que debilitaron el fuerte espíritu internacionalista de las guerras de independencia— y símbolos políticos como la existencia formal de gobiernos propios. Así, no se entendió en absoluto como a través de la dependencia económica ciertos países europeos —y poco a poco los Estados Unidos— mantuvieron una actuación colonialista, que implicó, inclusive la ordenación a grandes rasgos de la vida política de América Latina, mediante constantes intromisiones que fueron desde presiones diplomáticas hasta intervenciones descaradas.

La discusión política entre los latinoamericanos, frecuentemente armada, versaba sobre la forma de gobierno: o se mantenía un ejercicio más pleno de la democracia (liberales) o ésta se reducía para beneficio exclusivo de clases o grupos oligárquicos minoritarios (conservadores). Pero apenas se planteó el problema sobre las únicas bases que podrían haber llevado al desarrollo de la nación: el Estado, asumiendo formas de gobierno asequibles a estas realidades, sería el encargado o, al menos, tendría una participación directa en la promoción del desarrollo; y a todo ello correspondería una ideología verdaderamente nacionalista.

Al explicitar Martí la consecución de la nación como resultado del fin de todo vestigio de colonialismo, vale decir, de realizar una revolución transformadora de todo el orden de relaciones sociales existentes, está dando el primer paso para ubicar el problema en sus justos términos. «El trabajo no está en sacar a España de Cuba; sino en sacárnosla de las costumbres.»[35] Y no sólo a España, que creó desde la conquista las raíces del subdesarrollo, como diríamos hoy, sino también a los Estados Unidos, que ya habían dado muestras de

[35] «Cuatro clubs nuevos» O.C., t. 2, p. 196. Sacarse a España de las costumbres lo explica así en el mismo trabajo: «De España hemos de ser independientes. Y de la ignorancia en que España ha dejado a nuestro campesino precoz y al cubano de padres de Africa. Y de los vicios sociales, tales como el despotismo y soberbio de nuestra opinión, la falta de respeto a la opinión ajena y el indómito señorío que, por el hábito de él, y por el deseo natural de él en quienes nunca lo ejercieron, queda, como trastorno principal de la república naciente, en los países compuestos para la esclavitud, y moldeados desde la uña al pelo sobre ella.» (p. 195)

su política de expansión territorial con México y que se aprestaban a cerrar los nudos para la dominación económica de Cuba. Por eso escribió: «...los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos.»[36]

La tarea nacional se concretaría en tres líneas de acción, acordes con la estrategia política definida antes, dedicadas a:

a) criticar los esquemas republicanos utilizados en América, copiados de Europa y de los Estados Unidos, proponer nuevas formas de organización política.

b) considerar la república como la vía para entender el problema de los conflictos entre las clases sociales y para solucionar definitivamente el de las diferencias raciales; y

c) señalar la función de Cuba para una unión latinoamericana frente a los Estados Unidos.

Lo primero fue certeramente analizado en **Nuestra América.** Retomando una idea expresada en otras ocasiones ya desde la década del 70, Martí desarrolla en este artículo un profundo análisis sobre las influencias de las formas de organización republicana, trasladadas de Francia y Estados Unidos hacia América Latina. Explica cómo esta copia significó que no se tuvieran en cuenta las características propias de nuestros países: «A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.»[37]

La ausencia de un gobierno con espíritu del país es para Martí la causa de la inestabilidad política de la república: «Las repúblicas

[36] «Las guerras civiles en Sudamérica», O.C., t. 6, p. 27.

[37] O.C., t. 6, p. 17.

han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos.»[38] Por eso siempre se tuvo en un segundo plano a los indios y a los negros; por eso hubo un constante enfrentamiento entre los habitantes de los campos y de las ciudades. La atención a estos elementos de la población, decisivos por su número, y el estudio de nuestras realidades sociales, de nuestras propias maneras de ser, sin el libro europeo ni el libro yanqui, constituyen los fundamentos para organizar los gobiernos latinoamericanos, haciendo exclusión de los tropiezos acaecidos hasta esos momentos. «El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella.»[39]

Es difícil encontrar en el siglo XIX una crítica tan a la raíz de la política latinoamericana, válida inclusive en nuestra época, donde el liberalismo clásico, sobreviviente en los símbolos místicos de democracia y libertad, se mantiene vigente para sectores de opinión y partidos políticos. **Nuestra América** marca la ruptura definitiva con las formas del liberalismo político. Ni América Latina, ni Cuba dentro de ella, permiten la aplicación de esos principios de gobierno; la propia realidad latinoamericana será la encargada de mostrar las nuevas formas.

Martí se declaró explícitamente a favor del establecimiento de la república, pero de nada vale esgrimir este concepto si no se le explica en el cuerpo de pensamiento en que fue expresado. Esto es lo que se ha pretendido hacer al establecer el amplio sentido del término república para Martí, que denota un conjunto de relaciones sociales a establecer. Y por supuesto que estas son mis palabras y no las de Martí. Si él rompió con el liberalismo, tuvo que valerse del lenguaje y las ideas de su tiempo y sin enemistarse innecesariamente con sus contemporáneos, dados los fines políticos inmediatos de su actuación.

Aunque Martí no dejó caracterizadas las formas del poder en la nueva república cubana, las ideas apuntadas antes y algunas otras anotadas en sus escritos, permiten considerar que en la república:

[38] **Ibidem,** p. 71.

[39] **Ibidem,** p. 20.

1. los elementos más desposeídos (obreros, campesinos pobres, trabajadores agrícolas) tendrían mecanismos para participar activamente en la gestión gubernamental;

2. Los militares serían una fuente de seguridad ante el exterior y no una fuerza política sobre los gobiernos;

3. el Estado asumiría algunas funciones económicas para garantizar un desarrollo de la economía nacional; y

4. el gobierno seguiría una política exterior encaminada a promover la unión entre los países latinoamericanos y el enfrentamiento a los Estados Unidos.

La segunda línea de acción, dirigida al problema de las fuerzas sociales del país, permite aclarar un poco más lo expuesto sobre la participación política de los grupos desposeídos en la república.

Sintéticamente, la posición de Martí con respecto a este asunto se podría formular así: en la colonia española de Cuba hay grupos sociales («clases») que mantienen intereses contrapuestos, los que son atizados a su vez por el gobierno metropolitano como una manera de mantener desunida a la población cubana. Puesto que la estrategia independentista pretende lograr la liberación política de la nación cubana del dominio español, la táctica a seguir debe encaminarse a lograr la unidad de la nación, o sea, de **todos los intereses cubanos,** frente a España. De ahí lo nefasto que resulta avivar conflictos de clases (sobre todo entre obreros y propietarios) en los años 90, mientras la tarea central era crear el PRC y a través del mismo impulsar el inicio de la guerra de liberación. Sería la república independiente la llamada a resolver estos problemas, reconociendo la justeza de las reivindicaciones de las clases oprimidas y siendo, de esta forma, una república «con todos y para el bien de todos».

Esta opinión armoniza y sustenta perfectamente la estrategia política a largo plazo: entrar a considerar conflictos entre fuerzas sociales diferentes implica golpear la unidad nacional para la independencia, y como éste es el primer paso para todo el resto de sus proyectos, Martí no puede permitirse en modo alguno destacar asuntos que lo obstaculicen. Por eso dice en «El obrero cubano», publicado en **Patria** en julio de 1892: «. . .¡y se nos queman los labios de estas palabras innecesarias de "obreros" y de "clase"; por la demostración diaria y elocuente en sus columnas de la capacidad dichosa del cubano para defender su interés sin olvidar culpablemente el

interés de los demás, para defender a la vez los derechos particulares del oficio mudable en que trabaja y los derechos superiores y radicales de la patria inmutable en que los oficios han de padecer bajo la colonia militar y de ensancharse con la república libre...»[40]

Es cierto que Martí no apuntó la forma concreta de resolver los enfrentamientos de clase, «el problema social». Fórmulas vagas con un evidente fin político inmediato como «la república con todos y para el bien de todos» son las respuestas que dejó, lo que no quiere decir en modo alguno que Martí no tuviera conciencia de la trascendencia de este problema;[41] hay que tratar de hacer algunas consideraciones tomando en cuenta las líneas generales de su pensamiento político. En otras palabras: no se puede dar una respuesta cabal a este asunto; solamente es posible ubicar las coordenadas en que se daría esa respuesta cuando el propio Martí lo estimara necesario, seguramente cuando el problema de la independencia no fuera tal.

Este asunto —que he llamado de las clases, sin pretender con ello que Martí conceptualizó este término—, como muchos otros alrededor del tema de la república, demuestra la necesidad metodológica de considerar que el pensamiento martiano se mueve siempre en dos niveles; que lo que se piensa es mucho más de lo que que se dice y que los presupuestos de lo que se dice hay que encontrarlos en lo que no aparece expresado. Claro está que es una vía peligrosa la que propongo porque puede llevar a no dar con Martí sino con nosotros mismos. Es un riesgo siempre presente en todo estudio de esta índole, pero es la única manera de encontrarnos con su pensamiento real, ni ocultado por el propio Martí para velar sus objetivos últimos ni mistificado por las interpretaciones tradicionales empeñadas casi siempre en reducirlo a lo que dijo, para que no cobrara vigencia su pensamiento en una república que no se atuvo a sus criterios.

Volviendo al problema de las clases, se hace imprescindible recordar que Martí mantuvo un constante fin de justicia social en sus trabajos escritos, y que combatió las posiciones del autonomismo y del anexionismo, mantenidas por los sectores de poseedores cubanos

[40] O.C., t. 2, p. 52.

[41] En carta a Serafín Bello, fechada en New York el 16 de noviembre de 1889, dice: «Lo social está en lo político en nuestra tierra, como en todas partes...» O.C., t. 1, p. 253.

más notables, vinculados estrechamente al régimen colonial de subdesarrollo. Estas dos posturas, consecuentemente mantenidas durante toda la actividad revolucionaria, martiana, hay que tomarlas como premisas para poder pensar en una polarización progresiva —según se llegara a la nación plena— hacia los intereses de las clases y los grupos más explotados y desposeídos del país (su vinculación con la emigración obrera de Cayo Hueso así lo evidencia). Por otro lado, y a partir de esos supuestos, no se pueden dejar a un lado acontecimientos históricos tales como el enfrentamiento abierto burguesía-proletariado en los países capitalistas más avanzados (en especial los Estados Unidos, donde residiera Martí largos años en íntimos contactos con todos sus sucesos), la consiguiente proliferación de ideologías y organizaciones proletarias de todo tipo (incluso el socialismo marxista) [42] y la ausencia en Cuba, en rigor, de una clase obrera y, por lo tanto, de los fenómenos anteriormente señalados. Es imposible sostener que esta confrontación de realidades a partir de diferencias de enorme bulto no fuera efectuada por Martí, sobre todo si tenemos en cuenta que su preocupación por los sucesos de la vida norteamericana era movida, en primerísima instancia, por la consideración de que aquéllos constituían un peligro para Cuba y el resto de América Latina. Recuérdese también, al efecto, lo que se ha dicho antes sobre la comparación que hizo Martí de estas realidades distintas y las indicaciones sobre los defectos de funcionamiento de las organizaciones políticas latinoamericanas copiadas de Europa y de los Estados Unidos.

La noción de la república martiana se complementa con la idea de la unión latinoamericana lanzada repetidas veces desde los 80. Es imprescindible un estudio a fondo de las relaciones políticas entabladas por Martí durante sus estancias en México, Guatemala y Venezuela, pues la idea de una unión latinoamericana se mantuvo en los países del continente, con distintos altibajos, durante todo el siglo XIX. Es preciso definir entonces qué elementos tomó Martí de sus contemporáneos latinoamericanos y de la tradición que existía al respecto desde las guerras de independencia. A reservas de esta elucidación, se puede establecer que de 1889 en adelante, después

[42] Martí hizo un comentario sobre la muerte de Marx, notable tanto por el conocimiento que demuestra del autor de **El Capital** como de los líderes políticos y teóricos más destacados de la clase obrera en 1883, cuando fue publicado en **La Nación** «Karl Marx estudió los modos de asentar el mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos.» O.C., t. 9, p. 388.

de la Conferencia panamericana de Washington y de varios años de un estudio intenso de los asuntos norteamericanos reflejado en las **Escenas norteamericanas,** el afán de evitar la dominación de Cuba y del resto de América Latina por los Estados Unidos presidió la acción política de Martí. Así lo declaró explícitamente en carta a su amigo mexicano Manuel Mercado: «. . . ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.»[43]

Es indudable que por este camino sólo Bolívar antecedió a Martí cuando demandó una unión latinoamericana tan poderosa como la que se estaba formando en el norte de América. Sin embargo, son épocas históricas bastante diferentes las de ambos hombres; Bolívar encabezó las guerras por la independencia de la América del Sur cuando los Estados Unidos iniciaban su expansión territorial hacia la costa del Pacífico, arrebatándoles las tierras a los indios, y Gran Bretaña dirigía el concierto del mundo capitalista desarrollado; Martí conoció los años decisivos del tránsito del capitalismo premonopolista al imperialismo en unos Estados Unidos que cerraron su hegemonía en los países del Caribe y se lanzaban a disputarle a los europeos el sur del continente. Lo que era una posibilidad más o menos remota en tiempo de Bolívar era una realidad en tiempos de Martí.

[43] O.C., t. 4, pp. 167-168. El tremendo alcance de estas palabras obliga a examinar severamente las amistades de Martí. ¿Cómo el Maestro hace estas revelaciones a un mexicano, Mercado, y no a Gonzalo de Quesada, reputado habitualmente como su amigo más íntimo? Es cierto que la correspondencia que Martí le dirigió a este último entre 1889 y 1890, cuando se efectuaba la Conferencia de Washington (OC., t. 1, pp. 247-252 y t. 6, pp. /119/130), deja entrever muy sutilmente algunas consideraciones sobre los Estados Unidos y el papel de Cuba independiente ante los mismos, pero nunca se expresa con igual nitidez como en la carta a Mercado. Una valoración de la confianza y del porqué de las relaciones de Martí con sus distintos amigos ayudaría a comprender muchas cosas: desde afirmaciones en cartas personales que a veces no concuerdan entre sí hasta hechos aparentemente contradictorios como contar para el PRC con Estrada Palma, conocido pronorteamericano ya en esos años, y ser, según todos los indicios, tan íntimo de Diego Vicente Tejera, cuyas ideas socialistas eran sabidas, pero no situarlo en posiciones claves dentro del partido. Esta sería una manera más quizás de realizar la habilidad política martiana, que utilizaba los servicios de los distintos hombres según sus distintas capacidades y según las distintas situaciones.

Por eso, este último hace del enfrentamiento con Estados Unidos el centro de su estrategia política y dice en el Manifiesto de Montecristi que la guerra de independencia cubana será por el bien de América y del mundo: «La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo».[44] Queda así claro, en el documento escrito para exponer públicamente la ideología del PRC recién comenzada la guerra, la función de Cuba constituida en República —y en «república nueva», vale decir, con una sociedad **no colonial** —como principio y motor de esa unión. Una pregunta se impone entonces: ¿es que la unión latinoamericana implica también una «república nueva» a escala continental? Las referencias hechas a lo largo de la obra martiana —como en **Nuestra América,** para recurrir a un escrito citado aquí— parecen indicar que sí. Pero esto es algo que hay que investigar fundamentalmente y queda, por tanto, para una ocasión posterior.

III

La función de este acápite, a través de unas breves e incompletas consideraciones sobre las ideas económicas del Maestro, es vincular este aspecto del pensamiento martiano, bastante poco estudiado todavía, con sus ideas políticas y sociales en general, y ofrecer una manera de completar la noción de república abordada antes. En rigor, lo que pretendo es apuntar algunos de los caminos investigativos que pueden seguirse en lo que a ideas económicas se refiere. Así pues, estas notas no tienen un carácter positivo; van encaminadas a negar el criterio de que Martí —al igual que en el resto de su pensamiento— se atuvo a los moldes del pensamiento liberal.

[44] O.C., t. 4, pp. 100-101. Se han eliminado los corchetes, donde se trascribía en esta edición lo tachado en el original.

La opinión más seriamente expuesta de la posición anterior que he encontrado hasta el momento es la de Felipe Pazos.[45] Este autor utiliza una rigurosa lógica de exposición y maneja una abundante y muy bien ubicada cantidad de citas del Maestro. Siguiendo a Pazos resulta bastante difícil rebatir el criterio de que Martí fue un liberal. Sin embargo, hay una objeción que cuestiona todo el trabajo, y es la consideración que hace el autor del pensamiento de Martí como algo indiferenciado en todas las épocas de su vida. Las citas en general apelan al Martí de los años 80 y 90 indistintamente y es éste, a mi parecer, el gran error. Precisamente aquí se muestra un ejemplo del uso indiscriminado de los trabajos del Maestro, sin una ubicación temporal de los mismos. En la periodización que proponemos se entienden los años de 1890 a 1895 como los de conformación de un pensamiento político revolucionario en Martí, que rompió con los principios del liberalismo, y que muestra el arribo a una etapa de maduración intelectual. Toda la concepción de la guerra, organizada por un partido político revolucionario, que entendía aquella tanto un paso previo a un proceso de descolonización totalizador como la manera de detener la expansión de los Estados Unidos hacia América Latina, implica un vuelco completo en las formas de entender y hacer política en Cuba en esa época y, por consiguiente, en los propios presupuestos teóricos de que se parte, aunque éstos no se expliciten. Un cambio de tal magnitud en el pensamiento político conlleva, necesariamente, una mutación en las opiniones que se tenían sobre las Relaciones económicas en general y sobre las de Cuba en particular. Dos evidencias históricas coetáneas no escaparon a Martí: el creciente proceso de concentración de capitales en los Estados Unidos y el creciente dominio de la economía cubana por aquella nación. Estos dos acontecimientos influyeron decisivamente en la formulación de las tesis políticas de Martí y no es posible manejar razón alguna que impida considerarlas en igual sentido en lo que a sus ideas económicas se refiere. Lo que sucede es que en los años 90 Martí centró su pensamiento en la organización de la guerra por la independencia cubana; sus reflexiones sobre otros asuntos pasaron a ser ocasionales o desaparecieron.[46] Sus últimas opiniones

[45] **Las ideas económicas de Martí** (en **Vida y pensamiento de Martí.** Colección histórica cubana y americana. Municipio de La Habana, 1942, vol. II, pp. /177/-209.)

[46] En esos años, Martí dejó de colaborar con los periódicos sudamericanos donde publicaba sus crónicas norteamericanas, que muestran sus criterios sobre este país y multitud de problemas sociales de aquel tiempo.



claramente expuestas sobre materias económicas fueron entre 1888 y 1890, alrededor de la polémica entre las capas dirigentes de los Estados Unidos sobre las posiciones librecambistas y proteccionistas, y al tratar algunos temas sobre las relaciones económicas entre ese país y América Latina (como la Conferencia monetaria de Washington). Valga entonces esta breve argumentación para explicar porqué critico a Pazos desde su punto de partida. Se trata, pues, de integrar las ideas económicas de Martí en el conjunto de su pensamiento y, por consiguiente, de estudiarlas en cada período del mismo.

Las ideas económicas de Martí se encuentran dispersas en su obra y no constituyen, en rigor, un pensamiento orgánico, como en el caso de las ideas políticas. Fueron un elemento destacado en su pensamiento a lo largo de las décadas de los 70 y los 80 (primero referidas a las naciones latinoamericanas; luego a los Estados Unidos) aunque no ocupan un espacio muy ajustado en su obra. Mi opinión, que recalca que Martí en los años 90 supera completamente el pensamiento del 68 en virtud de un largo proceso de crítica y abandono de los presupuestos teóricos liberales, me obliga, empero, a afirmar que el Martí de 1891 en adelante, el líder político que organiza la guerra, está determinado consecuentemente a buscar nuevas explicaciones para las relaciones económicas. La ausencia formal de las mismas se entiende perfectamente si se comprende que Martí no pudo trasmitir todos sus pensamientos, pues se lo impidieron tanto su actividad política cotidiana preparando la guerra como su interés en mantener oculto los propósitos más profundos de su pensamiento; sin olvidar tampoco que la muerte le impidió hacer coherente en todos sentidos, a tenor con sus rápidas mutaciones, todas sus reflexiones, que abarcaron innúmeras instancias de la vida social.

Por otra parte, hay artículos de los 70 y los 80, dedicados a diversos temas sobre los países latinoamericanos, en los que Martí no se muestra ortodoxamente liberal. Cito un párrafo de un artículo publicado en la **Revista Universal** de México en 1875, a guisa de ejemplo. «Para apreciar con fruto, es necesario conocer con profundidad, y aún no conocemos absolutamente bien los problemas a que se busca solución. A esto debe sujetarse la polémica, no a encomiar determinada escuela económica; no a sostener su aplicación en México porque se aplicó con éxito en otra nación; no a ligarse imprudentemente con las exigencias de un sistema extraño: —debe la polémica ceñir-

se— según nuestro entender humilde— a estudiar los conflictos de nuestra industria; a estudiar cada ramo en su nacimiento, desarrollo y situación actual; a buscar solución propia para nuestras propias dificultades. Es verdad que son unos e invariables, o que deben serlo por lo menos, los preceptos económicos; pero es también cierto que México tiene conflictos suyos a los que de una manera suya debe juiciosa y originalmente atender. La imitación servil extravía, en economía, como en literatura y en política.

»Un principio debe ser bueno en México, porque se aplicó con buen éxito en Francia. Asiéntase esto a veces, sin pensar en que esto provoca una pregunta elocuente. ¿Es la situación financiera de México igual a la francesa? ¿Están los dos países en iguales condiciones industriales?

»Debe haber en la aplicación del principio económico relación igual a la relación diferencial que existe entre los dos países.

»Así con los Estados Unidos, con Inglaterra y Alemania.»[47]

No se tome esta extensa cita como una prueba de que en 1875 Martí no tenía nada que ver con el liberalismo económico. Lo que interesa es comprender cómo en esa fecha tan temprana Martí, porque quiere tener los pies bien puestos sobre la tierra americana, no se declara ortodoxo en materias y preceptos económicos. Este no atarse a moldes no americanos establece una disposición que hay que tener siempre presente al estudiar el pensamiento martiano.

Martí dejó distintas notas, en artículos periodísticos dedicados a asuntos latinoamericanos, que revelan un criterio sobre cómo alcanzar un desarrollo económico. Podemos sintetizarlo así:

—desarrollo de una agricultura diversificada aprovechando los recursos naturales del país;

—creación de industrias a partir de la producción agrícola y de los recursos generales; y

—comercio exterior abierto con todas las naciones.

Por razones obvias no se entra ahora a elucidar la eficacia de esta política económica en aquellos momentos como una política de desarrollo. Para lo que nos interesa en estos momentos, este intento de

[47] «La polémica económica. A conflictos propios soluciones propias. La cuestión de los rebozos. Cuestiones que encierra.» O.C., t. 6, pp. 334-335.

política económica se enmarca en las formulaciones del liberalismo económico (se insiste en el librecambio y para casi nada se contempla el papel del Estado en la gestión económica), lo que puede constituir una razón para calificar a Martí como estrictamente liberal, mucho más si tenemos en cuenta sus fuertes ataques contra el proteccionismo mantenido por los Estados Unidos durante los finales de la década del 80 y los principios de la del 90 del siglo pasado. El peso de los criterios liberales en estas opiniones parece evidente y, sin embargo, cabe la duda sobre el verdadero papel de los mismos en Martí.

No se pueden olvidar las frecuentes referencias de Martí al estado de la propiedad de la tierra en América Latina y su manifiesto apoyo a una redistribución más equitativa de la misma. Esta idea ha dado mucho que hablar y no pretendo entrar ahora a estudiarla. Quiero, simplemente, recordar que esta intromisión del gobierno o del Estado —única entidad que podía hacer esa redistribución— en un asunto privado como el que se trata, no es algo que se atenga demasiado a los criterios más ortodoxos del **laissez faire.**

Martí se refirió a la obra del «socialista agrario» norteamericano Henry George,[48] en estos términos:

«No sólo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación el libro de George. Sólo Darwin en las ciencias naturales ha fijado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad.» [49] La obra de George no enfrentaba en absoluto la propiedad privada en general, sino que iba encaminada a una redistribución territorial que acabara con la excesiva concentración de la propiedad agrícola, causa, según él, de las injusticias sociales. Es posible que esta crítica ética al capitalismo fuera del agrado de Martí, al igual —y quizás aún más— que esa política

[48] Nació en Filadelfia en 1839, llegando a ser en California fundador del **The San Francisco Post.** En 1880 se estableció en New York y en dos ocasiones estuvo a punto de ser elegido alcalde de la ciudad al ser llevado como candidato por agrupaciones políticas obreras. Su libro más famoso **Progress and Poverty** (Progreso y miseria), publicado en 1879, la emprende contra la injusta distribución latifundista de la tierra y lanza un programa para asegurar una distribución equitativa de la misma mediante un impuesto único sobre las rentas. El término socialista parece ser demasiado para George, quien no fue partidario de ningún tipo de colectividad agrícola y en la campaña electoral de 1887 se negó a admitir el apoyo del Partido obrero socialista. Más datos sobre su vida y obra pueden encontrarse en G. D. H. Cole, **Historia del pensamiento socialista,** t. II, pp. 345-349.

[49] Citado por Felipe Pazos, **op. cit.,** p. 195.

redistributiva, dada su evidente necesidad en las circunstancias latinoamericanas y cubanas. De todas formas, George no pensaba abolir el régimen de libre empresa a partir de principios colectivistas de algún tipo o por la participación del estado en la gestión económica. Resulta importante, pues, un estudio a fondo de la obra de este autor para poder determinar su influencia en Martí.

Teniendo en cuenta lo apuntado sobre la no ortodoxia liberal de Martí desde los años 70 en México, el sentido de su pensamiento en los 90 hace difícil mantener para esos años su sujeción a los esquemas liberales, por el propio alcance general de sus ideas y el contexto en que se mueven.

Es cierto que en artículos anteriores como «En comercio, proteger es destruir»[49a] «Libertad, ala de la industria»,[50] ambos publicados en 1883, se hace un fuerte ataque al sistema proteccionista; en el segundo se critica la política seguida en tal sentido por el gobierno norteamericano y se termina con esta afirmación rotunda: «Sólo la libertad trae consigo la paz y la riqueza».[51]

A este respecto resulta de sumo interés la opinión expuesta por Salvador Morales en **José Martí y sus ideas económicas**[51a] trabajo encaminado, entre otras cosas, a demostrar cómo Martí, durante su estancia en México en la década de los 70, no se pronunció definitivamente por el librecambismo o el proteccionismo, sino que remitió el uso de ambos criterios a las condiciones diferentes de los países en que éstos se aplicarían. Este llamado a atender realidades nacionales específicas es un argumento constante en la totalidad del pensamiento martiano, por lo que debe ser tomado en consideración para el estudio de los artículos antiproteccionistas de 1883 y de sus ideas económicas en general.

Además, si recordamos las ideas de Martí sobre la organización de la república de acuerdo a sus principios de justicia social y en consonancia con las realidades de nuestro país (para que el Estado no fuera causa de trastornos políticos que casi siempre culminaban en tiranías y caudillismos), es lícito pensar que la vida económica de

[49-a] OC., t. 9, pp. /381/-383.

[50] O.C., t. 9, pp. /451/-452.

[51] **Ibidem,** p. 452.

[51-a] **Anuario martiano,** no. 2, Departamento de colección cubana, Biblioteca acional, Consejo Nacional de cultura, La Habana, 1970.

la república independiente habría de discurrir sobre cauces diferentes a los de América Latina: a una «república nueva» en el plano político institucional correspondería, seguramente, también una «república nueva» en cuanto a su organización económica.

¿Cuáles serían esos cauces? No es posible dar una respuesta cabal a esa pregunta. Se hace necesario desterrar este género de inquietudes, pues obligan a buscar un sí, una construcción que Martí no ofreció. Interesa entender, entonces, hasta dónde pudo llegar el pensamiento económico de Martí y por qué no explicitó una crítica que nos permita hablar en propiedad de una superación de los esquemas liberales, como hizo en el terreno de las ideas políticas.

Por último, es necesario introducir todo lo anterior en la consideración martiana del proceso de dominación de la economía cubana por parte de los Estados Unidos, que él entendió muy claramente en ocasión de las protestas y presiones sobre el gobierno metropolitano de los propietarios de la isla —españoles o cubanos— durante los años 91 a 94, encaminadas a normalizar las relaciones económicas con el país del norte. La relación que estableció Martí entre las posiciones asumidas por estos intereses y sus posturas anexionistas, dan muestra de su intuición política. Fue ésta, indudablemente, una razón más para su antimperialismo.[52] Esta comprensión de las motivaciones económicas del anexionismo —el de Cuba y el de los Estados Unidos—, unida a sus previsiones sobre los resultados económicos, políticos e internacionales de la concentración de riquezas y de propiedades dentro de los Estados Unidos, son elementos a considerar en el asunto que tratamos. Todo parece indicar que Martí no hubiera dado una respuesta liberal[53] en sentido estricto, después de 1895, a estos acuciosos problemas de la nación cubana.

[52] La valoración de la fundamentación económica del antimperialismo de Martí es sumamente difícil, pues exigiría un riguroso estudio del proceso de formación del capital monipolista en los Estados Unidos. Parece ser, que no era muy evidente en 1890 lo que estaba ocurriendo en el vecino norteño, pues a estas alturas las investigaciones no son terminantes al respecto. (Es interesante una observación de James O'Connor en «El significado del imperialismo económico», **Pensamiento Crítico,** no. 43, p. 2, sobre recientes investigaciones acerca de la formación de monopolios a fines del siglo XIX.)

[53] No se puede olvidar que fueron precisamente los políticos y teóricos liberales latinoamericanos quienes abrieron descarnadamente, durante el siglo XIX, las puertas para la dominación y penetración económicas de los capitalismos británico y norteamericano. Así, el librecambio sirvió a Inglaterra para dominar y a América Latina para ser dominada, jugando la misma teoría papeles distintos para las colonias y para la metrópoli.

IV

Con la exposición hecha hasta el momento sobre el pensamiento político de José Martí, he tratado de demostrar cómo éste arranca de un interés determinante en eliminar todas las formas que asumía el colonialismo en nuestro país a finales del siglo pasado. Por eso su acción no se limitó exclusivamente a organizar una guerra para alcanzar la independencia de España: Martí comprendió cabalmente que los mecanismos de dominación de aquella nación se encontraban enraizados en toda la vida de la sociedad cubana y que en las circunstancias de su tiempo, con unos Estados Unidos en franca expansión territorial y económica hacia el sur del continente, la mera separación política tenía un alcance muy limitado. De ahí, que su estrategia política a largo plazo contemplara la independencia de España sólo como el primer paso hacia una efectiva descolonización, garantizable únicamente, a su vez, por la progresiva consecución de los demás momentos de esa estrategia, que culminaría con el establecimiento de una unidad de América Latina, económica y políticamente capaz de no ser dominada por el vecino norteño. Por esto, cabe hablar de un antimperialismo martiano, aunque el término no fuera siquiera usado en su época, pues su programa iba destinado de hecho a impedir la manifestación de esta etapa del capitalismo en los Estados Unidos, mediante un equilibrio continental y universal, como se dice al principio del Manifiesto de Montecristi.[54]

Por este afán anticolonial merece el pensamiento de Martí ser calificado como revolucionario; pero el concepto resulta todavía más apropiado si se considera que su estrategia política implicaba una visión de las relaciones sociales cubanas y latinoamericanas. Con otras palabras: la acción martiana no se encaminaba solamente a presentar un frente contra el imperialismo norteamericano y al establecimiento de nuevos vínculos de dependencia por éste, sino que también iba dirigida a estructurar las sociedades latinoamericanas para hacer desaparecer todas las adherencias de España y todos los elementos que pudieran favorecer el nuevo tipo de colonialismo. No es del caso pretender un programa acabado y concreto. Basta simplemente esa profunda intención que mueve todo su pensamiento y su actuación para considerarlo el revolucionario de más altos pro-

[54] Véase el párrafo a que se refiere la nota 43.

pósitos del siglo XIX latinoamericano, razón por la cual han mantenido vigencia sus ideas en este siglo XX.

Y es que el centro de la problemática martiana —el anticolonialismo— ha sido, precisamente, el problema de nuestro siglo en América Latina, dominada mediante multitud de resortes de diferente índole por el imperialismo norteamericano, manteniéndose así el cuadro general de subdesarrollo y dependencia que viviera Martí en las postrimerías del XIX.

En rigor, Martí superó, pues, en toda la línea, al independentismo de la Guerra de los 10 años. Las comparaciones hechas a lo largo de este trabajo han pretendido fundamentar en asuntos específicos esta superación martiana de la ideología independentista del 68. Pero ello fue posible en esos casos porque se enmarcaban en una visión general más completa y universal de la época que vivió y de las relaciones coloniales en ese tiempo.

Se podría aducir que Martí pudo irse más allá del 68 porque tuvo ante sus ojos precisamente esa nueva etapa histórica, la del nacimiento del imperialismo. Y con ello no se dice nada nuevo ni se echa por tierra la afirmación del párrafo anterior. Esta perogrullada se prueba por sí misma, pero nada más. De lo que se trata es, precisamente, de distinguir cómo un pensador se ubica ante esas coordenadas que le imponen las relaciones sociales de su tiempo (el condicionamiento histórico) y hasta dónde las trasciende. Y en el caso de Martí se dieron una ubicación y una trascendencia excepcionales ante su época.

Es necesario, además, para comprender mejor lo anterior, hacer notar que solamente los estudios sociales contemporáneos, con un instrumental mucho más completo que el del siglo pasado y condicionados por una ideología revolucionaria más verificada históricamente, pueden dar los verdaderos contornos del pensamiento de Martí, el que, por demás, no podía ser entendido hasta sus más hondas raíces por los hombres de su tiempo. Recuerdo esta última idea, bastante extendida, poque parece ser que el propio Martí tuvo conciencia del problema al mantener ocultos los fines últimos de su actuación y confesarlos solamente, que sepamos, a Manuel Mercado, entre sus amigos o compañeros.

Quede bien claro, sin embargo, que cuando afirmamos que Martí superó a los hombres del 68 al presentar un proyecto revolucionario

dirigido a establecer nuevas relaciones sociales en nuestro país, no queremos llevar a la idea de que el Maestro era un promotor del socialismo. Este es un asunto que se hace espinoso y que siempre aparece sobre el tapete porque el socialismo es desde 1917 la solución histórica evidente al capitalismo en todas sus formas. Pero téngase en cuenta que Martí murió en mayo de 1895, cuando el marxismo tenía un escaso peso en los Estados Unidos —no ya en América Latina donde apenas si era conocido— y se oficializaba en Europa a través de los partidos de la II Internacional. Para Martí, tanto el marxismo como cualesquiera de las múltiples concepciones socialistas que imperaban en aquellos años, aparecían como soluciones de países desarrollados para los problemas de países desarrollados. Y Martí quiso y fue siempre un pensador del mundo colonial, subdesarrollado. Por otra parte, en la época de Martí, la propia teoría marxista había efectuado contados análisis referidos a los países coloniales y no fue hasta la década del 20 de este siglo, más o menos, que a partir de consideraciones anteriores, sobre todo de Lenin, la teoría revolucionaria trató de abarcar a estos países. Sólo nuestra época ofrece posibilidades para una comprensión totalizadora de las relaciones entre los llamados países desarrollados y subdesarrollados y del papel de ambos en la historia del capitalismo como sistema universal, tanto por la creación de conceptos específicos para denotar estas relaciones y estructuras como por el propio significado contemporáneo de la revolución socialista como salida al sistema establecido. En este aspecto, resulta descabellado y pedante solicitar una fundamentación anticapitalista y socialista en los términos del marxismo a José Martí. Y lo que es mucho peor: metodológicamente lleva a no poder considerar, en sentido estricto, su pensamiento como revolucionario de veras y todo lo más que se puede llegar a decir es que Martí fue un radical, un demócratarrevolucionario o cualquier cosa parecida, en la que la suma de adjetivos no logra el objetivo de aclarar en qué sentido fue revolucionario. Y es que el problema no es de palabras más o menos; no es éste un asunto de términos, sino de puntos de vista. Para llegar al Martí revolucionario —ni contradictorio, ni al servicio de posiciones de derecha— parece ser lo más conveniente seguir las líneas expuestas: estudio del colonialismo español, liberación del mismo mediante la guerra organizada por el partido, presentación de un plan de acción

 contra el naciente imperialismo norteamericano y establecimiento de otras relaciones sociales bajo el rótulo republicano.

Las circunstancias epocales que se han descrito impusieron un lenguaje a Martí, quien, por otro lado, no vivió más allá de la guerra de independencia y no tuvo que emitir respuestas que se hubieran hecho necesarias según los problemas mismos las hubieran exigido. Por eso, sus palabras son en ocasiones vagas o confusas y apelan tan a menudo a razonamientos y justificaciones de tipo ético.

Las críticas al capitalismo aparecen en algunos casos, planteando casi siempre problemas éticos. No se puede descontar que las ideologías siempre necesitan como principal trasmisor razones de esta índole para que puedan cobrar vigencia entre amplios sectores de la población, aunque no creo que en Martí ésta sea la única causa de la utilización de este tipo de argumento. Hay que considerar también que en esos años era factible pensar en un desarrollo de lo que podría llamarse un capitalismo nacional, al margen de las relaciones de dominación. No es del caso discutir ahora si esta apreciación era acertada o no; razones había que daban lugar a este criterio —las más importantes de todas que la dependencia aún no se manifestaba en el marco financiero ni en el control de la economía en general por la metrópoli, que se impusieron como características en la etapa imperialista—, por lo que no es nada raro que Martí no expresara abierta y decididamente una negación absoluta de este sistema social. Las críticas, por eso, se hacen descarnadas y más frecuentes cuando habla de los Estados Unidos, y en lo que se refiere a Cuba y a América Latina, como los problemas se presentan desde distinto ángulo, todo el esfuerzo se dirige a impedir el colonialismo.

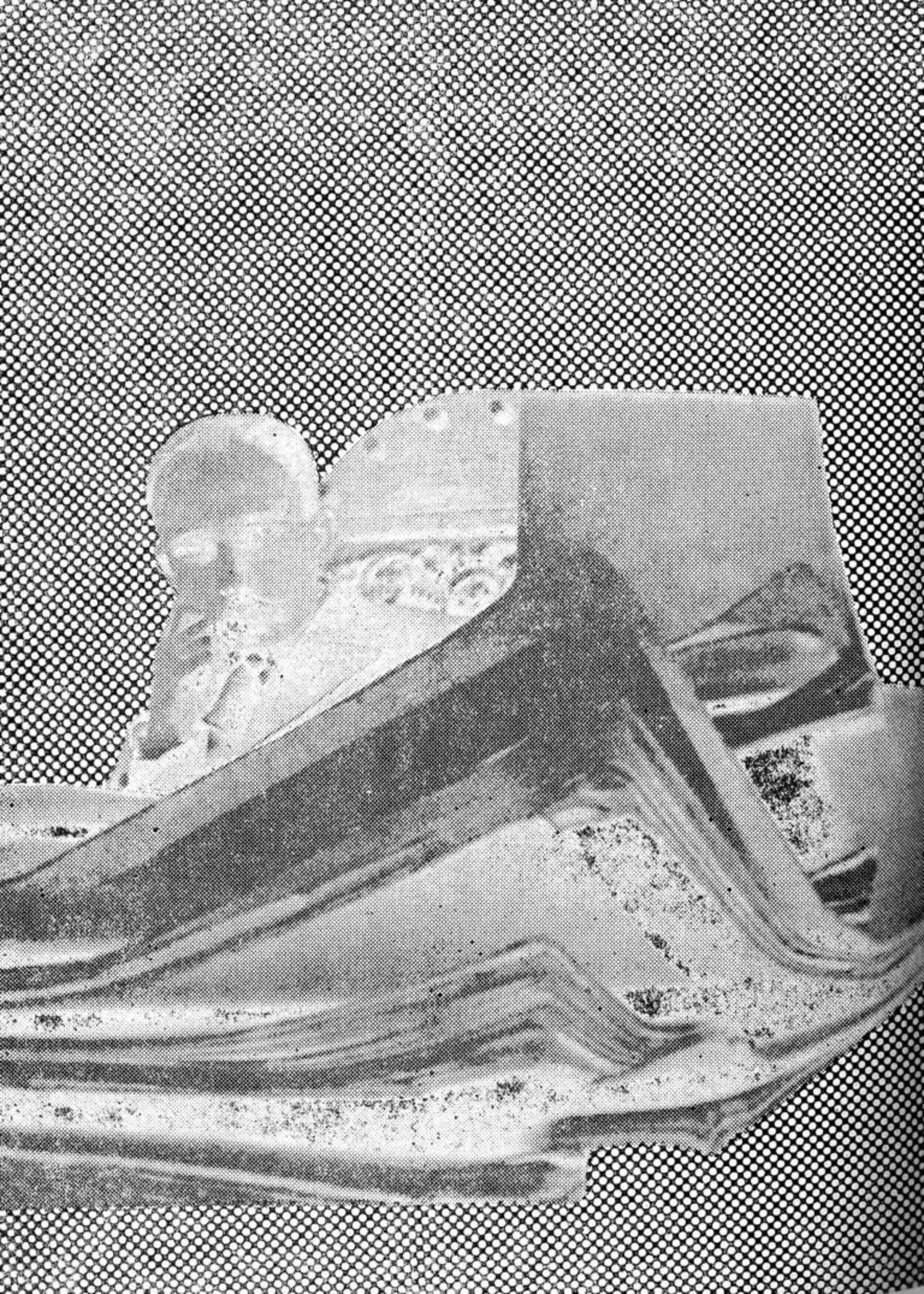
Todo lo anterior nos lleva a entender como un falso problema el de las relaciones entre Martí y el marxismo, en los casos en que se ha pretendido que aquél se ajuste a éste. El asunto, de plantearse, tiene que considerar que el marxismo era en aquella época la más sólidamente fundamentada teoría anticapitalista que existía, que se había convertido en una ideología de peso considerable en Europa y que no había reflexionado sobre el mundo de las naciones dependientes, mientras que Martí explicitó una ideología independentista sobre las bases de un pensamiento encaminado a lograr la **liberación nacional** de su país. Y en la medida en que el marxismo se ha convertido en la teoría y la ideología para la liberación nacional en nues-

tros tiempos, cobra un relieve notable el pensamiento de Martí, que perseguía ese objetivo desde los finales del siglo pasado. La clave radica entonces en la actitud ante el problema colonial —vale decir, el problema nacional—, que fue y es la cuestión fundamental a resolver en las relaciones sociales imperantes en los países dependientes.

La denominación de la ideología política martiana como ideología para la liberación nacional, a pesar de que ésta es una noción creada con posterioridad a Martí, está plenamente justificada, pues, por sus propósitos de terminar con el colonialismo en todos los órdenes para alcanzar la nación en su verdadero sentido. El Maestro llegó a establecer esta ideología trascendiendo al independentismo del 68 y al de sus contemporáneos, al llegar a una ruptura teórica con el liberalismo. El abandono de los principios teóricos de esa corriente, dominante entonces en el pensamiento a pesar de que había sido sometida a fuertes críticas dentro de su propio marco burgués, es lo que permitió a Martí asumir la pupila del colonizado y expresarse como el primer antimperialista de esta parte del mundo.[55]

Y no se pida que cite un párrafo de Martí donde éste sustituya el término liberal con otro, porque no hay tal párrafo; ni me interesa tampoco endosarle una etiqueta; su obra quedó trunca cuando apenas comenzaba a ser realidad, por lo que poco valor tiene situarle teóricamente en alguna casilla que nunca le ajustará con exactitud. Tomésele hasta donde llegó y compréndanse las perspectivas que abrió para el pensamiento revolucionario cubano al romper con el liberalismo y obligar a sus continuadores a definirse por otros caminos teóricos e ideológicos. La asunción del marxismo, que era el paso inmediato a dar, se ha efectuado históricamente en Cuba partiendo precisamente de él. Y esto da ya bastante que pensar.

[55] Roberto Fernández Retamar en «Martí en su (tercer) mundo» (**Ensayo de otro mundo,** Instituto del libro, La Habana, 1967.) hace el primer intento por abordar al Martí de los colonizados y del subdesarrollo, lo que constituye un aporte digno de ser tomado en cuenta. Este trabajo, publicado originalmente como introducción a una selección de la obra del Maestro, presenta un Martí resultado de una lectura en tanto que poeta, como dice el autor en la introducción al libro. Sin embargo, esta «lectura culpable» como poeta, que por tanto, no entra a fondo en un riguroso estudio de las ideas de Martí y en un uso preciso de los conceptos, es notable por sus puntos de partida dedicados a esclarecer la vinculación entre el pensamiento y la obra martiana y su entorno colonial.



JOSE MARTI

TEXTOS

Los trabajos que siguen no pretenden constituir una selección de lo más significativo de Martí —la ausencia del Manifiesto de Montecristi lo hace obvio— por ser esta tarea superior a nuestros objetivos y espacio. Se trata solamente de ofrecer algunos textos del Maestro en relación con los asuntos tratados por artículos de nuestra monografía; ello no revela de la necesidad de acudir a su obra que los autores y nosotros quisiéramos estimular.

La Redacción

NUESTRA AMERICA *

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormidos engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una traición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvale sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la

* Publicado en **El Partido Liberal,** México. 30 de enero de 1891 (N. de la E.)

tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de la siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que les roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a tortoni de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos «increíbles» del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles! de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil, o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de

ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país y cómo puede ir guiándoles en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se le

sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerles basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerles. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande,

volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota de potro o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y forma importante que han venido retardando por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de forma, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene el tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros —de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen,— por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás

de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero «estos países se salvarán», como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja y se pone en la puerta del Congreso del Iturbide «a que le hagan emperador al rubio». Estos países se salvarán porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América en estos tiempos el hombre real.

Eramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vicha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vicha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con la gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos y se saludan «¿Cómo somos?» se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema no van a bus-

car la solución a Danting. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de Américc se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha de la caballería el paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud, pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zerrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una pompa de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos fac-

tores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y desdeña. Y como los pueblos viriles que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma, emana, igual y eterna de los cuerpos diversos en forma y color. Peca contra la Humanidad el que comete y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del

carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, a una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuesta, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semi, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

T. 6, pp. [15]-23.

CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA

(FRAGMENTOS) *

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblo europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha

* Se presentan algunos fragmentos de las crónicas publicadas por Martí en **«La Nación»** de Buenos Aires de noviembre de 1889 a agosto de 1890, mientras se efectuaba el congreso panamericano de Washington. (N. de la E.)

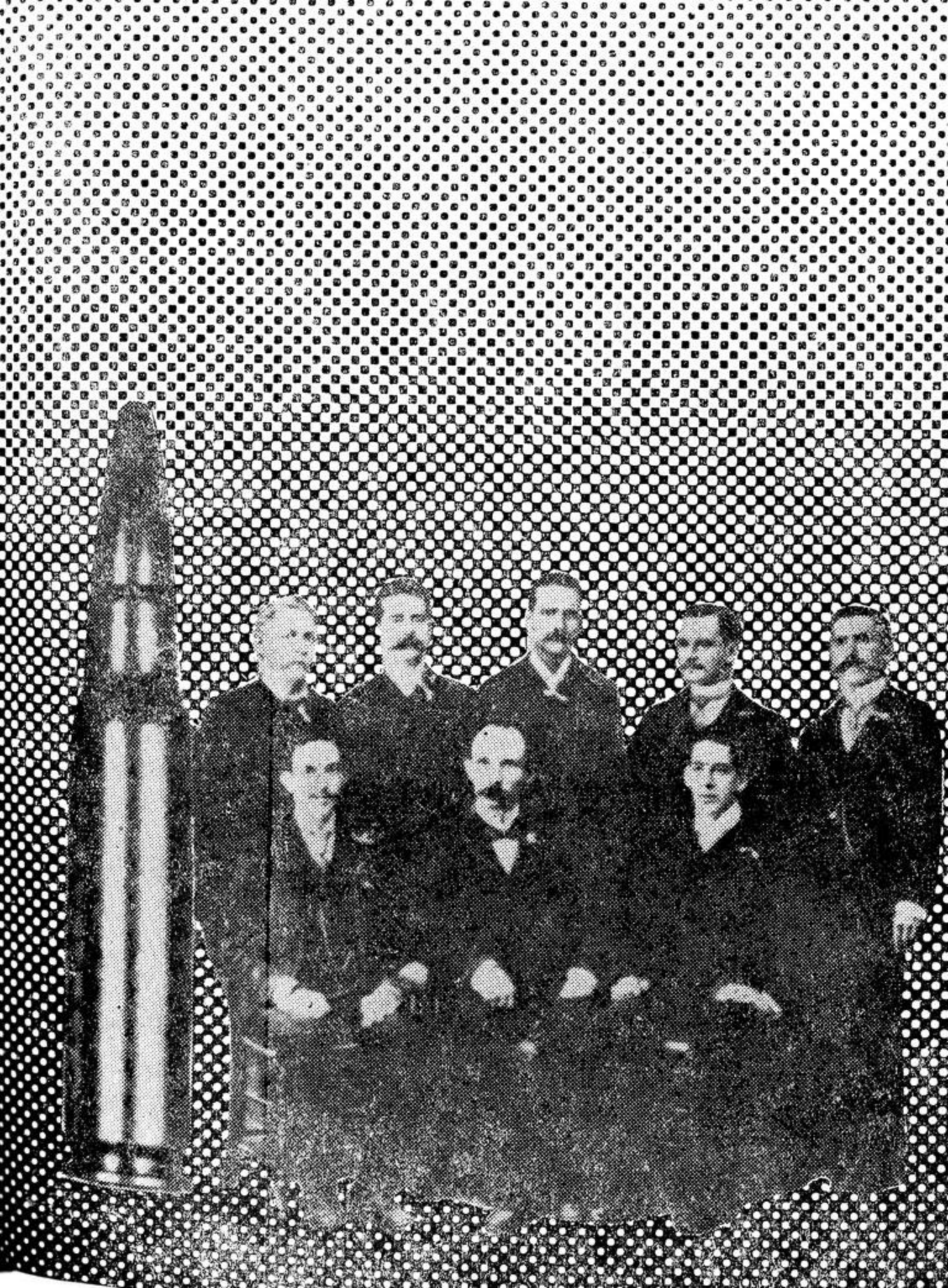
llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia.

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin la inquietud y perturbación, fatales en una hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no les ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

De raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se las ve, para no tener a maravilla estas mudanzas en apariencia súbitas, y esta cohabitación de las virtudes eminentes y las dotes rapaces. No fue nunca la de Norteamérica, ni aún en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieves, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, so pretexto de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos.

No se le había secado la espuma al caballo francés de Yorktown cuando con excusas de neutralidad continental se negaba a ayudar contra sus opresores a los que acudieron a libertarlo de ellos, el pueblo que después, en el siglo más equitativo de la historia, había de disputar a sus auxiliares de ayer, con la razón de su predominio geográfico, el derecho de amparar en el continente de la libertad, una obra neutral de beneficio humano. Sin tenderles, los brazos, sino cuando ya no necesitaban de ellos, vio a sus puertas la guerra conmovedora de una raza épica que combatía, cuando estaba aún viva la

mano que los escribió, por los principios de albedrío y decoro que el norte levantó de pabellón contra el inglés: y cuando el sud, libre por sí, lo convidó a la mesa de la amistad, no le puso los reparos que le hubiera podido poner, sino que con los labios que acaban de proclamar que en América no debía tener siervos ningún monarca de Europa, exigió que los ejércitos del Sur abandonasen su proyecto de ir a redimir las islas americanas del golfo, de la servidumbre de una monarquía europea. Acababan de unirse, con no menor dificultad que las colonias híbridas del Sur, los trece Estados del Norte y ya prohibían que se fortaleciese, como se hubiera fortalecido y puede fortalecerse aún, la unión necesaria de los pueblos meridionales, la unión posible de objeto y espíritu, con la independencia de las islas que la naturaleza les ha puesto de pórtico y guarda. Y cuando de la verdad de la vida surgió, con el candor de las selvas y la sagacidad y fuerza de las criaturas que por tener más territorio para esclavos, se entraron de guerra por un pueblo vecino, le sajaron de la carne viva una comarca codiciada, aprovechándose del trastorno en que tenía al país amigo la lucha empeñada por una cohorte de evangelistas para hacer imperar sobre los restos envenenados de la colonia europea, los dogmas de libertad de los vecinos que los atacaban. Y cuandò de la verdad de la pobreza, con el candor de los bosques y la sagacidad y poder de las criaturas que lo habitan, surgió, en la hora del reajuste nacional, el guía bueno y triste, el leñador Lincoln, pudo oír sin ira que un demagogo le aconsejara comprar, para vertedero de los negros armados que le ayudaron a asegurar la unión, el pueblo de niños fervientes y de entusiastas vírgenes, que, en su pasión por la libertad, había de ostentar poco después, sin miedo a los tenientes madrileños, el luto de Lincoln; pudo oír y proveer de salvoconducto al mediador que iba a proponerle al Sur torcer sus armas sobre México, donde estaba el francés amenazante, y volver con crédito insigne a la República, con el botín de toda la tierra, desde el Bravo hasta el istmo. Desde la cuna sonó en estos dominios el pueblo del Norte, con el «nada sería más conveniente de Jefferson», con «los trece gobiernos destinados» de Adams; con «la visión profética» de Clay; con «la gran luz del Norte» de Webster; con «el fin es cierto, y el comercio tributario» de Summer; con el verso de Sewall, que va de boca en boca, «vuestro es el continente entero y sin límites»; con «la unificación continental» de Everett; con la «unión comercial» de Douglas: con el «resultado inevitable» de Ingalls, «hasta el istmo y el polo»; con la «necesidad de extirpar en Cuba» de Blaine, «el foco de la fiebre amarilla»; y cuando un pueblo



rapaz de raíz, criado en la esperanza y certidumbre de la posesión del continente, llega a serlo, con la espuela de los celos de Europa y de su ambición de pueblo universal, como la garantía indispensable de su poder futuro, y el mercado obligatorio y único de la producción falsa que cree necesario mantener, y aumentar para que no decaigan su influjo y su fausto, urge ponerle cuantos frenos se puedan fraguar, con el pudor de las ideas, el aumento rápido y hábil de los intereses opuestos, al ajuste franco y pronto de cuantos tengan la misma razón de tener, y la declaración de la verdad. La simpatía por los pueblos libres dura hasta que hacen traición a la libertad; o ponen en riesgo la de nuestra patria.

Las causas de la poca amistad eran, según la comisión, la ignorancia y soberbia de los industriales del Norte, que no estudiaban ni complacían a los mercados del Sur; la poca confianza que les mostraban en los créditos en que es Europa pródiga; la falsificación europea de las marcas de los Estados Unidos; la falta de bancos y de tipos comunes de pesas y medidas; los derechos enormes de importación que «podrían removerse con concesiones recíprocas»; las muchas multas y trabas de aduana, y «sobre todo la falta de comunicación por vapores».

Estas causas, y ninguna otra más. Estaba en el gobierno, a la vuelta de la comisión, el partido demócrata, que apenas podía mantener contra la mayoría de sus parciales, gracias a la bravura de su jefe, la tendencia a favorecer el comercio por medio natural de la rebaja del costo de la producción; y es de creer, por cuanto los de esta fe dijeron entonces y hoy escriben, que no hubiera arrancado de los demócratas este plan del congreso, nunca muy grato a sus ojos, por tener ellos en la mente, con la reducción nacional del costo de la vida y de la manufactura, el modo franco y legítimo de estrechar la amistad con los pueblos libres de América. Pero no puede oponerse impunemente un partido político a los proyectos que tienden, en todo lo que se ve, a robustecer el influjo y el tráfico del país; ni hubiera valido a los demócratas poner en claro los intereses censurables que originaron el proyecto, porque en sus mismas filas, ya muy trabajadas por la división de opiniones económicas, encontraban apoyo decisivo los industriales necesitados de consumidores, y las compañías de buques, que pagan con largueza en uno u otro partido a quienes las ayudan. La autoridad creciente de Cleveland, caudillo de las reformas, apretaba la unión de los protec-

cionistas de ambos partidos y preparaba la liga formidable de intereses que derrotó en un esfuerzo postrero su candidatura. La angustia de los industriales había crecido tanto desde 1881, cuando se tachó la idea del congreso de osadía censurable, que en 1888, cuando aprobaron la convocatoria las dos casas, fue recibida por la mucha necesidad de vender, más natural y provechosa que antes. Y de este modo vino a parecer unánime, y como acordado por los dos bandos del país, el proyecto nacido de la conjunción de los intereses proteccionistas con la necesidad política de un candidato astuto. Cabe preguntar si, despejados estos dos elementos del interés político del candidato, y el pecuniario de las empresas que lo mantienen, hubiera surgido la idea de un nuevo interés y por sucesos favorables a la ampliación del plan, a un extremo político en que culminan, con la vehemencia de una candidatura desesperada, las leyendas de expansión y predominio a que han comenzado a dar cuerpo y fuerza de plan político, la guerra civil de un pueblo, rudimentario, y los celos de repúblicas que debieran saber recatarlos de quien muestra la intención y la capacidad de aprovechar de ellos.

Los caudales proteccionistas echaron a Cleveland de la Presidencia. Los magnates republicanos tienen parte confesa en las industrias amparadas por la protección. Los de la lana contribuyeron a las elecciones con sumas cuantiosas, porque los republicanos se obligaban a no rebajar los derechos de la lana. Los del plomo contribuyeron para que los republicanos cerrasen la frontera al plomo de México. Y los del azúcar. Y los del cobre. Y los de los cueros, que hicieron ofrecer la creación de un derecho de entrada. El congreso estaba lejos. Se prometía a los manufactureros el mercado de las Américas: se hablaba, como con antifaz, de derechos misteriosos y de «resultados inevitables»: a los criadores y extractores se les prometió tener cerrado a los productos de afuera el mercado doméstico: no se decía que la compra de las manufacturas por los pueblos españoles habría de recompensarse comprándoles sus productos primos, o se decía que habría otro modo de hacérseles comprar, «el resultado inevitable», «el sueño de Clay», «el destino manifiesto»; el verso de Sewall, corría de diario en diario, como lema del canal de Nicaragua: «o por Panamá, o por Nicaragua, o por los dos, porque los dos serán nuestros»: «ya es nuestra la península de San Nicolás en Haití, que es la llave del golfo», triunfó con la fuerza oculta de la leyenda, redoblada con la necesidad inmediata del poder, el partido que venía uniendo en sus promesas la una a la otra.

Y al realizarse el congreso, y chocar los intereses de los manufactureros con los de los criadores y extractores, se ve de realce la imposibilidad de asegurar la venta al fabricante proteccionista sin cerrar en cambio el mercado de la nación, por la entrada libre de los frutos primos a los extractores y criadores proteccionistas; y la necesidad de salir del dilema de perder el poder en las elecciones próximas por falta de su apoyo, o conservar su apoyo por el prestigio de convenios artificiales, obtenidos a fuerza de poder, viene a juntarse, reuniendo el interés general del partido, al constante y creciente del candidato que busca programa a la ocasión de influjo excepcional que ofrece al pueblo que lo espera y prepara desde sus albores, el período de mudanza en que, por desesperación de su esclavitud unos, y por el empuje de la vida los otros, entran los pueblos más débiles e infelices de América, que son, fuera de México, tierra de fuerza original, los pueblos más cercanos a los Estados Unidos. Así el que comenzó por ser ardid prematuro de un aspirante diestro, viene a ser, por la conjunción de los cambios, y aspiraciones a la vida de los pueblos del golfo, de la necesidad urgente de los proteccionistas, y del interés de un candidato ágil que pone a su servicio la leyenda, el planteamiento desembozado de la era del predominio de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América.

Y es lícito afirmar esto, a pesar de la aparente mansedumbre de la convocatoria, porque a ésta, que versa sobre las relaciones de los Estados Unidos con los demás pueblos americanos, no se la puede ver como desligada de las relaciones, y tentativas y atentados confesos, de los Estados Unidos en la América, en los instantes mismos de la reunión de sus pueblos sino que por lo que son estas relaciones presentes se ha de entender cómo serán, y para qué, las venideras; y luego de inducir la naturaleza y objeto de las amistades proyectadas, habrá de estudiarse a cuál de las dos Américas convienen, y si son absolutamente necesarias para su paz y vida común, o si estarán mejor como amigas naturales sobre bases libres, que como coro sujeto a un pueblo de intereses distintos, composición híbrida y problemas pavorosos, resuelto a entrar, antes de tener arreglada su casa, en desafío arrogante, y acaso pueril, con el mundo. Y cuando se determine si los pueblos que han sabido fundarse por sí, y mejor mientras más lejós, deben abdicar su soberanía en favor del que con más obligación de ayudarles no les ayudó jamás, o si conviene poner clara, y donde el universo la vea, la determinación de vivir en la salud de la verdad, sin alianzas innecesarias con un pueblo

agresivo de otra composición y fin, antes de que la demanda de alianza forzosa se encone y haga caso de vanidad y punto de honra nacional, —lo que habrá de estudiarse serán los elementos del congreso, en sí y en lo que de afuera incluye él, para asegurar si son más las probabilidades de que se reconozcan siquiera sea para recomendación, los títulos de patrocinio y prominencia en el continente, de un pueblo que comienza a mirar como privilegio suyo la libertad, que es aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a los pueblos de ella— o de que en esta primera tentativa de dominio, declarada en el exceso impropio de sus pretensiones, y en los trabajos coetáneos de expansión territorial e influencia desmedida, sean más, si no todos, como debieran ser los pueblos que, son la entereza de la razón y la seguridad en que están aún, den noticia decisiva de su renuncia a tomar señor, que los que por un miedo a que sólo habría causa cuando hayan empezado a ceder y reconocido la supremacía, se postren en vez de esquivarlo con habilidad, al paso del Juggernaut desdeñoso, que adelanta en triunfo entre turiferarios alquilones de la tierra invasora aplastando cabezas de siervo.

El **Sun** de Nueva York, lo dijo ayer: «El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase en su carro». Mejor será cerrarle al carro el camino.

Ni la idea de la moneda común es de temer, porque cuanto ayude al trato con los pueblos es un favor para su paz, y una causa menos de encono y recelo, y si se puede acordar, con un sistema de descuentos fijos o con el reconocimiento de un valor convencional, el valor relativo y constante de la plata de diversos cuños, no hay por qué estorbar el comercio sano y apetecible con la fluctuación de la moneda, ni de negar en un tanto al peso de menos plata, el crédito que entre pueblos amigos se concede al peso nominal de papel. Ni sería menos que excelente la proposición del arbitraje, caso de que no fuera con la reserva mental del **Herald** de Nueva York, que no es diario que habla sin saber, y dice que todavía no es hora de pensar en el protectorado sobre la América: sino que eso se ha de dejar para cuando estén las cosas bien fortificadas; y sea tanta la marina que vuelva vencedora de una guerra europea, y entonces, con el crédito del triunfo, será la ocasión de intentar «lo que ha de ser, pero que por falta de fuerzas no se ha de intentar ahora». Excelente cosa sería el arbitraje, si en estos mismos meses hubiesen dado pruebas de quererlo realmente los Estados Unidos en su

vecindad, proponiéndolo a los dos bandos de Haití, en vez de proveer de armas al bando que le ha ofrecido cederle la península de San Nicolás, para echar del país al gobierno legítimo, que no se la quiso ceder. El arbitraje sería cosa excelente, si no hubieran de estar sometidas las cuestiones principales de América, que han de ser dentro de poco, si a tiempo no se ordenan, las de las relaciones con el pueblo de Estados Unidos, de intereses distintos en el universo, y contrarios en el continente, a los de los pueblos americanos, a un tribunal en que, por aquellas maravillas que dieron en México el triunfo a Cortés, y en Guatemala a Alvarado, no fuera a temer, y aun de asegurar que con el poder de la bolsa, o el del deslumbramiento, tuviera el león más votos que los que pudieran oponer al coro de ovejas, el potro valeroso por el gamo infeliz. Cosa excelente sería el arbitraje, si fuera de esperar que en la plenitud de su pujanza sometiera a él sus apetitos la república que, aún adolescente, mandaba a los hermanos generosos que dejasen al hermano sin libertad, y que le respetasen su presa.

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial, del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición, y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que pueden dar de grado ahora. ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o las de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes de que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse, por la razón de estar en un mismo continente, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres?

Ni fuera para alarmar la propuesta de la unión aduanera, que permitiría la entrada libre de lo de cada país en todos los de la unión; porque con anunciarla se viene abajo, pues valdría tanto como ponerse a modelar de nuevo y aprisa quince pueblos para buscar aco-

modo a los sobrantes de un amigo a quien le ha entrado con apremio la necesidad, y quiere que en beneficio de él los vecinos se priven de todo, o de casi todo, lo que tienen compuesto en una fábrica de años para los gastos de la casa; porque tomar sin derechos lo que de los Estados Unidos, que elaboran, en sus talleres cosmopolitas, cuanto conoce y da el mundo, fuera como echar al mar de un puñado la renta principal de las aduanas, mientras que los Estados Unidos seguirían cobrando poco menos que todas las suyas, como de lo que les viene de América no pasan de cinco los artículos valiosos y gravados al entrar: sobre que sería inmoral e ingrato, caso de ser posible por las obligaciones previas, despojar del derecho de vender en los países de América sus productos baratos a los pueblos que sin pedirles sumisión política les adelantan caudales y les conceden créditos, para poner en condición de vender sus productos caros e inferiores a un pueblo que no abre créditos ni adelanta caudales, sino donde hay minas abiertas y provechos visibles, y exige además la sumisión.

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?

Pero el congreso comprenderá la propiedad de desvanecerse en cuanto le sea posible. En tanto, el gobierno de Washington se prepara a declarar su posesión de la península de San Nicolás y acaso, si el ministro Douglas negocia con éxito, su protectorado sobre Haití; Douglas lleva según rumor no desmentido, el encargo de ver cómo inclina a Santo Domingo al protectorado: el ministro Palmer negocia a la callada en Madrid la adquisición de Cuba: el ministro Migner, con escándalo de México, azuza a Costa Rica contra México de un lado y Colombia de otro: las empresas norteamericanas se han adueñado de Honduras: y fuera de saber si los hondureños tienen en la riqueza del país más parte que la necesaria para amparar a sus consorcios y si está bien a la cabeza de un diario del gobierno anexionista reconocido: por los provechos del canal, las visiones del progreso, están con las dos manos en Washington, Nicaragua y Costa Rica; un pretendiente a la presidencia hay en Costa Rica, que prefiere a la unión de Centroamérica la anexión a los Estados Unidos: no hay amistad más ostensible que la del presidente de Colombia para el congreso y sus planes: Venezuela aguarda entusiasta a que Washington saque de la Guayana a Inglaterra, que Washingtor

no se puede sacar del Canadá; a que confirme gratuitamente en la posesión de un territorio a un pueblo de América, el país que en ese mismo instante fomenta una guerra para quitarle la joya de su comarca y la llave del golfo de México a otro pueblo americano; el país que rompe en aplausos en la casa de representantes cuando un Chipman declara que es ya tiempo de que ondee la bandera de las estrellas en Nicaragua como un Estado más del Norte.

Y el **Sun** dice así: «Compramos a Alaska ¡sépase de una vez! para notificar al mundo que es nuestra determinación formar una unión de todo el norte del continente con la bandera de las estrellas flotando desde los hielos hasta el istmo, y de océano a océano». Y el **Herald** dice: «La visión de un protectorado sobre las repúblicas del sur llegó a ser idea principal y constante de Henry Clay». **El Mail and Express,** amigo íntimo de Harrinson, por una razón, y de Blaine por otra, llama a Blaine «el sucesor de Henry Clay, del gran campeón de las ideas americanas». «No queremos más que ayudar a la prosperidad de esos pueblos», dice el **Tribune.** Y en otra parte dice hablando de otro querer: «Esos pueden ser resultados definitivos y remotos de la política general que deliberadamente adoptaron ambos partidos en el congreso». «No estamos listos todavía para ese movimiento», dice **Herald:** «Blaine se adelanta a los sucesos como unos cincuenta años», ¡A crecer, pues, pueblos de América, antes de los cincuenta años!

Nótase pues, en la opinión escrita, mirando a lo hondo, una como idea táctica e imperante, visible en el mismo cuidado que ponen los más justos en no herirla de frente, como que nadie tacha de inmoral, ni de trabajo de salteador, aunque lo sería, la intentona de llevar por América en los tiempos modernos la civilización ferrocarrilera como Pizarro llevó la fe de la cruz; y la censura está a lo más en no hablar de las acciones por venir, ya porque, en lo real del caso de Haití, iniciaron los demócratas, a pesar de su moderación, la misma política de conquista de los republicanos, y fueron los demócratas en verdad los que con la compra de la Luisiana la inauguraron bajo Jefferson, ya porque la prensa vive de oír, y de obedecer la opinión más que de guiarla, por lo cual no osa condenar las alegaciones con que pudiera enriquecerse el país, aunque luego de hechas no haya de faltar quien las tache de crimen, como a la de Texas, que llaman crimen a secas Dana, y Janvier, y los biógrafos de Lincoln, por más que fuera mejor impedirlas antes de ser, que lamentarlas cuando han sido. Pero sí ha de notarse, porque es, que en lo más estimable de

la prensa se pone de realce la imposibilidad de que el congreso venga a fines reales de comercio, por la oposición de soberanía de cada país con el rendimiento de ella que el congreso exige, y la de la política de las concesiones recíprocas que la convocatoria apunta, con la de resistencia a la reciprocidad, a que de raíz están obligadas los que reúnen a los pueblos de América para fingir, por aparato eleccionario o fin oculto, que la violan.

Eso de la admiración ciega, por pasión de novicio o por falta de estudio, es la fuerza mayor con que cuenta en América la política que invoca, para dominar en ella, un dogma que no necesita en los pueblos americanos de ajena invocación, porque de siglos atrás, aún antes de entrar en la niñez libre, supieron rechazar con sus pechos al pueblo más tenaz y poderoso de la tierra, y luego le han obligado al respeto por su poder natural, y la prueba de su capacidad, solos. ¿A qué invocar, para extender el dominio en América, la doctrina que nació tanto de Monroe como de Canning, para impedir en América el dominio extranjero, para asegurar a la libertad un continente? ¿O se ha de invocar el dogma contra un extranjero para traer a otro? ¿O se quita la extranjería, que está en el carácter distinto, en los distintos intereses, en los propósitos distintos, por vestirse de libertad, y privar de ella con los hechos, —o porque viene con el extranjero el veneno de los empréstitos, de los canales, de los ferrocarriles: ¿O se ha de pujar la doctrina en toda su fuerza sobre los pueblos débiles de América, el que tiene al Canadá por el Norte, y a las Guayanas y a Bélice por el Sur, y mandó mantener, y mantuvo a España y le permitió volver, a sus propias puertas, al pueblo americano de donde había salido?

¿A qué fingir miedos de España, que para todo lo que no sea exterminar a sus hijos en las Antillas está fuera de América, y no la puede recobrar por el espíritu, porque la hija se le adelanta a par del mundo nuevo, ni por el comercio, porque no vive la América de pasas y aceitunas, ni tiene España en los pueblos americanos más influjos que el que pudiera volver a darle, por causas de raza y de sentimientos, el temor o la antipatía o la agresión norteamericana? ¿O los pueblos mayores de América, que tienen la capacidad y la voluntad de resistirla, se verían abandonados y comprometidos por las repúblicas de su propia familia que se les debían allegar, para detener, con la fuerza del espíritu unificado, al adversario común, que pudo mostrar su pasión por la libertad ayudando a Cuba a conquistarla de España, en vez de ayudar contra

la libertad a España, que le profanó sus barcos, y le tasó a doscientos pesos las cabezas que quitó a balazos a sus hijos? ¿O son los pueblos de América estatuas de ceguedad, y pasmos de inmundicia?

La admiración justa por la prosperidad de los hombres liberales y enérgicos de todos los pueblos, reunidos a gozar de la libertad, obra común del mundo, en una extensión segura, varia y virgen, no ha de ir hasta excusar los crímenes que atenten contra la libertad el pueblo que se sirve de su poder y de su crédito para crear en forma nueva el despotismo. Ni necesitan ir de pajes de un pueblo los que en condiciones inferiores a las suyas han sabido igualarlo y sobrepujarlo. Ni tienen los pueblos libres de América razón para esperar que les quite de encima al extranjero molesto el pueblo que acudió con su influjo a echar de México al francés, traído acaso por el deseo de levantarle valla al poder sajón en el equilibrio descompuesto del mundo, cuando el francés de México, le amenazaba por el sur con la alianza de los estados rebeldes, de alma aún latina; el pueblo que por su interés echó al extranjero europeo de la república libre a que arrancó en una guerra criminal una comarca que no le ha restituido. Walker fue a Nicaragua por los Estados Unidos; por los Estados Unidos, fue López a Cuba. Y ahora cuando ya no hay esclavitud con qué excusarse, está en pie la liga de anexión; habla Allen de ayudar a la de Cuba; Va Douglas a procurar la de Haití y Santo Domingo. Tantea Palmer la venta de Cuba en Madrid, fomentan en las Antillas la anexión con raíces en Washington, los diarios vendidos de Centroamérica; y en las Antillas Menores, dan cuenta incesante los diarios del norte, del progreso de la idea anexionista; insiste Washington en compeler a Colombia a reconocerle en el istmo derecho dominante y privarle de la facultad de tratar con los pueblos sobre su territorio; y adquieren los Estados Unidos, en virtud de la guerra civil que fomentaron, la península de San Nicolás en Haití. Unos dan «el sueño de Clay» por cumplido. Otros creen que se debe esperar medio siglo más: otros, nacidos en la América española creen que se debe ayudarlo.

El congreso internacional será el recuento del honor en que se vea quienes defienden con energía y mesura la independencia de América española, donde está el equilibrio del mundo; o si hay naciones capaces, por el miedo o el deslumbramiento, o el hábito de servidumbre o en el interés de consentir, sobre el continente ocupado por dos pueblos de naturaleza y objetos distintos, en mermar con su deserción las fuerzas indispensables, y ya pocas, con que podrá a

la familia de una nacionalidad contener con el respeto que imponga y la cordura que demuestre, la tentativa de predominio, confirmada por los hechos coetáneos; de un pueblo criado en la esperanza de la dominación continental, a la hora en que se pintan, en apogeo común, el ansia de mercados de sus industrias pletóricas, la ocasión de imponer a naciones lejanas y a vecinos débiles el protectorado ofrecido en las profesías, la fuerza material necesaria para el acometimiento, y la ambición de un político rapaz y atrevido.

Y eran los últimos instantes de la conferencia: era la tarde última. Ya esperaba encendido el vapor que había de llevar a los delegados a la visita de Mount Vernon: ya estaba dispuesto con los enseres de oro el tren que debía llevar a los delegados al paseo del sur, y volvió del paseo interrumpido, por que solo dos delegados curiosos fueron en él, uno de Venezuela y otro de Colombia. Que los delegados no iban, que su negativa tenía a Blaine airado. Que Henderson no cejaba un ápice en su oposición a que se condenase la conquista. Que Blaine se dio primero al plan de temor de que le fallase el arbitraje: y cuando saco el arbitraje que pudo, volvió a sacar el águila y no hallaba modo de sofocar el «americanismo intenso» que le celebran a su enemigo Henderson. Que Chile podría tener a México por amigo, puesto que a México le suponen, los que no lo conocen, apetitos centroamericanos. Que por el miedo de descontentar a los Estados Unidos, que iba a tener a su lado a México y Chile, pudieron otros países de poca espina irse con ellos, y dejar el proyecto del honor sin suficiente amparo. Al lado de Chile, inmutable, Bolivia crispada. El Paraguay, cosido a Bolivia. El Perú, pálido. Y empieza la votación. ¿Cuál será el pueblo de América que se niegue a declarar que es un crimen la ocupación de la propiedad de un pueblo hermano, que se reserva a sabiendas, el derecho de arrebatar por la fuerza su propiedad a un pueblo de su propia familia? ¿Chile acaso? No: Chile no vota contra la conquista, pero es quien es y se abstiene de votar, no vota por ella. ¿México tal vez? México no: México es tierra de Juárez, y no de Taylors.

Y uno tras otro, los pueblos de América, votan en pro del proyecto contra la conquista. «Sí, dice cada uno, y cada uno lo dice más alto.» Un solo «no» resuena: el «no» de los Estados Unidos, Blaine con la cabeza baja, cruza solo el salón. Los diez delegados del norte le siguen, en tumulto, a la secretaría.. En el salón se oye a Quintana, defendiendo el proyecto, en la discusión de artículos, de la tacha

de ineficaz y redundante que le pone el delegado de Colombia, el gramático Martínez Silva: «El proyecto no quiere, decía Quintana, reabrir el proceso de culpas pasadas sino impedir que los pueblos de América se manchen la honra con nuevas culpas, y conquistándose entre sí, conviden, y acaso justifiquen, la conquista ajena». «¡Eficacia! ¿pues qué fuerza es a la larga mayor en el mundo que de la de condenación moral, que es la sombra del crimen, y acaba con él, y no hay fuerza material que le resista?» Y se oía de lejos la voz: «Yo no quiero recordar las guerras fratricidas de Amé-ca sino para deplorarlas».

BASES DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

Artículo 1º El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3º El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4º El Partido Revolucionario Cubano, no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones

* Aprobadas el 5 de enero de 1892 en Cayo Hueso por representantes de distintas agrupaciones políticas independentistas, y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubana y puertorriqueña el 10 de abril del mismo año. (N. de la E.)

más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5º El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 6º El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza con un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7º El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hechos o declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos, con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8º El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I. Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II. Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III. Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV. Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V. Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sagre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Artículo 9º El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme a los estatutos secrétos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

T. I, pp. [279]-280.

ESTATUTOS SECRETOS DEL PARTIDO

1

El Partido Revolucionario Cubano se compone de todas las asociaciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él.

2

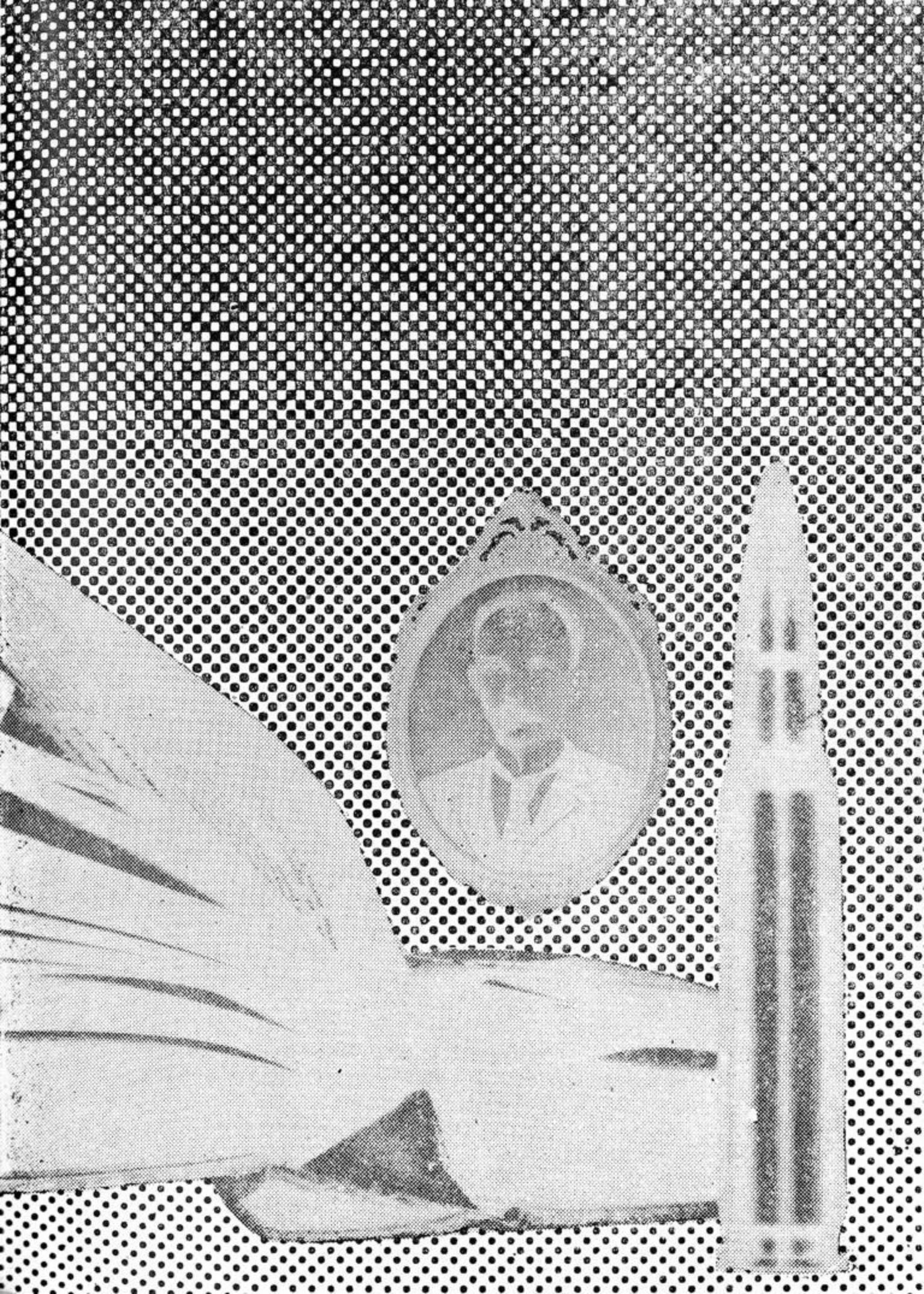
El Partido Revolucionario Cubano funcionará por medio de las Asociaciones independientes, que son las bases de su autoridad, de un Cuerpo de Consejo constituido en cada localidad con los Presidentes de todas las Asociaciones de ella, y de un Delegado y Tesorero, electos anualmente por las Asociaciones.

3

Los deberes de las Asociaciones son:

1. Adelantar por toda especie de trabajos, los fines generales del programa del Partido, y realizar las tareas especiales que la ocasión, o los recursos y situación de cada localidad hiciesen necesarios, y de las cuales serán instruidos por sus Presidentes.

2. Allegar, y tener bajo su custodia, los fondos de guerra.



3. Contribuir, por la cuota fijada que las necesidades corrientes impongan, y por los medios extraordinarios que sean posibles, a los fondos de acción.

4. Unir y disponer para la acción, dentro del pensamiento general, por la atracción y la cordialidad, cuantos elementos de toda especie le sean allegables.

5. Impedir que se desvíen de la obra común los elementos revolucionarios.

6. Recoger y poner en conocimiento del Delegado por medio del Cuerpo de Consejo todos los datos que le puedan ser útiles para la organización revolucionaria dentro y fuera de la Isla.

4

Los deberes del Cuerpo de Consejo son:

1. Fungir de intermediario continuo entre las Asociaciones y el Delegado.

2. Aconsejar y promover cuanto conduzca a la obra unida de las Asociaciones de la localidad.

3. Aconsejar al Delegado los recursos y métodos que las Asociaciones sugieran, o sugieran los Presidentes reunidos en el Cuerpo de Consejo.

4. Examinar y autorizar las elecciones de cada localidad.

5. Dar noticia quincenal al Delegado de los trabajos de las Asociaciones e indicaciones del Cuerpo de Consejo, y exigir del Delegado cuantas explicaciones se requieran para el mejor conocimiento del espíritu y métodos con que el Delegado cumpla con su encargo.

5

Los deberes del Delegado son:

1. Procurar, por cuantos medios quepa, la realización, sin atenuación de demora, de los fines del programa.

2. Extender la organización revolucionaria en el exterior, y muy principalmente en el interior, y procurar el aumento de los fondos de guerra y de acción.

3. Comunicar a los Cuerpos de Consejo cuantas noticias o encargos se requieran a su juicio para la eficacia de su cooperación en la obra general.

4. Disponer económicamente de los fondos de acción que se alleguen.

5. Hacer visar por el Tesorero todos los pagos de su fondo de acción, y en caso de guerra todos los pagos que se hubieran de hacer por los servicios que por su naturaleza general recayesen en sus manos.

6. Arbitrar todos los recursos posibles de propaganda y publicación y de defensa de las ideas revolucionarias, y mantener los elementos de que disponga en la condición más favorable a la guerra inmediata que sea posible.

7. Rendir cuenta anual, con un mes por lo menos de anticipación a las elecciones, de los fondos de acción que hubiese recibido y de su empleo, y caso de guerra, de los fondos que hubiere cumplido emplear.

6

Los deberes del Tesorero son:

1. Visar todos los pagos que el Delegado autorice.

2. Llevar las cuentas de los fondos recibidos y su distribución.

3. Responder de los fondos que por el Delegado se le entreguen en depósito.

4. Rendir, en unión del Delegado, cuenta anual de la inversión y estado de los fondos.

7

Cada Cuerpo de Consejo eligirá un Presidente y un Secretario, que recibirán y distribuirán entre los Presidentes de las Asociaciones las comunicaciones del Delegado, y autorizarán las comunicaciones que los Presidentes de las Asociaciones deseen dirigir al Delegado.

8

Caso de vacante de una Presidencia de organización, entrará a llenarla el que resulte electo Presidente.

9

Caso de muerte o desaparición del Delegado, el Tesorero lo pondrá inmediatamente en conocimiento de los Cuerpos de Consejo, para proceder sin demora a nueva elección.

10

Caso de que un Cuerpo de Consejo creyera por mayoría de votos inconveniente la permanencia del Delgado en su cargo, tendrá derecho de dirigirse a los demás Cuerpos de Consejo exponiéndole su opinión fundamentada, y el Delegado se considerará depuesto si así lo declaran los votos de todos los Cuerpos de Consejo.

11

Caso de creer un Consejo por mayoría de votos conveniente alguna reforma a las Bases y Estatutos, pedirá al Delegado que proponga la reforma a los demás Cuerpos; y el Delegado, una vez acordada estará a ella.

12

No podrá votar en las elecciones anuales de Delegado y Tesorero sino la Asociación que cumpla con los deberes de las Bases y los Estatutos, y cuente, por lo menos, veinte socios conocidos y activos.

13

Cada asociación tendrá un voto por cada grupo de veinte a cien miembros.

T. I, pp. 281-284.

NUESTRAS IDEAS *

Nace este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de New York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las Islas, y su constitución republicana venidera; para mantener la amistad entrañable que une, y debe unir, a las agrupaciones independientes entre sí, y a los hombres buenos y útiles de todas las procedencias, que persistan el sacrificio de la emancipación, o se inicien sinceramente en él; para explicar y fijar las fuerzas vivas y reales del país, y sus gérmenes de composición y descomposición, a fin de que el conocimientos de nuestras deficiencias y errores, y de nuestros peligros, asegure la obra a que no bastaría la fe romántica y desordenada de nuestro patriotismo; y para fomentar y proclamar la virtud donde quiera que se la encuentre. Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico. Deja a la puerta —porque afean el propósito más puro— la preocupación

* Publicado en **Patria**, el 14 de marzo de 1892. (N. de la E.)

personal por donde el juicio oscurecido rebaja al deseo propio las cosas santas de la humanidad y la justicia, y el fanatismo que aconseja a los hombres un sacrificio cuya utilidad y posibilidad no demuestra la razón.

Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable.

Es criminal quien ve ir al país a un conflicto que la provocación fomenta y la desesperación favorece, y no prepara, o ayuda a preparar, el país para el conflicto. Y el crimen es mayor cuando se conoce, por la experiencia previa, que el desorden de la preparación pueden acarrear la derrota del patriotismo más glorioso, o poner en la patria triunfante los gérmenes de su disolución definitiva. El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda ya a disolver el país. La simple creencia en la probabilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o impedir que se malee, la guerra probable. Los fuertes prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz.

La guerra, en un país que se mantuvo diez años en ella, y ve vivos y fieles a sus héroes, es la consecuencia inevitable de la negación continua, disimulada o descarada, de las condiciones necesarias para la felicidad a un pueblo que se resiste a corromperse y desordenarse en la miseria. Y no es del caso preguntarse si la guerra es apetecible o no, puesto que ninguna alma piadosa la puede apetecer, sino ordenarla de modo que con ella venga la paz republicana, y después de ella no sean justificables ni necesarios los trastornos a que han tenido que acudir, para adelantar, los pueblos de América que vinieron al mundo, en años en que no estaban en manos de todos, como hoy están, la pericia política y el empleo de la fuerza nacional en el trabajo. Ni la guerra asusta sino a las almas mediocres, incapaces de preferir la dignidad peligrosa a la vida inútil.

En lo presente y relativo es la guerra desdicha espantosa, en cuyos dolores no se ha de detener un estadista previsor; como es el oro preciado metal, y no se lamenta la moneda de oro si se la da en cambio de lo que vale más que ella. Cuando los componentes de un país viven en un estado de batalla sorda, que amarga las relaciones más naturales, y perturba y tiene como sin raíces la existencia, la

precipitación de ese estado de guerra indeciso en la guerra decisiva es un ahorro recomendable de la fuerza pública. Cuando las dos entidades hostiles de un país viven en él con la aspiración, confesa o callada, al predominio, la convivencia de las dos sólo puede resultar en el abatimiento irremediable de una. Cuando un pueblo compuesto por la mano infausta de sus propietarios con elementos de odio y de disociación, salió de la primer prueba de guerra, por sobre las disensiones que la acabaron, más unido que cuando entró en ella, la guerra vendría a ser, en vez de un retardo de su civilización, un período nuevo de la amalgama indispensable para juntar sus factores diversos en una república segura y útil. Cuando la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que sólo puede ser feliz sin ella, la guerra tiene de aliados naturales a todos los españoles que quieran ser felices.

La guerra es un procedimiento político, y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba, porque con ella se resolverá definitivamente una situación que mantiene y continuará manteniendo perturbada el temor de ella; porque por la guerra, en el conflicto de los propietarios del país, ya pobres y desacreditados entre los suyos, con los hijos del país, amigos naturales de la libertad, triunfará la libertad indispensable al logro y disfrute del bienestar legítimo; porque la guerra rematará la amistad y fusión de las comarcas y entidades sociales sin cuyo trato cercano y cordial hubiera sido la misma independencia un semillero de graves discordias; porque la guerra dará ocasión a los españoles laboriosos de hacer olvidar, con su neutralidad o con su ayuda, la crueldad y ceguera con que en la lucha pasada sofocaron la virtud de sus hijos; porque por la guerra se obtendrá un estado de felicidad superior a los esfuerzos que se han de hacer por ella.

La guerra es, allá en el fondo de los corazones , allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable del sacrificio humano. Unos hombres piensan en sí más que en sus semejantes, y aborrecen los procedimientos de justicia de que les puedan venir incomodidades o riesgos. Otros hombres aman a sus semejantes más que a sí propios, a sus hijos más que la misma vida, al bien seguro de la libertad más que al bien siempre dudoso de una tiranía incorregible, y se ex-

ponen a la muerte por dar la vida a la patria. Así, cuando los elementos contendientes en las Islas demuestran la imposibilidad de avenirse en la justicia y el honor, y el avenimiento siempre parcial que pudiesen pretender no sería sancionado por la nación de que ambos dependen, ni sería más que una loable e insuficiente moratoria, —proclaman la guerra los que son capaces del sacrificio, y sólo la rehúyen los que son incapaces de él.

Pero si la guerra hubiese de ser el principio de una era de revueltas y de celos, que después de una victoria inmerecida e improbable, convirtiese el país, sazonado con nuestra sangre pura, en arena de disputas locales o escenario de ambiciosas correrías; si la guerra hubiese de ser el consorcio apresurado y desleal de los hombres cultos de más necesidades que empuje, y la autoridad impaciente y desdeñosa que por causas naturales, y en parte nobles, suele crear la milicia, si hubiese la guerra de ser el predominio de una entidad cualquiera de nuestra población, con norma y desasosiego de los demás, y no el modo de ajustar en el respeto común las preocupaciones de la susceptibilidad y las de la arrogancia, —como parricidas se habría de acusar a los que fomentaran y aconsejasen la guerra. Y en la lucha misma que no viniera por aconsejada, sino por inevitable, el honor sólo sería para los que hubiesen extirpado, o procurado extirpar, sus gérmenes temibles: y el oprobio sería de cuantos, por la intriga o el miedo, hubiesen contribuido a impedir que las fuerzas todas de la lucha se combinasen, sin exclusiones injustas e imprudentes, en tal relación que desde los arranques pusiera a la gloria fuera del peligro del deslumbramiento, y a la libertad donde no la pudiera alcanzar la tiranía. Pero este periódico viene a mantener la guerra que anhelan juntos los héroes de mañana, que aconsejan del juicio su fervor, y los héroes de ayer, que sacaron ilesa de la lección de los diez años su fe en el triunfo; la guerra única que el cubano, libre y reflexivo por naturaleza, pide y apoya, y es la que, en acuerdo con la voluntad y necesidades del país, y con las enseñanzas de los esfuerzos anteriores, junte en sí, en la proporción natural, los factores todos, deseables o irremediables, de la lucha inminente; y los conduzca, con esfuerzo grandioso y ordenado, a una victoria que no hayan de deslucir un día después los conatos del vencedor o la aspiración de las parcialidades descontentas, ni estorbe con la política verbosa y femenil el empleo de la fuerza nacional en las labores urgentes del trabajo.

Ama y admira el cubano sensato, que conoce las causas y excusas de los yerros, a aquellos hombres valerosos que rindieron las armas a la ocasión funesta, no al enemigo; y brilla en ellos aún el alma desinteresada que los héroes nuevos, en la impaciencia de la juventud, los envidian con celos filiales. Crían las guerras, por el exceso de las mismas condiciones que dan para ellas especial capacidad, o por el poder legítimo que conserva sobre el corazón el que estuvo cerca de él a la hora de morir, hábitos de autoridad y de compañerismo cuyos errores, graves a veces, no han de entibiar, en los que distinguen en ellos lo esencial de la virtud, el agradecimiento de hijo. Pero la pureza patriótica de aquellos hombres que salieron del lujo a la pelea, el roce continuo de caracteres y méritos a que la guerra dilatada dio ocasión, y el decoro natural de quien lleva en el pecho un corazón probado en lo sublime, dio a Cuba una milicia que no pone, como otras, la gloria militar por encima de la patria. Arando en los campos, contando en los bancos, enseñando en los colegios, comerciando en las tiendas, trabajando con sus manos de héroe en los talleres, están hoy los que ayer, ebrios de gloria, peleaban por la independencia del país. Y aguardan impacientes a la generación que ha de emularlos.

Late apresurado el corazón al saludar, desde el seguro extranjero, a los que bajo el poder de un dueño implacable se disponen en silencio a sacudirlo. Ha de saberse, allá donde no queremos nutrir con los artes inútiles de la conspiración el cadalso amenazante, que los cubanos que sólo quieren de la libertad ajena el modo de asegurar la propia, aman a su tierra demasiado para trastornarla sin su consentimiento; y antes perecerían en el destierro ansiosos, que fomentar una guerra en que cubano alguno, o habitante neutral de Cuba, tuviera que padecer como vencido. La lucha que se empeña para acabar una disensión, no ha de levantar otra. Por las puertas que abramos los desterrados, por más libres mucho menos meritorios, entrarán en el alma radical de la patria nueva los cubanos que con la prolongada servidumbre sentirán más vivamente la necesidad de sustituir a un gobierno de preocupación y señorío, otro por donde corran, francas y generosas, todas las fuerzas del país. El cambio de mera forma no merecería el sacrificio a que nos aprestamos; ni bastaría una sola guerra para completar una revolución cuyo primer triunfo sólo diese por resultado la mudanza de sitio de una autoridad injusta. Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento,

las entidades que el puntillo o el interés pudiera traer a choque; y ha de levantarse, en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos. Habrá de defenderse con prudencia y amor esta novedad victoriosa de los que en la revolución no vieron más que el poder de continuar rigiendo el país con el ánimo que censuraban en sus enemigos. Pero esta misma tendencia excesiva hacia lo pasado, tiené en las repúblicas igual derecho al respeto y a la representación que la tendencia excesiva al porvenir. Y la determinación de mantener la patria libre en condiciones en que el hombre pueda aspirar por su pleno ejercicio a la ventura, jamás se convertirá, mientras no nazcan cubanos hasta hoy desconocidos, o no ande la idea de guerra en manos diversas, en pelea de exclusión y desdén de aquellos con quienes en lo íntimo del alma tenemos ajustada, sin pálabras, una gloriosa cita. La guerra se dispone fuera de Cuba, de manera que, por la misma amplitud que pudiera alarmar a los asustadizos, asegure la paz que les trastornaría una guerra incompleta. La guerra se prepara en el extranjero para la redención y beneficio de todos los cubanos. Crece la yerba espesa en los campos inútiles: cunden las ideas postizas entre los industriales impacientes; entra el pánico de la necesidad en los oficios desiertos del entendimiento, puesto hasta hoy principalmente en el estudio literario e improductivo de las civilizaciones extranjeras, y en la disputa de derechos casi siempre inmorales. La revolución cortará la yerba; reducirá a lo natural las ideas industriales postizas; abrirá a los entendimientos pordioseros empleos reales que aseguren, por la independencia de los hombres, la independencia de la patria. Revienta allí ya la gloria madura, y es la hora de dar la cuchillada.

Para todos será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos, y por una ley que no está en mano de hombre evitar, los que se excluyen de la revolución, por arrogancia de señorío o por reparos sociales, serán, en lo que no choque con el derecho humano, excluidos del honor e influjo de ella. El honor veda al hombre pedir su parte en el triunfo a que se niega a contribuir; y pervierte ya mucho noble corazón la creencia, justa a cierta luz, en la inutilidad del patriotismo. El patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo, que ven crecer el mal innecesario, y le procuran honradamente alivio.

El patriotismo es un deber santo, cuando se lucha por poner la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres. Apena ver insistir en sus propios derechos a quien se niega a luchar por el derecho ajeno. Apena ver a hermanos de nuestro corazón negándose, por defender aspiraciones pecuniarias, a defender la aspiración primera de la dignidad. Apena ver a los hombres reducirse, por el mote exclusivo de obreros, a una estrechez más dañosa que benigna; porque este aislamiento de los hombres de una ocupación, o de determinado círculo social, fuera de los acuerdos propios y juiciosos entre personas del mismo interés, provocan la agrupación y resistencia de los hombres de otras ocupaciones y otros círculos; y los turnos violentos en el mando, y la inquietud continua que en la misma república vendría de estas parcialidades, serían menos beneficiosos a sus hijos que un estado de pleno decoro en que, una vez guardados los útiles de la labor de cada día, sólo se distinguiera un hombre de otro por el calor del corazón o por el fuego de la frente.

Para todos los cubanos, bien procedan del continente donde se calcina la piel, bien vengan de pueblos de una luz más mansa, será igualmente justa la revolución en que han caído, sin mirarse los colores, todos los cubanos. Si por igualdad social hubiera de entenderse, en el sistema democrático de igualdades, la desigualdad injusta a todas luces, de forzar a una parte de la población, por ser de un color diferente de la otra, a prescindir en el trato de la población de otro color de los derechos de simpatía y conveniencia que ella misma ejercita, con aspereza a veces, entre sus propios miembros, la «igualdad social» sería injusta para quien la hubiese de sufrir, e indecorosa para los que quisiesen imponerla. Y mal conoce el alma fuerte del cubano de color, quien crea que un hombre culto y bueno, por ser negro, ha de entrometerse en la amistad de quienes, por negársela, demostrarían serle inferiores. Pero si igualdad social quiere decir el trato respetuoso y equitativo, sin limitaciones de estimación no justificada por limitaciones correspondientes de capacidad o de virtud, de los hombres, de un color o de otro, que puedan honrar y honran el linaje humano, la igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza.

Y como es ley que los hijos perdonen los errores de los padres, y que los amigos de la libertad abran su casa a cuantos la amen y respeten, no sólo a los cubanos será beneficiosa la revolución en Cuba, y a los puertorriqueños la de Puerto Rico, sino a cuantos acaten sus designios y ahorren su sangre. No es el nacimiento en la tierra de

España lo que abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre; contra el esposo aventurero, no contra el esposo leal; contra el transeúnte arrogante e ingrato, no contra el trabajador liberal y agradecido. La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España. El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia: el padre se ha despojado de las insignias de su empleo en las armas para que sus hijos no se tuviesen que ver un día frente a él; un español ilustre murió por Cuba en el patíbulo: los españoles han muerto en la guerra al lado de los cubanos. Los españoles que aborrecen el país de sus hijos, serán extirpados por la guerra que han hecho necesaria. Los españoles que aman a sus hijos, y prefieren las víctimas de la libertad a sus verdugos, vivirán seguros en la república que ayuden a fundar. La guerra no ha de ser para el exterminio de los hombres buenos, sino para el triunfo necesario sobre los que se oponen a su dicha.

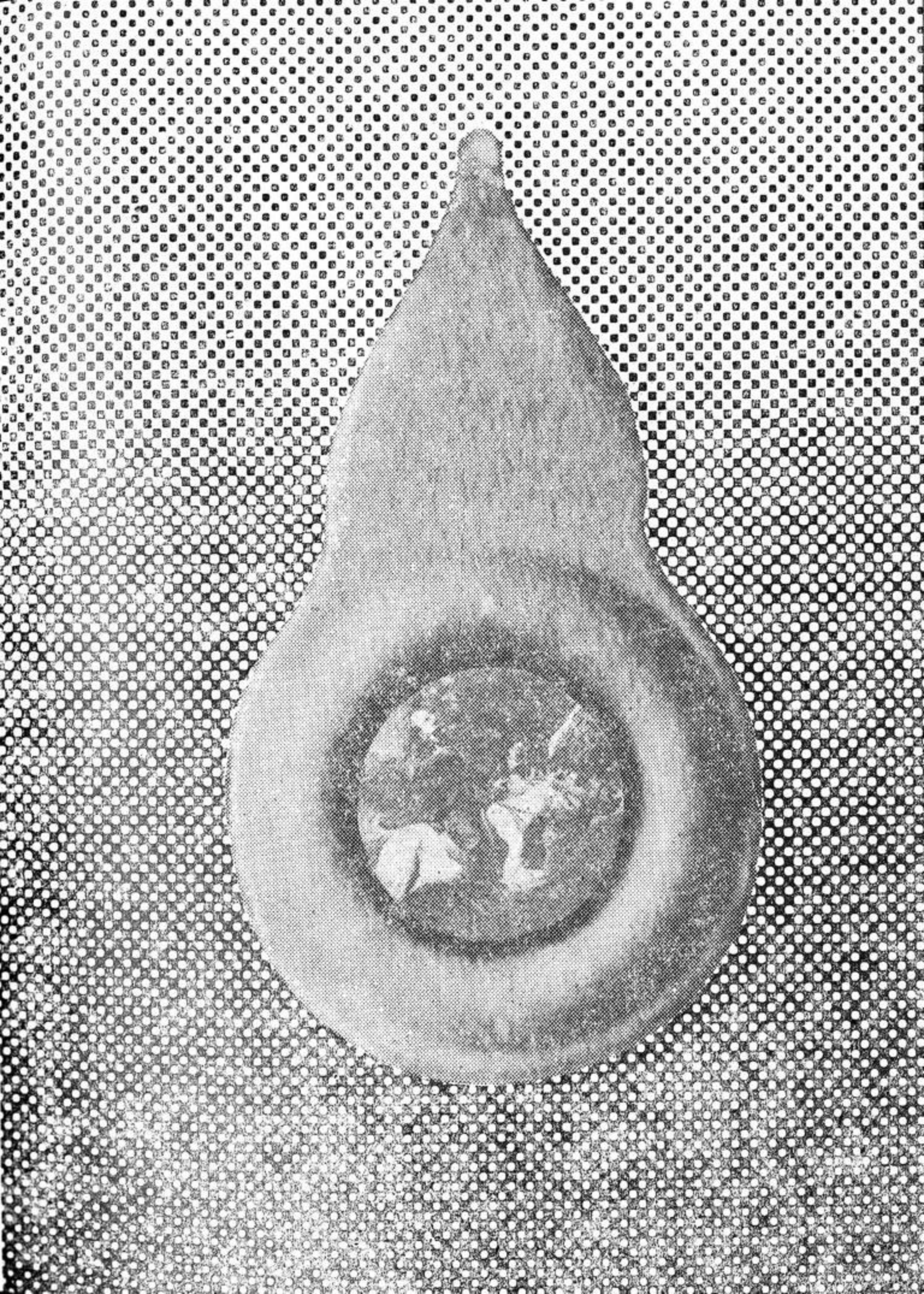
Es el hijo de las Antillas, por favor patente de su naturaleza, hombre en quien la moderación del juicio iguala a la pasión por la libertad; y hoy que sale el país, con el mismo desorden con que salió hace veinticuatro años, de una política de paz inútil que sólo ha sido popular cuando se ha acercado a la guerra, y no ha llevado la unión de los elementos allegables más lejos al menos de donde estuvieron hace veinticuatro años, álzase a la vez a remediar el desorden, con prudencia de estadistas y fuego apostólico, los hijos vigilantes que han empleado la tregua en desentrañar y remediar las causas accidentales de la tristísima derrota, y en juntar a sus elementos aún útiles las fuerzas nacientes, a fin de que no caiga la mano enemiga, perita en la persecución, sobre los que sin esta levadura de realidad pudieran volver al desconcierto e inexperiencia por donde vino a desangrarse y morir la robusta gloria de la guerra pasada. Se encienden los fuegos, y vuelve a cundir la voz; en el mismo hogar tímido, cansado de la miseria, restalla la amenaza; va en silencio la juventud a venerar la sepultura de los héroes: y el clarín resuena a la vez en las asambleas de los emigrados y en las de los colonos. Nace este periódico, a la hora del peligro, para velar por la libertad, para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden.

T. 1, pp. [315]-322.

LA REVOLUCION *

Ni con la lisonja, ni con la mentira, ni con el alboroto, se ayuda verdaderamente a una obra justa. La virtud es callada, en los pueblos como en los hombres. Partido cacareador, partido flojo. Hasta de ser justo con quienes lo merecen debe tener miedo un partido político, no sea que la justicia parezca adulación; la verdad no anda buscando saludos, ni saludando: sólo los pícaros necesitan tinieblas y cómplices: los partidos políticos suelen halagar, melosos, a la muchedumbre de que se sustentan, a reserva de abandonarla, cobardes, cuando con su ayuda hayan subido a donde puedan emanciparse de ella. Tantos logreros le salen a la libertad, tanta alma mercenaria medra con su defensa, tanto aristo astuto enmascara con la arenga piadosa el orgullo de su corazón, que da miedo —por no parecérseles— hablar de libertad. Lo bueno es fundarla calladamente. Lo bueno es servirla, sin pensar en la propia persona. De los hombres y de sus pasiones, de los hombres y de sus virtudes, de los hombres y de sus intereses se hacen los pueblos. Los enemigos de la libertad de un pueblo, no son tantos los forasteros que lo oprimen, como la timidez y la vanidad de sus propios hijos. El oficio de los libertadores no es devorarse entre sí, y codearse unos a otros ante la muchedumbre, y mirar hosco al que les cierra el paso, y derretirlo con el fuego de los ojos, y echarlo atrás a uñadas y mordeduras, y ponerse delante, a donde todo el mundo lo vea, como la odalisca que llegó por fin a atraer las miradas del sultán: el oficio de los libertadores no es alquilar elocuencias, pagar plumas, adular a satélites, acaudillar bandos, asalariar hipócritas, encubrir espías, costear vicios, pensionar desvergüenzas: ni ir de oído en oído cosquilleando el patriotismo, mendigando el cumplimiento del deber, ofendiendo a los hombres con la suposición de que es preciso hurgarles o mentirles para que tengan fe en sí propios o en la patria, denunciando puerilmente la labor revolucionaria, que en la idea ha de ser pública y en la acción toda secreta, —es oficio de los libertadores. Los que trabajan para sí o para su popularidad o para mantenerse siempre donde se aplauda o se vea, sin ver el daño que a su patria causen, publicarán su actividad, por no parecer inactivo; hablarán hinchadamente, porque no se les tache

* Publicado en **Patria** el 16 de marzo de 1894. (N. de la E.)



de moderados; vocearán a todos los vientos lo que hacen, para que se les premie y se les vitoree, aunque cada palmada que salude su imprudencia sea la señal para la prisión de un hombre bueno o la muerte de un héroe futuro en el patíbulo. Los que no trabajan para sí, sino para la patria; los que no aman la popularidad, sino al pueblo; los que no aman la misma vida sino por el bien que pueden hacer en ella, ésos, mano a mano con todos los hombres honrados, con los que no necesitan lisonja ni carteo, con los que no sacan de la vanidad su patriotismo sino de la virtud, llevan adelante, aunque de las gotas de su corazón vayan regando el amargo camino, la obra de ligar los elementos dispersos y hostiles que son indispensables a la explosión de la libertad y a su triunfo, —de exaltar las virtudes de manera que puedan más que las tentaciones y máculas de los virtuosos,— de pasar por entre las vanidades erguidas de modo que la hermandad y mansedumbre, y voluntaria humillación, triunfen sobre el susto de los ambiciosos o el rencor de los altivos, —de atraer los factores todos de la patria a la campaña de su redención final, a fin de entrar en ésta con todos, y no con unos contra otros, de juntar en invencible cohorte a los que defienden sin miedo la justicia entera y a los que padecen de una u otra forma de la tiranía:— lo cual requiere más silencio que lengua; lo cual se hace mejor mientras más se lo calla; lo cual es más útil que una política personal y aparatosa, aunque adulé menos y corrompa, aunque brille menos.

Mientras se está elaborando una revolución, mientras se le apartan los obstáculos que el enemigo pone en su camino y se acomodan y funden los factores varios y resbaladizos con que se le ha de acometer, mientras cunde por un país minado de espionaje sutil el conocimiento de la fuerza y desinterés de la obra redentora, mientras se aprieta y remata la obra interrumpida a cada paso por las astucias del enemigo y nuestros miedos y vanidades que lo iluminan y asesoran, la tarea de la revolución adelanta en forzoso silencio. Sólo al gobierno de España interesa quebrantar este gobierno: al gobierno, y a aquellas almas pálidas y venenosas a quienes paga para excitar a la revolución, a la denuncia y la imprudencia. Pero si la firmeza de la labor revolucionaria obliga a esta continua discreción, —si el aseo moral impide descender por callejas y corrillos a la triste faena de clavar contra la pared a los policías de ojo maligno y verdoso que fungen, de buenas a primeras, de patriotas íntimos o exaltados, —si la certidumbre de tener mañana

por fin de compañeros a los cubanos lentos, tímidos o arrogantes de hoy, impone el deber de callar sus faltas, o censurarlas impersonalmente, por ser el rencor y la acritud dotes pueriles de los caracteres secundarios y triste cemento para la fundación de un país, —si pierde el escritor o el orador las oportunidades lucientes de hoy, para no perturbar con la amargura y cólera de ellas la plenitud y concordia de mañana, —si manda el verdadero honor servir a nuestro pueblo con el oscurecimiento y silencio voluntarios, en vez de sacar provecho y pompa de los errores de sus hijos, —la guerra cercana, la revolución cercana, no pierde por eso claridad ni energía. Cuanto sucede la confirma. Los sucesos son suficiente comentario. La proclama más elocuente es una ojeada por la situación de Cuba. Proclama viva y profecía de fe son las noticias que en este instante se aglomeran sobre la mesa de redacción de **Patria.** De un ministro de España, y de un plan de reformas encaminado en la realidad a descuajar la unidad cubana en la Isla, dependía la esperanza fútil de los cubanos ciegos, y en verdad muy escasos, que prestaban la mano con lamentable complacencia, o a sabiendas tal vez, al proyecto de deshacer, so capa de reformas, la individualidad criolla que la guerra amasó, que existió siempre antes de la guerra, y que nunca —y éste es baldón grande— se ha visto tan amenazada como después de la guerra por los criollos, por cierta especie dañina de criollos arrogantes: de un ministro transitorio y de su plan insuficiente y fraudulento se levantaban razones para estorbar la ordenación final del país y sujetar nuestra Cuba sazonada y delantera al pueblo europeo más teocrático y perezozo: de un cambio de asientos queda el sillón vacío, y Becerra está hoy donde estaba ayer Maura. No es de nuestra piedad natural el saciarnos en la flaqueza congénita de los que, con cara para todos los bofetones, encontrarán acaso en esta mudanza de sillón causa para nuevos deliquios y resplandecientes promesas. Cuba no puede satisfacerse ni vivir en paz hasta que su gobierno sea en realidad de los cubanos: que es lo que con su población sobrancera, su política advenediza y su natural despótico no podrá jamás España permitir. Puede un ministro algo, cuando está con el espíritu de su nación y el pensamiento y costumbres políticas de su época: y nada, cuando está contra ellas. Más que Becerra fue siempre Martos; y de él, el español de fibra gubernamental que ha estado más cerca de la justicia en las colonias, es la frase decisiva y terrible, la frase que dijo, acostado a las once del día, al que esto escribe en **Patria:** —«O ustedes, o nosotros». Becerra y Ba-

llesteros, todo es lo mismo. Era una vez un Ballesteros, ministro de Ultramar. Como le hablase un magistrado distinguido, que contó el cuento a **Patria,** de algo que tenía que hacer con Manzanillo, se inclinó el señor ministro sobre el mapa de Cuba, extendido sobre la mesa del despacho, y comenzó a tantear por la Costa Norte. —«Me parece recordar que está en la costa Sur», decía el magistrado: «creo seguro que está en la costa Sur». Y vagaba por el mapa el dedo ministerial, siempre por la costa Norte. —Como limosna nos daría tal vez, y a cuartos, como sus limosnas, la libertad el gobierno español, aunque nunca tanta que desalojase del territorio de España a los españoles, por beneficiar a los que la quieren echar, con su último harapo histórico, del continente: pero no es ésa la libertad que urgentemente necesita un pueblo cuyas ciudades se caen de polvo y vicio, cuyos campos sacrificados se ciegan o emigran, sin confianza, sin sustento, sin puertos, sin caminos. sin seguridad, sin honra.

¿Qué mucho que otro periódico que está sobre nuestra mesa, un periódico francés, advierta en la Isla toda, por los ojos de un corresponsal que no sabe de nuestra historia, ni de las heces que deja hirviendo una colonia de esclavitud, el deseo total y vehemente de la independencia de España? Jules Clave, el escritor de **Le Monde Illustré,** sólo nota en Cuba un obstáculo a la satisfacción del unánime deseo, y en lo que dice se conoce que, más que con los cubanos generosos, habló con españoles de codicia y remordimiento. El obstáculo le parece ser el miedo de los españoles a ser maltratados por los cubanos después de la revolución. De entre los españoles mismos habrá visto a los que por su abuso y nulidad temen perder la indebida prominencia que les permite hoy la tiranía política, no a los que han echado en la tierra la raíz del trabajo y de los hijos. ¿Haremos los cubanos una revolución por el derecho, por la persona del hombre y su derecho total, que es lo único que justifica el sacrificio a que se convida a todo un pueblo, y negaremos, el día siguiente del triunfo, los derechos por que hemos batallado? Los goces ilegítimos sí se irán: el juez venal, el empleado ladrón, el periodista de alquiler, el que a favor del soborno priva de pan y sosiego al criollo, el que fomenta el vicio por la cuota que percibe de él, el español de Lavapiés y cafetín, que nos tiene hecha una náusea la ciudad. Ese, tema. Ni tiene que temer: se la acabará el oficio y se irá sólo. Se irá el arriero, y detrás el arria. —Pero nuestros padres, los que han sudado y sangrado con la tie-

rra, los que no le ven a su hijo cubano más vía de fortuna que la herencia corruptora o la sumisión al deshonor, los que aman en sus hijos, con esa cabezada romántica del español castizo, la potencia de rebelión que desde su aldea infeliz y la quinta despótica y el arranque sangriento a las Américas ardió en su propia alma, los españoles llanos, los españoles buenos, los españoles trabajadores, los españoles rebeldes, ésos no tendrán nada que temer de sus hijos, no tendrán nada que temer de un pueblo que no se lanza a la guerra para la satisfacción de un odio que no siente, sino para el desestanco de su persona y para la conquista de la justicia. —Mucho menos tendrán los españoles que temer de los cubanos piadosos que de los norteamericanos arrolladores y rapaces de los norteamericanos a quienes echan sobre la presa fácil de los pueblos débiles, la codicia y mala distribución de la riqueza, que vienen de su reparto desigual en la tierra propia. Lo que del Norte tienen los españoles que esperar, y los cubanos unidos; lo que deben fiar para resolver los problemas de la libertad ajena, en quien no sabe resolver los propios; lo que deben, cubanos y españoles temer —con sus elementos de libertad impaciente— de un pueblo que con las mejores semillas de la libertad, tras cuatro siglos de república práctica en un continente virgen, ha caído en los problemas todos de las sociedades feudales y en los vicios todos de la monarquía—, no lo digamos cubanos, porque se tendría a pasión: dígalo Stead, liberal humanitario y fundador, inglés abierto, crítico agudo, cruzado moderno, hombre de hombres: «Más fácil es —acaba de decir Stead— convertirse al republicanismo en Rusia que en los Estados Unidos. Nada en América sorprende tanto a un inglés como la desconfianza radical en la capacidad del pueblo. Se echa uno atrás, simplemente, al llegar de Inglaterra a los Estados Unidos. No he visto tierra de menos democracia desde que salí de Rusia». No: con todo el hervor posible y natural de la república en Cuba, el español bueno y útil tendrá menos que temer de la pasión de sus hijos que de la codicia y desdén de los norteamericanos.

Del bandidaje que sube, y es en Cuba, más que el robo y la muerte, expresión de la penuria y desafío del país; de la miseria en que perecen los soldados mismos que mantiene el gobierno para defenderse; del aislamiento y censura que castigan a los cubanos que mudan su fama fácil de rebeldes por el servicio directo e indirecto del gobierno corruptor; de la alarma creciente en los cobardes, que es síntoma seguro de los aprestos del gobierno y del empuje revo-

lucionario, —hablan, por mil hechos menores, los diarios de Cuba. Ni para la guardia civil hay paga ya. Los cubanos, que pudieran negarse a cargar el arma por la libertad, tienen que cargarla, al fin y al cabo, para defender su hacienda. El gobierno, al ver que ya no hay en el autonomismo poder para congregar a los cubanos, y tenerlos vendados y entretenidos, ve como salvadora la idea, por criollos serviles aconsejada, de fomentar el noble anhelo público de los cubanos de la Isla por la emancipación, de excitar —como red a la vez que moratoria— a la creación del partido independiente en la isla, a fin de ver si con la independencia pacífica de adentro se quita médula a la independencia armada de la emigración, y si azuza celos miserables, que no tendrán jamás cabida, ni adentro ni afuera, en el corazón cubano. Los cegará la grandeza criolla. Viles tenemos, pero más grande que viles. Habrá un humilde para cada soberbio: seremos ala de aquella otra ala. Y con dos alas, volaremos mejor. No somos hombres aquí: somos amigos del hombre. No somos pasiones aquí: somos pabilo que se consume para que nuestro pueblo luzca: alfombra somos, para que pise nuestro pueblo. Crece nuestra vigilancia. Crece la revolución.

T. III, pp. [75]-80.

A FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

Montecristi, 25 de marzo, 1895

Sr. Federico Henríquez y Carv[illegible]

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como velada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después

de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,— cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma óctiva de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, —y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan —y permitan el desarrollo natural y ascendente— a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, o inexpugnable, la gue-

rra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles, —y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó, a la voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

José Martí

T. 4, pp. 110-112.

A MANUEL MERCADO

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895

Sr. Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de Vd. y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente o este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del **Herald,** que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa

pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,— la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del **Herald**, Eugenio Bryson: —de un sindicato yanqui— que no será —con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte;— incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson, —aunque la corteza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución,— el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,— y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba.— Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, a fin de lo cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. Y aun me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo o inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,— o yo se lo hallaré. —Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si he de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad

del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella, llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle; —alzamos gente a nuestro paso;— siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas, seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor, pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, —la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

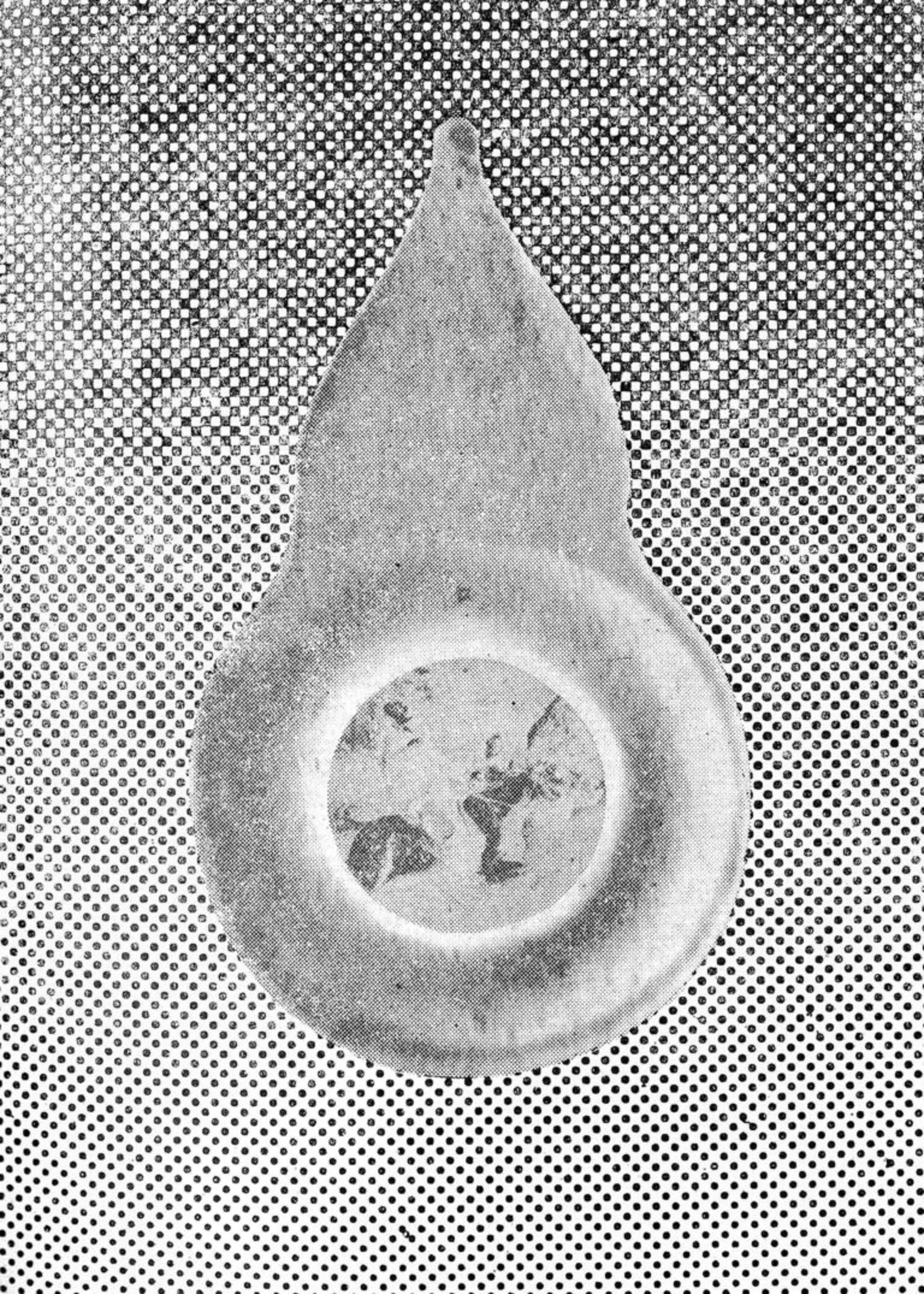
Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

220 Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es este y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad. . .*

T. 4, pp. 167-170.

* Es de suponer que esta carta la suspendió Martí para continuarla luego.



FRANCISCO LEAL BUITRAGO

POLITICA E INTERVENCION MILITAR EN COLOMBIA

El presente trabajo del sociólogo colombiano Francisco Leal Buitrago, presentado en el Noveno Congreso Latinoamericano de Sociología (México, 1969), constituye un intento riguroso de estudio del fenómeno militarista, tomando como base la situación específica de Colombia, país cuya institución militar requiere un examen particular.

La mayoría de los trabajos sobre el tema en cuestión adolecen del defecto —propio de la sociología latinoamericana en general, dependiente aún de los esquemas interpretativos estadounidenses y europeos— de analizar el fenómeno latinoamericano como un todo homogéneo, con fuertes tendencias a la sobregeneralización. Casi siempre se toman como punto de referencia aquellos países del continente cuyos modelos de desarrollo presentan características comunes dentro de los esquemas europeos, como Uruguay, Chile, Brasil y Argentina; sin detenerse profundamente en el análisis de los países de modelos más «atrasados» en el marco del subdesarrollo, como sería el caso de Colombia.

Francisco Leal se une a la corriente de pensamiento sociopolítico en Colombia que, en un esfuerzo de reorientación en la búsqueda sociológica de la realidad nacional, está trabajando en el estudio de las formas de dependencia externa como raíz de la estructuración política que se vive actualmente en la región.

Debido a que las formas de dependencia se estructuran de manera diferente en los diversos países de la América Latina, no parece probable aplicar las generalizaciones a todas las sociedades que componen la región. Por ejemplo, la idea de las relaciones entre la clase media y el militar latinoamericano de José Nun —muy influenciado por los modelos analíticos de Lieuwen y otros—, parece de difícil aplicación en las sociedades de desarrollo intermedio como Colombia.

La situación de dependencia estructural que vive el continente condiciona la necesidad del planteamiento de orientaciones teóricas y metodológicas diferentes de las utilizadas en los países dominantes, debido a que las realidades, así como las causas de fenómenos similares, son diferentes.

Con el propósito de llenar este vacío explicativo, el autor de este estudio traza un esquema de interpretación del ejército de Colombia en sus diferentes períodos (primera fase de profesionalización militar hasta 1930, fase final de la profesionalización militar 1930-43, y la fase de intervención activa en la vida política) dentro del contexto del desarrollo capitalista dependiente. Con la creación de la Escuela Militar en 1907 se da comienzo a una nueva etapa en la vida de la institución, definida por una marcada tendencia hacia la profesionalización de la oficialidad colombiana. El modelo que se adopta es el del ejército prusiano. Treinta años más tarde la institución ha logrado superar las improvisaciones jerárquicas anteriores a 1907. La Segunda Guerra Mundial incidió de una forma decisiva en el desarrollo posterior de la institución militar. En 1947 se produjo, en Río de Janeiro, la suscripción del Pacto de Standarización de los Ejércitos, «Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca». El pacto implicaba el abandono paulatino del modelo del ejército prusiano que en la América Latina supone la ausencia de conciencia política, para adoptar el modelo norteamericano, con una mejor preparación y utilización de técnicas modernas; con lo cual se dio inicio a una revolución tecnológica y estratégica.

A partir de este cambio la misión principal del ejército se concentra en la defensa y el control internos: los centros de decisiones políticas y áreas donde opera el movimiento subversivo. Adquiere especial significación la atención señalada por el autor sobre el plán táctico contra la violencia dentro de la estrategia general del Pentágono, como fue el llamado «Plan Lazo», que trazó una política de acercamiento a la población civil denominada «acción cívico-militar», con la que se inició el proceso de desarrollo como nuevo papel militar en los países subdesarrollados. El Proyecto Simpático (1965), al que el autor no hace referencia, fue una expresión del mencionado programa de «acción cívico-militar» y su objetivo primordial consistió en la aplicación de una «terapéutica» en las zonas más susceptibles a la subversión en la etapa de ascenso del movimiento guerrillero, mediante el estudio de las relaciones de las poblaciones ante programas de acción comunitaria, puestos en vigor, en Colombia, con ayuda de organizaciones cívico-militares norteamericanas. Su aplicación fue parte de un esfuerzo continental del imperialismo

a través de sus centros de estudios latinoamericanos (SORO, dependiente de la American University, en este caso), destinado a medir el potencial de guerra interna en una serie de países, cuyo estudio resulta indispensable para la aplicación de una política «antisubversión interna».

El intento fallido de someter a examen la institución militar colombiana y medir los efectos en las poblaciones de los programas de «acción cívica» por instituciones dependientes del imperialismo, no es analizado por Francisco Leal. Este parece ser un olvido significctivo que le resta profundidad al ambicioso proyecto de estudio del autor, privándolo de una de sus dimensiones de mayor complejidad y vigencia política.

No obstante, el mérito principal del ensayo es que el autor, a través del análisis histórico, intenta con efectividad caracterizar las etapas esenciales de las fuerzas militares hasta el período actual, donde la necesidad de reforma estructural comienza a formar parte de los puntos básicos del programa militar, conjuntamente con la prevención del comunismo o la subversión interna. El ejército, señala el autor, se ha convertido en el más eficiente instrumento de un Estado que cumple a cabalidad su papel dentro de la creciente situación de dependencia económica, política y cultural.

El trabajo que aparece a continuación puede contribuir —junto a estudios publicados anteriormente en **Pensamiento Crítico** acerca del militarismo en América Latina y Estados Unidos— a una comprensión más profunda de ese fenómeno.

Ida Paz

INTRODUCCION

América Latina se presenta como una realidad económica, política y social, caracterizada por un conjunto de sociedades subdesarrolladas unificadas alrededor del fenómeno de la dependencia externa. En efecto, la situación histórica del desarrollo latinoamericano plantea características comunes: un período extenso de dependencia colonial ibérica y una etapa de independencia colonial adscrita progresivamente a un neocolonialismo con directriz inicial inglesa y consolidación posterior estadounidense. Este proceso común de dependencia, regido por el desarrollo de las fuerzas productivas de los países centrales, determinó una dinámica en la que los diferentes países de América Latina desembocaron en una condición estructural de subdesarrollo.

No obstante la anterior consideración, la situación social de los países latinoamericanos muestra algunas diferencias significativas. Así, el proceso histórico de dependencia, sumado a las condiciones específicas de cada sociedad nacional, ha colocado a cada país en una situación sui generis, lo que permite, según sean los problemas y la orientación con que se afronten, tomar la región como un todo, estratificarla en grupos de países, o estudiar éstos aisladamente. Así, por ejemplo, si se toman los niveles de desarrollo económico, es posible clasificar, como lo ha hecho la CEPAL[1], grupos de países con indicadores económicos significativamente parecidos. Igualmente, es factible analizar fenómenos con tendencias similares dentro de un grupo dado de países.[2]

Teniendo en cuenta los dos puntos de vista en cuanto a similitudes y diferencias, el campo social que presenta América Latina facilita la unificación de un sinnúmero de problemas, derivados directa o indirectamente del factor común de dependencia externa. Sin embargo, la naturaleza de los problemas y la manera de enfocarlos

[1] Se refiere a la clasificación de tres grupos de países latinoamericanos, según su producción industrial. Véase, Naciones Unidas, **El proceso de industrialización en América Latina.** Nueva York: Naciones Unidas, 1965, p. 95.

[2] Véase por ejemplo José Nun, «América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar», en **Desarrollo económico,** julio-diciembre 1966, vol. VI. En este trabajo se analiza el intervencionismo militar como factor de ascenso político de la clase media en Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y México.

condicionará una mayor o menor generalización a nivel del área, según sean las diferencias concretas de su manifestación entre los países.

El hecho de que las ciencias sociales en América Latina iniciaran su desarrollo en los países económicamente más avanzados, precisamente en razón de los efectos modernizantes de su mayor producción industrial, plantea algunos problemas en cuanto a los niveles de generalización que se han adoptado en gran número de los trabajos eloborados sobre cuestiones sociales latinoamericanas. El comentario se refiere básicamente a la «Escuela Estructuralista Latinoamericana» y también a algunos trabajos de científicos sociales extranjeros y del área, que utilizan la historia como método de concreción teórica. En consecuencia, no se hace referencia a los estudios hechos sin bases históricas analíticas, ya que los trabajos meramente descriptivos, o con esquemas analíticos espurios, muestran otro tipo de problemas orientados más que todo por el colonialismo cultural norteamericano.

Proporcionalmente, el mayor número de estudios sociales que se han hecho sobre bases históricas corresponde a economistas, sociólogos y científicos políticos de los países del Cono Sur, Brasil y México. De la misma manera, las referencias históricas concretas que generalmente se hacen en estos trabajos están dirigidas a casos ocurridos en estos mismos países. En cambio, se citan en forma esporádica casos de los países de desarrollo intermedio y de los menos desarrollados de América Latina. Esta referencia casual se utiliza más que todo en situaciones de especial impacto para toda Latinoamérica o como medio de prueba demasiado visible. Así, es posible ver citas sueltas sobre el caso cubano después del comienzo de su revolución, sobre la influencia del petróleo venezolano como factor excéntrico de desarrollo o como factor protuberante de dependencia, sobre la dirección y financiación norteamericana del golpe contra Arbenz en Guatemala, o sobre el Gaitanismo y el Aprismo como ejemplos populistas. Con un buen número de trabajos fundamentados en esta forma, se ha tratado de elaborar un bagaje teórico para toda la región latinoamericana, estableciendo niveles de generalización muchas veces atrevidos en su extensión. Es claro que las generalizaciones de muchos estudios se han limitado a las sociedades que le han servido de base, y que otros han extendido su explicación a toda el área con apoyo suficiente, pero también es cierto que otros cuantos, basados fundamentalmente en acontecimientos de los países ya

citados, han dado su «validez» para toda América Latina, cuanto menos a través del impacto de su título.[3]

La situación expuesta presenta algunas consecuencias un tanto negativas. En primer término, se está trasladando la marginalidad económica existente entre los países latinoamericanos hacia el plano de las ciencias sociales, en razón de la insuficiencia estructural que en este campo han demostrado las naciones menos adelantadas. Esta situación puede llevar a falsas interpretaciones de problemas sociales en muchos países del área, atentando un tanto contra la formación elemental de una teoría explicativa de la realidad social en América Latina. En segundo lugar, a medida que las ciencias sociales presenten una elaboración mayor en los países menos desarrollados de la región, como ya está sucediendo, sus trabajos, si no caen en falacias explicativas, se tienen que enfrentar con las generalizaciones ya elaboradas sobre los distintos temas. Esta posibilidad también produce un debilitamiento de la seguridad explicativa y de la unidad teórica que debe tener la «Escuela Estructuralista Latinoamericana». En tercer lugar, tales esquemas sobregeneralizados han producido un vacío explicativo de los problemas sociales en los países intermedios y en los menos desarrollados, ya que no se ha tratado en forma seria de escudriñar su realidad, por parte de los científicos sociales de los países más desarrollados de América Latina que han extendido sus esquemas más allá del campo social que les ha servido de apoyo.

Dentro de este contexto, el militarismo, tomado como tema específico de estudio, suscita algunos comentarios. Científicos sociales extranjeros principalmente estadounidenses, han estudiado el fenómeno militar latinoamericano dentro de un marco fundamentalmente descriptivo.[4] En menor escala y sólo hasta los últimos años, sociólogos y científicos políticos latinoamericanos se han preocupado del intervencionismo militar como tema central de investigación.[5] En

[3] Entre otros se pueden recordar por su importancia, Luis Ratinoff, «Los nuevos grupos urbanos: las clases medias», en Seymour M. Lipset y Aldo E. Solari, **Elites y desarrollo en América Latina.** Buenos Aires: Paidos, 1967; Jorge Graciarena. **Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina.** Buenos Aires: Paidos, 1967, especialmente el capítulo V; Pablo González Casanova, **Sociología de la explotación.** México: Siglo XXI, 1968, en su capítulo sobre «colonialismo interno»; Nun, **op. cit.**

[4] Véase por ejemplo Edwin Lieuwen, **Armas y política en América Latina,** Buenos Aires: Sur, 1960; E. Lieuwen, **Generales contra presidentes en América Latina.** Buenos Aires: Siglo Veinte, 1965; John Johnson, **Militares y sociedad en América Latina.** Buenos Aires: Solar/Hachette, 1964.

[5] Véase por ejemplo los trabajos de la revista **Aportes,** octubre 1967, No. 6.

muchos de los trabajos elaborados las explicaciones han corrido dócilmente tras los países donde es más protuberante el fenómeno, sin tratar de ser congruentes con las diferencias estructurales de las sociedades consideradas.[6] En este tipo de trabajos y en algunos otros más consistentes y analíticos, las tendencias de sobregeneralizaciones no han escapado a sus autores. Merece mencionarse al respecto el trabajo de José Nun ya que es quizá el más atrayente que se ha hecho sobre el tema en cuestión en América Latina.[7] El autor toma los países más desarrollados del área y elabora un sugestivo análisis del intervencionismo militar, cuya explicación, como el mismo Nun lo anota, no abarca sino a los países aludidos. No obstante, su título cobija toda América Latina, restando de hecho importancia a la significación que pueda tener el militarismo en el resto de la región no considerada.

El vacío explicativo que presenta el esquema de Nun para los países no considerados por él, así como la insuficiencia explicativa que muestran para Colombia otros trabajos sobre el tema del intervencionismo militar, han servido de complemento a la motivación empírica y profesional del autor, para elaborar el presente ensayo sobre el tema. El estudio trata de dar algunas explicaciones al problema militar en Colombia, dentro de la creciente preponderancia que han ido adquiriendo los ejércitos de América Latina como árbitros y ejecutores de la política en sus países.

El trabajo parte del comienzo de la etapa de profesionalización militar, indicando la ubicación de la institución militar dentro del contexto social del desarrollo. La segunda parte, engloba las diferentes intervenciones militares a través de «golpes de Estado» o de «cuartelazos», precisamente durante la época de mayor crisis del sistema político nacional. La tercera y última parte, corresponde al período del Frente Nacional. En ella se señalan los cambios ocurridos en la institución militar, para determinar su estado y condiciones presentes. De esta manera, se abarca todo el siglo XX, con algunos elementos causales anteriores, para dar una visión general explicativa de la historia política militar profesional colombiana. Naturalmente, dado el carácter exploratorio del trabajo, muchos de los postulados se hacen a manera de hipótesis, para que sirvan de punto de partida a trabajos posteriores más avanzados.

[6] Véase por ejemplo, Víctor Alba. «El militarismo: ¿sucedáneo de la participación popular?», en **Aportes, op cit.**

[7] Nun, **op. cit.**

CONDICIONES DE DESARROLLO PARA LA PROFESIONALIZACION MILITAR

El siglo XIX se presentó para el desarrollo colombiano como una serie de fracasos y frustraciones que sólo tuvieron el perfil de una solución en sus tres últimas décadas. En efecto, desde 1819 —cuando se consolidó la independencia colonial— hasta fines del siglo se produjeron oscilaciónes alternativas en los productos explotables, los cuales ascendían en el mercado con la misma velocidad con que sucumbían —tabaco, quina y añil principalmente[8]. Influyeron en esta situación fenómenos tales como la falta de capitales, el consumo de recursos por las permanentes guerras civiles, la inestabilidad política, el aislamiento de las distintas regiones nacionales, la estructura agraria tradicional, los bajos niveles tecnológicos, las fluctuaciones de los precios en los mercados internacionales y la competencia con otras áreas geográficas más técnicamente explotodas y mejor situadas con relación a los centros de consumo.[9] A diferencia de los demás productos, el café inició un lento pero seguro ascenso en el mercado exportador en las últimas décadas del siglo XIX.[10] Sustentaron este ascenso, la colonización antioqueña hacia los actuales departamentos de Caldas, Risaralda, Quindio, Norte de Valle Sur de Antioquia, la topografía, el clima y los suelos de las áreas hacia donde avanzaron los antioqueños, la demanda del café en los mercados de los países centrales y la orientación del desarrollo nacional hacia el exterior ante los requerimientos de capitalismo en expansión.[11] Finalmente, en el aspecto político interno, el proceso de estructuración de un sistema político oligárquico durante las dos últimas décadas del siglo XIX, dio las

8 Una excelente explicación de este hecho puede verse en Frank Robinson Safford, **Comerce and Enterprise in Central Colombia, 1821-1870.** Bogotá: Universidad de los Andes, 1965 (microfilm no. 6).

9 Para el análisis de los factores que influyeron en el fracaso capitalista del siglo XIX, puede verse, Safford, **op. cit.** y Armando Samper, **Importancia del café en el comercio exterior de Colombia.** Bogotá: Federación Nacional de Cafeteros, 1948.

10. Samper, **op cit.**

11 Un excelente trabajo sobre la colonización antioqueña y sus implicaciones sociales puede verse en, Alvaro López Toro, **Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo diez y nueve.** Bogotá: CEDE, 1968. Sobre los factores coadyuvantes del éxito cafetero puede consultarse, Samper, **op. cit.** y Luis Eduardo Nieto Arteta. **Economía y cultura en la historia de Colombia.** Bogotá: Tercer Mundo, 1962.

bases para que a partir de la guerra civil de 1899-1903, se fuera consolidando el proceso de dependencia económica nacional externa.[12]

Dentro de este ambiente caótico de la sociedad colombiana fue muy difícil que se lograra una profesionalización militar. Los varios intentos que se hicieron al respecto durante el siglo XIX —1848, 1861, 1883, 1891, 1896—, resultaron fallidos por la debilidad del Estado frente a la competencia que mostraron los distintos grupos de la clase alta, divididos en razón de sus intereses económicos y políticos, alentados por la falta de unificación nacional.[13] Una forma de competencia política fue precisamente la del sector militarista, producto de la guerra de independencia colonial. Tal fenómeno no constituyó en manera alguna un sector militar profesional, sino que fue una forma de diferenciación en el liderazgo político. El ejercicio político de tales líderes estuvo supeditado al control de milicias heterogéneas, tanto oficiales como privadas, según la ubicación política que ostentaran en un momento dado.[14]

Los acontecimientos que giraron alrededor de la formulación de la Constitución de 1886, estructuraron definitivamente el sistema político oligárquico, sobre la base de un Estado que garantizaba la función de un país periférico adscripto al esquema exportador de materias primas agrícolas hacia los países centrales, a la vez que controlaba la libre competencia en razón de un equilibrio político de los sectores más estratégicamente situados con relación a los centros de poder. Su efecto principal fue la disminución de los conflictos políticos y su canalización a través de mecanismos informales que ganaron consenso a medida que se definieron las complejas relaciones sociales oligárquicas. Para tal efecto, se utilizaron diversos medios, como el proteccionismo aduanero, cuyas

[12] La explicación sobre el proceso de formación del sistema político oligárquico, en función de la dependencia nacional externa, está siendo elaborada en, Francisco Leal Buitrago, «Generalidades sociales del proceso de desarrollo Colombiano». Bogotá: Universidad de los Andes, 1969 (borrador).

[13] Las fechas señaladas como intentos de profesionalización corresponden a las sucesivas fundaciones de escuelas militares de formación de oficiales, como base sustancial del cualquier proceso de profesionalización militar. Estos intentos fracasaron por las guerras civiles que se produjeron entre los intervalos de las fechas citadas, las que obligaron al cierre de los centros mencionados. Véase, General Rafael E. Pizarro y otros, **50 años de la escuela militar.** Bogotá: servicio de imprenta y publicaciones de la fuerzas armadas de Colombia, 1957, pp. 17 y 18.

[14] Leal Buitrago, **op. cit.** Sobre el proceso político-económico colombiano del siglo XIX hasta la primera guerra mundial, puede consultarse la meritoria obra de Fabio Ocampo López, «Comercio exterior y política interna en Colombia. 1819-1914.» Bogotá: Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Colombia, 1968 (monografía de licenciatura).

finalidades fueron más de estabilización política que de formación industrial, la representación constitucional de los grupos sociales con mayor poder real y sobre todo la definición para canalizar los conflictos de la clase alta y para lograr la integración valorativa de la mayor parte de la sociedad.[15] Este panorama enmarcó políticamente la situación de bonanza económica centralizada en la ganancia de los grupos altos, como efecto del sistema exportador.

Los cambios experimentados por el proceso de desarrollo giraron en torno a una mayor organización de la clase alta, al definirse un sistema correlativo de dominación clasista y de dependencia externa. Paralelamente, la clase media sustentó su formación en el establecimiento comercial del mercado externo, en el consecuente crecimiento urbano y, en menor grado, en la ampliación burocrática producida por la centralización del Estado. Este crecimiento y formación de los grupos medios se hizo bajo la tutela del compromiso con el sistema valorativo y normativo de la clase alta, en función de la ampliación del sistema educativo a nivel primario y ante todo de la estructuración de los dos partidos políticos tradicionales, como soporte del sistema.[16] No obstante los cambios en el desarrollo, la participación económica del extenso núcleo de clase baja continuó siendo reducida. Inclusive el sistema productivo cafetero, ajeno a la organización de plantaciones y basado en pequeñas «fincas» —la mayoría de autoabastecimiento—, no permitió que los beneficios económicos llegaran al productor. La capitalización se centró en el grupo de comerciantes de clase alta que habían monopolizado desde mediados del siglo XIX la exportación.[17] Con el establecimiento de la elección popular, como complemento de la estructuración de los partidos políticos, la participación política de las clases medias y baja sirvió para legalizar el sistema importado de la democracia representativa. Así, se convirtió realmente en un mecanismo de integración superestructural de la sociedad y no un medio de

[15] Una explicación sobre la definición de la estructura de partidos políticos, como soporte del sistema político oligárquico, está siendo elaborado en, Francisco Leal Buitrago. «Definición estructural de los Partidos políticos colombianos.» Bogotá: Universidad de los Andes, 1969 (borrador).

[16] **Idem.**

[17] La ausencia de proletariado rural, dada la esfructura rural colombiana, ha sido uno de los factores de la sumisión y tradicionalismo campesino. Referencias a la organización rural cafetera puede verse en, Departamento Técnico de Seguridad Campesina, **Caldas. Memoria explicativa del «Atlas» socio-económico del Departamento.** Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones, 1956. Sobre la estructura de tenencia de la tierra puede consultarse, DANE, **Censo agropecuario. 1960.** Bogotá: ESTADINAL, 1964. Igualmente, sobre el monopolio de la capitalización exportadora en el siglo XIX, puede verse, Safford, **op. cit.**

ampliación de la participación política. De esta manera, la intervención de las clases media y baja en los conflictos políticos, solamente es entendible en función del enfrentamiento político de los grupos de intereses de la clase alta.[18]

A partir de 1905 se produjo un pronunciamiento en el ascenso de la exportación cafetera. Ello definió paulatinamente la dirección de dependencia económica nacional hacia Estados Unidos, proceso que se completó en los años siguientes a la finalización de la primera guerra mundial.[19] El proteccionismo aduanero, iniciado a fines del siglo XIX y acentuado en la primera década del nuevo siglo, sirvió de base para el establecimiento de incipientes centros manufactureros. Posteriormente, en el gobierno de Pedro Nel Ospina —1922 a 1926—, se llevaron a cabo una serie de reformas constitucionales que agilizaron el flujo económico en sus aspectos fiscal, bancario y monetario. Igualmente, durante el mismo gobierno, se hicieron inversiones en el ramo de obras públicas, lo que permitió avanzar aún más en el proceso de unión de las dispersas regiones nacionales, ya que a la par del auge exportador, la población nacional había aumentado el ritmo de su crecimiento y se había extendido a las regiones tropicales.[20] Estas bases generales enmarcaron la creciente capitalización de la clase alta exportadora y permitieron su inversión para ensanchar los reducidos núcleos manufactureros establecidos con anterioridad.[21] El cuatrenio de 1925

[18] Leal Buitrago, «Definición. . .», **op. cit.**

[19] La afirmación se fundamenta en la relación de exportaciones hacia Estados Unidos. Los años siguientes a la primera guerra mundial marcan un aumento que sobrepasa el 50 por ciento de las exportaciones. Véase, Federación Nacional de Cafeteros. Boletín de estadística, **Exportación anual del café colombiano (1835-1933).** Bogotá: Boletín extraordinario no. 8, año III, vol. I, 1934, p. 228. También puede consultarse, Ocampo, **op. cit.** y Luis Ospina Vásquez, **Industria y protección en Colombia. 1810-1930.** Medellín; E.S.F., 1955, pp. 357-358.

[20] Sobre la importancia de las reformas del gobierno de Pedro Nel Ospina, puede verse, Ospina, **op. cit.,** pp. 346-348. En referencia al poblamiento operado a la par del auge exportador, puede consultarse, Luis Eduardo Nieto Arteta, **El café en la sociedad colombiana.** Bogotá: Breviarios de orientación colombiana, 1958. También en Juan de Dios Higuita, **Estudio histórico-analítico de la población colombiana.** Bogotá: Anales de economía y estadística, Suplemento No. 2, 1940.

[21] Precisamente el hecho de que la industrialización colombiana hubiera comenzado sobre la base tradicional de los capitalistas exportadores, muestra el carácter conservador de la burguesía industrial colombiana, ya que los mismos vicios especulativos, conformados con la capitalización nacional a partir del siglo XIX, los trasladaron a la organización industrial. La comprobación de la base empresarial colombiana puede verse en Ospina, **op. cit.,** pp. 402 y 452; CEPAL, **Análisis y proyecciones del desarrollo económico. III. Desarrollo económico de Colombia.** México: Naciones Unidas, 1957, p. 29.

a 1929, si bien marca la tasa de crecimiento económico más alta de la historia nacional, no corresponde al cambio de patrón de desarrollo. Este sólo se dio una vez que la crisis económica de 1929 hubo producido sus efectos de industrialización sobre la estructura económica nacional.[22] No obstante, la organización manufacturera continuó siendo eminentemente tradicional.[23]

La estructuración del sistema político oligárquico permitió que se iniciara el proceso de profesionalización militar, como complemento político del Estado, para garantizar coactivamente las funciones de la nueva sociedad periférica. A fines de 1896 se estableció el servicio militar obligatorio, mecanismo que sólo se cumplió para algunos sectores de la clase baja.[24] En 1907 se fundaron la Escuela Militar de Cadetes —fuente de los cuadros de oficiales del ejército— con sede en Bogotá y la Escuela Naval con sede en Cartagena. En 1909 se fundó la Escuela Superior de Guerra.[25] El estereotipo de organización militar que se adoptó en el ejército fue el prusiano, trasplantado por una misión del ejército chileno, nacido profesionalmente bajo la asesoría alemana.[26] La misión militar chilena permaneció en Colombia desde 1907 hasta 1915. En 1924 fue contratada por el gobierno nacional una misión suiza, cuya estadía se prolongó hasta 1933. En 1929 llegó a Colombia una misión alemana, la cual permaneció en el país hasta 1934.[27] Esta última misión militar sirvió para afianzar el estilo prusiano dentro del ejército.[28]

22 CEPAL, **op. cit.,** p. 11, Naciones Unidas, **op. cit.,** pp. 16 y 21.

23 Ospina, **op. cit.,** pp. 391 y 404.

24 Capitán Ramiro Zambrano Cárdenas. **Siluetas para una historia.** (Suplemento a la revista del ejército No. 29). Bogotá: imprenta de las fuerzas militares, p. 2. Se puede afirmar, para Colombia, que la fuente de reclutamiento militar ha provenido, fundamentalmente y durante toda su historia, del sector rural.

25 General Pizarro, **op. cit.,** pp. 49-55, 61-71, 98-100. Debe anotarse que en la presente investigación se toma al ejército como principal directriz militar, ya que es en Colombia la fuerza que lleva mayor peso institucional. Así, las decisiones importantes que se toman en los altos mandos, son decididas por oficiales del ejército, que numérica y jerárquicamente, dominan la institución frente a los de la marina de guerra y la aviación militar.

26 General Pizarro, **op. cit.,** pp. 39-44.

27 **Ibid.,** pp. 103-106.

28 La influencia prusiana dentro del ejército colombiano ha sido tan importante que, actualmente y no obstante la influencia norteamericana, se guardan profundos rasgos de ella.

La repercusión de la situación de desarrollo de la sociedad colombiana en la institución militar, permitió adelantar sin traumas visibles la primera fase del proceso de profesionalización militar, cumplida en 1930. El origen social de la oficialidad egresada de las escuelas militares en sus primeros años de vida provino principalmente de los grupos sociales con mayores privilegios. No obstante, el hecho de que el modelo militar fuera el prusiano, con posibilidades menores de gratificación económica frente al tipo de capitalismo en expansión, hizo que permanecieran más dentro de la institución militar los oficiales cuyo origen social provenía de grupos con menores posibilidades económicas. Además, la mayor utilización de los canales burocráticos de ascenso social por parte de la clase media, permitió que esta clase lograra una representación progresiva en el número de egresados de las escuelas militares. A partir de 1925, como efecto de los procesos de exportación y de industrialización, es posible afirmar que la mayor parte de los alumnos de la escuela militar provenía de la clase media.[29] Esta referencia del origen de clase militar tiene su importancia en el sentido de establecer las vinculaciones entre el comportamiento militar y las relaciones socializadoras de clase media.

Al respecto se puede anotar que, así como la estrecha clase media rural y urbana tradicional, sustentada en su formación a partir de la independencia colonial, sirvió de soporte operativo a la fase exportadora[30], la emergente clase media que parte del cambio de patrón de desarrollo, fue y ha sido la base valorativa y económica —en el consumo— de la industrialización sustitutiva. Ambos tipos fueron subproductos de la dependencia externa, aunque el segundo, como se verá, presenta mayores implicaciones en su relación política.

Por otra parte, habiéndose constituido la clase alta en la directriz dinámica interna de la dependencia externa, requirió plasmar su

[29] Esta información se hace con base en una serie de entrevistas con oficiales del ejército que prestaron sus servicios en la época aludida. Por los nombres de quienes abandonaron el servicio, que son reconocidamente miembros de la clase alta, además de las características de quienes ingresaron en las etapas señaladas, se puede sacar la conclusión expuesta. Entrevistas personales con oficiales del ejército, (1966 a 1969).

[30] La burocracia principalmente del sector privado, así como la pequeña burguesía, los docentes del sistema educativo a nivel primario y secundario, el clero raso y los cuadros militares no profesionales, configuraron un soporte organizacional para los empresarios exportadores. Véase, Safford, **op. cit.**, sobre todo en lo referente al capítulo sobre producción y exportación tabacalera.

dominación clasista a nombre de los derechos del conjunto social. La estructuración normativa de tal dominación se dio principalmente, como ya se anotó, a través de los partidos políticos, quizás con mayor fuerza socializadora que en cualquier otro país latinoamericano. No obstante que esta integración volorativa fue internalizada en casi todos los grupos de la sociedad, la clase media, como más adelante se explicará, ha sido la que ha recibido mayores gratificaciones como efecto de su creciente posición estratégica, aunque siempre en función de su sometimiento absoluto al modelo normativo de la clase alta.

El esquema valorativo adscriptivo de compromiso de la oficialidad militar, como parte constitutiva de la clase media, en lugar de haberse transformado con la resocialización militar, recibió una confirmación, dada su base de planteamientos patrióticos, legalistas y de sacrificio. Asimismo, la definición hereditaria partidista, sin que quedara destruida, permaneció subyacente, dominada por la disciplina, el «espíritu de cuerpo» y la ausencia de temas políticos de discusión en razón a la «ilegalidad» que implicaba la deliberación política. Así, el servicio activo regular de los militares, permitió la «hibernación» de la inseparable nominación hereditaria partidista, gracias a la misma fuerza correlativa de socialización legalista y a la fuerte resocialización disciplinaria prusiana.

Vistos los elementos sociales más destacados hasta la finalización de la primera fase de profesionalización militar, señalada para 1930, se proseguirá igualmente el proceso, a través de su referencia histórica. En los años finales de la década de 1920 se produjo una descompensación político-social, causada por los cambios económicos internos y por la consecuente movilización y emergencia de varios grupos sociales. Esta situación, unida a la revitalización ideológica —con tendencias socializantes y burguesas— y operativa del partido liberal a partir del gobierno de Rafael Reyes —1904 a 1909— y a la depresión económica mundial del año 29, sirvió de base para que el partido liberal ascendiera al poder en 1930, después de una larga hegemonía conservadora.[31] El primer gobierno liberal, aparte de implantar un Estado fuertemente proteccionista, no produjo reformas de fondo para remediar la situación social, la cual se agravó con los efectos de la crisis económica. Así, el segundo gobierno liberal —1934 a 1938— recibió una sociedad en esta-

[31] Leal Buitrago, «Definición. . .», **op. cit.**

do de gran tensión: una clase alta industrial y comercial, fortalecida con la capitalización exportadora y el establecimiento manufacturero. Una clase media emergente en disponibilidad ocupacional, frente a la insuficiencia integradora del sistema económico. Una pequeña burguesía urbana y rural disminuida económicamente como efecto de la absorción industrial. Un núcleo obrero emergente nacido dentro de un nivel de escasa subsistencia, dado su excedente estructural, y adicto a las ideas socializantes del momento. Y una amplia y disgregada clase campesina enquistada en una estructura rural altamente tradicional e improductiva.[32]

Alfonso López orientó desde el comienzo de su gobierno una serie de reformas para lograr la adecuación del sistema político a los cambios producidos por el desarrollo económico. Con la reforma tributaria se permitió al Estado programar un alto nivel de gastos e inversiones sin acudir a la financiación externa ni a la expansión de la deuda interna, mecanismo antes muy usado, a excepción de los años prósperos de la década de 1920. Sin embargo, su mayor importancia radicó en el aspecto puramente político. Los nuevos recursos del Estado permitieron recuperar a la clase alta el poder real perdido con la emergencia y movilización de varios grupos sociales. Manejar un Estado económicamente fuerte implicó progresivamente, a partir de entonces, la posibilidad de orientar política y burocráticamente la integración de grandes núcleos sociales, imposibilitados mayoritariamente para canalizar su emergencia política. El papel estatal de integrador económico, secundario hasta entonces, pasó al primer plano de la política de los partidos. Era el complemento político y económico necesario del compromiso valorativo, ante el desarrollo de las fuerzas productivas.[33]

Una segunda reforma fue el establecimiento del sindicalismo patronal organizado por el Estado. Con él se canalizaron las crecientes presiones obreras, se controló su dirección y se frustró la politización autónoma de los núcleos mayoritarios del proletariado, en-

Elementos de este análisis pueden verse en, Dario Mesa, «Treinta años de nuestra historia», Bogotá: Facultad de Sociología, Universidad Nacional, 1964. Igualmente, sobre la estructura rural puede consultarse, CIDA, Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola. Colombia. Washington: Unión Panamericana, 1966.

[33] Leal Buitrago, «Generalidades...», **op. cit.**

cauzándolos hacia la adscripción partidaria tradicional.[34] Finalmente, con la reforma constitucional del 36 se enmarcó normativamente el Estado para permitirle operar dentro de una nueva situación política. Sin embargo, con la vigencia de estos cambios y con la formulación de otros proyectos de reformas, principalmente el de la Ley de Tierras, [35] se despertó la reacción de numerosos grupos de intereses —sin diferenciación partidaria—, encuadrados dentro del esquema tradicional del sistema político oligárquico.[36]

El presidente López, quien representaba operativamente, por primera vez, una ideología capitalista de avanzada, con miras a conformar una «burguesía nacional»[37] y racionalizar las relaciones políticas en función de una mayor producción económica, no fue aceptado en manera alguna por la clase alta, acostumbrada al enriquecimiento fácil y a las relaciones políticas de clientelas.[38] Permitir la aplicación de toda su política significaba la disminución de posibilidades políticas de un gran número de grupos de clase alta que cifraban su fortaleza en las relaciones tradicionales de produc-

[34] Los efectos del tipo de sindicalización obrera en sus relaciones políticas están definidos en, Alain Touraine y Daniel Pecaut, «Conciencè Ouvriére et Devéloppment Economique en Amérique Latine. Propositions pour une Recherche», en **Sociologie du Travail.** Paris: julio-set., 1967.

[35] La ley 200 de 1963 o «Ley de tierras» implicaba el comienzo de una reforma agraria burguesa con el fin de obtener una mayor producción. Sobre este tema y sus implicaciones puede verse, Albert O. Hirschman, **Journeys Toward Progress.** New York: Doubleday and Company, Inc., 1965, pp. 148-160.

[36] La oligarquía colombiana no presenta como en otros países de América Latina una base esencial latifundista. La constituyen los grandes comerciantes exportadores e importadores, los dueños de haciendas generalmente con baja producción, los industriales tradicionales, derivados de los exportadores en su primera etapa, los grandes negociantes, producto de la rápida urbanización, y los grandes banqueros tradicionales. Todos unidos por las relaciones políticas del sistema partidario que a la vez los conecta con las demás clases sociales.

[37] Dentro del trabajo cuando se hace referencia general a la **clase alta,** abarca el conjunto de esta sección social tomada en sus relaciones políticas y económicas. Cuando se menciona el concepto de **oligarquía** tomado dentro de la definición de Jorge Graciarena, **op. cit.;** cap. II, se hace referencia más a las relaciones políticas de la clase alta, y cuando se cita el concepto de **burguesía,** se dirige más a las relaciones económicas de la clase alta. El concepto de **burguesía nacional** define el sector revolucionario similar a la burguesía configurada en Europa dentro de la revolución industrial. En América Latina este sector ha presentado condiciones históricas de inviabilidad en su formación, dada la presencia del capitalismo dependiente. Al respecto puede consultarse, Fernando Enrique Cardoso, **Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina.** Santiago: Ed. Universitaria, 1968, cap. V.

[38] Las relaciones políticas de clientela están sujetas al esquema de dominación clasista. En Colombia se canalizaron a través de los partidos políticos con más fuerza que en otros países latinoamericanos y como forma esencial de integración nacional superestructural.

ción.[39] La resistencia cubrió los frentes más estratégicos de poder de la clase alta: el clero con su ideología retardataria en función de sus posibilidades económicas y políticas, los latifundistas preocupados por la lesión de sus intereses a través de la reforma tributaria y la Ley de tierras, la burguesía industrial aterrorizada por la carga tributaria y la emergencia popular, los comerciantes importadores temerosos del proteccionismo estatal y los comerciantes exportadores insatisfechos por la intervención del estado.

De esta manera, se desató la más fuerte reacción antiburguesa, frenando así la dinámica reformista. No obstante, la «Revolución en marcha» del presidente López había dejado un esquema reformista altamente desequilibrado por su insuficiencia: un estado política y económicamente fuerte, una burguesía incapaz de colocarse en el plano nacional, reforzada en sus vicios especulativos y en sus relaciones políticas dependientes del esquema tradicional de los partidos, un partido liberal frustrado en sus tentativas burguesas, una estructura agraria adecuada mejor a los tiempos coloniales y, enmarcando el panorama, una estructura partidaria con creciente potencialidad beligerante. Tal beligerancia se estructuró por la contradicción entre el papel fundamental y tradicional de integración valorativa de los partidos políticos, la fuerza estatal de integración real regida por la dinámica partidaria y la insuficiencia progresiva de integración del sistema económico, dado el tipo de capitalismo engendrado por la dependencia externa.[40]

Gracias al andamiaje de la nueva maquinaria del estado, el partido liberal continuó en el poder. El nuevo gobierno se constituyó en el freno reformista. Con él se regresó al viejo juego tradicional de

[39] La conexión entre la política y la economía en las relaciones de clientela es muy clara. Por medio del sistema de producción tradicional, sea rural o urbana, se mantiene la posibilidad de orientación política, la que coadyuvada por un lazo valorativo de adscripción partidaria familiar, configura 'un mecanismo social muy difícil de superar.

[40] Sobre este aspecto de la historia nacional se han hecho algunos ensayos muy audaces, aunque no han llegado a definir por completo el motor de la crisis del sistema a partir de la década del 30 y del desequilibrio reformista de López. La base del análisis parece estar en la fuerte estructura partidaria, la que a la vez se constituyó en provocadora de la crisis y defensora del sistema oligárquico, dadas las contradicciones entre la superestructura valoratoria y la dinámica capitalista de producción dependiente. Véase por ejemplo, Diego Montaña Cuellar, **Colombia: país formal y país real.** Buenos Aires: Ed. Platina, 1963; Mario Arrubla, **Estudios sobre el subdesarrollo colombiano,** Medellín: Ed. La Oveja Negra, 1969; Francisco Posada, **Colombia: violencia y subdesarrollo.** Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1969, y Darío Mesa, **op. cit.**

la política, olvidando la esencia de los cambios sociales operados por el desarrollo. Igualmente, y estructuralmente tenía que suceder, se perdió la posibilidad de crear mecanismos de defensa para la incipiente burguesía nacional, al apoyar los intereses monopolistas estadounidenses durante la guerra.[41] Así, los desequilibrios del sistema comenzaron a operar socabando paulatinamente la estructura política y económica nacional.

En 1942 llegó de nuevo al poder Alfonso López, apoyado popularmente gracias a la revitalización adscriptiva partidaria lograda por sus reformas.[42] Sin embargo, se encontró con un hecho cumplido. El proteccionismo estatal sumado a las gangas especulativas de la guerra y al constante excedente de mano de obra, habían acentuado aún más la concentración del ingreso. Las tensiones políticas derivadas de la nueva función del estado, hicieron irreversible el estancamiento reformista. El panorama político hallado por López, confirmó la profunda contradicción existente entre las fuerzas productivas y la superestructura normativa e ideológica del sistema. El resultado fue la impotencia del gobierno que sucumbió ante el torbellino de las fuerzas tradicionales de la sociedad.[43]

La fase final del proceso de profesionalización militar puede ubicarse entre 1930 y 1943. Su límite marca la ocupación jerárquica, hasta en los más altos cargos de la estructura militar, por parte de oficiales egresados de la escuela militar. Con ello se puso fin a la improvisación de mando y por tanto, a posibles recelos entre la oficialidad por el nombramiento en cargos claves de personas que no

41 Mesa, **op. cit,.** pp. 6-7; Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 161-163.

42 La clase alta tuvo una continuidad económica y política sin tropiezos. La capitalización exportadora no tuvo competencia extranjera y proyectó su continuidad institucional tradicional a través de la industrialización sustitutiva y del afianzamiento exportador. Con el gobierno de Santos se inicia la descapitalización industrial, aunque anteriormente ya existían enclaves económicos extranjeros en el petróleo. Al respecto véase, Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 114-126; también la obra de Jorge Villegas. **Petróleo oligarquía e imperio.** Bogotá: E.S.E., 1969. Igualmente, con el establecimiento del sistema político oligárquico, el desafío ideológico socializante y la competencia de intereses políticos, fueron canalizados por la fortaleza de la estructura partidaria. Referencias al respecto pueden verse en, Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 114-144, 153-158; Orlando Fals Borda, **La subversión en Colombia.** Bogotá, Tercer Mundo, 1968, pp. 178-180.

43 Sobre la concentración del ingreso puede verse, Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 170-173; Rafael Baquero, **La economía nacional y la política de la guerra.** Bogotá: Ed. Labor, 1951, pp. 12-18. Sobre el conflicto político, véase, N. Forero Morales, **Laureano Gómez.** Bogotá: Ed. Nuevo Mundo, 1952.

hubieran pasado por todos los filtros de la organización militar.[44] Además de ello, durante esta fase se llevaron a cabo adiciones básicas para la organización militar, como la fundación de las escuelas de capacitación para las armas del ejército.[45]

A pesar de que con anterioridad a 1930 el ejército había intervenido en algunas ocasiones en acciones represivas, su carácter no implicó relaciones partidistas directas sino la aplicación formal de su papel dentro del Estado. No obstante, este tipo de acción deformaba un tanto la esencia misma del papel militar, según la concepción de su tiempo. En efecto, la función tradicional militar se refería a la defensa de la soberanía, entendiéndose ésta, como la acción de la guerra regular contra el enemigo externo. En casos excepcionales de gravedad interior era factible, dentro de esta función, la acción militar. Por tanto, la custodia del orden interno se ceñía generalmente a una labor policial, o sea, a la fuerza civil armada.[46] La definición del papel tradicional de los ejércitos tiene gran importancia en la relación histórica del juego político militar en Colombia, como se verá luego.

La policía, como fuerza civil armada y como parte cambiante de la burocracia partidista, comenzó a ser remodelada por el primer gobierno liberal, al utilizarla represivamente en muchas oportunida-

[44] Aunque en 1937 llegaron al grado de general los dos primeros egresados de la escuela militar, no ocuparon el más alto cargo militar, ya que en 1939, cuando pudieron haberlo ocupado, el gobierno nombró en él a un general no egresado de la escuela militar. Precisamente por ello, los dos generales se retiraron del servicio activo. A partir de 1940 se iniciaron los ascensos sostenidos de oficiales de escuela al grado de general, pero sólo hasta 1943 no se nombró a uno de ellos como jefe de estado mayor, máximo cargo militar en ese entonces. Entrevistas..., (agosto de 1969).

[45] Las escuelas de infantería, caballería y artillería se fundaron en 1936, la escuela de ingenieros en 1940. Entrevistas..., (agosto de 1969).

[46] Aunque desde tiempo inmemorial la guerra de guerrillas o guerra revolucionaria o guerra encubierta o guerra vertical fue utilizada, solamente a partir de la finalización de la segunda guerra fue considerada como parte esencial de la teoría militar. Los teóricos de la guerra, desde los persas y egipcios, pasando por Clausewitz hasta Liddell Hart, consideraron la guerra frontal o guerra regular o guerra tradicional, como la esencia militar. Sin embargo, ha habido teóricos que desde antes de la segunda guerra mencionaron la dirección que debía afrontar la guerra en el futuro. Ejemplos de ello están en las obras de Lenin, Trostky y T. E. Lawrence. A partir de la segunda guerra surgieron los primeros teóricos sistemáticos de la guerra moderna, como Mao Tse Tung, Ho Chi Minh y Che Guevara. Los franceses fueron quienes primero experimentaron las consecuencias de esta guerra. Posteriormente los ingleses y norteamericanos. Para referencias sobre la captación de la guerra irregular, pueden consultarse los números de la revista norteamericana **Military Review**, sobre todo a partir de 1960.

des.[47] Al ejército no se le intentó utilizar en estos casos, quizás en razón de la desconfianza que inspiraba una institución formada durante un régimen hegemónico conservador, además de que se tenía el trasfondo del respeto a su función tradicional. En lo que sí fue empleada la fuerza militar, por su misma esencia y por la implicación política que representó, en el momento, la unificación de valores patrióticos a escala nacional, fue en el conflicto fronterizo con el Perú en el año 1933. Aparte de la acentuación de la crisis económica por la guerra, la institución militar salió favorecida por la introducción de nuevos armamentos y por la exaltación de su papel patriótico en la contienda. Además, y es el único caso en la historia militar profesional, la oficialidad sufrió un rejuvenecimiento por los ascensos acelerados durante la contienda.[48]

Con el cambio de gobierno en 1934 la institución militar comenzó a sufrir un lento proceso de politización en función de los intereses partidistas y de grupo, dejando un tanto su papel militar de «apoliticidad», ya que éste siempre ha sido definido en razón de la identificación de los intereses nacionales con los intereses del sistema político que representa.[49] El gobierno de López utilizó la policía para conformar una fuerza política que eventualmente lo respaldara frente a un ejército presumiblemente conservatizado. La nacionalización y el fortalecimiento de la policía, la poca importancia que le prestó el gobierno a la fuerza militar y la intervención del ministro de guerra civil, con criterio de adscripción familiar partidista, en cambios militares, hizo despertar resentimientos en la oficialidad,[50] mezclándose subyacentemente actitudes políticas y reacciones contra el pre-

47 En 1928 había hecho uso represivo de la policía contra una huelga de trabajadores de la United Fruit. Hirschman, **op. cit.,** p. 141. Para la etapa del primer gobierno liberal, véase, Mons. Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, **La violencia en Colombia.** Bogotá: Tercer Mundo, 1962, pp. 24-26.

48 Entrevistas. . ., (agosto de 1969).

49 La apoliticidad de los militares, incluyendo también a la policía, es señalada expresamente en el artículo 168 de la Constitución Nacional, cuando dice. «las fuerzas armadas no son deliberantes». Para los aspectos legales de organización militar véase. Boris Kozolchyk, **Legal Foundations of Military Life in Colombia.** Santa Mónica: The Rand Corporation, 1967. La apoliticidad militar tiene sus antecedentes en el siglo XIX, principalmente en Francia. Esta es parte de la herencia antimilitar del liberalismo clásico.

50 Robert H. Dix, **Colombia: The Politicc1 Dimensions of Change.** New Haven: Yale University Press, 1967, p. 297; Rafael Azula Barrera, **De la Revolución al orden nuevo: proceso y drama de un pueblo.** Bogotá: Ed. Kelly, p. 85; Carlos Galvis Gómez, **Por qué cayó López.** Bogotá A. B. C., 1946, p. 84. También en entrevistas. . ., (agosto de 1969).

sidente, en razón de la socialización partidista y del «espíritu de cuerpo».[51] Esta situación sólo es entendible en función del programa reformista burgués del presidente López, ya que la fuerza de la reacción desatada en su contra posibilitó la identificación, por parte del gobierno, de la rígida organización militar con los grupos más tradicionales de la sociedad.

No obstante las posibles reacciones partidistas en muchos militares, lo que realmente impulsó el descontento fue la discriminación institucional. Esta situación fue aprovechada y explotada psicológicamente por la resistencia reformista como parte de su labor de freno al programa del gobierno. De esta manera, López no entendió ni supo utilizar la fuerza militar dentro de su concepción política de reformas, pero en cambio sí creó un ambiente militar favorable para configurar un tipo de politización institucional, propio de los valores y ubicación estructural de su clase de origen.

Dentro del nuevo estado que legó López a la sociedad, el papel de la institución militar obró un poco diferente del resto de mecanismos burocráticos. La existencia de un Estado económicamente fuerte significó para la institución militar la posibilidad de lograr una mayor asignación de recursos. Si bien es cierto que la participación del presupuesto de guerra, con relación al presupuesto nacional, disminuyó del 17.5 por ciento en 1935 —antes de la reforma tributaria— al 15.9 en 1938, su monto aumentó considerablemente, ya que el presupuesto nacional ascendió casi al doble en el mismo lapso.[52] Este aumento significó algún mejoramiento en las prestaciones sociales militares, aunque los salarios permanecieron dentro de un nivel bastante módico. Lo que sí permitió el nuevo presupuesto fue una mayor adquisición de equipo e instalaciones militares y un pequeño aumento en el pie de fuerza de acuerdo a los compromisos adquiridos en la guerra, en razón del creciente proceso de dependencia.[53] De 1938 a 1942 el presupuesto nacional fue sensiblemente igual, aunque el porcentaje correspondiente al Ministerio de Guerra pasó del 15.9 al

[51] Entrevistas..., (agosto de 1969). El concepto «espíritu de cuerpo» es el sentido militar de pertenencia a la institución, cuya fuerza internaliza un sentimiento de superioridad sobre cualquier otra organización.

[52] Presupuesto de gastos para varios años en, Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadística —DANE— (biblioteca).

[53] El mejoramiento del nivel económico de los militares se hizo principalmente durante el gobierno del presidente Santos. Entrevistas..., (agosto de 1969).

16.7. El presupuesto correspondiente a la policía nacional, sin contar los referentes a los cuerpos policiales departamentales y municipales, varió del 4.3 por ciento, del total nacional en 1935, al 4.7 en 1938 y al 5.6 en 1942.[54]

Así, la institución militar dentro del nuevo Estado, al igual que el resto de organización burocrática incluyendo los cuerpos policiales, se constituyó en un refuerzo del mecanismo de integración política partidista, sino que continuó desempeñando el mismo rol de brazo armado del sistema. Sin embargo, conservaba aún una mayor potencialidad expansiva, la que se utilizó después de 1946.

Para la oficialidad militar de clase media, los valores sociales desarrollados por el sistema político-oligárquico se confundieron con los postulados de la noción de patria. Las reformas programadas por López, si bien favorecieron en el aspecto económico a la institución militar, fueron vistas con recelo por muchos militares, al captar los clamores de la reacción antiburguesa e identificarlos con la defensa interna de la patria amenazada. Si a esta situación se suma la desconfianza producida por el papel político creciente de la policía, era normal que se asociara la tendencia liberal burguesa con ideas no muy claras que eventualmente pudieran poner en peligro el futuro de la patria. Así, no fue difícil configurar una personalidad militar que inconscientemente asumiera una posición política, alentada por la adscripción partidista tradicional. Sin embargo, la fuerte disciplina militar y el mismo esquema valorativo de compromiso de la clase media, no permitieron que emergiera el problema, aparte del mecanismo sicológico de coacción que para el gobierno de López significaron los militares. Además, el gobierno regresivo de Santos contribuyó significativamente a disminuir la tensión política en el seno de la institución militar, no obstante algunos episodios propios de la situación incompleta del proceso de profesionalización militar.[55]

Con la iniciación del segundo gobierno de López vuelve a primer plano la simiente política dentro del ejército. A los factores producidos durante su primer mandato, se sumaron los factores estructurales de acentuación de la descompensación del sistema, cuyo reflejo principal se observaba en los partidos políticos, como fuerza de co-

[54] DANE, **fuente citada.**

[55] Se hace referencia al episodio del retiro de los dos generales de escuela. Ver nota 37.

hesión superestructural que eran. La división del partido liberal y la beligerancia de la oposición conservadora, además de la animadversión de muchos oficiales contra la persona del Presidente, hicieron sus efectos al rumorarse constantemente una conspiración militar.[56] El desenlace inicial que esta situación produjo coincidió con la finalización del proceso de profesionalización. En efecto, con el retiro del oficial que ocupaba la más alta jerarquía y el nombramiento en su remplazo de un egresado de la escuela militar,[57] se cerró en 1943 el proceso de profesionalización militar. Sin embargo, se inició el desencadenamiento de las fuerzas políticas producidas por la descompensación estructural, incluyendo en ellas a la institución militar que contaba con una base mínima de politización, pero siempre en función del esquema de compromiso de la clase media.

LA CRISIS DEL SISTEMA POLITICO COMO SOPORTE DEL INTERVENCIONISMO

Paradójicamente el proceso de profesionalización militar se cumplió a la par con la acentuación de la crisis política y sus respectivas implicaciones dentro del ejército. Los años finales del gobierno de López transcurrieron dentro de la más fuerte oposición conservadora al gobierno. El núcleo conservador aprovechó la serie de negocios especulativos hechos a la sombra del conflicto bélico mundial, para responsabilizar al gobierno. Igualmente, se aprovechó de un acontecimiento obscuro en que figuró como protagonista un hijo del Presidente, para inculpar la complicidd de la policía con el gobierno. Dentro de este ambiente se llevó a cabo el golpe militar del 10 de julio de 1944 en que fue detenido en la ciudad de Pasto el presidente López.[58]

El golpe militar fracasó debido a la improvisación, a la falta de coordinación en él y a la falta de apoyo de la mayoría de las guarniciones militares, especialmente la de Bogotá que respaldó al designado

[56] Un ejemplo de ello fueron los acontecimientos que giraron alrededor del general Bonitto. Véase, Documentos Oficiales, **Investigación adelantada al general Eduardo Bonitto.** Bogotá: Imprenta Nacional, 1943.

[57] Entrevistas..., (agosto de 1969).

[58] Forero Morales, **op. cit.**, pp. 35-59. Igualmente ver los diarios **El Tiempo, El Liberal** y **El Siglo,** principalmente del 5 al 12 de julio de 1944. El gobierno del presidente López, ante la fuerte oposición y los constantes rumores de golpe de estado, había nombrado, algunos meses antes del 1ro. de julio, un general de su confianza como ministro de guerra. Era el primer caso en la historia de la profesionalización militar.

Echandía, quien asumió la presidencia.[59] La dirección del golpe se produjo por iniciativa exclusiva de algunos oficiales, motivada por la situación política reinante, por la resistencia militar al Presidente y por la incipiente politización partidaria a que se había llevado la institución militar.[60] El aspecto de moralidad y defensa de los valores patrios jugó un papel fundamental en la decisión de los golpistas. Así, el esquema valorativo de la clase media unido a la resocialización puritana prusiana y a las relaciones institucionales militares con la estructura política, fueron factores sobresalientes de la acción. Por otra parte, la disciplina militar desarrollada durante su profesionalización permitió que los subalternos siguieran ciegamente tanto a los dirigentes del golpe como a sus debeladores.

Con el golpe de Pasto se dio un nuevo paso a la politización militar, ya que las fuentes de gobierno inculparon a la oposición conservadora de ser los dirigentes de la acción, aparte de que el Ejecutivo retiró del servicio activo a muchos oficiales, adscriptivamente conservadores, sin que realmente estuvieran complicados con el golpe.[61] También sirvió para que el gobierno suspendiera las garantías constitucionales y controlara en su totalidad los medios de difusión conservadores. No obstante la represión y la promulgación de nuevos decretos a favor de los trabajadores, la crisis política estructuralmente continuó su curso hasta culminar en 1945 con la renuncia del Presidente de la República.[62] En su reemplazo fue nombrado, por el año que restaba al período, el ministro de gobierno Alberto Lleras. En su gobierno se pensó, ilusamente, solucionar la crisis a través de una reforma constitucional, obviamente insuficiente. Además, se enfrentó represivamente al movimiento sindical, destruyendo el mito de su fortaleza,[63] ya que los obreros carecían de cohesión y de conciencia de clase suficiente, como consecuencia del tipo de sindicalismo erigido para su control político.

En 1945 la concentración del ingreso había llegado a un nivel mayor debido a los grandes negocios de la guerra.[64] La penetración

59 **El Tiempo,** julio 10 de 1969, pp. 5, 7 y 31.

60 Entrevistas..., (junio y agosto de 1969).

61 **Idem.;** también en **El Tiempo** y **El Liberal,** especialmente los días 13 y 16 de julio de 1944; **El Siglo,** agosto 7 de 1944.

62 Documentos políticos, **La oposición y el gobierno.** Bogotá: Imprenta Nacional, 1950, pp. 9-34; Montaña Cuellar, **op. cit.,** p. 169.

63 Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 169-170.

64 Baquero, **op. cit.;** Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 170-173; CEPAL, **op. cit.,** pp. 23-24.

capitalista estadounidense tenía asegurada su base de ampliación. El presupuesto nacional se había cuadruplicado con respecto al de 1935 y doblado en relación al de 1942. La participación del Ministerio de Guerra en éste, aunque había aumentado casi al doble en términos absolutos, se encontraba al nivel de un 14.3 por ciento. Para 1946, en función de la capitalización lograda, se proyectó un presupuesto de gastos con un aumento del 33 por ciento, con relación al año anterior, y una participación de sólo 10.2 por ciento para el Ministerio de Guerra, es decir, que no solamente se le disminuyó en términos relativos, sino también en términos absolutos[65] Así, el último gobierno liberal de esta etapa pretendió restar preponderancia a los militares, contribuyendo a aumentar el resentimiento de la oficialidad adscriptiva conservadora.

En consecuencia, el año de 1946 marca para Colombia un punto crucial en su historia. En lo económico había sucumbido definitivamente la posibilidad de un capitalismo nacional. Se alzaba la fuerza de la dependencia extranjera no sólo mercantil sino financiera e industrial, en virtud de la definición político-económica de la segunda guerra y la ubicación estratégico-política del país. Los vicios especulativos del capitalismo dependiente habían tomado la dirección de la economía. Y el sistema político comenzaba a resquebrajarse como efecto de su profunda crisis. El liberalismo entonces, se derrumbó en razón de la indecisión de sus jefes para definir un candidato, ante la amenaza que creían ver en la emergencia populista gaitanista.[66]

La lucha política planteada se canalizó a través de los partidos políticos, único medio de integración vertical de la sociedad. El gobierno conservador, dueño del botín económico del estado, estableció una política de absorción burocrática para su partido y organizó la destrucción de la maquinaria electoral de su contrario, utilizando para ello la institución policial nacionalizada e institucionalizada como soporte político por el primer gobierno de López. El ejército desde sus cuarteles era espectador casi pasivo de la lucha, aunque absorbía, por sus relaciones con la sociedad, las po-

[65] DANE, **fuente citada.**

[66] Las directivas del partido liberal no señalaron ninguno de los dos candidatos presidenciales —J. E. Gaitán y G. Turbay— como orientación a los electores. Una vez que subió el presidente Ospina, candidato triunfante de los conservadores, prefirieron establecer una coalición en el gabinete ministerial, antes que apoyar el movimiento gaitanista oposicionista.

siciones que se tomaban en uno u otro bando. El papel tradicional de su exclusividad bélica externa, había pesado en la inactividad militar.[67]

Así, llegó el año de 1948. Los partidos políticos habían dejado de representar los intereses de la clase alta. Su enfrentamiento fuera de las reglas del juego oligárquico reflejaba la crisis del sistema, dada su función de soporte del sistema. El populismo gaitanista había avanzado en sus éxitos unificadores de la clase baja movilizada. Esta situación aterrorizó a los sectores dirigentes del país y precipitó la violencia abierta, al ser asesinado Jorge Eliecer Gaitán. Su movimiento, incapacitado para constituirse en un partido, sólo sirvió para alentar la lucha sobre la base de la frustración dejada.

El 9 de abril de 1948 sirvió para mostrar al gobierno la nacesidad de apoyarse en la fuerza militar. Un hecho significativo posiblemente dio la clave. El mismo día de la muerte de Gaitán un grupo de generales se presentaron en el palacio presidencial con el ánimo de pedir el poder para una junta militar y dominar así la situación caótica. El rechazo presidencial a tales pretensiones se aplacó, así como se aplacaron las tibias exigencias liberales, con la fórmula de transición adoptada: dentro del gabinete ministerial partidario adoptado, se incluyó un general en el Ministerio de Guerra y se nombró un militar en la dirección de la Policía Nacional.[68] Desde la crisis de López con que se definió la culminación de la profesionalización, no se había nombrado a un ministro militar. No obstante la falta de politización autónoma que en los militares representó este conformismo, a partir de entonces el gobierno fue dependiendo cada vez más de la fuerza militar. Este proceso sirvió de soporte al acrecentamiento de la politización castrense, aun-

[67] Con relación a la represión policial de la época puede consultarse, Mons, Guzmán y otros, **op. cit.**, pp. 32-35 Sin embargo, es importante señalar que el gobierno no pudo reorganizar completamente la policía a favor de su partido. En los centros urbanos la policía nacional seguía siendo un baluarte liberal. Algunos autores han insinuado la intervención militar en esta época pero realmente ésta fue esporádica. Entrevistas personales con oficiales del ejército y la policía (1966 a 1969).

[68] El 9 de abril la policía nacional de guarnición en Bogotá se alzó contra el gobierno aunque en forma indecisa. Tal indecisión fue la causa para que el ejército redujera su rebelión. Este episodio sirvió para que el gobierno "depurara" la policía, reorganizándola a su favor. Entrevistas con oficiales de la policía (1966 a 1969). El episodio de la petición de los militares al gobierno puede leerse en, **Encuentro Liberal,** No. 2, mayo 6 de 1967, pp. 12-14. Sobre los nombramientos militares hechos véase, Lee M. Simpson, **The Role of the Military Colombian Political, 1946-1953.** Princeton: senior thesis, 1968, p. 26 (mimeografiado).

que dependiente siempre del mismo esquema de subordinación política partidista de la clase media.

El presupuesto nacional de gastos para 1949 se había aumentado en un 33 por ciento, en valores absolutos, con respecto al de 1946. Su valor relativo también era mayor, ya que la depreciación del peso con respecto al dólar oficial sólo era de un 12 por ciento en el mismo período. La participación del Ministerio de Guerra en los gastos presupuestales había pasado del 10,2 por ciento en 1946 al 15,9 en 1949. Además en el sólo año de 1948 a 1949, el presupuesto militar había ascendido en un 19 por ciento.[69] Tal crecimiento en los presupuestos de guerra incidió en el aumento de pie de fuerza militar. Así, mientras que en 1944 es posible calcular, para el ejército, un total de 10 000 hombres, para 1947 se calculan unos 15 000 y para 1949 unos 20 000. La variación en la marina de guerra y en la aviación militar fue muy pequeña en este lapso, siendo además muy reducido su número, en razón de la poca incidencia política y la debilidad institucional que han tenido estas fuerzas. La escuela militar, por su parte, aceleró la promoción de oficiales y buscó un aumento de su reclutamiento a partir de 1948.[70]

En 1949 se rompió la débil coalición establecida con motivo de la revuelta del 9 de abril. En el mes de mayo fue conformado un nuevo gabinete. Los 6 ministros liberales fueron remplazados por 3 conservadores y tres militares, entre ellos el coronel Gustavo Rojas Pinilla.[71] Con ello se introdujo al ejército dentro del conflicto político comprometiéndolo con el gobierno.[72] A finales de 1949, ante la

[69] DANE, **fuente citada.**

[70] Simpson, **op. cit.,** p. 28; Entrevistas. . ., (agosto de 1969).

[71] John D. Martz, **Colombia, A Contemporary Political Survey.** Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1962, pp. 81-82. Es interesante anotar que desde comienzos de 1949 el coronel Rojas Pinilla había entrado en conflicto con algunos políticos liberales de la ciudad de Cali y con el general Sánchez Amaya, ministro de guerra. La solución que dio el presidente a este hecho fue nombrando ministro al coronel Rojas Pinilla. Entrevistas. . ., (agosto de 1969).

[72] A fines de 1949 el capitán de aviación Alfredo Silva había estado colaborando subrepticiamente con las guerrillas liberales del llano, hasta que se alzó en armas contra el gobierno, pero fue dominado rápidamente. Este fue el único caso de oficiales que intervinieron directamente para promover un cuartelazo. Véase Mons. Guzmán y otros, **op. cit.,** pp. 66-70. La intervención militar en la contienda, a partir de 1948, fue más frecuente, aunque esporádica, pero las guerrillas rehuían la acción con la esperanza de un eventual apoyo militar. Los oficiales adscriptivamente conservadores tuvieron mayor libertad de acción, pero tampoco hubo una definición abierta. Entrevistas. . ., (agosto de 1969).

posibilidad de un enfrentamiento directo del presidente con el congreso, mayoritariamente liberal, el ejecutivo clausuró la institución legislativa y declaró el estado de sitio. Paralelamente, con la vigilancia de la policía y el ejército se efectuaron las elecciones presidenciales que, con la abstención liberal, proclamaron presidente al jefe máximo del partido conservador: Laureano Gómez.[73]

En 1950 la crisis del sistema estaba en uno de sus momentos más álgidos. La movilización social se había acrecentado. A los mecanismos de expulsión de la estructura agraria tradicional, se habían sumado los factores políticos de la violencia. Las ciudades crecían vertiginosamente situando una población marginal en aumento a nivel urbano. La absorción industrial de mano de obra había disminuido en relación al crecimiento demográfico. Solamente se vio crecer el sector terciario improductivo que, en su parte oficial, sirvió de sosten operativos al partido político en el poder.[74] La pequeña burguesía había quedado reducida en su papel productivo en razón de las ten operativo al partido político en el poder.[74] La pequeña burguemedia en expansión había consolidado sus valores e intereses con la clase alta a cambio de la participación burocrática y comercial parasitaria, ante la amenaza que creían ver en los sectores populares. Así, se desarrolló en ella un conformismo progresivo sin que se viera representada por los militares, único sector organizado de la sociedad, en el cual se apoyaba el peso del gobierno.

Con el nuevo gobierno se continuó la tónica de dirección económica burguesa.[76] La violencia adquirió un nuevo papel en cuanto al enriquecimiento fácil. El tipo de capitalismo estructurado, impidió al partido liberal retomar las ideas postuladas por sus dirigentes en las primeras décadas del siglo. En su lugar se erigió un andamiaje de contraofensiva armada huérfano de ideas. De esta manera la institución militar, como grupo y organización, se constituyó en el único sector cohesionado. A pesar de la subyacente ads-

[73] Simpson, **op. cit.,** pp. 33-34; Vernon Lee Fluharty, **Dance of the Millions. Military Rule and the Social Revolution in Colombia, 1930-1956.** Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1966, pp. 115-117.

[74] Para el crecimiento de la población y su distribución por actividades economicas, puede consultarse, CEPAL, **op. cit.,** pp. 16-18. Para constatar la participación decreciente de mano de obra en la industria, véase, Naciones Unidas. **op. cit.,** pp. 45 y 46.

[75] Mesa, **op. cit.,** p. 10.

[76] **Ibid.,** p. 12.

cripción partidaria, la disciplina y unidad de mando funcionaban dentro de los cuarteles. Además, los militares eran conscientes de su papel esencial dentro del Estado y, particularmente, del apoyo que el gobierno requería de ellos.[77]

A comienzos de 1951 se unificó el comando de la policía con el comando militar. Con la creación del Comando General de las Fuerzas Armadas, dependiente del Ministerio de Guerra, la policía salió del control del Ministerio de Gobierno, dependencia a la cual siempre había pertenecido, por su carácter de fuerza civil armada. Para el nuevo comando fue designado el general Rojas Pinillas.[78] Así, se constituyó el máximo cargo militar en ese entonces, ya que el gobierno de Gómez, a diferencia del anterior, no había nombrado ministros militares. Este hecho marca el momento en que el ejército adquirió el pleno control de las fuerzas represivas, no teniendo ya ningún factor de rivalidad con la policía. De esta manera, los militares llegaron al cenit de su fuerza organizativa y al máximo de su potencialidad coactiva.

Con la unificación del comando armado, se unificaron la policía y el ejército frente a los grupos guerrilleros organizados por el partido liberal.[79] Con ello se introdujo plenamente a la institución militar en el conflicto armado. De esta manera, las guerrillas no pudieron dar trato preferencial a los militares en relación a la policía, como se había hecho hasta entonces. En consecuencia, la contienda permitió a los cuadros de mando del ejército, en combinación con la policía, actuar en forma partidaria de acuerdo con su herencia valorativa.[80]

A mediados de 1951 el gobierno planteó el envío de un batallón a la guerra de Corea. La decisión política del ejecutivo y no de los militares, permite deducir que la razón real de esta medida se debió a la necesidad de estrechar las relaciones con los Estados Unidos y buscar su total apoyo. Los antecedentes antinorteamericanos del Presidente, durante el conflicto con el segundo gobierno de López, y la crisis política interna dan pie para esta afirmación.

[77] Entrevistas..., (1966 a 1969).

[78] Martz, **op. cit.**, p. 145. Entrevistas..., (1966 a 1969).

[79] Sobre la organización de la resistencia armada contra el gobierno por el partido liberal, véase Mons. Guzmán y otros, **op. cit.**, p. 43.

[80] Entrevistas.., (1966 a 1969); Mons. Guzmán y otros, **op. cit.**, pp. 252-270.

Igualmente, si se tiene en cuenta la creciente relación de dependencia externa acentuada en lo político a partir de la Segunda Guerra, no es difícil entender la importancia que este hecho tenía, máxime que Colombia fue el único país latinoamericano que envió tropas a Corea. Fuera de esto, se aprovechó la ocasión para enviar proporcionalmente un mayor número de oficiales de origen familiar liberal.[81]

Con la Guerra de Corea se inició el afianzamiento de la relativa y débil dependencia militar externa que el ejército colombiano había tenido hasta entonces con referencia al ejército norteamericano. Además, el hecho de que las tácticas de la Guerra de Corea se hubieran llevado a cabo dentro de los cánones de la guerra regular, implicó que se reforzara la esencia de la función tradicional militar. Paradójicamente, el ejército colombiano combatió regularmente en el plano externo en un episodio derivado de la «guerra fría», e irregularmente —tácticas guerrilleras— en una contienda partidista interna, ajena directamente al papel estratégico de la división de poderes derivados de la Segunda Guerra. Esta contradicción permitió que en los militares se retardara la percepción de la nueva función estratégica de los ejércitos, a la vez que operativamente se estaban preparando para ello.

A fines de 1951 se produjo el retiro del presidente Gómez, aunque su espíritu orientador continuó mostrándose a través de los actos de gobierno del designado Urdaneta Arbeláez. La «Declaración de los Directores Políticos», como se llamó al pacto de entendimiento político de los partidos en el mes de octubre,[82] no produjo ningún efecto positivo y cada partido siguió enarbolando la bandera sectaria de la paz, culpando a su adversario del recrudecimiento cada vez mayor de la violencia.

El gobierno continuó desarrollando hasta mediados de 1952 una política económica en gran medida continuación de la del presidente Ospina. Su apoyo se basaba en los representantes de la burguesía conservadora, que constituían sus asesores directos. A través de los órganos de difusión gobiernista se hacían continuas alusiones al éxito de la política económica y a las excelentes relaciones con la burguesía. No obstante, a medida que el régimen jugó

[81] Entrevistas..., (1966 a 1969).

[82] **El Espectador,** octubre 6 de 1951, p. 1; **El Siglo,** octubre 7 de 1951, p. 1.

la carta de complacencia con el capitalismo, fue preparando el camino para la formulación de una nueva Carta Fundamental.[83] A fines de 1952 el partido liberal entró en coqueteos con los grupos de la burguesía conservadora comandados por el expresidente Ospina. Estos, a su vez, se habían separado paulatinamente de las relaciones con el grupo gobiernista, acercándose más al grupo político conservador en disidencia orientado por Alzate Avedaño. La burguesía liberal planteó cada vez más el peligro que representaba una reforma constitucional para la libertad y las tradiciones democráticas del país.[84]

En los primeros meses del año 53, los planteamientos reformistas comenzaron a ser más claros. Con la difusión de los órganos publicitarios del gobierno sobre las buenas relaciones con España, se confirmaron por parte de la burguesía las posibles directrices oficiales. Con el anuncio de la adopción por parte de la Comisión de Estudios Constitucionales del título sobre «orden público económico», —intervención del estado en la industria en el sentido de garantizar la «seguridad nacional»—, se rompieron las débiles relaciones que quedaban entre la burguesía conservadora y el gobierno. A medida que se anunciaron nuevos puntos sobre el proyecto de Constitución, tendientes a variar el papel del estado con relación al proteccionismo de la libre competencia y al intervencionismo policiaco de cariz fascista, se generalizó el conflicto. Ante la unificación de la privilegiada burguesía colombiana, el gobierno se vio obligado a aplazar varias veces la reunión de la Asamblea Constituyente, en espera de mejor ambiente. Finalmente, a principio del mes de junio se publicó el texto definitivo de la nueva constitución y se anunció su discusión final. La burguesía colombiana alzó sus voces de protesta al mas alto nivel, precisamente en los días anteriores al 13 de junio de 1953.[85]

A lo largo de los dos años que antecedieron al golpe militar, la violencia continuó su ascenso. El gobierno culpó al liberalismo de estar atacando al ejército, sobre la base de ideas «liberticidas y co-

[83] Análisis sistemático de las noticias de primera página y de los editoriales de, **El Siglo,** marzo 27 a diciembre 29 de 1952.

[84] Análisis sistemático..., **El Tiempo,** julio 19 a diciembre 10 de 1952; **Diario de Colombia,** octubre 6 a diciembre 15 de 1952. Para mayores detalles de la política del momento puede consultarse. Fluharty, **op. cit.,** pp. 127-132.

[85] Análisis sistemático..., **El Tiempo,** enero 9 a junio 13 de 1953; **El Siglo,** abril 9 a mayo 23 de 1953. Véase también Fluharty, **op. cit.,** pp. 127-135.

munistas». El 6 de septiembre de 1952 la lucha abierta llegó a la Capital de la República. Los periódicos liberales **El Tiempo y El Espectador** fueron incendiados, lo mismo que las casas de los dirigentes liberales Alfonso López y Carlos Lleras Restrepo. El gobierno declaró que la acción había sido la «reacción natural del pueblo contra los violentos». De esta manera, la crisis del sistema político, manifestada en todos los niveles, fue saliéndose poco a poco de los mecanismos de control, tanto oficiales como privados. La violencia encuadrada en la cúspide de la pirámide social se convirtió en una amenaza para el sistema establecido.[86]

Para 1952 el presupuesto nacional había aumentado en más de un 60 por ciento con relación al de 1949. La participación militar en el mismo período había pasado del 15.9 al 16.6 por ciento.[87]

La participación armada en la violencia no minó su unidad, ya que la actuación partidista de sus miembros se rigió por las relaciones de pequeñas unidades en campaña con la población civil —principalmente rural— y casi nunca por las relaciones dentro de la misma institución. La disciplina y cohesión desarrolladas durante la etapa de su profesionalización, rindió sus frutos en favor de la unidad.[88]

A partir de 1951, los grupos de la clase alta colombiana por medio de sus órganos de difusión desarrollaron progresivamente, una política sistemática pro-militar, tendiente a recalcar el papel patriótico de la institución, según la ubicación política de cada grupo. La burguesía, principalmente del partido conservador, al tiempo que criticaba la reforma señalando que iba «contra los principios de la libertad, de la democracia y la dignidad de la persona humana», presentaba a los militares como la base en que descansaban las instituciones democráticas y «el deber que tenían de mantenerlas y resguardarlas de sus enemigos». El gobierno trató por todos los medios de contrarrestar la acción de la burguesía sobre el ejército y sobre la clase media. La censura de la prensa, la exaltación de la labor de abnegación y sacrificio del ejército, los honores a los mi-

[86] Análisis sistemático..., **El Siglo,** enero 6 a septiembre 9 de 1952. El expresidente López fue quien primero advirtió sobre el peligro de la violencia al anotar a la burguesía que detrás de la violencia caminaba la revolución social. Véase, **El Espectador,** febrero 9 y 13, marzo 27, abril 18 y 28, agosto 29 y septiembre 5 de 1952. Para mayores detalles sobre la violencia puede verse Mons. Guzmán **op. cit.,** pp. 46-95.

[87] DANE, **fuente citada.**

[88] Entrevistas..., (1966 a 1969).

litares y la colocación en primer plano de las noticias castrenses, fueron una acción sistemática oficial.[89]

Durante los primeros años de 1953 la burguesía de los dos partidos comenzaron a hacer contactos con algunos jefes militares para ofrecerles el respaldo en un golpe de Estado, sin que recibieran mayor otención.[90] La disciplina y lealtad, así como su herencia valorativa de compromiso, fueron más fuertes que el tipo de politización alcanzado. En el mes de abril el general Rojas Pinilla canceló en el mismo aeropuerto un viaje a Alemania. Sus declaraciones de que «primero están la tranquilidad de la patria y las necesidades de las fuerzas militares, que los viajes de placer», indicaban un recelo con las actuaciones del gobierno en su contra, en función de la lealtad que mostraba su inmediato subalterno, el general Gaitán, con respecto al ejecutivo.[91] Solamente la fuerza de presión mayoritaria de la clase alta, que rompía en este caso el esquema de legalidad establecido estructuralmente por el mismo sistema político oligárquico, permitió que se llevara a cabo el golpe militar. Sin embargo, era tan fuerte la internalización valorativa de los militares que sólo ante la acción directa del gobierno contra el jefe máximo de la institución armada, se produjo el golpe.[92] Además su improvisación no dio tiempo sino para que un batallón conociera y respaldara el momento de la acción.[93] La clase media más dócil y comprometida

[89] Análisis sistemático . . ., **Diario de Colombia,** octubre 4 de 1952 a junio 14 de 1953; **El Siglo**, agosto 11 de 1952 a junio 2 de 1953. Ver también Simpson, **op. cit.,** p. 57.

[90] Entrevistas. . ., (1966 a 1969); Simpson, **op. cit.,** p. 56.

[91] **Diario de Colombia,** abril 18 de 1953, p. 1.

[92] En el mes de mayo en un discurso el general Rojas había dado a entender la posibilidad de un golpe militar. El 13 de junio el presidente Gómez reasumió la presidencia, destituyó al general Rojas Pinilla del Comando general de las fuerzas armadas y nombró en su remplazo al general Régulo Gaitán. Véase **Diario de Colombia,** mayo 23 de 1953; **El tiempo,** junio 14 y 15 de 1953. Algunos detalles de los acontecimientos inmediatos al golpe militar pueden encontrarse en Fluharty, **op. cit.,** pp. 135-142. Una versión bastante detallada del golpe y sus antecedentes puede verse también en, Simpson, **op. cit.,** pp. 73-126, sin embargo, ambas versiones dan mayor peso a los factores circunstanciales, así como a la autonomía y politización del ejército y menos a las condiciones estructurales que llevaron al golpe militar.

[93] Se hace referencia al batallón de ingenieros «Francisco José de Caldas», cuyo comandante era el coronel Navas Pardo, posteriormente miembro de la Junta Militar en 1957. Simpson, **op. cit.,** p. 99. Finer señala dentro de su categorización de golpe de Estado y cuartelazo combinados el caso colombiano. Sin embargo, el intervencionismo de Rojas Pinilla fue el más tradicional «cuartelazo» —rebelión militar de alguna guarnición con el sometimiento posterior del resto de la organización militar— que el nuevo método «golpe de Estado» —consenso institucional de la intervención militar con decisión propia a nivel de los altos mandos—. Véase S. E. Finer, **The Man on Horseback.** London and Dunmow: Pall Mall Press, 1962, pp. 154-156.

burocrática y políticamente con la oligarquía, asumió como suyos los argumentos de la burguesía, contribuyendo a crear el clima para que la institución militar estuviera política y psicológicamente preparada para apoyar unánimemente el golpe militar. No en vano había transcurrido la violencia amedrentando a la clase media y politizando partidariamente a los militares.[94]

La reacción de triunfo de la oligarquia con el golpe del 13 de junio se aprecia en los órganos publicitarios a lo largo de la segunda mitad del año 1953. La integración del gobierno militar se hizo con el apoyo de todos los grupos estratégicos del país, a excepción del sector de clase alta más comprometido con el gobierno anterior.[95] La mayoría de las guerrillas hicieron entrega de las armas al gobierno.[96] Y la bonanza económica en las exportaciones cobijó casualmente el nuevo gobierno. Este hecho económico contribuyó decisivamente a mantener la coalición. Los años de 1953 y 1954 marcan un aumento en los valores de exportación, gracias a los excelentes precios del café en el mercado internacional.[97]

La burguesía colombiana, apoyó el régimen que contribuyó tan decisivamente a crear, convencida de su fácil manejo. Se aspiró con ello a estabilizar la situación política, a través de un gobierno militar de transición que no se saliera de los causes establecidos por el sistema político nacional. El compromiso de la oligarquía llegó al punto de disculpar y minimizar hechos tan abiertamente represivos como los acontecimientos del 8 y 9 de junio de 1954, en que perdieron la vida 10 estudiantes a manos del ejército.[98] Igualmente los dirigentes de los partidos vieron como cosa natural la tendencia de algunos altos oficiales a buscar ganancias fáciles, aprovechando su poder. La valoración especulativa de la burguesía, que seguía

94 Uno de los efectos que cabe considerar en relación a la violencia en Colombia es el retardo que produjo en la formación de un ambiente populista permanente. La represión oficial organizada requería de un estado de anormalidad jurídica para controlar la movilización social y reformular muchas normas favorables a la clase popular. Para el concepto de movilización social, varias veces utilizado en este trabajo, véase Gino Germani, «Los procesos de movilización e integración y el cambio social», en **Desarrollo económico,** Buenos Aires, octubre-diciembre, 1963, Vol. 3.

95 Análisis sistemático . . . , **El Tiempo** y **El Espectador,** junio 14 a diciembre 22 de 1953.

96 Mons. Guzmán y otros, **op. cit.,** pp. 99-102.

97 Para mayores detalles sobre la economía del café en esta época, véase, Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 209-212.

98 **El Tiempo,** junio 9, 10, 11, 12, 13 y 14 de 1954 p. 1 y editoriales.

operando con mayor rapacidad, había penetrado en algunos grupos de la clase media militar, aceptándose su participación en razón del compromiso y la bonanza exportadora.[99]

No obstante, la estabilidad no podía durar mucho debido a la descompensación del sistema y su transitoria y superficial solución. De esta forma, cuando en noviembre de 1954 el ejército masacró unos campesinos, se desató de nuevo la violencia. Con las pretensiones del gobierno a fines del mismo año de crear un nuevo partido político y con la tendencia que venía mostrando el sector oficial hacia un tipo de capitalismo de estado, se inició el rompimiento del ejecutivo militar con la burguesía.[100]

En 1955 la violencia adquirió una mayor amplitud. Los militares emprendieron una ofensiva regular contra las tradicionales zonas de autodefensa comunista de la región de Sumapaz. También alcanzó la represión al campesinado liberal del Sur del Tolima.[101]

En 1956, ante la censura a los actos del gobierno, fueron clausurados los diarios liberales **El Espectador** y **El Tiempo.** El presidente Rojas buscó sistemáticamente el apoyo en los líderes sindicales y en la fuerza militar. Algunos grupos de la clase alta, principalmente conservadores, que habían permanecido hasta entonces en la coalición, rompieron con el gobierno militar. En el mes de enero de 1957, los altos mandos militares anunciaron su deseo de que el general Rojas continuara en el poder hasta 1962. Ello rebasó el límite permitido por la burguesía, la que por medio de una acción coordinada de aliento al resentimiento estudiantil contra el gobierno y de ciego respaldo de la clase media comprometida, dio al traste con el gobierno del general Rojas Pinilla el 10 de mayo de 1957, tras un fuerte bloqueo económico sostenido.[102]

El general Rojas Pinilla renunció ante la posibilidad de que el régimen militar pudiera continuar, debido a que las principales críticas

[99] El crecimiento económico y la bonanza exportadora son condiciones para la estabilidad de la política de compromiso. Véase Graciarena, **op. cit.,** cap. III. En relación a la imitación especulativa de algunos grupos de la clase media durante el gobierno militar y su influencia en su posterior derrocamiento, puede consultarse, Montaña Cuellar, **op. cit.,** p. 213.

[100] Mons. Guzmán y otros, **op. cit.,** pp. 102-109; Fluharty, **op. cit.,** pp. 279-292; Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 206-208.

[101] **Idem.**

[102] Montaña Cuellar, **op. cit.,** pp. 213-218; Mons. Guzmán y otros, **op. cit.,** p. 107; Análisis sistemático..., **Intermedio,** enero 27 a mayo 10 de 1957.

iban contra su persona y su reelección. Por ello, para conformar la Junta Militar nombró a cinco de los más altos militares que le habían sido más fieles, sin tener en cuenta estrictamente la jerarquía militar.[103] Con la salida del general Rojas del país, la Junta Militar de gobierno se sometió a la burguesía, estableciendo un nuevo compromiso de transición. La falta de lealtad del nuevo gobierno con los compromisos políticos del general Rojas, permitió que en muchos círculos militares se criticara la actuación de la junta militar. De esta forma, transcurrió el año de compromiso de la junta militar con la burguesía. Eran los militares más politizados dentro del esquema partidario, con predominio de los adscriptivamente conservadores. La presión del descontento llevó a configurar un nuevo golpe militar el 2 de mayo de 1958. En él, parece, estaban comprometidos dos miembros de la junta militar. Sin embargo, el montaje del golpe de cuartel falló por el retiro del apoyo de la mayor parte de las unidades militares de la guarnición de Bogotá.[104] Así, tras el abortado intento de los militares de permanecer en el poder, la junta militar fue ensalzada de nuevo por la burguesía y la institución militar sometida de lleno al compromiso en que se encontraba diez años antes. Sin embargo, la situación histórica era diferente y las soluciones transitorias de la crisis debían corresponder al nuevo nivel estructural.

De tal manera, sobre la base del «frente civil» que derrocó al general Rojas Pinilla, se proyectó la legalización del compromiso varias veces ensayado por la clase alta. En efecto, ante el fracaso del experimento militar y sobre la base del mecanismo partidario de apoyo al sistema, con la variante de un compromiso constitucional de alternación presidencial y de paridad burocrática, se formalizó el Frente Nacional.[105] Con esta nueva fase de la historia nacional, los parti-

[103] Los generales Gabriel París y Deogracias Fonseca y el almirante Rubén Piedrahita, eran oficiales de la más alta jerarquía militar, pero los generales Rafael Navas Pardo y Luis E. Ordoñez, tenían jerárquicamente por encima otros oficiales excluidos de la junta militar. Todos habían demostrado la más alta fidelidad al general Rojas Pinilla. Entrevistas..., (1966 a 1969)

[104] Entrevistas..., (1966 a 1969).

[105] Para detalles sobre la formación del Frente Nacional puede verse, Montaña Cuellar, **op. cit.**, pp. 218-221. El mecanismo de la política de compromiso ha sido una constante nacional en los momentos de mayores crisis. Pueden recordarse, a partir del establecimiento del sistema político oligárquico, el movimiento de Regeneración de 1886, el movimiento de Concordia Nacional en 1904, el movimiento Republicano en 1910, el movimiento de Concentración Nacional en 1930, el movimiento de Unión Nacional en 1946, el movimieto informal del golpe militar de 1953 y, finalmente, el Frente Nacional de 1958. Ocampo López, **op. cit.**, p. 112; Leal Buitrago, Generalidades..., **op. cit.**

los políticos volvían a constituirse en el soporte valorativo del sistema político oligárquico. No obstante, el planteamiento de esta nueva fórmula epidérmica para sostener el sistema no podía contener la dinámica reformista necesaria para corregir la descompensación estructural acumulada desde los años 30. Además, recargaba más el peso de los partidos políticos sobre el mecanismo burocrático del estado, comprometiendo a fondo su papel político de integración económica.

EL PAPEL MILITAR DE ARBITRAMENTO EN EL FRENTE NACIONAL

El desarrollo económico había cumplido un proceso de descapitalización nacional en la industria, a partir de la década de 1940. Los altos precios del café habían permitido grandes gastos superfluos y aumentos presupuestales del gobierno militar, además de la aparición de grandes capitales sobre la base del contrabando, la especulación y el comercio. Con la declinación del precio cafetero a partir de 1955 el desequilibrio económico se hizo notorio, lo que contribuyó grandemente a precipitar la caída del general Rojas Pinilla.[106]

La nueva fórmula política de solución a la descompensación entre el sistema político y el tipo de desarrollo económico dependiente, permitió unificar los intereses de la clase alta, sin necesidad de la legalización electoral mayoritaria. El botín burocrático se hizo mayor, aunque repartido paritariamente, lo que repercutió en la clase media parasitaria que vio aumentarse sus posibilidades de integración a cambio de compromiso. Sin embargo, el Frente Nacional se encontró con la realidad de la declinación económica. Los bajos precios del café, la iniciación del agotamiento de las sustituciones industriales fáciles y el desequilibrio fiscal, dificultaron desde un comienzo la función de integración burocrática del Estado. Se inició entonces la utilización de mecanismos económicos derivados directamente de la situación de dependencia externa, la devaluación

[106] Los saldos en cuenta corriente de la balanza de pagos fueron negativos en los años de 1953 —1.230 millones de pesos de 1958—, 1954 —615 millones—, 1955 —452 millones— y 1956 —90 millones—. Además, de 1955 a 1957 los precios de las exportaciones habían disminuido en más o menos una tercera parte. Banco de la República, **XXXV informe anual del gerente a la junta directiva.** Bogotá: Talleres Gráficos Banco de la República, 1957-1958 (II parte), cuadro No. LXXIX. (valores calculados); Montaña Cuellar, **op. cit.** p. 212.

monetaria y la acentuación de la política de empréstitos externos. Estos mecanismos a la vez que han solucionado momentáneamente las crisis político-económicas, han ido hundiendo cada vez más al país en su situación de dependencia externa.[107]

En el aspecto político partidario, la formulación constitucional monopólica de los dos partidos engendró nuevos movimientos con planteamientos oposicionistas y con nominación formal adscrita a uno u otro partido. Los nuevos grupos políticos de tendencias demagógicas izquierdistas o de bases populistas sirvieron para que algunos sectores populares marginados encontraran su afiliación política. Además, en el más reciente de tales grupos políticos, el organizado por el general Rojas Pinilla, encontraron cabida directiva los militares retirados más fieles a las ideas del expresidente.[108]

A pesar de la progresiva asesoría militar norteamericana y de las permanentes reorganizaciones militares influidas por los reglamentos estadounidenses, la percepción ideológica de lo que Nun llama la «revolución estratégica», fue muy débil por parte del ejército colombiano.[109] En efecto, la lucha armada irregular en función del enfrentamiento partidario, a la vez que preparó al ejército operativamente, quizás mejor que cualquier otro en América Latina, dificultó la captación total del «espectro comunista», no obstante la creciente dependencia militar externa. Sin embargo, la parte principal estaba hecha. El entrenamiento antiguerrillero, incluyendo la primera escuela del ramo en América Latina, fundada en1955,[110] requirió solamente que se le diera la directriz ideológica para completar el esquema de la revolución estratégica.

[107] El aspecto teórico de los mecanismos económicos en la situación de dependencia latinoamericana, puede verse en Celso Furtado, **Teoría y política del desarrollo económico.** México: Siglo XXI, 1968, quinta parte; véase también, Gracia-rena **op. cit.,** Cap. I. Una referencia menos técnica de una parte de este problen puede encontrarse en, Hernán Echavarría Olózaga, **Las relaciones comerciales c Estados Unidos.** Bogotá: Antares-Tercer Mundo, 1969.

[108] Se hacen referencias al Movimiento Revolucionario Liberal organizado inicialmente como oposición al Frente Nacional por un hijo del presidente López y a la Alianza Nacional Popular organizada por el general Rojas y sus colaboradores al regreso de éste en 1961.

[109] Nun, **op. cit.,** p. 357. Las relaciones generales de la asesoría y ayuda militar norteamericana pueden verse en, Robert P. Case, «El entrenamiento de los militares latinoamericanos en Estados Unidos», en **Aportes, op. cit.**

[110] Se hace referencia a la Escuela de Lanceros fundada en 1955. Capitán Zambrano Cárdenas, **op. cit.,** pp. 95-102.

Una vez que se formalizó el compromiso constitucional de la clase alta colombiana, las fuerzas armadas, incluyendo entre ellas a una policía cuasi-militar,[111] se enrolaron progresivamente en el plan estratégico de los Estados Unidos. Sin embargo, los efectos de este plan han sido intermitentes, de acuerdo a los diferentes grados de identificación de la política internacional y a los diferentes tipos de politización, según el modelo político interno partidario o el modelo externo anticomunista.[112] Quien primero captó y operacionalizó la situación del nuevo papel militar dentro de la «guerra fría»y fundió los aspectos políticos con los externos, fue el general Ruiz Novoa. Precisamente él había sido uno de los comandantes de las tropas colombianas en Corea y uno de los administradores económicos del gobierno militar.[113]

El general Ruiz Novoa, una vez que llegó al comando del ejército en 1960, se propuso plantear una ideología militar acorde con la revolución estratégica y no con la politización partidaria nacional. A través de comunicados a los cuadros de mando militares, el general Ruiz definió las funciones de la institución sobre la base de la constitución nacional, pero con nuevas interpretaciones. Así, postuló la misión del ejército como una «ininterrumpida vigilancia y un ejercicio constante; ya que la defensa de la soberanía y de las instituciones patrias tiene carácter de prevención, de mantenimiento y de recuperación». Añadía el mencionado militar que tal misión era «una advertencia a las fuerzas de la anarquía y la disolución, (...) más activas que nunca, quienes quedan enteradas de que no podrán intentar la destrucción del orden constitucional, porque encontrarán en el Ejército la barrera que se opondrá firmemente a la realización de tales propósitos anti-nacionalistas». Ante la necesidad de modernización del Ejército, Ruiz Novoa escribía: «Las FF. MM. (fuerzas militares), de las cuales el ejército es parte

[111] La policía nacional en Colombia tiene una organización basada en los reglamentos militares y cumple funciones de orden público tácticamente similares a las militares, además de que depende del Ministerio de Defensa Nacional.

[112] Es importante diferenciar las dos formas de politización militar que se han venido tratando. La una tiene relación exclusiva con el modelo adscriptivo tradicional partidario y la otra, con el esquema internacional bipolar de poder. América Latina se encuentra en el centro de la zona de influencia de los Estados Unidos. Véase Celso Furtado, **Subdesarrollo y estancamiento en América Latina.** Buenos Aires: EUDEBA, 1966, cap. II. Los dos tipos de politización no son excluyentes, sino que se pueden combinar en diferentes grados.

[113] El general Ruiz Novoa fue Contralor General de la Nación durante el gobierno militar. Antes había sido comandante del Batallón Colombia en Corea.

fundamental, son la institución encargada de garantizar la normalidad contra los enemigos externos e internos y la única que está en condiciones de hacerlo en momentos de crisis».[114]

El general Ruiz Novoa pretendió actualizar la institución militar antes de entrar en planteamientos sobre la política nacional interna. Sus ideas enfatizaban el prestigio como premio al cumplimiento de los objetivos propuestos por parte de los miembros del ejército y su acción tendía a despertar el interés intelectual dentro de los oficiales. De esta manera fundó la Biblioteca de Oficiales con publicaciones periódicas sobre temas militares además de fomentar el estudio de disciplinas ajenas a la actividad castrense. De la misma manera se organizó en la escuela militar un programa de estudios de ingeniería y de economía en sus años básicos. Con ello pretendió dar capacitación de mando a los oficiales sobre la base del conocimiento de la sociedad y del entrenamiento técnico.[115]

Correlativamente, la política del Comando del Ejército interpretó fielmente el papel trazado para los ejércitos latinoamericanos por parte del Pentágono. En efecto desarrolló el más efectivo plan táctico contra la violencia, como fue el llamado «Plan Lazo». Dentro de su contenido, aparte de los aspectos puramente tácticos, lo más importante fue la política de acercamiento a la población civil, denominada, «acción cívico-militar».[116] Esta idea había sido ya presentada por la dirección militar de los Estados Unidos a la consideración de los ejércitos latinoamericanos.[117] El programa general trazado por Ruiz Novoa fue ampliado y confirmado, al ser nombrado ministro de guerra por el segundo gobierno del Frente Nacional en 1962. Tal era el prestigio que había adquirido en los altos medios políticos nacionales, aunque no dentro del ejército, por su excesiva rigidez disciplinaria.

Una vez en el más alto cargo militar, institucionalizado también por el Frente Nacional,[118] el general Ruiz Novoa añadió a su política

114 Comando del ejército, **La Misión del ejército.** Bogotá: Sección Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, 1960, pp. 5 y 38.

115 Entrevistas. . , (1966 a 1969). La idea del prestigio como condición esencial para la subordinación militar, por encima de cualquier otra consideración, incluso la económica, fue expuesta por, C. W. Mills. **La élite del poder.** México-Buenos Aires: F. C. E., 1963, p. 169.

116 Entrevistas. . ., (1966 a 1969).

117 Lieuwen, **Generales. . ., op. cit.,** p. 178.

118 El cargo de ministro de guerra para un militar, fue reglamentado por el Frente Nacional ,debido a la necesidad de la paridad ministerial, por ser 13 el número de ministerios establecidos. Kozolchyk, **op. cit.,** p. 22.

anterior la interpretación de la política nacional, sobre la base de un esquema desarrollista. Con la frase «reforma de nuestras estructuras», resumió los puntos generales sobre la justicia social para eliminar las desigualdades sociales y acción cívico militar para iniciar el proceso de desarrollo como nuevo papel militar en los países subdesarrollados.[119] Sus alusiones al comunismo como peligro nacional sirvieron de sostén a la necesidad de reforma estructural. Así quedó abolido el tabú del tratamiento del tema comunista entre los militares. En esta forma, Ruiz Novoa resumió los dos papeles principales de las Fuerzas Militares: la prevención del comunismo y el despegue hacia el desarrollo.[120]

El esquema de la concepción desarrollista del general Ruiz Novoa adolecía, sin embargo, de coherencia y unidad teóricas. En él se mezclaban posiciones nasseristas, postulados paternalistas religiosos, teorías económicas y de apoyo en figuras políticas nacionales e internacionales y en «sociólogos cristianos». A su esquema le mezclaba a la vez la interpretación de la política militar estadounidense para justificar la idea del papel desarrollista militar.[121]

La formulación pública de estas ideas, si bien podía ser aceptada por la oligarquía en su propaganda anticomunista, no la podía ser en razón del intervencionismo militar autónomo. No en vano se había pasado por el experimento militar de utilización política. En consecuencia, se inició el desarrollo sistemático de una imagen negativa del ministro de guerra. Se alegó la apoliticidad constitucional de los militares y se presentó al General como defensor de una posición personalista contraria a la función militar, la que desprestigiaba a la institución y contrariaba la tradición gloriosa de los militares. Así, los más altos militares, interpretando el papel de compromiso valorativo militar, pidieron al presidente Valencia el retiro del ministro de guerra. El desenlace de este hecho se precipitó en enero de 1965, a propósito de la huelga obrera nacional en que supuestamente estaba comprometido Ruiz Novoa para asumir el poder en el momento de la crisis.[122]

[119] Alberto Ruiz Novoa, **El gran desafío.** Bogotá: Tercer Mundo 1965, pp. 54, 57, 59, 78, 88 y 91.

[120] **Ibid.,** pp. 54, 55, 70, 73, 77-78, 81, 85 y 91-108.

[121] **Ibid.,** pp. 55-75.

[122] Análisis sistemático..., **El Tiempo,** mayo 29 de 1964 a enero 29 de 1965. Se debe anotar que el retiro del general Ruiz Novoa no produjo crítica dentro del ejército, pues, fuera de que la campaña de desprestigio de los órganos publicitarios produjo sus efectos en la institución, el ministro de guerra no tenía buena acogida en los medios militares, dada su rigidez en detalles disciplinarios. Entrevistas..., (1966 a 1969).

El papel de la violencia tuvo gran significado dentro del proceso señalado. Una vez abandonadas las guerrillas por los dirigentes de los dos partidos y transcurrido el corto período de paz de los primeros años del gobierno militar, la socialización campesina dentro de la violencia y su miseria configuraron grupos de bandoleros organizados a manera de guerrillas.[123] Aparte de ello, en Sumapaz y Tequendama, únicas regiones con larga tradición de politización autónoma, se organizaron grupos de autodefensa, que sirvieron de base a la represión oficial en los años finales del gobierno militar.[124] Por tanto, fuera de la experiencia con las guerrillas liberales, los militares sólo habían tenido contacto empírico en varias ocasiones con las mencionadas y antiguas zonas comunistas. Así, hasta la constitución del Frente Nacional la percepción militar del «espectro comunista» estuvo confundida con la lucha partidista y su consecuente subproducto de grupos bandoleros. De esta manera, cuando el general Ruiz Novoa requirió enseñar la nueva lección a los militares, encontró el laboratorio propio en las zonas de autodefensa comunista. Dentro de la tónica, la identificación del nuevo rol militar, separado de las luchas de partidos y de los grupos bandoleros, se llevó a cabo con la organización de una acción militar contra las llamadas «repúblicas independientes», para sentar la presencia del estado en todo el territorio patrio.[125] Con ello se le dio contenido ideológico a la experiencia antiguerrillera militar, formada a la espalda de la «guerra fría». A la vez, coincidió la época —1962— con el comienzo de tal experiencia militar en otros países, a raíz de la revolución cubana.

Simultáneamente con el retiro del general Ruiz Novoa del ejército en 1965, apareció el movimiento guerrillero de ideología castrista denominado Ejército de Liberación Nacional —ELN—.[126] Aunque la institución militar sufrió un replanteamiento conservador con el nuevo ministro de guerra, el ejército estaba preparado operativamente para afrontar la situación y captar la esencia ideológica del nuevo tipo de lucha armada. Las declaraciones posteriores de los

123 Mons. Guzmán y otros, **op. cit.**, pp. 163-164.

124 **Ibid.**, pp. 102-110; Montaña Cuellar, **op. cit.**, pp. 206-208.

125 **El Tiempo,** abril 15 de 1964, pp. 1 y 14; abril 21, pp. 1 y 19; abril 24, pp. 1 y 6; abril 25, pp. 1 y 6; mayo 1 de 1964, pp. 1 y 19; mayo 7, pp. 1 y 6; mayo 10, pp. 1 y 6; mayo 16, pp. 1 y 12; mayo 18, pp. 1 y 13; mayo 20, pp. 1 y 6; mayo 22, pp. 1 y 6; mayo 23, pp. 1 y 21; mayo 24, pp. 1 y 6; mayo 28, pp. 1 y 28; mayo 30, pp. 1 y 6; Mayo 31 de 1964, pp. 1 y 24.

126 **El Tiempo,** enero 8 y 9, p. 1; febrero 13 de 1965, p. 1.

comandantes militares mostraron que la revolución estratégica militar estaba en plena marcha.[127]

El Frente Nacional al final de su segundo período presidencial llegó a experimentar la crisis de su incapacidad para afrontar los problemas sociales. Por ello, con el revitalizador nombre de Frente de Transformación Nacional se inició el tercer gobierno de coalición, con un programa reformista tendiente a corregir las fallas del sistema. Las reformas del gobierno de Carlos Lleras han revertido fundamentalmente en una concentración de poder en el ejecutivo, en la aplicación de esquemas tecnocráticos para el desarrollo y en la acentuación de la política de empréstitos externos para subsanar la insuficiencia económica del desarrollo. Paralelamente, se ha tratado de alentar la inversión extranjera y de integrar políticamente algunos sectores marginados, principalmente campesinos.[128] El desequilibrio económico, político y social del país ha llevado a permanentes crisis en todos los niveles de la estructura social, por motivos diversos y superficialmente baladíes. Estas frecuentes crisis han sido solucionadas transitoriamente con mecanismos de negociaciones, prebendas, compromiso y represión, según la ubicación estratégica de los grupos en conflicto.

La institución militar, dentro del actual gobierno, ha cumplido su papel represivo propio de su nuevo esquema ideológico. Desde la calificación de «república independiente» a la Universidad Nacional, por el ministro de guerra en 1965, pasando por las periódicas invasiones militares a las universidades, hasta la eficiente labor antiguerrillera y de control estratégico, el ejército se ha convertido en el más eficaz instrumento de un Estado que cumple a cabalidad su papel dentro de la creciente situación de dependencia económica, política y cultural externa.[129]

Corresponde ahora entrar a considerar algunos aspectos de la configuración ideológica militar en relación con el momento político y económico del país, ya que la situación estructural de la institución

[127] Entrevistas..., (1966 a 1969); **El Tiempo,** marzo 1 y 29 de 1967, p.1; abril 2 y 22, p. 1; mayo 13 y 31, p. 1; junio 21 de 1967, p. 1.

[128] La acción comunal en todos sus niveles y el programa de integración campesina a través de las asociaciones de usuarios, tienen un claro sentido político de integración adicional valorativa y normativa.

[129] Algunas interpretaciones sobre varios aspectos de la dependencia externa en América Latina pueden verse en, Helio Jaguaribe, Celso Furtado y otros. **La Dominación de América Latina.** Lima: F. Moncloa Editores S. A., 1968.

puede contribuir a plantear algunas hipótesis generales sobre la acción militar en los próximos años. Desde el momento del triunfo de la revolución cubana los ejércitos latinoamericanos requirieron combinar su organización propia de la guerra tradicional con la guerra antiguerrillas, para lograr una mayor eficiencia antisubversiva. En este plano el ejército colombiano ya tenía bastante adelantado este paso, aunque como se vio, ideológicamente atrasado con relación a los militares de otros países. Por su parte los Estados Unidos han hecho todo el esfuerzo para que los ejércitos latinoamericanos se dediquen solamente a su función contraguerrillera. Ejemplo de ello fue la invasión dominicana unilateral ya que con ella aparte de otras consideraciones de la política norteamericana, el tratado de Río de 1947 sobre la función militar de coprotección continental quedó prácticamente abolido.[130] Además, la tendencia estadounidense a restringir en Latinoamérica el armamentismo convencional ha sido muy clara, no obstante las contradicciones con su economía de guerra.[131] Fuera de ello, las prédicas de los voceros latinoamericanos de la política norteamericana han buscado tal objetivo en varias oportunidades.[132] Sin embargo, esta política no ha dado sus resultados totalmente. En efecto, además de las consideraciones de prestigio en sus funciones tradicionales de guerra regular, la actitud de las grandes potencias y de la ONU en «la guerra de los seis días» en el Medio Oriente, ha permitido descartar el cambio de organización. Fuera de ello, la ineficiencia de la OEA en el reciente conflicto centroamericano, y la misma ocurrencia del enfrentamiento, han corroborado esta decisión. En Colombia la actitud militar es muy clara al respecto. Sólo se acepta la combinación de los dos tipos de organización, pero con predominio del tradicional.[133]

En cuanto a la definición funcional del ejército, sobre la base de lo pleanteado por el general Ruiz Novoa, la reciente esquematización

[130] El tratado de Río firmado en 1947 planteó la unificación de las organizaciones militares del continente, alrededor del esquema militar estadounidense, con el fin de asumir todos los ejércitos una función compartida de defensa americana ante el enemigo externo. Fue en realidad una especie de actualización de la doctrina Monroe.

[131] Ejemplos de esta política y sus contradicciones pueden verse en, **El Tiempo,** agosto 19 de 1967, p. 8; octubre 5 de 1967, p. 10; octubre 7, pp. 1 y 26; octubre 19, pp. 1 y 10; noviembre 8 de 1967, p. 10.

[132] Un ejemplo de la vocería política militar norteamericana por parte de escritores y políticos latinoamericanos se aprecia en el artículo de la revista **Visión,** «Sobre la nueva guerra», escrito por Alberto Lleras y reproducido en, **El Tiempo,** setiembre 10 de 1967, p. 4.

[133] Entrevistas..., (1968 a 1969).

la ha venido haciendo el general Valencia Tovar, quien no obstante tener un status jerárquicamente menor dentro de los generales, se puede considerar como el vocero e ideólogo actual de la institución, en razón de su progresivo prestigio y consideración intelectual dentro del ejército. Los principales planteamientos pueden resumirse en algunas ideas claves que definen la ideología actual, aunque muchos oficiales continúen todavía con la tradicional y fuerte valoración partidaria.[134]

Las anotaciones del general Valencia tienden a mostrar la competencia del ejército, guardando sus respectivos status, para alcanzar dentro del Estado los objetivos nacionales. Tales objetivos, dice el general Valencia Tovar, son formulados por el propio Estado, por las tendencias históricas del país o, en determinados casos, se carece de su definición. Dentro de esta última posibilidad el Estado es débil y el pueblo inconsciente de los factores históricos que tiene que servir. La capacidad del ejército para alcanzar los objetivos nacionales debe ser muy amplia. Así, excluyendo la guerra atómica, pero no una eventual guerra regular externa, dice textualmente el general Valencia, «la realidad, más viva y más innegable es que estamos abocados a un conflicto interior».[135]

La definición de la guerra para la que el ejército debe prepararse, anota el general Valencia Tovar, «es la guerra vertical; es la insurgencia provocada y removida dentro de nuestro propio territorio; es el aprovechamiento (...) es la fuerza y la dinámica necesaria para propiciar ese cambio estructural, dentro del propio Estado. (...) La guerra encubierta, no se advierte en ningún instante; es un proceso lento de infiltración, que va llegando de la sociedad y del Estado, a las juventudes, a la universidad, al periodismo, a las propias fuerzas militares, al clero, a las estructuras del poder político, a los gremios sindicales».[136]

La manera de afrontar este tipo de guerra, dice el mencionado militar, es con la fortaleza del Estado. Así, el ejército debe convertirse en factor de desarrollo. La forma es ganando la mente del hom-

[134] Entrevistas..., (1966 a 1969).

[135] Alvaro Valencia Tovar. «Papel de los Ejércitos en las Naciones Subdesarrolladas», texto de la conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Colombianos, el 24 de abril próximo pasado, en **El Siglo,** mayo de 1969, Semanario dominical, pp. 4 y 6.

[136] **Idem.**

bre: «quien gane la mente del hombre, va a ganar la guerra». El ejército combativamente sólo «puede enfrentarse a los elementos visibles que el adversario ponga delante de nosotros».[137]

La acción cívico-militar, añade Valencia, surgió como una terapéutica. El combate sólo se aplicó a los núcleos irreductibles por métodos más humanos. Así, el ejército se está convirtiendo en amigo de las clases populares, sobre las que se dirige la subversión. Finalmente dice: «si el ejército se contenta con trabajar dentro de los cuarteles, para prepararse para el momento de la explosión, allí ya nada tendremos que hacer».[138]

El esquema anterior confirma la captación total de una ideología militar consecuencia del proceso social de dependencia vivido por el país. Con él se identifica el nuevo rol militar, sin excluir totalmente el tradicional, en función de su preparación «civilista y tecnocrática»[319] para servir al desarrollo. Tal desarrollo es identificado con la línea de acción «desarrollista» supeditada al modelo de dependencia estadounidense, ya que se equiparan las posibles ideas de cambio con la infiltración subversiva. Además, donde se pueda suponer un fracaso de persuación psicológica, justifica la acción armada. De esta manera, se identifica con la subversión el conflicto provocado por el desequilibrio político y social. Por otra parte, la renovación del papel de integración valoratoria de la sociedad que han cumplido los partidos políticos, está subyacente en la acentuación del adoctrinamiento psicológico, precisamente a la base popular. Así, el apoyo masivo a un eventual intervencionismo podrá ser decisivo, máxime con la percepción militar del compromiso de la disgregada clase media.

Un último aspecto del esquema ideológico militar colombiano es el referente a la integración militar interamericana. Estados Unidos ha propugnado constantemente por la creación de una fuerza militar interamericana que permita su intervención directa en los conflictos internos de los países latinoamericanos. Esta política tiene su

137 **Idem.**

138 **Idem.**

139 Un tratamiento más detallado de la nueva función militar latinoamericana, en la que el intervencionismo actual cobra nuevas implicaciones, se encuentra en, «Nuevos aspectos sociológicos y políticos del militarismo en América Latina». Medellín: Departamento de Ciencias Sociales, Universidad de Antioquia, 1969 (mimeografiado).

relación con la presión para la adopción de una organización básicamente antiguerrillera. Sin embargo, tal pretención ha sido descartada varias veces por los ejércitos latinoamericanos principalmente del Brasil y Argentina. En Colombia hay tendencias a seguir esta línea e incluso el gobierno civil ha tomado la vocería en este aspecto. Las motivaciones militares que se tienen al respecto se orientan hacia un nacionalismo en la autonomía bélica interna y hacia la desconfianza que ha despertado entre los militares la intervención unilateral estadounidense en la República Dominicana. Igualmente han influido, la tendencia a la disminución de la ayuda militar norteamericana a partir de 1964 y la preponderancia de la autonomía tecnocrática desarrollista por parte del ejército colombiano.[140]

El actual gobierno del presidente Lleras cumple los requisitos planteados por el esquema ideológico militar. En él se toma como medio esencial la fortaleza del estado y el papel del ejército como factor de desarrollo.[141] Así, el ejército colombiano está cumpliendo en la actualidad su función «desarrollista», a través de la acción cívico-militar, que incluye obras públicas, sanidad y adoctrinamiento educativo.[142] También el papel de la represión formal «a núcleos irreductibles por métodos más humanos», ha sido corroborado por el gobierno.

De esta forma, el Frente Nacional ha influido en la mentalidad militar de la misma manera que lo ha hecho en la mentalidad de muchos grupos sociales de la población civil. La fuerza de la adscripción partidaria, como medio integrador valorativo esencial para el sistema, está sufriendo un resquebrajamiento progresivo. La contrádicción entre la incapacidad de integración real mayoritaria del Estado, a través de la burocracia, y la esperanza popular de que a través del culto partidario podría haber solución económica, ha salido a flote, sobre todo durante los últimos años. El proceso de movilización social producido durante el Frente Nacional ha influido esencialmente en ese aspecto.

[140] Entrevistas. . , (1968 a 1969). Para las fluctuaciones en la tendencia de la ayuda militar norteamericana puede verse, Case, **op. cit.**

[141] Cabe anotar que en los medios militares latinoamericanos se ha confundido frecuentemente un régimen presidencial autoritario con la fortaleza y estabilidad del estado. En el caso colombiano es posible que la concentración de poder presidencial haya pesado en la decisión de subordinación política militar.

[142] El programa «desarrollista» militar se resume en lo que los medios castrenses han denominado «Plan Andes». Valencia, **op. cit.**

Paralelamente a este fenómeno, el Frente Nacional ha contribuido a resaltar las diferencias de matices ideológicos que, aunque no muy pronunciados, muestran líneas de división distintas a las ocurridas en las épocas anteriores. Sin embargo, el hecho de que se haya tendido a una mayor concentración de poder en el ejecutivo y que se viva dentro de una situación de estancamiento económico, borra superficialmente, en muchos casos, tales diferencias. En efecto, la necesidad del compromiso y su misma inestabilidad han conducido a concesiones y rompimientos regidos por los intereses económicos y políticos más inmediatos. Pero, con la finalización de la constitucionalidad del compromiso, se podrán clarificar un poco más las líneas divisorias reales de la política.

La situación descrita ha colocado a la institución militar como árbitro del Frente Nacional en el sentido de que si el experimento del esquema tecnocrático desarrollista no produce los resultados previstos y se aumentan los conflictos políticos y las tensiones sociales, el ejército podría llegar a intervenir directamente en la política, como recurso de «salvación nacional.» En efecto, aunque todavía subsista gran parte del esquema valorativo de sumisión política, la falla del modelo tecnocrático —sobre todo en cuanto a la disminución de las tensiones políticas—, en el cual han puesto su confianza los militares hasta el punto de aceptar deslices políticos en contra de los valores disciplinarios y de prestigio de la institución,[143] podría implicar un golpe militar. No en vano anota el general Valencia que «la capacidad del ejército para alcanzar los objetivos nacionales debe ser amplia», sobre todo si eventualmente se carece de la definición de los «objetivos nacionales» dentro del estado.

Sin embargo, queda la duda de su dirección en caso de producirse tal situación. Es posible que, ante el fracaso del modelo, los militares deciden desempeñar un papel más político. con cambios más

[143] Se hace referencia al retiro del servicio activo del general Pinzón Caicedo, comandante del ejército, en febrero de 1969. El gobierno decretó esta medida por causa de un editorial escrito por el mencionado militar en la revista de las fuerzas armadas. En él se hacían algunas críticas al gobierno por disposiciones en contra de la autonomía administrativa militar en materia de presupuesto. Se debe anotar que el general Pinzón tenía un alto prestigio dentro del ejército, lo que provocó fuertes críticas en los medios militares. El problema se solucionó después de una reunión del presidente de la república con los generales. Véase, **El Tiempo,** febrero 28, 29 y 30 de 1969, p. 1; **Alerta,** marzo 20 de 1969, p. 6.

profundos y con menos «modernización» del subdesarrollo,[144] como parece acontecer en Perú. Aunque todavía no es clara la experiencia en aquel país, es posible anotar que aún subsiste el fantasma anticomunista militar. Precisamente por ello y por el fracaso tecnocrático del presidente Belaúnde, los militares se decidieron a dar su paso, con implicaciones aparentes de adelanto capitalista más autónomo y sustitución parcial del monopolio oligárquico.[145] Pero puede suceder también que ante una eventual intervención militar en Colombia se paralice el proceso político nacional y se aumenten las tensiones sociales, como pasa en la Argentina y el Brasil. O, finalmente, puede ocurrir que los militares, guiados por sus valores de sumisión civil, ante el fracaso del modelo, puedan promover y respaldar un gobierno civil más profundo en sus cambios, aunque no necesariamente con la dinámica que lo requiere la estructura nacional.

[144] Al respecto el profesor Costa Pinto ha resumido muy bien los actuales programas de desarrollo latinoamericano cuando define la función de los tecnócratas. Dice: «El tecnócrata en América Latina, como tipo sociológico, es uno de los abortos históricos que resultaron de la frustración del modelo de desarrollo capitalista de nuestra economía, que tendría como figura clave el **"bourgeois conquerant"**, el empresario activo y emprendedor, que al buscar su fortuna personal fabricaría la prosperidad para todos. Como faltaron las condiciones estructurales esenciales, internas y externas, para el florecimiento del modelo, algunas de sus funciones pasaron a ser descargadas por quienes tenían el **Know-how** pero no el capital. Buena parte del papel tecnócrata, pasó entonces a consistir en presentar la "modernización" del subdesarrollo como si fuera el desarrollo, racionalizado el **statu quo.**» **op. cit.**, p. 14.

[145] **Semana**, Caracas, 14 al 21 de agosto de 1969, no. 76, pp. 22-23; **Life en Español**, 14 de julio, 1969, vol. 34, no. 1, pp. 10-17.

CENTENARIO DE LA COMUNA DE PARIS

Cuando los proletarios de París desconocieron al gobierno burgués republicano y mantuvieron sus armas y el control de la ciudad —el 18 de marzo de 1871— echaron a perder una bella historia, «de cómo cayó el Segundo Imperio francés y se afianzó el Imperio alemán», para inaugurar en su lugar un tipo de acontecimiento inadmisible para el orden y la literatura burgueses: la revolución proletaria. Aplastada después de setenta días de combates, la división del trabajo de la burguesía internacional repartió los papeles: unos ejercieron la represión implacable sobre millares de personas, otros calumniaron a los comuneros en nombre de la libertad y la bondad humana y cubrieron la historia de la Comuna con la leyenda del gobierno execrable de la chusma.

Marx y Engels, que por entonces dedicaban sus esfuerzos a la Asociación Internacional de Trabajadores, no estimaban conveniente la insurgencia obrera en una Francia vencida por el ejército prusiano, que se mantenía frente a París; sería, pensaban, asumir la ruina del Imperio sin posibilidad de resistir a los prusianos, y terminar marcados como «traidores a la patria». Pero ante el hecho de la insurrección proletaria no vacilaron en ponerse firme y activamente de su parte, y llegaron a obtener, por la pupila revolucionaria con que analizaron la experiencia de la Comuna, el enriquecimiento de su teoría de la revolución y la dictadura proletaria.

En este sentido tienen gran importancia en el conjunto de la literatura del marxismo las cartas de Marx de aquellos

días, sobre todo las enviadas a Kugelman, y el manifiesto que escribió para la Internacional, publicado bajo el título *La guerra civil en Francia*. «La clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines», porque todas las formas de Estado, del imperio a la democracia republicana, son formas del Estado burgués. Y la revolución proletaria, que crece del poder, ha de constituir sus órganos —su dictadura del proletariado— de tal modo que sean instrumentos para llevar adelante las trasformaciones profundas y continuadas de la vida social que liquidarán la dominación de clase y la razón de ser de todo Estado.

Marx examina las medidas y los propósitos de la Comuna, y encuentra en ellos los signos de una sociedad nueva. La sustitución del ejército permanente por el pueblo armado, los funcionarios responsables y revocables, con salarios de obreros, el internacionalismo, la representación verdadera de los intereses de las clases desposeídas de la nación, la eliminación de la división de poderes burguesa, la educación laica y gratuita, fueron pasos en la larga lucha por las trasformaciones de las circunstancias y los hombres, emprendida por la primera dictadura proletaria.

La Comuna hizo Ministro del Trabajo a un obrero alemán y derribó la columna conmemorativa de los triunfos napoleónicos sobre otras naciones; la burguesía francesa prefirió la derrota nacional al peligro proletario, y obtuvo la complicidad de los invasores alemanes contra el París obrero. «La dominación de clase —escribirá Marx— ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado».

Federico Engels —que intentó participar personalmente en la lucha de París desde los días del sitio alemán— reafirmó 20 años después la posición marxista ante el poder del Estado, cuando ya la tesis de la dictadura del proletariado llegaba a «sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata»; y defendió la significación de la Comuna para los revolucionarios proletarios.

Ajeno al dogmatismo, Marx no pretendió llamar al orden doctamente a los sucesos. Reconoció admirado la flexibi-

lidad y la iniciativa histórica de los comuneros, comprendió la importancia extraordinaria de la Comuna para el desarrollo de la lucha de clases, y situó nítidamente sus ideas sobre la significación de la acción revolucionaria al considerar a la Comuna «la proeza más heroica de nuestro Partido desde la época de la insurrección de junio». Y es que el Partido de Marx era el de la revolución proletaria. Por eso sus señalamientos críticos se refieren a errores por defecto: no pasar a la ofensiva inmediata, no conservar un mando fuerte y centralizado, no tomar posesión de la Banca.

Esta actitud marxista preside las apreciaciones de Lenin sobre la Comuna de París. En él —como todo lo que emprende— el examen del primer gobierno proletario se vuelve armas para la revolución. En diferentes momentos de su vida tocará el tema de la Comuna y de los escritos de Marx y de Engels acerca de ella. La más conocida y notable es la formulación de El estado y la revolución, *obra en que organiza y expone la posición revolucionaria ante el problema del poder y la dictadura del proletariado frente al reformismo socialdemocrático; a la vez que propone los lineamientos del futuro mientras prepara la toma del poder.*

Lenin rescata al marxismo de la postración socialdemócrata, y la posición revolucionaria de Marx ante la Comuna es una de sus banderas. «Pero, cuando las masas se sublevan, Marx quiere marchar con ellos, aprender al lado de las masas, en la misma marcha de la lucha, y no dedicarse a darles consejos burocráticos» —escribe en 1907 contra un «sabio» que reprocha a los insurrectos de diciembre de 1905 haber tomado las armas. Y en su obra mayor, la Revolución de Octubre, conduce a la victoria la causa de los comuneros y las ideas de Marx y Engels.

Al siglo de la Comuna, revolucionarios a través de todo el mundo se reconocen en la canción del comunero, que proclama: «el género humano/será la Internacional». Y junto a la primera insurrección proletaria queda la admonición de Marx a los críticos de entonces: «sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender sólo en condiciones infaliblemente favorables», recogida y

seguida por los conductores revolucionarios de este siglo. Y recordamos al Che, inmerso ya en su último combate, aunando la iniciativa heroica y la reflexión marxista: «podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podremos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir».

PENSAMIENTO CRITICO

CARLOS MARX

SOBRE LA COMUNA

...La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de «república social», con que la revolución de febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república.

París, sede central del viejo poder gubernamental y, al mismo tiempo, baluarte social de la clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento de Thiers y los «rurales» de restaurar y perturbar aquel viejo poder que le había sido legado por el Imperio. Y si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trata de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento.

La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos debían desempeñarlos con **salarios de obreros.** Los intereses creados y los gastos de representación de

los altos dignatarios del estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad privada de los testaferros del gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa llevada hasta entonces por el estado.

Una vez suprimido el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo gobierno, la Comuna estaba impaciente por destruir la fuerza espiritual de represión, el «poder de los curas», decretando la separación de la Iglesia del Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de los fieles, como sus antecesores, los apóstoles. Todas las instituciones de enseñanza fueron abiertas gratuitamente al pueblo y al mismo tiempo emancipadas de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así, no sólo se ponía la enseñanza al alcance de todos, sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el Poder del gobierno.

Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que sólo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos gobiernos, ante los cuales iba prestando sucesivamente y violando también sucesivamente el juramento de fidelidad. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y los jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables.

Como es lógico, la Comuna de París había de servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros secundarios el régimen comunal, el antiguo gobierno centralizado tendría que dejar paso también en provincias al gobierno de los productores por los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país y que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser reemplazado por una milicia popular, con un plazo de servicio extraordinariamente corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el

mandato imperativo (instrucciones) de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho, falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables.

No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo Poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición pertinente sobre la sociedad misma, para restituirla a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patrones que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que lo mismo las compañías que los particulares, cuando se trata de negocios saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica.

Generalmente, las creaciones históricas completamente nuevas están destinadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas e incluso difuntas de la vida social, con las cuales pueden presentar cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que viene a destruir el Poder estatal moderno, se ha confundido con una reproducción de las comunas medievales, que primero precedieron a ese mismo estado y luego le sirvieron de base. 'El régimen comunal se ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar en una federación de pequeños estados, como la soñaban Montesquieu y los girondinos, aquella unidad de las grandes naciones que, si en sus orígenes fue instaurada por la violencia, hoy se ha convertido en un factor poderoso de la producción social. El antagonismo entre la Comuna y el Poder del estado se ha presentado equivocadamente como una forma exagerada de la vieja lucha contra

el excesivo centralismo. Circunstancias históricas peculiares pueden en otros países haber impedido el desarrollo clásico de la forma burguesa de gobierno al modo francés y haber permitido, como en Inglaterra, completar en la ciudad los grandes órganos centrales del estado con asambleas parroquiales (**vestries**) corrompidas, consejales concusionarios y feroces administradores de la beneficencia, y, en el campo, con jueces virtualmente hereditarios. El régimen comunal habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este sólo hecho había iniciado la regeneración de Francia. La burguesía provinciana de Francia veía en la Comuna un intento para restaurar el predominio que ella había ejercido sobre el campo bajo Luis Felipe y que, bajo Luis Napoleón, había sido suplantado por el supuesto predominio del campo sobre la ciudad. En realidad, el régimen Comunal colocaba a los productores del campo bajo la dirección ideológica de las capitales de sus distritos, ofreciéndoles aquí, en los obreros de la ciudad, los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, como algo evidente, un régimen de autonomía local, pero ya no como contrapeso a un poder estatal que ahora era superfluo. Sólo en la cabeza de un Bismarck, que, cuando no está metido en sus intrigas de sangre y hierro, gusta de volver a su antigua ocupación, que también cuadra a su calibre mental, de colaborador del **Kladderadatsch** (el **Punch** de Berlín) *, sólo en una cabeza como ésa podía caber el achacar a la Comuna de París la aspiración de reproducir aquella caricatura de la organización municipal francesa de 1791 que es la organización municipal de Prusia, donde la administración de las ciudades queda rebajada al papel de simple engranaje secundario de la maquinaria policíaca del estado prusiano. La Comuna convirtió en una realidad ese tópico de todas las revoluciones burguesas, que es «un gobierno barato», al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del estado. Su sola existencia presuponía la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la república de una base de instituciones realmente democráticas. Pero, ni

* **Kladderadatsch,** revista satírica alemana, fundada en Berlín en 1848. **Punch,** revista satírica inglesa que se empezó a publicar en Londres en 1841.

el gobierno barato, ni la «verdadera república» constituían su meta final: no eran más que fenómenos concomitantes.

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna, era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen comunal habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase.

Emancipado el trabajo todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase.

Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y se ha escrito con tanta profusión, durante los últimos sesenta años, acerca de la emancipación del trabajo, apenas en algún sitio los obreros toman resueltamente la cosa en sus manos, vuelve a resonar de pronto toda la fraseología apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus dos polos de capital y esclavitud asalariada (hoy, el terrateniente no es más que el socio comanditario del capitalista), como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus prostituidas realidades todavía sin desnudar. ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el «irrealizable» comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para dar-

se cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe —y no son pocos— se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de sustituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, más que comunismo, comunismo «realizable»?

La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro.

Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla «par décret, du peuple».* Saben que para conseguir su propia amancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que trasformarán las circunstancias y los hombres. Ellos nó tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar rienda suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno. Plenamente conciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mofarse de las burdas invectivas de los lacayos de la pluma y de la protección pedantesca de los doctrinarios burgueses bien intencionados, qué vierten sus ignorantes vulgaridades y sus fantasías sectarias con un tono sibilino de infalibilidad científica.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, los simples obreros se atrevieron a violar el monopolio de gobierno de sus «superiores naturales» y, en circunstancias de una dificultad sin precedente, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica** es el sueldo mínimo del secretario de un consejo escolar de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hotel de Ville. . .

* Por decreto del pueblo.

** Se refiere al profesor Huxley.

. . . Después del domingo de Pentecostés de 1871, ya no puede haber paz ni tregua posible entre los obreros de Francia y los que se apropian el producto de su trabajo. El puño de hierro de la soldadesca mercenaria podrá tener sujeta, durante cierto tiempo, a estas dos clases, pero la lucha volverá a estallar una y otra vez en proporciones crecientes. No puede caber duda sobre quién será a la postre el vencedor: si los pocos que viven del trabajo ajeno o la inmensa mayoría que trabaja. Y la clase obrera francesa no es más que la vanguardia del proletariado moderno.

Los gobiernos de Europa, mientras atestiguan así, ante París, el carácter internacional de su dominación de clase, braman contra la Asociación Internacional de los Trabajadores —la contraorganización internacional del trabajo frente a la conspiración cosmopolita del capital—, como la fuente principal de todos estos desastres. Thiers la denunció como déspota del trabajo que pretende ser su libertador. Picard ordenó que se cortasen todos los enlaces entre los internacionales franceses y los del extranjero. El conde de Jaubert, una momia que fue cómplice de Thiers en 1835, declara que el exterminio de la Internacional es el gran problema de todos los gobiernos civilizados. Los «rurales» braman contra ella, y la prensa europea se agrega unánimemente al coro. Un escritor francés honrado, absolutamente ajeno a nuestra Asociación, se expresa en los siguientes términos: «Los miembros del Comité Central de la Guardia Nacional, así como la mayor parte de los miembros de la Comuna, son las cabezas más activas, inteligentes y enérgicas de la Asociación Internacional de los Trabajadores. . . Hombres absolutamente honrados, sinceros, inteligentes, abnegados, puros y fanáticos en el **buen** sentido de la palabra». Naturalmente, las cabezas burguesas, con su contextura policíaca, se representan a la Asociación Internacional de trabajadores como una especie de conspiración secreta con un organismo central que ordena de vez en cuando explosiones en diferentes países. En realidad, nuestra Asociación no es más que el lazo internacional que une a los obreros más avanzados de los diversos países del mundo civilizado. Dondequiera que la lucha de clases alcance cierta consistencia, sean cuales fueren la forma y las condiciones en que el hecho se produzca, es lógico que los miembros de nuestra Asociación aparezcan en la vanguardia. El terreno donde brota nuestra Asociación es la propia sociedad moderna. No es posible exterminarla, por grande que sea

la carnicería. Para hacerlo, los gobiernos tendrían que exterminar el despotismo del capital sobre el trabajo, base de su propia existencia parasitaria.

El París de los obreros, con su Comuna, será eternamente ensalzado como heraldo glorioso de una nueva sociedad. Sus mártires tienen su santuario en el gran corazón de la clase obrera. Y a sus exterminadores la historia los ha clavado ya en una picota eterna, de la que no lograrán redimirlos todas las preces de su **clerigalla.**

Londres, 30 de mayo de 1871.

(Fragmento de **La guerra civil en Francia.**)

Londres, 12 de abril de 1871

...Ayer recibimos la noticia, nada tranquilizadora, de que Lafargue (no Laura) se encuentra en París.

Si te fijas en el último capítulo de mi **18 Brumario,** verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrática, como venía sucediendo hasta ahora, sino **demolerla,** y esta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto, precisamente, consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París. ¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! Después de seis meses de hambre y de ruina, originada más bien por la traición interior que por el enemigo exterior, se rebelan bajo las bayonetas prusianas, ¡cómo si no hubiera guerra entre Francia y Alemania, como si el enemigo no se hallara a las puertas de París! ¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejempo de heroísmo! Si son vencidos, la culpa será exclusivamente, de su «buen corazón». Se debía haber emprendido sin demora la ofensiva contra Versalles, en cuanto Vinoy, y tras él la parte reaccionaria de la Guardia Nacional, huyeron de París.

Por escrúpulos de conciencia se dejó escapar la ocasión. No querían **iniciar la guerra civil,** ¡como si el bicho de Thiers no la hubiese comenzado ya cuando intentó desarmar a París! El segundo error consiste en que el

Comité Central renunció demasiado pronto a sus poderes, para ceder su puesto a la Comuna. De nuevo ese escrupuloso «pundonor» llevado al colmo. De cualquier manera, la insurrección de París, incluso en el caso de ser aplastada por los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad, constituye la proeza más heroica de nuestro Partido desde la época de la insurrección de junio. Que se compare a estos parisienses, prestos a asaltar el cielo, con los siervos del sacro-imperio romano-germánico-prusiano, con sus mascaradas antediluvianas, que huelen a cuartel, a iglesia, a junkers y, sobre todo, a filisteísmo.

A propósito, en la **edición oficial** de documentos acerca de los subsidios abonados directamente de la caja de Luis Bonaparte, se indica que Vogt percibió en agosto de 1859 ¡40 000 francos! Lo he comunicado a Liebknecht para que haga uso de ello cuando llegue el momento.

Puedes enviarme el Haxthausen, pues en los **últimos tiempos** recibo sin tocar los folletos, etc., no sólo de Alemania, sino hasta de Petersburgo.

Gracias por los periódicos que me has remitido (si puedes, mándame más, pues pienso escribir algo acerca de Alemania, el Reichstag, etc.)...

Londres, 17 de abril de 1871.

He recibido tu carta. Estoy agobiado de trabajo. Por eso sólo escribo unas palabras. No puedo comprender de ningún modo cómo puedes comparar las manifestaciones pequeñoburguesas tipo 13 de junio de 1849, etc., con la lucha que se desarrolla hoy en París.

Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender sólo en condiciones infaliblemente favorables. De otra parte, la historia tendría un carácter muy místico si las «casualidades» no desempeñasen ningún papel. Como es natural, las casualidades forman parte del curso general del desarrollo y son compensadas por otras casualidades. Pero la aceleración o la lentitud del desarrollo dependen en grado considerables de estas «casualidades», entre las que figuran el carácter de los hombres que encabezan el movimiento al iniciarse éste.

La «casualidad» desfavorable decisiva no debe ser buscada esta vez, de ningún modo, en las condiciones generales de la sociedad francesa, sino en la presencia en Francia de los prusianos, que se hallaban a las puertas de París. Esto lo sabían muy bien los parisienses. Pero lo sabían también los canallas burgueses de Versalles. Por eso plantearon ante los

parisienses la alternativa: aceptar el reto o entregarse sin lucha. La desmoralización de la clase obrera en este último caso habría sido una desgracia mucho mayor que el perecimiento de cualquier número de «jefes». Gracias a la Comuna de París, la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase. Sea cual fuere el desenlace inmediato esta vez, se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo.

(Carta a L. Kugelmann.)

FEDERICO ENGELS

SOBRE LA COMUNA

Si hoy, al cabo de veinte años, volvemos los ojos a las actividades y a la significación histórica de la Comuna de París de 1871, advertimos la necesidad de completar un poco la exposición que se hace en **La guerra civil en Francia.**

Los miembros de la Comuna estaban divididos en una mayoría integrada por los blanquistas, que habían predominado también en el Comité Central de la Guardia Nacional, y una minoría compuesta por afiliados a la Asociación Internacional de los Trabajadores entre los que prevalecían los adeptos de la escuela socialista de Proudhon. En aquel tiempo, la gran mayoría de los blanquistas sólo eran socialistas por instinto revolucionario y proletario; sólo unos pocos habían alcanzado una mayor claridad de principios, gracias a Vaillant, que conocía el socialismo científico alemán. Así se explica que la Comuna dejase de hacer, en el terreno económico, cosas que, desde nuestro punto de vista actual, debió realizar. Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue éste además un error político muy grave. El Banco de Francia en manos de la Comuna hubiera valido más que diez mil rehenes. Hubiera significado la presión de toda la burguesía francesa sobre el gobierno de Versalles para que negociase la paz con la Comuna. Pero aún es más asombroso el acierto de muchas de las cosas que se hicieron, a pesar de estar compuesta la Comuna de proudhonianos y blanquistas. Por supuesto, cabe a los proudhonianos la principal responsabilidad por los decretos económicos de la Comuna, lo mismo en lo que atañe a sus méritos como a sus defectos; a los blanquistas les incumbe la responsablidad principal por los actos y las omisiones políticas. Y, en ambos casos, la ironía de la historia quiso —como acontece generalmente cuando el poder cae

en manos de doctrinarios— que tanto unos como otros hiciesen lo contrario de lo que la doctrina de su escuela respectiva prescribía.

Proudhon, el socialista de los pequeños campesinos y maestros artesanos, odiaba positivamente la asociación. Decía de ella que tenía más de malo que de bueno; que era por naturaleza estéril y aun perniciosa, como un grillete puesto a la libertad del obrero, que era un puro dogma, improductivo y gravoso, contrario por igual a la libertad del obrero y al ahorro de trabajo; que sus inconvenientes se desarrollaban más de prisa que sus ventajas; que, por el contrario, la libre concurrencia, la división del trabajo y la propiedad privada eran otras tantas fuerzas económicas. Sólo en los casos excepcionales —así calificaba Proudhon la gran industria y las grandes empresas como, por ejemplo, los ferrocarriles— estaba indicada la asociación de los obreros (Véase **Idee générale de la révolution,** 3er. estudio).

Hacia 1871, y hasta en París, centro del artesanado artístico, la gran industria había dejado ya hasta tal punto de ser un caso excepcional, que el decreto más importante de cuantos dictó la Comuna dispuso una organización para la gran industria e incluso para la manufactura, que no se basaba sólo en la asociación de obreros dentro de cada fábrica, sino que debía también unificar a todas estas asociaciones en una gran Unión; en resumen, en una organización que, como Marx dice muy bien en **La guerra civil,** forzosamente habría conducido en última instancia al comunismo, o sea a lo más antitético de la doctrina proudhoniana. Por eso, la Comuna fue la tumba de la escuela proudhoniana del socialismo. Esta escuela ha desaparecido hoy de los medios obreros franceses; en ellos, actualmente, la teoría de Marx predomina sin discusión, y no menos entre los posibilistas* que entre los «marxistas».

Sólo quedan proudhonianos en el campo de la burguesía «radical». No fue mejor la suerte que corrieron los blanquistas. Educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no sólo de adueñarse en un momento favorable del timón del estado, sino que, desplegando una acción enérgica e incansable, sería capaz de sostenerse hasta lograr

* El posibilismo era una tendencia oportunista del movimiento obrero francés de fines del siglo XIX.

arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno al puñado de caudillos. Esto llevaba consigo, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes, en manos del nuevo gobierno revolucionario. ¿Y qué hizo la Comuna, compuesta en su mayoría precisamente por blanquistas? En todas las proclamas dirigidas a los franceses de provincias, la Comuna les invita a crear una Federación libre de todas las Comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera, iba a ser creada realmente por la misma nación. Precisamente el poder opresor del antiguo gobierno centralizado —el ejército, la policía política y la burocracia—, creado por Napoleón en 1798 y que desde entonces había sido heredado por todos los nuevos gobiernos como un instrumento grato, empleándolo contra sus enemigos, precisamente éste debía ser derrumbado en toda Francia, como había sido derrumbado ya en París. La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento. ¿Cuáles eran las características del estado hasta entonces? En un principio, por medio de la simple división del trabajo, la sociedad se creó los órganos especiales destinados a velar por sus intereses comunes. Pero, a la larga, estos órganos, a la cabeza de los cuales figuraba el poder estatal, persiguiendo sus propios intereses, se convirtieron de servidores de la sociedad en señores de ella. Esto puede verse, por ejemplo, no sólo en las monarquías hereditarias, sino también en las repúblicas democráticas. No hay ningún país en que los «políticos» formen un sector más poderoso y más separado de la nación que en Norteamérica. Aquí cada uno de los dos grandes partidos que alternan en el gobierno está a su vez gobernado por gentes que hacen de la política un negocio, que especulan con las actas de diputados de las asambleas legislativas de la Unión y de los distintos estados federados, o que viven de la agitación en favor de su partido y son retribuidos con cargos cuando éste triunfa. Es sabido que los norteamericanos llevan treinta años esforzándose por sacudir este yugo, que ha llegado a ser insoportable, y que, a pesar de todo, se hunden cada vez más en

este pantano de corrupción. Y es precisamente en Norteamérica donde podemos ver mejor cómo progresa esta independización del estado frente a la sociedad, de la que originalmente debía ser un simple instrumento. Aquí no hay dinastía, ni nobleza, ni ejército permanente —fuera del puñado de hombres que montan la guardia contra los indios—, ni burocracia con cargos permanentes o derechos pasivos. Y, sin embargo, en Norteamérica nos encontramos con dos grandes cuadrillas de especuladores políticos que alternativamente se posesionan del poder estatal y lo explotan por los medios y para los fines más corrompidos; y la nación es impotente frente a estos dos grandes consorcios de políticos, pretendidos servidores suyos, pero que, en realidad, la dominan y la saquean.

Contra esta trasformación del estado y de los órganos del estado de servidores de la sociedad en señores de ella, trasformación inevitable en todos los estados anteriores, empleó la Comuna dos remedios infalibles. En primer lugar, cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y de enseñanza por elección, mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a sus elegidos. En segundo lugar, todos los funcionarios, altos y bajos, estaban retribuidos como los demás trabajadores. El sueldo máximo abonado por la Comuna era de 6 000 francos. Con este sistema se ponía una barrera eficaz al arrivismo y a la caza de cargos, y esto sin contar con los mandatos imperativos que, por añadidura, introdujo la Comuna para los diputados a los cuerpos representativos.

En el capítulo tercero de **La guerra civil** se describe con todo detalle esta labor encaminada a hacer saltar el viejo poder estatal y sustituirlo por otro nuevo y realmente democrático. Sin embargo, era necesario detenerse a examinar aquí brevemente algunos de los rasgos de esta sustitución por ser precisamente en Alemania donde la fe supersticiosa en el estado se ha trasplantado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según la concepción filosófica, el estado es la «realización de la idea», o sea, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios sobre la tierra, el campo en que se hacen o deben hacerse realidad la eterna verdad y la eterna justicia. De aquí nace una veneración supersticiosa del estado y de todo lo que con él se relaciona, veneración supersticiosa que va arraigando en las conciencias con tanta mayor facilidad cuanto que

la gente se acostumbra ya desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden gestionarse ni salvaguardarse de otro modo que como se ha venido haciendo hasta aquí, es decir, por medio del estado y de sus funcionarios bien retribuidos. Y se cree haber dado un paso enormemente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y entusiasmarse por la república democrática. En realidad, el estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, un mal que se trasmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, no podrá hacer menos que amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del estado.

Ultimamente, las palabras «dictadura del proletariado» han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!

Londres, en el vigésimo aniversario de la Comuna de París, 18 de marzo de 1891.

(Fragmento del prólogo de Engels para la edición de **La guerra civil en Francia**, publicada en Berlín en 1891).

V. I. LENIN: CARTAS DE MARX A KUGELMANN*

Al editar en un folleto la recopilación completa de las cartas de Marx a Kugelmann, que aparecieron en el semanario socialdemócrata alemán **Neue Zeit,** nos proponemos la tarea de dar a conocer más íntimamente al público ruso a Marx y el marxismo. En la correspondencia de Marx ocupa un lugar destacado, como era de esperar, los asuntos de índole privada. Para un biógrafo, todo esto constituye un material muy valioso. Mas para el público en general y, particularmente, para la clase obrera de Rusia, son infinitamente más importante aquellos pasajes de las cartas que contienen materiales de carácter teórico y político. En nuestro país precisamente, en la época revolucionaria en que vivimos, es muy instructivo profundizar en aquellos materiales que testimonian cómo Marx se hacía eco inmediato de todos los problemas del movimiento obrero y de la política mundial. Tiene completa razón la Redacción de **Neue Zeit** al afirmar que «nos eleva la relación con las imágenes de aquellos hombres, cuyas ideas y voluntad se formaron en las circunstancias de grandes revoluciones». En 1907, para los socialistas rusos, esta relación es doblemente necesaria, ya que les proporciona multitud de enseñanzas de las más valiosas acerca de las tareas inmediatas de los socialistas en todas y cada una de las revoluciones por las que atraviesa su país. Rusia pasa precisamente en nuestros días por una «gran revolución». La política seguida por Marx en los años relativamente tempestuosos de la década del 60, debe servir, con muchísima frecuencia, de modelo directo para la política socialdemócrata en la actual revolución rusa.

Por lo tanto, nos permitiremos señalar, con la mayor brevedad, los pasajes de especial importancia, en el sentido teórico, de la correspondencia de Marx y detenernos, con más detalle, en su política revolucionaria, como representante del proletariado.

Desde el punto de vista de la comprensión más completa y profunda del marxismo, tiene un interés

* Lenin, **Obras Completas,** Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, T. 12, pp. 95-103.

notable la carta del 11 de julio de 1868 (p. 42 y siguientes).[1]

Marx expone en ella con extraordinaria claridad, en forma de réplicas polémicas contra los economistas vulgares, **su** concepto acerca de la llamada teoría del valor «del trabajo». Marx analiza aquí, de un modo breve, sencillo y muy claro, precisamente aquellas objeciones contra su teoría del valor que, con la mayor naturalidad, surgen en la mente de los lectores de **El capital** poco preparados y que, por lo mismo, son recogidos con gran celo por los mediocres representantes de la «ciencia académica» burguesa. Marx explica en esta carta el camino que él tomó y el que es necesario tomar para interpretar la ley del valor. En el análisis de las objeciones más comunes, Marx enseña cuál es su **método.** Descubre la relación existente entre un problema tan meramente teórico y abstracto (al parecer) como el de la teoría del valor y «los intereses de las clases dominantes», que exigen **«eternizar la confusión».** Sólo es de desear que cada uno de los que aborden el estudio de Marx y la lectura de **El capital,** lea y relea la carta a la que nos referimos, al mismo tiempo que estudia los primeros y más difíciles capítulos de **El capital.**

Otros pasajes de las cartas, especialmente interesantes desde el punto de vista teórico, son las opiniones de Marx sobre diversos escritores. Cuando uno lee estos juicios de Marx, escritos en un lenguaje ameno, llenos de pasión, reveladores de su inmenso interés por todas las grandes corrientes ideológicas y por su análisis, se tiene la impresión de estar oyendo la palabra del genial pensador. Además de las opiniones manifestadas de paso sobre Dietzgen, merece especial atención de los lectores la apreciación hecha de los proudhonistas (p. 17).[2] La «brillante» juventud intelectual, salida de las filas de la burguesía, que se lanza hacia el «proletariado» en los períodos de auge social, pero que es incapaz de identificarse con los conceptos de la clase obrera y de trabajar tenaz y seriamente «en las filas y en la línea» de las organizaciones proletarias, está pintada sólo con unos rasgos pero de modo asombrosamente palpable.

Contiene estas cartas la opinión que le mereció Dühring (p. 35),[3] opinión que merece presagiar el **Anti-Dühring,** la famosa obra de Engels (y de Marx) escrita nueve años más tarde. Existe una traducción rusa de dicha obra, hecha por Tsederbaum, que, por

[1] C. Marx y F. Engels, **Correspondencia,** Ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, p. 169.

[2] **Ob. cit.,** p. 148.

[3] **Ob. cit.,** p. 161.

desgracia, además de omisiones contiene errores y es sencillamente una mala traducción. Hay a continuación una crítica de Thünen, que afecta también a la teoría de la renta de Ricardo. Ya por aquel entonces, en 1868, Marx rechazaba resueltamente los «errores de Ricardo» refutados definitavamente en el tercer tomo de **El capital,** apareció en 1894, errores que hasta hoy día son repetidos por los revisionistas, empezando por nuestro ultraburgués e incluso archirreaccionario señor Bulgákov, y terminando por el «casi ortodoxo» Máslov.

Son interesantes también la opinión de Marx sobre Büchner y la apreciación del materialismo vulgar así como de la «palabrería superficial» copiada de Lange (¡la fuente habitual de la filosofía «académica» burguesa!) en la p. 48.

Veamos ahora la política revolucionaria de Marx. En Rusia adquirió una difusión asombrosa entre los socialdemócratas cierto concepto filisteo sobre el marxismo, según el cual, el período revolucionario, con sus formas especiales de lucha y tareas particulares del proletariado, constituye casi una anomalía, mientras que la «constitución» y la «oposición externa» son las reglas normales. Ningún país del mundo atraviesa ahora por una crisis revolucionaria tan profunda como Rusia y en ningún otro país existen «marxistas» (que rebajen y vulgaricen el marxismo) que asuman una posición tan escéptica y filistea frente a la revolución. Del hecho de que el contenido de la revolución es burgués, llegan a la conclusión trivial de que la burguesía es la **fuerza motriz** de la revolución, de que las tareas del proletariado en la misma son auxiliares, no independientes, y de que es imposible que el proletariado dirija la revolución.

¿De qué modo desenmascara Marx en sus cartas a Kugelmann este concepto trivial acerca del marxismo? He aquí la carta del 6 de abril de 1866. Marx, a la sazón, daba término a su obra principal. Su opinión definitiva sobre la revolución alemana de 1848, ya la había dado 14 años antes de que fuese escrita esta carta. En 1850, Marx mismo se había despojado de sus ilusiones sobre la proximidad de la revolución socialista en 1848. Y en 1866, al poder comenzar a observar las nuevas crisis políticas en maduración, Marx escribió:

«¿Comprenderán, por fin, nuestros filisteos «se trata de los liberales burgueses de Alemania», que sin una revolución que elimine a los Habsburgo y Hohenzollern..., las cosas llevarán, en fin de cuentas... a una nueva

Guerra de los Treinta Años?» . . . (p. 13 y 14).

Marx no abrigaba la menor ilusión en que la próxima revolución (que se llevó a cabo desde arriba y no desde abajo, como lo esperaba Marx) eliminaría a la burguesía y el capitalismo.
No hacía más que señalar de una manera clara y precisa que dicha revolución eliminaría a las monarquías prusianas y aristocráticas. ¡Y qué fe en esta revolución burguesa! ¡Qué pasión revolucionaria de luchador proletario que comprende el enorme papel de la revolución burguesa en el avance del movimiento socialista!

Tres años más tarde, en víspera del hundimiento del imperio napoleónico en Francia, al señalar la existencia de un movimiento social «muy interesante», Marx se manifiesta con **verdadero entusiasmo** sobre el hecho de que «los parisienses comienzan a estudiar con minuciosidad su reciente pasado revolucionario con vistas a prepararse para la nueva lucha revolucionaria inminente». Describiendo la lucha de clases que se ha revelado del estudio de este pasado, Marx concluye (p. 56) : «¡Y así hierve la caldera de las brujas históricas! ¡Cuando estaremos **nosotros** "en Alemania" tan adelantados!» Esto es lo que debían aprender de Marx los intelectuales marxistas rusos, relajados por los efectos del escepticismo y atontados por la pedantería, propensos a los discursos de arrepentimiento y que se cansan rápidamente de la revolución y sueñan, como si fuese una fiesta, con el entierro de la revolución para sustituirla por la prosa constitucional. Tendría que aprender del jefe y teórico de los proletarios a tener fe en la revolución, a saber llamar a la clase obrera a defender hasta el fin sus tareas revolucionarias inmediatas, a mantener firme el espíritu sin llegar a los lloriqueos pusilánimes ante los reveses temporales de la revolución.

¡Los pedantes del marxismo piensan que todo esto no es sino charla ética, romanticismo, falta de noción realista! ¡No, señores! Esto es saber unir la teoría revolucionaria con la política revolucionaria, unión sin la cual el marxismo se convierte en brentanismo, en struvismo, en sombartismo. La doctrina de Marx fundió en un todo indisoluble la teoría y la práctica de la lucha de clases. Y no es marxista quien deforma una teoría que comprueba serenamente la situación objetiva, para justificar la situación existente, llegando al deseo de adaptarse cuanto antes a cada declive temporal de la revolución, de abandonar lo más rápidamente posible las «ilusiones revolucionarias» y dedicarse a pequeñeces «reales».

Marx sabía palpar la proximidad de la revolución y **elevar** al proletariado hasta la conciencia de sus tareas revolucionarias de avanzada en la época más pacífica, que podría parecer, según expresión suya, «idílica» o desconsoladoramente «estancada» (según la Redacción de **Neue Zeit.** En cambio nuestros intelectuales rusos que simplificaban filisteanamente a Marx, ¡aconsejan al proletariado, en la época de mayor auge de la revolución, que realice una política pasiva, que se deje llevar sumisamente «por la corriente», que apoye tímidamente a los elementos más vacilantes del partido liberal en moda!

La apreciación que Marx hace de la Comuna de París, corona sus cartas a Kugelmann. Y esta apreciación es particularmente instructiva, si la comparamos con los métodos empleados por los socialdemócratas rusos del ala derecha. Plejánov, que después de diciembre de 1905 exclamó con pusilanimidad: «¡No se debía haber empuñado las armas!», tenía la modestia de compararse con Marx, afirmando que también Marx la frenaba. Pero, fijaos en el abismo que hay entre Plejánov y Marx en la comparación hecha por el primero.

En noviembre de 1905, un mes antes de llegar a su punto culminante la primera ola revolucionaria rusa, Plejánov no sólo no advertía resueltamente al proletariado, sino que, por el contrario, afirmaba sin ambages que era necesario **aprender a manejar las armas y armarse.** Pero cuando un mes más tarde estalló la lucha, Plejánov sin sombra de análisis de su papel e importancia en la marcha general de los acontecimientos, de su enlace con las formas anteriores de lucha, se apresuró a pasar por un intelectual arrepentido gritando: «¡No se debió haber empuñado las armas!» En **setiembre de 1870, medio año** antes de la Comuna, Marx advirtió francamente a los obreros franceses, diciéndoles en su famoso llamamiento de la Internacional que la insurrección sería una **locura**[4] Marx puso al descubierto de **antemano** las ilusiones nacionalistas respecto de la posibilidad del desarrollo del movimiento en el mismo sentido que en 1792. Marx supo decir muchos meses antes, y **no ya después de los acontecimientos:** «No se debe empuñar las armas». Pero, ¿qué posición asumió Marx cuando esta obra desesperada, según su propia declaración de setiembre, empezó a tomar vida en marzo de 1871? ¿Acaso Marx aprovechó esta ocasión (como lo hizo Plejánov con respecto a los acontecimientos de diciembre)

[4] **Ob. cit.,** p. 177.

únicamente en «detrimento» de sus adversarios, los proudhonistas y blanquistas que dirigían la Comuna? ¿Acaso se puso a gruñir como un bedel: «ya os decía yo, ya os advertía, y ahí tenéis vuestro romanticismo, vuestros delirios revolucionarios»? ¿Acaso Marx se dirigió a los comuneros como Plejánov a los luchadores de diciembre con su sermón de filisteo autosatisfactorio: «No se debía haber empuñado las armas»?

No. El 12 de abril de 1871 Marx escribió una carta **llena de entusiasmo** a Kugelmann, carta que con gran placer colgaríamos en la casa de cada socialdemócrata ruso, de cada obrero ruso que supiera leer.

Marx, que en setiembre de 1870 consideraba la insurrección como una locura, en abril de 1871, al ver el carácter popular y de masas del movimiento, lo trata con la máxima atención de quien participa en los grandes acontecimientos que marcan un paso adelante en el histórico movimiento revolucionario mundial.

Esto —dijo Marx— es un intento de destrozar la máquina burocrático-militar, y no simplemente de entregarla a otras manos. Y Marx canta un verdadero hosanna a los **heroicos** obreros de París dirigidos por proudhonistas y blanquistas. «¡Qué flexibilidad —escribió Marx—, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificios tienen estos parisienses!» (p. 88) . . . «La historia no conoce todavía otro ejemplo de heroísmo semejante.»

La **iniciativa histórica** de las masas es lo que más aprecia Marx. ¡Oh, si nuestros socialdemócratas rusos aprendieran de Marx a valorar la **iniciativa histórica** de los obreros y campesinos rusos en octubre y diciembre de 1905!

A un lado, el homenaje a la **iniciativa histórica** de las masas por parte del más profundo de los pensadores, que supo prever medio año antes el revés; y al otro, el rígido, pedantesco, falto de alma: «¡No se debía haber empuñado las armas!» ¿No se hallan acaso tan distantes como la tierra del cielo?

Y en su calidad **participante** en la lucha de masas, en la que intervino con todo el entusiasmo y pasión que le eran inherentes, desde su exilio en Londres, Marx emprende la tarea de criticar los **pasos inmediatos** de los parisienses «valientes hasta la locura» y **dispuestos a tomar el cielo por asalto.**

¡Oh cómo se habrían mofado entonces de Marx nuestros actuales sabios «realistas» de entre los marxistas que, en 1906-1907, se mofan en Rusia del romanticismo revolucionario! ¡Cómo se habría

burlado esta gente del **materialista** del **economista,** del enemigo de las utopías que admira el «intento» de tomar el **cielo** por asalto! ¡Cuántas lágrimas, cuántas risas condescendientes, cuánta compasión habrían prodigado todos estos hombrecillos encerrados en su cascarón respecto a las tendencias motinescas, utopistas, etc., etc., con motivo de semejante apreciación del movimiento dispuesto a asaltar los cielos!

Pero Marx no estaba penetrado de la archisabiduría de esos necios que temen analizar la **técnica** de las formas superiores de la lucha revolucionaria y analizó precisamente estas cuestiones **técnicas** de la insurrección. ¿Defensiva u ofensiva?, pregunta, como si las operaciones militares se desarrollasen a las puertas de Londres. Y responde: sin falta, la ofensiva, **debieron haber marchado en seguida sobre Versalles**...

Esto lo escribía Marx en abril de 1871, unas semanas antes del sangriento mes de mayo...

Los insurrectos que se lanzaron a la obra «loca» de tomar el cielo por asalto (setiembre de 1870) «debieran haber marchado enseguida sobre Versalles».

«No se debía haber empuñado las armas» en diciembre de 1905 para defenderse por la fuerza contra los primeros intentos de arrebatar las libertades conquistadas...

¡Sí, no en vano se comparaba Plejánov con Marx!

«Segundo error —continúa Marx en su crítica de **carácter técnico**—; El Comité Central "es decir, la **dirección militar,** tomen notas, pues se trata del C.C. de la Guardia Nacional" abandonó el poder demasiado pronto»...

Marx sabía prevenir a los **dirigentes** contra una prematura insurrección. Pero ante el **proletariado,** que asaltaba el cielo, adoptaba la actitud de consejero, de participante en la **lucha** de las masas que elevan **todo** el movimiento a un **grado superior,** a pesar de las teorías falsas y los errores de Blanqui y Proudhon.

«Pero sea como fuere —escribe Marx—, este levantamiento de París, aun si sucumbe a los lobos, cerdos y viles perros de la vieja sociedad, es la hazaña más gloriosa de nuestro partido desde la insurrección parisiense de junio.»[5]

Y Marx sin ocultar al proletariado **ni uno** solo de los errores de

[5] Se refiere al Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana, escrito por Marx el 9 de setiembre de 1870 en Londres. (Marx y Engels, **Obras escogidas,** Ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, p. 337 a 341).

la Comuna, dedicó a esta **proeza** una obra que **hasta hoy día** es la mejor guía para la lucha por el «cielo» y el espanto más temido por los «cerdos» liberales y radicales.

Plejánov dedicó a diciembre una «obra» que se ha convertido casi en el Evangelio de los «kadetes».

¡Sí, no en vano se comparaba Plejánov con Marx!

Kugelmann respondió a Marx, manifestándole, por lo visto, algunas dudas, haciendo alusiones a lo desesperado de la empresa, al realismo en oposición al romanticismo; en todo caso, comparaba la Comuna de París, la **insurrección** con la manifestación pacífica del 13 de junio de 1849 en París.

Marx, inmediatamente (el 17 de abril de 1871), da una severa réplica a Kugelman.

«La historia universal —escribe—, **sería por cierto muy fácil** de hacer si la lucha sólo se aceptase a condición de que se presentasen perspectivas infaliblemente favorables.»[6]

En setiembre de 1870, Marx calificaba la insurrección de locura. Pero, cuando las masas se sublevan, Marx quiere marchar con ellas, aprender al lado de las masas, en la misma marcha de la lucha y no dedicarse a darles consejos burocráticos. Marx comprende que los intentos de prever de antemano, **con toda precisión** las posibilidades de éxito, no serían más que una charlatanería o vacua pedantería. Marx pone, **por encima de todo,** el que la clase obrera **crea** la historia mundial heroicamente, abnegadamente y con iniciativa. Marx consideraba la historia desde el punto de vista de sus **creadores,** sin tener la posibilidad de prever de antemano, de un modo **infalible,** las posibilidades de éxito y no desde el punto de vista del filisteo intelectual que viene con la moraleja de que «era fácil prever. . . no se debía haber empuñado».

Marx sabía apreciar también el hecho de que hay momentos en la historia en que la lucha desesperada de las **masas,** inclusive por una causa sin perspectiva es **indispensable** para los fines de la educación ulterior de estas masas y de su preparación para la lucha **siguiente.**

A nuestros **quasimarxistas** actuales, a los que gustan citar a Marx al tuntun, con el fin solamente de utilizar su apreciación del pasado y no de aprender de él a crear el futuro, les es completamente incomprensible, incluso ajena en principio, semejante **manera de plantear** el pro-

[6] C. Marx y F. Engels, **Correspondencia, ed. cit.** p. 208-209.

blema. Plejánov ni siquiera pensó en ello al emprender, después de diciembre de 1905, la tarea de **«frenar».**

Pero Marx plantea precisamente este problema sin olvidarse en lo más mínimo de que, en setiembre de 1870, él mismo consideraba como la locura la insurrección.

«La canalla burguesa de Versalles —escribe Marx— puso a los parisienses ante la alternativa de cesar la lucha o sucumbir sin combate. En el segundo caso, **la desmoralización de la clase obrera** hubiese sido una desgracia **enormemente mayor** que la caída de un número cualquiera de "jefes[7]".»

Con esto terminaremos nuestro breve examen sobre las enseñanzas de una política digna del proletariado, tal como nos las ofrece Marx en sus cartas a Kugelmann.

La clase obrera de Rusia ha demostrado ya, y lo demostrará todavía más de una vez, que es capaz de «tomar el cielo por asalto».

[7] **Idem,** p. 210.

LA NUEVA COLONIZACION DE TAILANDIA

BANNIN GARRET

En 1861 el rey Mongkut de Siam ofreció a Abraham Lincoln elefantes para ayudar a la causa de la Unión en la guerra civil norteamericana. El Presidente rehusó cortésmente la ayuda ofrecida, pero ello no significó el fin de las relaciones militares entre los dos países. Tailandia ya no está caprichosamente aislada de las realidades del mundo, ni tampoco tiene alternativa para escoger su actitud en cuanto a los asuntos internacionales. Durante las dos décadas pasadas, los tailandeses han visto a su país convertirse en gigantesco campo de aterrizaje donde los B-52, aviones cazas de bombardeo y helicópteros artillados, norteamericanos, salen en misiones de muerte a otros países del sudeste asiático. Han visto cómo sus propios soldados se han convertido en mercenarios de Estados Unidos y sus fronteras son usadas como puntos de operaciones del personal de las Fuerzas Especiales y de la CIA en misiones subversivas en Laos y Viet Nam del Norte.

Los tailandeses han visto desvalidamente cómo su nación se ha convertido en una base militar y neocolonial norteamericana. El senador norteamericano Gale McGee declaró en reciente discurso que el «Sudeste asiático es

la última de las regiones de importantes recursos al margen del control de cualquiera de las principales potencias en el mundo». Y el gigantesco Chase Manhattan Bank fue mucho más explícito: «Tailandia promete ser una excelente región para las inversiones y venta norteamericanas, según su Sección de Investigaciones Económicas, "si la insurgencia rebelde puede ser contenida".»

Las numerosas minorías que la pueblan han hecho que Tailandia haya tratado de resistir la destrucción de su cultura y su integración compulsiva en una economía políticamente controlada por Estados Unidos. Pero los consejeros militares norteamericanos que adiestran a las tropas tailandesas para combatir en Viet Nam del Sur, Cambodia y Laos también las han adiestrado para combatir a los rebeldes en el propio país.

Mientras tanto, hordas del personal de la Agencia Internacional para el Desarrollo y de las universidades norteamericanas rastrean el campo, estudiando todos los aspectos de la vida tailandesa, recomendando y aplicando diversos programas de contrainsurgencia.

Tailandia ha cambiado en el siglo trascurrido desde que el rey ofreciera ingenuamente ayuda militar a un presidente de Estados Unidos. Desde entonces Estados Unidos ha decidido librar sus guerras en el exterior, no en su propio patio, guerras que aseguran que países como Tailandia permanezcan en la nómina del banco del mundo libre.

I

La élite tai, cuyo cuerpo y alma están completamente enajenados, tuvo una época en la que se enorgullecía de su habilidad para resistir frente a la dominación colonial. En el siglo XIX los tailandeses cerraron su país a la explotación por parte del imperialismo y trataron de modernizarlo mediante el contacto selectivo con occidente. Esta relativa independencia fue válida por el acuerdo franco-inglés que inducía a Tailandia a permanecer como un estado amortiguador entre sus respectivos imperios coloniales en Malaya-Birmania e Indochina.

La situación privilegiada de Tailandia llegó a su fin a causa de un acontecimiento que volcó el curso de su historia en el último cuarto de siglo: la victoria de Estados Unidos frente a Japón en la segunda guerra mundial y el sur-

gimiento de este país como la potencia dominante en el Pacífico. Estados Unidos llegó rápidamente a la conclusión de que la posición de Tailandia sería decisiva para consolidar un baluarte norteamericano en tierra firme del asia sudoriental. En 1950 comenzó la ayuda militar y económica norteamericana hacia el gobierno tailandés, encabezado entonces por el general Phibun, un expelele del Japón, cuyo régimen militar era el resultado de un golpe de estado dado en 1948.

Aguijoneados por el dinero norteamericano y el espectro de la revolución china, el ejército y la policía tailandeses iniciaron una cruzada anticomunista en los comienzos de la década de los años 50. Su campaña estaba centralmente dirigida contra la comunidad china en Tailandia y quedó oficialmente emprendida con la aprobación de una ley en 1952 contra las actividades antitailandesas **sic,** supuestamente destinada a combatir la «subversión comunista», aunque la comunidad china en Tailandia era notoriamente apolítica. Pero si el ataque del general Phibu no libraba su país de una amenaza comunista que no existía, sí establecería el control sobre la comunidad china, que había sido hasta entonces la espina dorsal de la economía indígena de Tailandia. Los empresarios y negociantes chinos respondieron a la histeria anticomunista pagando una especie de «protección» a la élite tai, ofreciéndole posiciones en las juntas directoras de las corporaciones chinas, y otros incentivos financieros.

Aunque había nacido de la intimidación, esta alianza podría haber sido capaz de industrializar lentamente a Tailandia apoyándose en el capital doméstico antes que en el occidental y así hubiera evitado el desastroso control que siempre conllevan las inversiones. Pero esta última esperanza para la autonomía económica de Tailandia fue rápidamente truncada por Estados Unidos.

La pequeña magnitud de la independencia económica de Tailandia ha recaído en la capacidad del gobierno para financiar el desarrollo de la infraestructura para exportar sus productos sobrantes. Pero después de la guerra coreana, Estados Unidos aplicó el **dumping** a grandes cantidades de estaño de Tailandia, el tercer país exportador de este producto; por otro lado, el precio del caucho, de cuyo producto Tailandia es el segundo exportador mundial, se vio afectado por la baja cuando la acrecentada demanda de tiempos de guerra descendió, y porque las

corporaciones norteamericanas pusieron en el mercado los nuevos productos sintéticos sustitutivos del caucho; los precios del arroz, del cual Tailandia es el mayor exportador, también cayeron. Tan pronto se agotaron todos los productos sobrantes, Estados Unidos y su instrumento financiero internacional, el Banco Mundial, se dispusieron a presentarse en el momento de la crisis financiera de Tailandia para ofrecerle su asistencia financiera y técnica. Todo lo que pidió Estados Unidos a cambio de esta ayuda fue que el régimen militar abandonara cualquier intento de crear una economía autónoma y que permitiera convertir el país en campo de la expansión de las corporaciones norteamericanas.

Desde entonces el status de Tailandia como una colonia norteamericana a **bona fide** fue garantizado, y los compromisos financieros de Estados Unidos, que ahora totalizan unos 600 millones de dólares en ayuda financiera y unos 900 millones de ayuda militar, han sido acelerados. Pero Estados Unidos no se conforma con ser el guardián de Tailandia. También quiere ser su mentor. Y así, mientras destruye sistemáticamente las oportunidades que Tailandia pudiera tener para lograr la independencia económica, también se ha propuesto reordenar la sociedad tailandesa, empezando por la restructuración de la administración gubernamental y del aparato militar, hasta la introducción de nuevas técnicas agrícolas y un sistema educacional orientado occidentalmente. Para coordinar y llevar a cabo esta furiosa acometida cultural masiva, ha sido comisionada la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), que tiene su propio tipo de «Catch 22».

Aunque supuestamente la AID está destinada a ayudar a las naciones del tercer mundo a que se valgan por sí mismas, en realidad ayuda a los hombres de negocios norteamericanos a beneficiarse del tercer mundo. Tal es el mandato de la AID.

II

Detallar las actividades de la AID norteamericana en un país como Tailandia es ver de cerca las verrugas en el rostro del imperialismo. Es ser testigo visual de la corrupción de un país y del espectáculo de cómo las instituciones y valores tradicionales han sido abandonados y remplazados por algo contrahecho y específicamente norteamericano.

En 1967, por ejemplo, la AID propuso estudiar la reacción del

campesinado frente a los planes norteamericanos para introducir cambios «radicales» en los tradicionales métodos agrícolas y consecuentemente subvertir la vida rural. ¿Las nuevas altas cosechas, los granos milagrosos y las técnicas agrícolas computarizadas incrementarán los sobrantes de productos o la holgazanería campesina? Fue esta una de las preguntas formuladas por la AID, poniendo de manifiesto que estaba a favor de los sobrantes de productos porque estos podrían ser exportados, a diferencia de la holgazanería campesina. ¿Dilapidarían los campesinos sus ingresos adicionales? ¿Serían convencidos para que los invirtieran en la ulterior mecanización? Al mismo tiempo que hacía una encuesta acerca de cómo manejar los problemas humanos, la AID estudiaba las técnicas comerciales de la venta de fertilizantes químicos, que los exportadores norteamericanos habían incrementado en Tailandia en un 300% en el período comprendido entre 1966 y 1967.

La AID también trabajaba en estrecha vinculación con el gobierno tailandés y las corporaciones norteamericanas para comprender los problemas que surgirían de una intensiva fuerza laboral urbana. La AID había elaborado ya en 1967 un proyecto para el movimiento sindical, y en 1969, presionó por la legalización de los sindicatos, que llevaban unos once años de estar ilegalizados. La AID había considerado que el control de una fuerza laboral móvil sería mucho más fácil si hubiera una superestructura sindical que los obreros respetaran como una autoridad. El avance informativo del sindicalismo desarrollado por los norteamericanos para los inversionistas de Estados Unidos fue claramente expuesto en una publicación del Departamento de Comercio: «Aunque la situación laboral en Tailandia tiende a estabilizarse, han ocurrido huelgas ilegales de tiempo en tiempo, usualmente a causa de las pobres relaciones establecidas entre obreros y patronos. Los hombres de negocios han informado que la falta de una legítima organización de empleados ha demostrado ser un obstáculo en el arreglo o la prevención de esas disputas».

La AID ha estudiado el trabajo interno de la burocracia tailandesa y a ayudado a la élite del país a desarrollar sus planes económicos basados en las recomendaciones de la misión del Banco Mundial enviada a Tailandia en 1957. La misión del Banco Mundial publicó los resultados de una en-

cuesta sugiriendo que el gobierno tailandés liquidara la mayor parte de las empresas operadas por el estado y se dedicara a la creación de condiciones apropiadas para la empresa privada mediante «impuestos especiales y otros incentivos» y «el ordenamiento institucional del crédito y la provisión de instalaciones físicas tales como locales, edificios, servicios de agua y energía, caminos, viviendas (la infraestructura), etc. El Banco Mundial coloca sus inversiones allí donde saca mayor provecho de ellas mediante el financiamiento del desarrollo de la irrigación, de los ferrocarriles, instalaciones portuarias, de carreteras, de la energía eléctrica y educación, habiendo invertido más de 350 millones de dólares desde 1950.

Esos proyectos han sentado las bases para las investigaciones norteamericanas al desarrollar las instalaciones físicas y el mercado para los productos norteamericanos y mediante el adiestramiento de una fuerza de trabajo barata para las corporaciones norteamericanas en Tailandia. Y en 1964, el Banco Mundial (junto con el Banco de América) ha creado la Corporación Financiera Internacional de Tailandia, una sucursal del Banco Mundial dependiente de la CFI, a fin de financiar las inversiones privadas extranjeras.

La AID y el Banco Mundial se habían propuesto ajustar la vida interna de Tailandia a las especificaciones de las corporaciones norteamericanas y lo han logrado. Desde 1960 las inversiones privadas norteamericanas en Tailandia se han acrecentado de 25 millones a más de 200 millones de dólares. Para 1965 había ya cerca de 100 corporaciones norteamericanas operando en Tailandia, que van desde Walt Disney Productions y la Coca-Cola a la Esso Standard Oil, la Firestone, la IT&T y el Chase Manhattan Bank. Las corporaciones norteamericanas han invertido principalmente en la extracción de materias primas minerales —fundamentalmente estaño— y en la industria ligera y el turismo.

En un tratado concertado en 1966 entre Estados Unidos y Tailandia, el régimen militar de este último país garantizó al primero una política de «puerta abierta» que ya disfrutaba desde hacía dos décadas; también concedió a Estados Unidos el privilegio de ser la «nación más favorecida» en el acceso a los recursos estratégicos tailandeses que las corporaciones norteamericanas consideraban como algo propio y corriente. Ha sido

misión de la AID, el establecimiento de esas cómodas relaciones y también la de asegurar que continuarán perfectamente en el futuro.

III

Como la AID y las corporaciones norteamericanas han establecido una cabeza de playa, al parecer permanente, en Tailandia, la burocracia del país se ha visto forzada a extenderse a las provincias distantes en un intento de integrar a las minorías, antes aisladas, a la economía política dominada por Estados Unidos. El resultado ha sido el desarrollo de movimientos revolucionarios del campesinado por lo menos en las tres cuartas partes del país. Y si esas rebeldías actualmente no representan una gran amenaza para el régimen de Bangkok, cliente de Estados Unidos, ha sido en primer lugar porque todavía no se ha desarrollado en las regiones centrales de Tailandia o entre los obreros urbanos.

Los miembros de la tribu de los meos han sido la primera minoría tailandesa en iniciar la rebelión armada. La comenzaron en 1967, en la región montañosa del norte donde los meos siempre habían llevado una existencia seminómada, siendo el opio casi su única cosecha vendible. El gobierno central decidió forzar a los meos a abandonar sus montañas y a establecerse en «aldeas de reubicación» donde serían más fácilmente controlados y enseñados a cultivar diversos productos comerciables. Los meos resistieron, prefiriendo su viejo modo de vida y el gobierno reaccionó ante esta resistencia arrojando napalm suministrado por Estados Unidos sobre varias aldeas, forzando a quienes no murieron o fueron mutilados a aceptar la suerte de refugiados o reubicados.

Las condiciones que padecen los meos en las aldeas de reubicación son duras y recuerdan intensamente la de las reservaciones indias de Norteamérica del siglo XIX. La gente no tiene suficiente arroz, ni tampoco agua y los corruptos agentes locales se embolsillan los fondos destinados a los meos en Bangkok. Los resultados de este programa de reubicación humana son descritos con ribetes espantosos por Arnold Abrams, reportero de la revista **Far Eastern Economic Review:** «Los sufrimientos físicos y las tensiones sicológicas —escribe— han segado la vida de muchas de esas gentes. Están agotados y enfermos; muchos se encuentran en un estado

de seminconciencia permanente estimulado por la escasez de opio para alimentar su hábito de toda la vida. El decaimiento espiritual de los meos es mucho más penoso que la deterioración de sus cuerpos. Resulta muy difícil establecer mentalmente algún nexo entre los lastimosos habitantes de Bang Song San (una aldea de reubicación) con los bravíos rebeldes que permanecen en las montañas. Los de aquí han perdido toda semblanza de fuerza íntima e independencia; parecen marchitados al asumir las maneras de los suministros».

Mientras los meos eran pacificados, los campesinos chino-malayos en el sur comenzaron a establecer zonas liberadas cerca de la frontera malayo-tailandesa. El ochenta por ciento de la población de las cuatro provincias meridionales son malayos musulmanes, que en el mejor de los casos, han sido «benignamente abandonados» por el gobierno y, en el peor, atacados en la misma forma en que lo fueron los meos.

El gobierno tailandés ha prohibido el uso del lenguaje malayo en las escuelas parroquiales y generalmente ha sido negligente en cuanto al desarrollo de instalaciones públicas. Los funcionarios gubernamentales son en su mayoría del grupo étnico de los tais y, desde luego, tienen la misma actitud racista hacia los malayos que hacia los meos, a los cuales llaman «salvajes».

El movimiento guerrillero malayo se ha desarrollado sobre la base de los remanentes del Ejército de Liberación de la Raza Malaya, que combatiera a los japoneses durante la segunda guerra mundial y a los ingleses en Malaya en el período de 1948 a 1961, y hoy su ejército de liberación cuenta con cerca de mil hombres. Esas guerrillas se han enfrentado a fuerzas combinadas tailandesas y norteamericanas. Tan pronto se produce un estallido de la resistencia de los chino-malayos, el gobierno envía inmediatamente sus patrullas de policías fronterizos adiestrados por la CIA.

Mientras tanto, el Servicio de Información de Estados Unidos envía equipos a las aldeas que manifiestan rebeldía, para exhibir películas y distribuir octavillas y ayudar a la elevación del prestigio de la administración local llevando a las Unidades Móviles para el Desarrollo para que mediante la construcción de nuevas carreteras y obras comunales, tratar de conformar a los descontentos.

Detrás de todos esos esfuerzos se encuentra el trabajo de centros académicos tales como el

Stanford Research Institute (SRI) que opera en contrato con la Advance Research Projects Agency (ARPA) que es una dependencia del pentágono. Los informes preparados por el SRI han abarcado desde la descripción minuciosa de los campamentos guerrilleros y de «las formas habituales empleadas por los comunistas para, por medio del terror, obligar a los campesinos a cultivar la tierra», hasta diversos tipos de persuación física que pudieran ser usados para obligar a los insurgentes a decir la verdad y señalar «los escenarios de posibles conflictos en el sur de Tailandia.» Con la resistencia del Cornell Aeronautics Lab (Laboratorio de Aeronáutica «Cornell») y de los laboratorios de la universidad de Michigan «Willow Run», el SRI ha trabajado intensamente para perfeccionar la vigilancia mediante fotografías infrarrojas y otras técnicas de reconocimiento aéreo que han sido usadas para rastrear los movimientos insurgentes y vigilar los campamentos bélicos del ELN (Ejército de Liberación Nacional).

La rebeldía en el nordeste es mucho más significativa que los esfuerzos de los meos y del Ejército de Liberación Nacional chinomalayo. El nordeste abarca casi una tercera parte de la población y del territorio de Tailandia y la población está constituida principalmente por lao-tais, étnicamente relacionados con los taís, pero todavía considerados como ciudadanos de segunda clase. Las guerrillas lao-tais se iniciaron en 1965 a renglón seguido de la formación del Movimiento de Independencia Tai. (MIT). El manifiesto del MIT llamó a todos los tailandeses de sentimientos patrióticos a contribuir a la expulsión de los norteamericanos del país y a derrocar el gobierno tailandés, para instaurar uno compuesto por representantes de los partidos patrióticos y democráticos. Sin embargo, el MIT y su instrumento político, el Frente Patriótico Tailandés, no han tenido grandes éxitos en la organización de los campesinos. (Esto se debe parcialmente a la atomización de la estructura de las aldeas tailandesas a diferencia de la cohesión de las aldeas vietnamitas que facilita la lucha guerrillera organizada). Pero tampoco lo han logrado el gobierno central tailandés ni la AID. El setenta y cinco por ciento de los fondos proporcionados por la AID ha sido destinado a la lucha contra la insurgencia en el nordeste del país.

No obstante, ha continuado suministrando fondos para los llamados «proyectos de desarrollo»

y la AID en realidad no hace distinción alguna entre el desarrollo y la contrainsurgencia. Como se dice en su programa de 1967 para Tailandia, «el programa de Estados Unidos en Tailandia está concentrado en un solo objetivo, respaldar al gobierno real tailandés en sus esfuerzos por contener, controlar y eliminar la insurgencia comunista en las zonas rurales».

En efecto, la AID maneja cada estudio y proyecto de Estados Unidos en Tailandia como si se tratara de un «problema de seguridad». Por ejemplo, se han propuesto estudios para comprobar las cuestiones siguientes:

«¿Es el modelo que prevalece en la organización aldeana en el nordeste del país adecuado para enfrentarse a la insurgencia?» «¿Cuál es la estructura y la función del llamado comité de templo en la vida aldeana? ¿Tiene esta institución alguna relevancia para promover la seguridad de la aldea? ¿Cuál es el papel de las mujeres en la vida aldeana? ¿Es posible que ellas puedan hacer una significativa contribución a la promoción de la seguridad de la aldea?».

Kathleen Goutgh Aberle calificó en cierta ocasión a la antropología de «hija del imperialismo». En ninguna otra parte es esto más evidente que en los estudios de la AID acerca de Tailandia que proporcionan un vívida descripción del modo en que las universidades norteamericanas se han sumado al esfuerzo bélico del sudeste asiático.

Muchos de estos estudios han sido o serán realizados por el Comité Asesor para Tailandia, financiado por la AID, encabezado por el profesor de la universidad de Los Angeles, California, David Wilson. Recientemente el profesor Wilson fue cofundador de un grupo de una facultad opuesto a «los miembros de la facultad y los estudiantes que tratan de imponer sus ideologías a las comunidades académicas por medios coercitivos e incivilizados». La patética preocupación de Wilson por la «neutralidad académica» no le ha impedido, sin embargo, contribuir a uno de los primeros estudios de contrainsurgencia sobre el nordeste de Tailandia. Procesado y escrito para la Rand en 1962 (aunque no fue publicado hasta 1964) el estudio titulado «Ciertos efectos de la cultura y la organización social sobre la seguridad interna de Tailandia», fue realizado antes de que se desarrollara la insurgencia armada en el nordeste o en alguna otra región tailandesa, pero Wil-

son y el antropólogo de Berkeley, Herbert Phillips, a pesar de todo se orientaron directamente al problema de la «subversión comunista». El problema básico de la seguridad rural, dice Wilson y Phillips, es la «inadecuación» de la comunicación entre el gobierno y los aldeanos. Bordeando delicadamente las razones de la existencia del «problema de la comunicación», discuten ampliamente sobre los «lazos» entre las aldeas y el gobierno, llegando a la conclusión de que el principal dirigente de la aldea es usualmente inefectivo: «Cuando accede a las demandas de las oficinas del distrito, pierde su liderazgo y su prestigio ante los ojos de los aldeanos; cuando accede a las esperanzas de los aldeanos, pierde su valor ante los funcionarios distritales». Pero la integración de los aldeanos se hace mucho más difícil por la competencia con los comunistas que «están penetrando las aldeas con agentes y trabajadores que recopilan información y erigen organizaciones que movilizan las energías de los desocupados y desafectos», informan los profesores. Wilson y Phillips proponen que el gobierno «neutralice esos esfuerzos usando técnicas semejantes.» Al hacerlo recomienda que el gobierno reclute veteranos, desocupados y jóvenes aldeanos para los cuerpos de defensa de la aldea que también participen en los programas de obras públicas. Los cuerpos de defensa de la aldea no deben recibir adiestramiento militar como tales porque estos organismos «intensamente militarizados creados para enfrentar una amenaza comunista que pudiera no materializarse nunca, pudieran muy bien constituir un riesgo para el orden social». Los aldeanos pudieran volver sus fusiles contra el gobierno.

Aunque los subsecuentes informes de la AID atribuyeron al gobierno tailandés la idea, la fuerza de seguridad de las aldeas ahora desarrollada visiblemente, se ajusta a los planes elaborados en 1962-1964 por esos dos profesores universitarios de California. Los «riesgos» previstos por Wilson y Phillips también se han desarrollado; varias de las unidades de la fuerza de seguridad han demostrado ser «inconfiables» y representar una amenaza al control del gobierno tailandés.

El informe de Wilson y Phillips es sólo uno de los cientos que han elaborado eruditos norteamericanos para la AID en Tailandia. Organizaciones tales como el Comité Asesor para Tailandia han sido creadas por la AID para aprovechar lo más ampliamente posible los recursos humanos de

las universidades norteamericanas. Junto a las declaraciones privadas de la AID de que los objetivos de esos estudios es la contrainsurgencia, el contrato entre la AID y la universidad de California especifica que los profesores en ellos participantes deben suministrar todas las investigaciones hechas en la universidad y fuera de ella, que «puedan tener relación con el desarrollo y las actividades contrainsurgentes en Tailandia».

Se supone que el Comité Asesor para Tailandia coordine sus actividades con una organización regional más vieja, los Grupos Asesores para el Desarrollo del Sudeste Asiático, la cual recibe fondos también de la AID y es administrada por la Asia Society de Nueva York.

La membresía de los Grupos Asesores para el Desarrollo de Asia Sudoriental incluye personal de la AID, hombres de negocios con importantes intereses en el exterior, profesores de 34 de las principales universidades norteamericanas y 15 fundaciones privadas, incluyendo la Ford, la Rockefeller Asia Fundation y el Instituto Smithsoniano.

Los Grupos Asesores para el Desarrollo de Asia Sudoriental y el Comité Académico Asesor para Tailandia, junto con esas fundaciones controlan (entre otras cosas) los fondos para becas que sostienen a los eruditos en ciernes tailandeses y los convence para que emprendan estudios en las universidades tailandesas útiles al programa de la AID.

Grupos privados de investigación también han entrado en acción —con el dinero del pentágono— para contribuir a los proyectos de contrainsurgencia. La Research Analysis Corporation (Corporación de Investigación y Análisis), una de las mayores agrupaciones militares de eruditos, ha trabajado sobre los problemas de la Policía Patrullera Fronteriza de Tailandia para proporcionar apoyo logístico a las operaciones de contrainsurgencia, el reclutamiento de insurgentes y la organización de la contrainsurgencia en Tailandia. El Instituto Americano para Investigaciones ha confeccionado un importante proyecto sobre las «relaciones tropa-comunidad» en Tailandia, según proposiciones del Instituto Americano de Investigaciones, titulado «El impacto de los programas económicos, sociales y de acción política en Tailandia», financiado por Advance Research Projects Agency con más de un millón de dólares, los cuales aseguraron al Pentágono que «ayudaría al

Departamento de Defensa y al gobierno tailandés a evaluar los programas de contrainsurgencia. Igualmente señalaba a ambas organizaciones cómo hacerlo con futuros programas, e indicaba al gobierno de Estados Unidos cómo aplicar programas similares de contrainsurgencia y evaluarlos en otros países, incluyendo a Estados Unidos».

La AID ha intentado adiestrar a los tailandeses no sólo eventualmente para reemplazar las funciones del desarrollo de los administradores coloniales, sino también para hacerse cargo de las actividades contrainsurgentes programadas por profesores norteamericanos. Desde 1950 la AID ha financiado la educación en Estados Unidos o en otros países de una élite de más de 5 000 tais. Con el gobierno tailandés, ha organizado centros de estudio en el interior de Tailandia con títulos tan ominosos como Hill Tribes Research Center (Centro de Investigaciones de las Tribus Montañosas) en Chaing Mai.

IV

Aunque la insurgencia para cuyo estudio fueron designados protesores de los Grupos Asesores para el Desarrollo de Asia Sud-oriental y del Comité Académico Asesor para Tailandia, en el presente no amenaza al régimen cliente de Estados Unidos en Tailandia, los problemas creados en el futuro por el desarrollo capitalista no podrán ser fácilmente «contenidos».

En la región de la planicie central, donde vive una tercera parte de la población del país y la mayoría de los campesinos tailandeses, la continuadamente creciente capitalización de la agricultura por los ricos de Bangkok ha dado por resultado un rápido incremento del ausentismo de los grandes terratenientes y la concentración de la propiedad agraria. En el momento actual, más del 70 por ciento de la tierra pertenece a los propietarios ausentistas, mientras que hace sólo una década ese índice era del 20 por ciento. Enajenados de sus tierras, los campesinos se convierten en proletarios rurales o urbanos amenazando con la formación de una vasta «reserva industrial» de desempleados. Algunos campesinos de la planicie central ya han organizado la resistencia armada frente al gobierno central. Y esta actitud —como era de esperar— continúa. Los profesores de la AID están concientes de los problemas

del desempleo y el descontento del campesinado en las zonas rurales, así como también del crecimiento de los tugurios, de los salarios de explotación de los trabajadores (diez centavos por día) y del desempleo en las zonas urbanas, pero son incapaces para resolverlos: su solución adecuada amenazaría la existencia del régimen militar y de la élite tai quienes están permitiendo a Estados Unidos convertir a su país en una colonia económica y en una base militar.

Hay por lo menos ocho grandes bases aéreas norteamericanas diseminadas en el territorio tailandés.

La nómina militar norteamericana cuenta con no menos de 50 000 empleados tailandeses que desempeñan las más variadas funciones —de simples peones de obras a traductores, de clérigos a prostitutas— y aportan una gran parte a la renta nacional de Tailandia. Las ciudades que se encuentran en las cercanías de las numerosas bases norteamericanas han degenerado hasta satélites de entrenamiento y servicios para los soldados de Estados Unidos. Esto es también evidente en Bangkok, a donde llegan anualmente unos 70 000 soldados norteamericanos en plan de descanso y distracción procedentes de Viet Nam.

Hay ya indicios de reacción nacionalista frente a esta ocupación y a la impuesta importancia de los estilos y valores norteamericanos. El resentimiento es mayormente silencioso, pero creciente, incluso entre la élite que debe su prosperidad y predominio a la presencia norteamericana. Recientemente, Kukrit Pramoj, propietario de un periódico y monárquico conservador, atacó airadamente a Estados Unidos en su periódico.

Lo acusó de explotar económicamente a los tailandeses, de promover ampliamente la prostitución y de introducir entre los muchachos tailandeses la homosexualidad. Terminó el artículo advirtiendo a los norteamericanos que los tailandeses pudieran algún día arrasar su embajada y quemar el Servicio de Información de Estados Unidos. «Ustedes, bestias norteamericanas —escribió en un tono que pudiera ser muy pronto el eco de las mayorías en Tailandia— regresen a sus cubiles».

autores

Ramón de Armas, profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana; de él hemos publicado «La burguesía latinoamericana: aspectos de su evolución» (**Pensamiento crítico** no. 36).

Pedro Pablo Rodríguez, profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana.

Francisco Leal Buitrago, sociólogo colombiano.

Bannin Garret, asociado al Centro de Estudios del Pacífico (Estados Unidos), como especialista en asuntos de Asia sudoriental.

INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Unidad Productora 04, "Urselia Díaz Báez", La Habana, Cuba.

